





— ANT

XIX 7

32



Handwritten initials or mark in the top right corner.

LA DUQUESA

DE

MAZARIN.



Concluida la obra costará 5 reales tomo.

13 cms.

R-43577

BIBLIOTECA SEVILLANA.

LA DUQUESA

DE

MAZARIN.

POR

Alejandro de Lavergne.

TOMO I.

SEVILLA.

**Imprenta de Gomezcalle de las Serpes n. 13,
junto al café del Turco.**







CAPITULO I.

En la primavera de 1655 fondeaba en el puerto de Marsella una galera procedente de Génova, y entre los pasajeros venian tres niñas, de las cuales la mayor podria tener de doce á trece años, y la menor no pasaria de siete. Cierta aire de familia marcada en sus fisonomias daba á conocer fácilmente que eran hermanas, y aunque todas tres venian vestidas con bastante sencillez, obtenian el mas completo respeto de toda la tripulacion,

llamando la atención también por otra causa, pues las tres anunciaban que habían de ser muy hermosas. Las facciones de sus rostros, sumamente puras y ligeramente tostadas por el sol, ofrecían ya el carácter encantador al mismo tiempo que altivo, que suele hallarse en las mujeres de una gran parte de Italia y principalmente de las inmediaciones de Roma; pero una con especialidad, la más niña, era la que fijaba las miradas. Aunque todo en aquella niña daba á conocer que no tenía otro origen que sus hermanas, había sin embargo en toda su persona no se qué expresión de sencilla indiferencia y de infantil malicia, que parecía más propia de Francia que de Italia. Sus ojos, en que brillaban la gracia y la penetración, sus ojos que más tarde habían de turbar tantos corazones, y su boca animada por la más encantadora sonrisa formaban un extraño contraste con los rostros morenos y pensativos de sus

hermanas, que se mantenian á su lado con los ojos bajos y todavia humedecidos por las lágrimas.

Cuando fondeó la galera y las tres niñas pasaron á la chalupa que habia de traerlas á tierra, se notó inmediatamente un gran movimiento en el muelle. Por todas las calles que vienen á salir al puerto llegaban á porfia, quién en coche, quién en litera, quién en silla de manos, todas las personas de rango y todas las autoridades de la ciudad de Marsella. Por todas partes se oian las voces: «Ahi están ahi están» y todos se dirigian apresuradamente hácia el muelle, pero de tal modo, que al ver el apresuramiento de los cocheros y criados cualquiera hubiese creido que los primeros que llegasen iban á ganar una magnífica recompensa. Poco faltó para que corriese la sangre, á consecuencia de una disputa que se trabó entre los criados del señor obispo y los del señor go-

bernador de la provincia, queriendo cada uno de estos ilustres personajes ser el primero que llegase al desembarcadero. Como los coches no podían llegar hasta allí, el astuto prelado recurrió á un expediente algo raro para asegurar á la autoridad espiritual la preminencia que, en su opinion, le correspondia en todas ocasiones; en el momento en que menos podia esperarse salió ligeramente de su coche y sus ovejas no quedaron poco sorprendidas al ver que cuatro robustos lacayos llevaban á paso de ataque á su digno pastor, y le colocaban á la orilla del mar, desde cuyo punto dirigia una mirada de triunfo á su competidor, que se habia quedado bastante atrás. Este soltó un voto muy enérgico al observar, pues la chalupa en que venian las tres niñas no distaba de la orilla arriba de veinte brazas y el obispo enviaba ya desde la playa su bendicion á las tres jóvenes italianas.

Llegó por fin á tocar en tierra la barca, y en el mismo instante se oyó retumbar el cañon del fuerte. Entonces el gobernador, que habia conseguido reunirse con el obispo, le dijo con un despecho en que se mezclaba cierta satisfaccion.

—Por mas que hagais, monseñor, conseguireis caminar mas de prisa que yo con la ayuda de vuestros criados, pero aquí entre nosotros, yo seré siempre el que hable mas alto y mas fuerte, no ois?

Y nuevos cañonazos hicieron estremecer el muelle. El obispo se mordió los labios en el primer momento, pero luego que hizo en voz baja cierta pregunta á uno de sus fámulos, respondió tranquilamente:

—Quien sabe, señor gobernador! A veces viene Dios en auxilio de sus servidores.

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando todas las

campanas de la ciudad, empezando á repicar como impelidas por un poder misterioso y sobrenatural, llenaron el aire de un ruido extraordinario. El gobernador confundido bajó la cabeza, murmurando entre dientes: «Este capisayo quiere ser cardenal,» en tanto que el obispo le miraba fijamente y decia en el mismo tono de voz como un músico que acompaña á otro: «El soldadazo tiene ganas del baston de mariscal.»

Entretanto las tres niñas que venian sentadas en la popa de la embarcacion y cogidas por los brazos, se levantaron por un movimiento espontáneo para pasar á la proa, y la mas pequeña, en cuyo rostro brillaba una alegría infantil, dirigió á sus hermanas una mirada de desafio, y exclamó con una voz suavísima, á que daba mayor encanto el idioma italiano de que se servia:

—Hermanas; apuesto á que yo que

soy la mas pequeña tocó la primera esta hermosa tierra de Francia, en que nos han dicho que seremos tan felices.

Diciendo y haciendo, echó á correr y ligera como una corza se puso de un salto en la proa de la chalupa; allí, sin querer aceptar la mano que á un mismo tiempo la ofrecian el gobernador y el obispo, saltó á tierra con tal atolondramiento que tropezó contra una piedra y cayó, faltando muy poco para romperse la cabeza. Todos los concurrentes lanzaron un grito de espanto, y el sobrino del gobernador, jóven de trece á catorce años y de fisonomia muy interesante, que se hallaba cerca de su tio, se adelantó á levantarla; pero autes que hubiese podido verificarlo, la niña estaba otra vez de pie y riéndose como una loca.

Sin embargo, su frente, que habia tocado en la arena estaba manchada de sangre; mas ella no hizo caso alguno y volviéndose á sus hermanas con un

airecillo de triunfo que sentaba perfectamente en su gracioso rostro, les dijo.

—He ganado.

Las otras dos niñas saltaron en tierra á su vez, y toda la noble concurrencia que habia salido á recibir las, se esmeró en obsequiarlas, á punto que faltó poco para que el obispo, renovando la galanteria de Raleigh, se quitase su manto episcopal para impedir que se humedeciesen los pies en la arena. Entrambas se acercaron á su hermanita, y la de mas edad, fijando en ella una mirada melancólica, la dijo al oido:

—Crepa, Crepa, no te rias de ese modo, pues yo tengo miedo de que te sucedan desgracias en este pais, puesto que te has caido al llegar á él.

—Pobre Crepa! exclamaron á un tiempo las dos hermanas, como si esta esclamacion hubiese sido el eco de una fúnebre letania.

—Callad, replicó con viveza la niña;

bien sabeis que yo no creo en presagios.

Las dos hermanas se encogieron de hombros.

El gobernador no esperó mas, y sacando del bolsillo un papel, empezó á leerle, haciendo al mismo tiempo á las niñas mil saludos y reverencias; por lo que hace á ellas se contentaron con abrir los ojos y callar, pues no entendian ni una palabra de francés. Después del gobernador vino el obispo; luego el general de las galeras; luego... en una palabra, como en 1655 los arrendadores en Marselsa eran muchos, y algunos poco lacónicos, las tres extranjitas hubieran podido muy bien tener que estarse allí hasta el fin del dia oyendo lo que no entendian, si la que habian llamado Crepa no hubiese tomado el partido de dar á entender por señas al sobrino del gobernador que sus hermanas y ella necesitaban descausar. Inmediatamente aquel

jóven tiró de la manga á su tío, le habló misteriosamente al oído, y apenas pronunció algunas palabras se estremeció el gobernador, é interrumpiendo á speramente al teniente criminal del bai liage, que se hallaba en mitad de su arenga, declaró que no permitiría que se dijese una palabra mas. Nada puede igualar á la alegría de la tierna Crepa al verse tan prontamente obedecida; dirigió á su jóven intérprete una mirada de gratitud, que pudiera llamarse ya mirada asesina impregnada de toda la coqueteria y precocidad meridional; y como si esta demostracion no le pareciese suficiente, echó familiarmente los brazos al cuello del jóven y le besó en las dos mejillas con la mas encantadora cordialidad. El se puso sumamente encendido; pero fué de turbacion ó de placer? Acaso esperiméntó las dos cosas á un mismo tiempo.

Las tres hermanas subieron en literas y todos las siguieron procesionalmen-

te á la catedral, donde se entonó el *Te-Deum* en accion de gracias al Todopoderoso por su feliz llegada. Por la noche se iluminó toda la ciudad de Marsella por órden del gobernador, y hubo baile en las casas de ayuntamiento.

Aquellas tres niñas tan sencillamente vestidas, y cuya venida ponía en movimiento á una de las primeras ciudades del reino, eran hijas de un pobre caballero romano, llamado Miguel Lorenzo Mancini, y de Laura Mazarini, cuyo hermano era cardenal y primer ministro en Francia.

El sobrino del gobernador se llamaba Armando Carlos de la Porte, marques de La Meilleraye, y su padre era duque y mariscal de Francia.

Aquella misma noche, preguntando el gobernador al jóven, cuál de las tres sobrinas del cardenal le parecia mejor, respondió:

—Tio mio; yo no he mirado mas que á una, que ha sido á Crepa.



CAPITULO II.

El día de Todos-Santos de 1660, y por consiguiente poco mas de siete años despues de los sucesos que forman el prólogo de esta historia, el cardenal de Mazarin, que ya sufría los primeros ataques del mal que pocos meses despues le condujo al sepulcro, tuvo por la mañana en el palacio de S. German una larga conferencia con Mad. Enriqueta de Francia, reina de Inglaterra. Esta princesa, que marchaba aquel mismo día á

reunirse con su hijo Cárlos II, acabado de restablecer en el trono de sus padres, dió al cardenal al separarse de él las mayores pruebas de amistad. De lo que se trató en aquella conferencia nadielo supo entonces, pero cuando al salir de la misa mayor madama de Venelle, aya de las sobrinas del cardenal, se presentó á su emminencia con la señorita Hortensia de Mancini, el cardenal, á pesar de que sufría cruelmente con la gota, dirigió á la jóven la mas amable sonrisa, y la indicó por señas que viniese á darla un abrazo.

=Monseñor, dijo Mad. de Venelle, apareciendo en su rostro una nube de severidad; deteneos; la señorita Hortensia no merece tanta bondad de parto vuestra.

Pnes qué hay? ¿qué ha hecho? exclamó el cardenal contemplando alternativamente y con sorpresa aquellas dos fisonomias tan diferentes, una de las cuales, grave y austera, se presentaba con

arrugas en la frente y acusaciones en la boca, mientras que la otra llena de gracia y candor dejaba ver entre sus largas pestañas una espresion bastante viva de despecho y confusion, aunque templada por un tanto de malicia.

El aya y la jóven se mantuvieron en silencio, y el cardenal añadió con acento que él pretendia hacer severo, lo cual desmentia claramente la semisonrisa que aparecia en sus lábios.

—Vamos, Crepa, esplicate; ¿qué falta has cometido?

Crepa era el nombre que en su niñez daban en Italia á la señorita Hortensia de Mancini, y que su tio acostumbraba usar todavia como prueba de cariño, era el nombre que el lector recordará que resonó siete años antes en las costas del Mediterráneo, acompañado de una especie de prediccion bien triste.

Crepa siguió callando, y el cardenal impaciente ya, preguntó con viveza:

—Sepamos, qué es lo que ha ocurrido?

—Ha ocurrido, monseñor, respondió Mad. de Venelle, que la señorita Hortensia, en lugar de oír la misa leyendo en su libro como debía, y como corresponde á una señorita de una casa ilustre, y sobre todo á una sobrinita de vuestra eminencia se entretiene en mirar á los jóvenes que asisten á misa.

—¿Es eso verdad, Crepa? preguntó el cardenal escandalizado.

Al mismo tiempo fijó en su sobrina una mirada que creyó llena de cólera, pero en la cual se podía leer fácilmente un gran fondo de indulgencia y casi pudiera decirse de admiración, porque la hermosura maravillosa de Hortensia, hermosura que tantos contemporáneos han exaltado hasta la idolatría, acaso no había resplandecido nunca con tanto brillo como en aquel momento en que un púdico rubor animaba sus mejillas con un vivo encarnado. Hor-

tensia de Mancini tenia entonces catorce años.

Precoz como lo son generalmente las italianas, presentaba ya el conjunto mas completo de todos los atractivos que á esa edad apenas se anuncian en la mayor parte de las mujeres. Así es que se la citaba como uno de los mas preciosos adornos de una corte que tal vez en ninguna otra época habia ofrecido á la vista una coleccion mas rica de tesoros de este género.

La jóven Hortensia habia permanecido un poco mas atras que su aya, y casi á la entrada de la sala; pero al oír la última pregunta que hizo el cardenal, se determinó á dejar una posicion propia de una persona culpada, y rompiendo el silencio, esclamó con una admirable sencillez:

—Válgame, Dios, tío mio! Tengo yo la culpa de que esos señores me miran sin cesar? Si yo no los mirase tambien alguna vez, creerian que tenia

miedo de que mi pobre corazón se dejase dominar por su buena presencia.

Esta respuesta no era demasiado católica; así es que el cardenal no pudo menos de arrugar el entrecejo y de hacer una seña á Mad. de Venelle para que se retirase; pero apenas salió la respetable viuda, no pudiendo sostener por mas tiempo un papel que habia tomado aquel dia muy contra su voluntad; cogió á su sobrina por la mano y trayéndola suavemente hácia sí, la hizo sentar en uno de los brazos de su sitial, y dándola familiarmente una palmadita en la mejilla, la dijo con cariño:

—Crepa, Crepa, haces muy mal en dar motivos de disgusto á Mad. de Venelle, que es tan buena para contigo y que cuida con tanto esmero de tu educacion.

—Es verdad, contestó en voz baja la niña, porque espera que en recompensa la den una gran pensión y alguno

buen empleo en la corte á su yerno, lo cual servirá de dote á su hija.

El cardenal, haciendo como que no habia oido esa observacion, continuó diciendo:

—Apenas pasa dia en que no reciba alguna queja de ti, Crepa; has de ser siempre tan coqueta?

A esta última pregunta hubiera podido responder Hortensia: «Tío, empiezo ahora,» pero el cardenal no la dió tiempo para contestar, y con el mismo tono que si hubiese estado en un confesonario reprendiendo á algun penitente de sangre real, continuó;

—Es un gran pecado distraer á los jóvenes, Crepa, sobre todo durante los oficios divinos, y San Agustin dice...

Hasta aqui la exortacion, aunque no muy severa como se vé, iba bastante bien, á pesar de la gota que atormentaba al cardenal, mas faltándole la cita que queria hacer de San Agustin, predominó al momento su carácter na-

tural, y dando un golpe en su silla con una petulancia verdaderamente italiana, exclamó:

—Y en fin, si no quieres mostrarte modesta en la iglesia por Dios hazlo á lo menos por los hombres.

Sonrióse Crepa al oír que el cardenal recapitulaba de una manera tan extraña un discurso cuyo preámbulo casi la habia asustado, y su tío, cogiéndola la cabeza con las dos manos y dándola un beso en la frente, añadió:

—Picarona! Sabes que te prefiero á todas mis sobrinas y por eso abusas de mi bondad.

—Me preferis á todas, tío mio? replicó Hortensia. En tal caso dadme una prueba de ello.

—Y que prueba quieres que te dé? No estás bien convencida de lo que te digo?

—No lo estoy del todo.

Y que quieres que haga para convencerte?

—Oh! No creais que voy á pedir os gran cosa; casadme.

Al oír esta última palabra se estremeció involuntariamente el cardenal y sin duda alguna se hubiera levantado de su asiento si la gota no se lo hubiese impedido.

—Casarte! exclamó. Casarte! estás loca, pobre Crepa; pues si todavía no has cumplido catorce años!

—Y que importa eso si encuentro un marido que me quiera de esa edad? Habeis casado á mi hermana Olimpia con el señor conde de Soisons; otro señor jóven y lindo, el condestable Colonna os ha pedido la mano de mi hermana Maria y se la habeis prometido; lo veo por qué razou yo sola me he de quedar soltera para que siempre me esté regañando Mad. de Venelle.

Diciendo así, la señorita Hortensia Mancini tenia un gestillo de mal humor que la sentaba perfectamente, y

empezaban á presentarse como perlas algunos lagrimones entre sus largas pestañas, de manera que el cardenal se mostró casi enternecido.

—Vamos, la dijo, consuélate; yo queria ocultártelo por ahora; pero al ver tu pesar no tengo ánimo para hacerlo. Si, Crepa mia, si; pienso en casarte, lo oyes?

—Es posible! exclamó la jóven estrechando entre sus brazos el cuello del cardenal y haciéndole las mas tiernas caricias; ¿no me engañais, tio mio? Oh! ¡Que bueno sois para conmigo y qué feliz soy yo! El tambien será feliz cuando lo sepa. ¡Pero cómo! ¿se ha atrevido á declararos su amor y pedirros mi mano? Vaya yo me vuelvo loca de alegría!

Inmutóse de una manera sensible el rostro del cardenal, y dijo con voz mal articulada:

—El! él!.... Quién es él?

—Cómo! replicó la pobre Horten-

sia toda azorada; no lo sabeis tio mio?

Sin duda el cardenal iba á saber muchas cosas, cuando se abrió de proo- to la sala en que pasaba esta escena, y entró en ella un paje. Era el paje favorito del cardenal, jóven lindisimo de quince á diez y seis años, de la fisonomia mas interesante, y cuyos cabellos rubios caian en sedosos rizos al rededor de un cuello digno de compararse con el del Apolo de Baldere. Llamábase don Alonso de Lara y Peñafior hermosos nombres castellanos cuya nobleza era tan grande como la pobreza del que los tenia, razon por la cual habia ido á buscar fortuna á Francia en la comitiva de la reina que poco antes se habia casado con Luis XIV.

—¿Qué es eso? preguntó el cardenal con mal humor, y sin reparar en la turbacion de aquel jóven ni en la mirada de inteligencia que habia mediado entre él y la señorita Hortensia de Mancini.

—Monseñor, respondió el paje, es el señor mariscal duque de la Meilleraye, que vuelve de su gobierno de Bretaña con el marqués su hijo, y á quien habeis prometido recibir esta mañana; entrambos desean entrar á presentar sus respetos á V. Ema.

—Pues han escogido buena ocasion; murmuró el cardenal dirigiendo una mirada oblicua á su sobrina. No importa; no puedo negarme á recibirlos porque se lo he prometido; y ademas; qué se diria si tratase con menos consideracion á personas que tocaban tan de cerca al difunto cardenal! Capaz seria el mariscal de sublebar contra mi toda la corte. Id, Alonso. id pronto, y decid que pasen adelante.

La señorita Hortensia hizo ademán de ir á retirarse, mas su tio la dijo con tono seco.

—Quedaos, señorita; os lo mando.

Sentóse Hortensia en un taburete al lado de su tio, despues de haber to-

mado de una mesa el primer libro que halló para aparentar que hacia algo, y era nada menos que el breviario de Paris.

El mariscal entró con su hijo, que era un jóven alto, bien parecido, bigote retorcido, rostro lánguido pero lleno de nobleza, y naturalmente tímido é inquieto, lo cual no dejaba de formar contraste con el ademan franco y marcial de su padre.

— ¡Querido mariscal! exclamó el cardenal luego que le vió, incorporándose un poco sobre uno de los brazos del sillón me alegro de veros lo que no es decible, y os doy las gracias por la bondad con que venis á visitar á un pobre enfermo.

— Monseñor, respondió el duque, permítame V. Ema que le presente, asi como á la señorita Hortensia de Mancini, una persona de quien le he hablado algunas veces y que tiene los mas vivos deseos de probar á V. Ema

que es, como yo, su servidor mas apasionado; mi hijo único Armando, marques de la Meilleraye.

—Sea muy bien venido; dijo el cardenal, que como todos saben poseia mejor que nadie el grande arte de disimular sus impresiones cuando le acomodaba; y volviéndose al jóven añadió: Los dos nombres que teneis son igualmente ilustres, pues el primero que os dió vuestro padrino, es el de un gran ministro de quien soy indigno sucesor, y el segundo que heredais de vuestro padre, es el de un célebre guerrero, que sabe bien cuanto le aprecio. No dudo que sostendreis dignamente uno y otro, y ya lo habeis probado en la última campaña, en que sé que os habeis batido con valor en servicio del Rey. Continudad asi; caballero, que el porvenir se os presenta largo y hermoso en un reinado como el de nuestro jóven monarca.

Durante esta alocucion el marqués

se había inclinado hácia el cardenal, pero sin poder responder una palabra, pues se hallaba totalmente absorto en la contemplacion de la hermosa jóven que veia delante de si, y cuya adolescencia realizaba tan perfectamente las promesas que había hecho su niñez. Estaba, pues, sentado en su silla, con la cabeza echada hácia delante, casi sin poder respirar, con los ojos fijos y como petrificado. El cardenal lo notó, y volviéndose hácia el duque le dijo con aire algo burlon:

—Querido mariscal: por qué no me habeis dicho que vos veniais á ver al tio y vuestro hijo á la sobrina? En tal caso no hubiera yo hecho mi gasto de elocuencia, lo cual me fatiga bastante el pecho de algun tiempo á esta parte.

—Perdonad á mi hijo, monseñor, contestó el duque; con efecto, me ha hablado muchas veces de la señorita Hortensia de Mancini, que no es en-

teramente desconocida para el.

—Me admira eso, replicó el cardenal, porque Mad. de Venelle no me ha dicho jamás una palabra de tal cosa, y Mad. de Venelle (añadió mirando fijamente á Hortensia) acostumbra darme cuenta de todo, como debe hacerlo una aya buena y fiel. Se han conocido en el convento de monjas de santa Maria de Caillot ó en el castillo de Brouage? Yo no sé que hayan podido ver en otra parte á la señorita Hortensia de Mancini.

Pronunció estas últimas palabras con mucha altanería, y el joven marqués creyó que estaba en el caso de tomar la palabra.

—Monseñor, dijo, han pasado ya siete años y medio desde que tuve la honra de ver por primera vez antes de hoy á la señorita Hortensia, porque me hallaba presente cuando desembarcó en Marsella, donde un pariente mio mandaba en nombre de S. M. Enton-

ces era yo todavía un niño, pero aquel recuerdo ha quedado gravado profundamente en mi memoria.

Tocó entonces á Hortensia el contemplar al jóven, pero no dió muestras de conservar en su memoria señal alguna del suceso que Armando de la Meilleraye acababa de recordar. El duque, que era un verdadero soldado, y que como tal, estaba poco acostumbrado á disfrazar sus pensamientos con circunlocuciones mas ó menos elegantes, mas ó menos hábiles, se resolvió de pronto á echar el pecho al agua, y dijo con la franca alegría que era habitual en él.

—A la verdad, morseñor no es extraño que mi hijo se acuerde y que la señorita Hortensia lo haya olvidado, porque cuando una linda niña besa á un muchacho en las dos mejillas, no es muy fácil que este lo olvide.

Al oír esto cubrió el rostro de Hortensia un vivo encarnado, y el mismo marqués no pudo menos de dirigir á

su padre una mirada de reconvencion. Hay recuerdos muy gratos que se reflejan con gusto á todo el mundo excepto á una sola persona, que es la que se halla asociada á ellos necesariamente. Desde aquel momento la conversacion, á pesar de toda la habiidad del cardenal y de toda la franqueza del duque, fué embarazosa para los cuatro; por fortuna se abrió de pronto la puerta de la sala con estrépito, y un oficial de la guardia anunció al cardenal de Mazarin que el rey venia á visitarle.

—Retiraos, Hortensia; dijo con tono de disgusto.

El anciano ministro habia aprendido á desconfiar de las interesadas visitas del monarca, desde que Olimpia y Maria, las mayores de sus tres sobrinas, habian sido sucesivamente objeto de los inconstantes amores del jóven Luis XIV, formando, por decirlo así, como los primeros eslabones de la famosa cadena de seductoras bellezas que han propor-

cionado al gran rey una buena parte de su inmortalidad. En aquel tiempo era todavía libre Luis XIV, y Mazarin pudo en sus sueños de ambicion esperar que algun dia se uniese su escudo de armas al escudo real de Francia; mas ahora se hallaba el rey casado con una infanta de España, y por consiguiente de nada podia servir que fuese cien veces mas hermosa, ó mas bien el ser tan hermosa era una razon mas para librarla de las peligrosas miradas del rey. Salió, pues, Hortensia, y el mariscal aprovechó aquella coyuntura para levantar el sitio y llevarse á su hijo, no queriendo turbar una conversación que sin duda debería versar sobre los mas importantes asuntos del Estado.

Mientras padre é hijo bajaban la escalera principal, el último levantó los ojos al cielo y lanzó un profundo suspiro.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? le preguntó su padre con una sonrisa que

decía mas que las palabras.

—Qué tengo, padre mío, qué tengo? respondió Armando con el tono mas melancólico. Escuchadme; quiero ser sincero y os ruego que no os incomodeis contra mí, si mis palabras son una ofensa para vos, como talvez son un pecado con respecto á Dios; pero nada me importa morirme tres meses después, con tal que sea mi mujer la señorita Hortensia de Mancini.

Dos personas que subian al mismo tiempo la escalera, cruzándose con el padre y el hijo, percibieron las últimas palabras. Eran dichas personas un señor como de cuarenta y cinco años, de aspecto marcial y ojos llenos de fuego y de malicia, que brillaban bajo unas cejas muy pobladas, y una mujer bastante jóven, según lo que se podía juzgar entre los pliegues de un manto de seda de color oscuro, que cubría su cuerpo, y á pesar de la careta de terciopelo negro, que ocultaba su rostro.

tro según la moda de aquella época.

—Peste! exclamó riéndose el hombre de las cejas espesas. Un amor tan fino no bien merece ser recompensado. Qué os parece señora?

La persona á quien se encaminaba esta pregunta lanzó por entre las estrechas aberturas de su careta una larga mirada al joven Armaudo de la Meilleraye, y volviéndose después hácia su interlocutor dijo:

—Y quien os dice, caballero, que no lo será?

—Por mi parte, señora, replicó él, confieso francamente que no entiendo ni creo en la astrologia ni en la quimancia.

—Haceis mal, Mr. de Saint-Evremond.

—Calla, calla! Conque también sabéis mi nombre! Cómo es eso? porque yo no conozco vuestra voz.

—Quién no conoce al mariscal de campo Mr. de Saint-Evremond, al guerrero mas voluptuoso, al mas belicoso li-

terato de todo el reino? Quien no conoce al amante y amado de Marion de Lorme, de Ninon de Lenelos, de ...

—Basta, señora; por piedad. A fuerza de hablarme de lo pasado acabareis por hacerme desconfiar del porvenir.

—Y acaso no sería sin razón, porque ó yo me engño mucho, ó se acerca el término de vuestras prosperidades en guerra, en galanteria y en fortuna.

—Oh señora! No necesitaba yo tener la honra de haberos encontrado para saber que me voy haciendo viejo.

—No lo sabeis lo bastante.

—Qué quereis decir, señora?

—Que la edad viene, es verdad; pero ¿vienen con ella el juicio y la prudencia?

—Eso es decir que no los tengo.

—Algunas veces os faltan.

—¿En este momento acaso?

Oh! Un hombre de la sagacidad de Mr. Saint-Evremond, nunca se aventura á decir mas de lo que debe.

—¿Olvidais, señora, que por decir una agudeza he pasado ya tres meses en la Bastilla? Ahora ya no quiero hablar.

—Sin embargo, es menos malo que escribir.

—No lo creo yo así.

—Puede que no se pase mucho tiempo sin que os convenzais de ello.

—Señora, escitais mi curiosidad en alto grado; parece que me conoceis mucho, y sin embargo por mas que trato de recordar me parece enteramente desconocido el sonido de vuestra voz.

—No es extraño, caballero, porque esta es la primera vez que me veis.

—Creed, señora, que haré cuanto esté de mi parte porque no sea la última.

—¿Estais bien seguro de ello, Mr. de Saint-Evremond? Yo apostaría á lo contrario.

—Está buena la chanza! Para eso

seria necesario que fuéseis fea, vieja y necia. Lo último sé ya demasiado que no lo sois; pondría la cabeza á que sois jóven, y en vuestra mano está el probarme que sois hermosa, con solo levantar vuestra careta, en cuyo caso me declaro al momento vuestro caballero.

—Olvidais acaso que lo sois ya de una señora de la corte, con quien tenéis una cita esta noche, en este mismo palacio, mientras se halla ausente su marido? Quereis que os diga tambien el nombre de la señora?

—Oh! No, no es necesario. Sabeis, señora, que tanto saber me mete miedo?

—Pues; qué seria si os digese mi nombre!

—Espero que no me [le ocultareis.

—Precisamente eso es lo que pienso hacer.

—Sois de la corte, no es verdad señora?

—Soy de la corte y del pueblo.

—Pero ahora caigo! Soy bien grosero, pues hasta este momento no os he ofrecido mi mano. Dignaos tomarla.

—Muchas gracias; voy siempre sola.

A lo menos no me estará prohibido el seguiros.

—Podeis hacer lo que gustéis, caballero.

En este tiempo Mr. de Saint-Evremond y la extraña compañera á cuyo lado habia caminado, llegaban á la parte de palacio que habitaba el cardenal de Mazarin y á la puerta misma de los aposentos del ministro. La desconocida se detuvo y Saint-Evremond hizo otro tanto diciendo:

—Veniais acaso á visitar á su eminenencia, señora?

La tapada hizo una señal afirmativa, y el mariscal de campo exclamó:

—Vive Dios! Es un encuentro asombroso! Yo tambien vengo á ofrecer mis respetos al señor cardenal, y ya veis que

os tendreis que resignar, no solo á que vea vuestro rostro sino á que sepa vuestro nombre.

En el momento que decia esto se acercó un ugier que estaba á la puerta de la habitacion del cardenal y dijo en voz alta.

— Su eminencia acaba de dar orden para que se cierren las puertas, porque hoy no puede ya recibir á nadie.

— Esta ya es otra cosa! exclamó Saint-Evremond. Pues aunque tuviera que seguir hasta Roma, señora, habreis de permitir que lo haga.

La señora de la máscara no respondió palabra: pero llamó á parte al ugier del cardenal, le dijo algo al oido y el hombre bajando respetuosamente la cabeza dijo con la mayor atencion.

— Venid, señora; voy á anunciaros.

Entonces la desconocida hizo una profunda reverencia á Mr. de Saint-Evremond, y le dejó á la puerta, sin saber lo que le pasaba.



CAPITULO III.

Una visita del rey al cardenal fué bastante corta, lo primero porque en 1660 Luis XIV estaba entregado á pensamientos y ocupaciones mucho mas importantes para él que los negocios del estado, pues los torneos, los bailes y las intrigas amorosas ocupaban casi exclusivamente su ánimo, y ademas porque aun suponiendo que alguna vez le hubiesen acometido pensamientos mas sérios enme-

dio de sus fiestas y le hubiesen recordado la posición que le convenia, es muy dudoso que Mazarin y Ana de Austria, pálidos fantasmas que continuamente se hallan interpuestos entre él y su pueblo, hubiesen consentido en dejar en sus manos las riendas de un carro que estaban acostumbrados á guiar de comun acuerdo hacia ya muchos años. Apenas se retiró el jóven monarca, el cardenal, despues de haber mandado que no dejasen entrar á nadie en su gabinete, envió á buscar á su sobrina Hortensia.

—Vamos, la dijo con el tono mas afectuoso luego que la tuvo á su lado; mi querida Crepa; en el momento en que vinieron á interrumpir nuestra conversacion el fastidioso mariscal de la Meilleraye y su estirado hijo, me parece que te disponias á confiarme la pasion que te habia inspirado algun señor de la corte. Ahora te

escucho, hija mía; nada temas, pues sabes que siempre he sido muy indulgente contigo, acaso demasiado, si hemos de creer á tus hermanas, que tienen envidia del cariño que te profeso. Quién es ese jóven?

Hortensia, que habia tenido los ojos bajos durante esta alocucion, los levantó cuando oyó que su tio habia acabado, y lanzando al cardenal una furtiva mirada, conoció al momento toda la estension de la falta que habia cometido, dejando que sospechase el secreto que mas reservan todas las muchachas, la persona de quien mas interés tenia en ocultarle. Por mas astuto y sagaz que fuese Mazarin, su sobrina aunque muy niña le conocia demasiado para no adivinar que bajo la máscara tranquila y risueña con que habia engalanado su semblante, ardian interiormente el despecho y la cólera. Si habia disimulado estas impresiones era porque le obligaba á ello alguna

tenebrosa maquinacion que estaba fraguando en lo íntimo de su alma. Por consiguiente le respondió con una sencillez por lo menos tan bien aparentada como la del cardenal:

—Perdonadme, querido tío, si os he engañado con una chanza; la verdad es que yo no amo á nadie despues de Dios sino á vos, á mis hermanas y al rey, y como es imposible que me case con ninguna de estas personas, pienso por ahora permanecer soltera.

—Y yo, replicó el cardenal con tono malicioso, creo, señorita Hortensia que estais cometiendo en este momento un gran pecado.

—Qué pecado, tío mio?

—El de mentir.

—Tío!

—Eso es mal hecho en verdad, muy mal hecho, porque al fin prueba que desconfias de mi, de tu buen tío que te quiere tanto. Vaya, Crepa, hábla-

me con franqueza; ¿no es verdad que hay en el mundo algun caballero que te hace la corte, que á ti te gusta y que no te atreves á decírmelo porque acaso la fortuna no le ha tratado en punto á riquezas tambien como yo pudiera desear? ¿Y qué importa eso, hija mia, con tal que pertenezca á una familia ilustre? Bien sabe Dios que las riquezas no me importan nada. Además, si es jóven... ¿es jóven, verdad?... se le podrá hacer que adelante en la corte; antes de llegar el arbol á serlo, ha sido arbolillo, y yo mismo que te estoy hablando, no he sido desde luego cardenal y primer ministro. Con que ese caballero es...

Habia tanta bondad aparente en las palabras de Mazarin, y sobre todo en el tono con que las acentuaba; aquel hombre, célebre, cuando sus intereses se lo aconsejaban, sabia tan perfectamente subyugar y fascinar aun á los que mas desconfiaban de él, que Hor-

tencia dudó si por acaso, su tío hablaría con sinceridad, y si convendría coger al vuelo una ocasión que podía no volver á presentarse en mucho tiempo. Inquieta indecisa, fijó en el cardenal sus rasgados ojos en que brillaba ya una precoz penetracion, y de pronto con una gracia indecible, echó los dos brazos al cuello del anciano ministro esclamando:

—Ese caballero... sois vos, tío mio.

Mazarino que pensaba haber cogido ya su presa, no pudo contener un gesto de mal humor; mas sin embargo, conociendo que el medio mas seguro para conseguir sus fines era no manifestar ninguna desconfianza, dijo desenlazando cariñosamente los brazos de su sobrina:

—Esta es otra. Vamos, eres una loquilla que en tu vida tendrás un grano de juicio, y serás capaz de hacer perder á los demas el poco que tengan. De aqui en adelante trata de no dar-

me, en que pensar con tus caprichos; porque mira, t'repa, soy tan crédulo, que á ojos cerrados habia caido en el lazo que me has tendido. Si por cierto; esa alegría tan bien imitada cuando te hablé de casamiento, ese enamorado tan tímido que al fin se habia atrevido á pedirme tu mano, todo eso lo habia tomado por moneda corriente. Vaya una novela! Y yo la habia creído! Qué mentecato soy! Tienen razon en las comedias para burlarse de los tios, y sin duda tú te vas á reir bien á mi costa con tus hermanas. Ja! ja! Ahora me rio yo de mi mismo; no tengas reparo y riete como yo.

Diciendo asi, soltó la carcajada el cardenal y se dejó caer sobre uno de los brazos de su sillón. Hortensia, aunque muy cortada por aquel arrebató de hilaridad, tomó parte en él lo mejor que pudo, y asi acabó una conversacion que al principio amenazaba terminar de una manera casi trágica. Mas apenas

llegó á su cuarto la pobre jóven, se arrojó en una silla y empezó á derramar copiosas lágrimas.

Haria un cuarto de hora que se hallaba en aquel estado cuando abrieron de pronto la puerta de la habitacion. Hortensia se estremeció y enjugó sus lágrimas, pues se figuró ver el rostro frio é impassible de Mad. de Venelle, y creyó tener que dar una cuenta exacta del motivo de su llanto; pero afortunadamente la terrible aya se hallaba en aquel momento ocupada en otra parte, y la persona que entró tenia muchos títulos (especialmente entonces) para escitar toda la simpatia de Hortensia. Era la segunda de sus hermanas, la célebre y desdichada Maria de Mancini, cuyas gracias y talento habian subyugado por tanto tiempo á Luis XIV; la misma que á no haber sido por la oposicion de Ana de Austria, hubiera sido probablemente reina de Francia; aquella, en fin, que nueva Berenice, había

dicho á su real amante el día que se arrancó de sus brazos para ir á la soledad de Brouage, en la costa del Océano, no á tratar de olvidarle sino de que la olvidase á ella:

«Sois rey, llorais, y yo de vos me alejo.»

Al verla Hortensia corrió hácia ella, y arrojándose en sus brazos, exclamó entre sollozos:

—¡Ab, Maria, Maria! ¡Yo tambien soy muy desgraciada!

—Pues ¿qué hay? ¿qué sucede? preguntó Maria abrazándola tiernamente. ¡Habrás sabido mal la leccion de baile ó de música, pobre Crepa, y te habrá reprendido como acostumbra Mad. de Venelle! Vaya, cuéntame lo que es, para que pueda consolarte.

—¡Ay hernana mia! replicó dolorosamente Hortensia. Es peor que todo eso.

—¡De veras, dijo Maria con una sonrisa melancólica. ¿Sabes que me vas

asustando? ¿Cuál es la enorme falta que has cometido?

Y viendo que Hortensia se tapaba el rostro con las dos manos y nada respondía, continuó:

—¿Has questrado a'gun objeto de gran valor en la galeria de nuestro tio y no te atreves á presentarte á él?

—Peor que eso.

—Entonces no sé que puede ser.

—No te enfades, hermana mia; yo te lo diré si me prometes por lo mas sagrado que hay en el mundo no manifestárselo á nadie, ni aun á nuestra hermana Olimpia.

—Es un secreto de tanta importancia!

—Si, hermana mia, es un gran secreto.

—Pues bien, Hortensia, te lo juro... por él.

—Enhorabuena. Has de saber, Maria, que hay aquí, en este palacio, un jóven... que me ama.

—Pero ¿le amas tu tambien á ese jóven, Hortensia?

Púsose ella sumamente encarnada y se arrojó segunda vez en los brazos de su hermana.

—Pobre niña! exclamó Maria. Ya! Y apenas tienes catorce años!

—Hermana, no tenías tu muchos mas cuando empezaste á querer al rey.

—Es verdad, es verdad! Y quién es ese jóven?

—Ay hermana mia! Todavía es muy poca cosa, á pesar de que en su país pertenece, segun me ha dicho, á una casa muy ilustre.

—Dios mio! Te ha hablado?

—No, hermana, pero me ha escrito.

—Y le has respondido?

—Solo una vez.

—Y quien es, desdichada?

—Alonso de Lara, el page favorito de nuestro tío.

—Otro niño! Crepa, pobre Crepa mia, te compadezco, mas bien, tú tienes ra-

zon, somos dignas de compasion las dos y es una suerte estraña y fatal la nuestra. Yo he amado... yo amo todavía á una persona superior á mi, y Dios me ha castigado cruelmente; tú has preferido bajar, quiera Dios que eso no te traiga tambien alguna desgracia.

—Ay, hermana!

—Figúrate tu si lo descubriesen mi tio ó Mad. de Venelle! Tú, á quien idolatra el cardenal entre todas nosotras; tú, en quien ha concentrado toda su ambicion y todas sus esperanzas! Tú, Hortensia, para quien ha desechado, segun dicen, los mejores partidos, no solo del Reino sino de toda Europa, el duque de Saboya.

—Si; pero hubiera tenido que sacrificar los intereres de Francia.

—El rey de Inglaterra.....

—Entonces estaba proscripto y errante.

—Y hoy que se halla en su trono quien te dice que no podrá hacerse

tal matrimonio? Milord Saint-Alban y milord Montagu, favoritos de Carlos II, apoyan los intereses del cardenal y necesitan de él; además, el rey Carlos ha visto tu retrato y dice que estás loco por ti.

—Ah, Maria, Maria! compadécete de tu hermana y no me hables de ese modo, porque tus palabras aumentan mi desesperacion. Si supieses lo que ha sucedido hoy mismo! He estado á punto de descubrirme delante de mi tio, y si no le hubiera conocido tan perfectamente, acaso le hubiese revelado...

—Oh! Eso hubiera sido perder por lo menos á uno de los dos.

---Lo he conocido así y he tratado de disipar todas sus sospechas. Dios quiera que lo haya conseguido! Pero tiene tanta penetracion y sabe disimular tan perfectamente, que no me atrevo á esperar...

—Pobre Hortensia!

—Ya ves, Maria, cuanto necesito de tus consejos y de tu auxilio. Qué te parece que debo hacer?

—Escúchame, dijo Maria, bajando la voz y cogiendo misteriosamente la mano de su hermana; si á tu vez quieres jurarme por todo lo mas sagrado que haya para tí en el mundo que no revelarás á nadie lo que voy á confiarte, todavia puede haber esperanza para ti.

En tanto que Maria de Mancini hablaba de este modo, se habia entristecido su semblante y sus negros ojos brillaban con un fuego que hacia mucho tiempo no se veia en ella, y que era casi lúgubre. Hortensia la miró fijamente, y poseida de un vago terror, respondió temblando:

—Hermana, te lo juro... por él.

—Pues bien, replicó Maria; has de saber que nuestra hermana mayor, la condesa de Soissons, me ha proporcionado el conocer á una mujer que

sabe perfectamente todo lo que pasa en la corte, y en la ciudad, una mujer que sabe lo que ha de suceder, y...

En aquel momento perdió el color Hortensia, y apretando la mano á su hermano la hizo seña de que callase, porque su oído inquieto acaba de percibir como el ruido de una respiracion que se procuraba contener, al otro lado del pesado repostero de tapiceria que cubria la puerta, y en el mismo instante se levantó el tapiz y se presentó en persona Mad. de Venelle, que dirigió á las dos hermanas una mirada como de sospecha, y preguntó:

—¿Qué haceis aqui, señoritas? ¿No habeis oido que han tocado á vísperas? Venid conmigo; todo el mundo está ya en la capilla.

—¡Es ya hora de vísperas! exclamó Hortensia. ¡Válgame Dios! Lo siento mucho porque van á verme con el mismo vestido que tenia esta mañana en misa.

Quería Hortensia con estas palabras evitar las sospechas de su aya, ó eran una exclamacion que se le escapó espontáneamente por efecto de sus pocos años? Fuese una cosa ú otra, su hermana al oirla no pudo menos de hacer un gesto de sorpresa, Mad. de Venelle se encogió de hombros fijando en la pobre jóven una mirada de enojo, y las tres juntas se dirigieron hácia la capilla.

Los oficios fueron muy largos, y al acabarse estaba ya para terminar tambien el dia. En el momento en que las sobrinas del cardenal salian de la capilla y en medio de la apretura inevitable en tales circunstancias, sintió Hortensia que una mano buscaba la suya é introducía entre sus dedos una cosa como un billete. Estremecióse porque aun habia luz bastante para que reconociese á su lado al encantador pagecillo de cabellos rubios y rizados, de mirada suave y melancólica: este

desapareció casi en el momento, pero en la rápida mirada que se cruzó con la de Hortensia creyó esta ver que el paje estaba mas triste que de costumbre, y aun le pareció haber distinguido señales de lágrimas entre sus párpados.

¿Qué ocurría, pues, y que nueva desgracia la amenazaba en la persona de Alfonso? No pudo saberlo hasta bastante tarde, porque la implacable aya no se separó de ella ni un solo momento y aun se la acojó estar presente mientras se desnudaba. Cuando por fin se vió sola, desplegó el papel con una angustia casi febril y leyó lo que sigue á la luz de la lamparilla.

«Señorita: si es cierto que mirais con alguna piedad á un desgraciado que muere de amor por vos, concededme águnos momentos de conferencia. Es la primera y la última que me atrevo á pedir, podré esperar que no me la negareis? Pasaré toda la noche debajo de

vuestro balcón esperando la respuesta. Mañana ya no será tiempo.»

No pudo menos Hortensia de derramar algunas lágrimas al leer aquel funesto billete, que en medio del misterio que encerraba estaba escrito de manera que necesariamente habia de ahogar en el corazón de la óven la duda y la esperanza, si es que conservaba alguna. Estando haciendo conjeturas acerca de lo que podria ser, dió las doce el reloj de palacio. «Las doce! dijo entre sí: las doce ya y sin duda está ahí! Espera que yo abra la ventana, pero puedo hacerlo? debo hacerlo? Ob! No. Sin embargo, ese pobre jóven vá á pasar toda la noche debajo de los balcones, y si alguien le conoce qué pensarán de él? Qué pensarán de mí misma? Dios mio! Qué será lo que tenga que decirme? No soy ya bastante desgraciada?»

Diciendo así, se levantó Hortensia, se envolvió en un manto y metiendo

sus pies desnudos en las zapatillas de terciopelo, se dirigió con mucho silencio hácia la ventana. Cuantas precauciones debia tomar para abrirla, á fin de no despertar á Mad. de Venelle, cuyo alcoba solo estaba separada de la de Hortensia por un gabinete de tocador! Cómo la palpitaba el corazon durante aquella operacion delicada! Empezó por abrir muy despacio las maderas interiores, pero al punto la ocurrió que podia percibirse desde fuera la luz de la lamparilla y llamar la atencion de alguna ronda; además conocia que hacia mal y la oscuridad al mismo tiempo que sirve para ocultar las malas acciones, dá casi siempre valor para ejecutarlas. Apagó la lamparilla, y las dos hojas de la madera del balcon giraron sobre sus goznes con tanto misterio, que el mas atento observador no hubiera podido formar sospecha alguna.



CAPITULO IV.

Luego que empezó á entrar en el cuarto el aire fresco de la noche, sacó la niña su hermosa cabeza por entre las maderas del balcon, que no estaria elevado del suelo arriba de ocho ó diez pies. La noche estaba bastante oscura, pues era una verdadera noche de noviembre, cubierta de niebla y sin estrellas. Ni una sola luz brillaba entre la multitud de ventanas que habia en las

cuatro fachadas del pátio principal de palacio, ni se percibía á lo lejos otro ruido que el paso acompasado de los centinelas debajo de la gran bóveda inmediata á la entrada, y de cuando en cuando el mugido melancólico del viento de la roche, que se llevaba las últimas ojas de los árboles del parque.

Aventuróse Hortensia hasta sacar el cuerpo fuera de la balaustrada de hierro del balcon, y entonces percibió debajo de este una forma humana envuelta en una capa, y con la cabeza cubierta con un sombrero de alas anchas. Era con efecto Alonso, que como verdadero amante español, hacia centinela junto á la ventana de su amada, esperando con paciencia á que Hortensia se dignase tener compasion de su doloroso martirio; solo que por toda serenata, el pobre jóven tenia que contentarse con el ruido mas ó menos armonioso que formaba la brisa entre los árboles.

Por mas invisible que quisiera hacerse en su balcon la señorita Hortensia de Mancini, y por mas oscura que estuviese la noche, no se escapó á las ardientes miradas del jóven enamorado. Luego que la vió se quitó Alonso respetuosamente el sombrero y colocó la mano en el corazon; y en seguida, aprovechando ciertos adornos de relieve de la pared, trepó con agilidad hasta la barandilla, á la cual se agarró con las manos, Hortensia, asustada, se retiró involuntariamente; pero él la dijo con voz humilde.

—Señorita: os ruego que no tengais temor alguno; bajaré al suelo si esa es vuestra voluntad, pero entonces no podré distinguir vuestros ojos encantadores, y están poco tiempo el que me queda de verlos, que espero no me negareis ese precioso favor.

—Quedaos, dijo Hortensia con emocion, pero prometedme que no tratareis de atravesar la barandilla.

—Señorita, juro por las cenizas de mi madre conformarme en todo absolutamente con vuestra voluntad. No soy vuestro esclavo? Dejadme únicamente que os bendiga como á la Virgen que está en los cielos, porque os habeis dignado acoger mi humilde ruego; dejadme que me embriague con el sonido de vuestra voz, y dignaos alargarme la mano á fin de que pueda estampar mis labios en ella. Entonces, señorita, ya podré morir.

=Morir, Alonso! exclamó Hortensia con voz trémula. Por qué hablais de ese modo, y qué significa el billete que me habeis dirigido? Explicaos, explicaos por Dios, porque ese billete y vuestras palabras me tienen helada de espanto.

=Ah! ¿No sabeis que antes que raya el dia es preciso que salga de este palacio y que me vaya lejos muy lejos de aquí, y sobre todo de vos? Y lejos de vos señorita ¿puedo hacer otra cosa que morir?

—Os vais, Alonso! Os vais! Pero por qué?

—Preguntádselo al señor cardenal. En tanto que asistiais á vísperas en la capilla, Su Ema. me ha enviado á llamar y me ha dicho que el rey necesitaba una persona segura para llevar á su magestad católica un mensaje de la mayor importancia, que me habian elegido para ello y que así hiciese al punto mis preparativos de marcha.

—Cómo ha de ser, Alonso! Es una separacion cruel, es verdad, pero que no puede ser muy duradera.

—Ay, señorita! En el primer momento lo pensé yo tambien como vos; pero el señor cardenal añadió fijando en mí una mirada que jamás olvidaré, una mirada que me mataba porque parecia que leyese en el fondo de mi alma mis mas sentidos pensamientos: «no dudo, Alonso, que su magestad católica os recompensará dignamente dándoos en su ejército algun empleo cor-

respondiente á vuestro distinguido nacimiento. El mensaje que llevais se lo ruega así espresamente.» Al oír estas palabras sentí que perdía el color y estuve para caer al suelo; sin embargo, disimulando mi desesperacion lo mejor que pude, tuve fuerza bastante para responder á S. Ema. que le daba las gracias por sus bondades, pero que siendo la Francia mi país de adopcion, á menos que no disgustasen á S. Ema. mis servicios, le suplicaba que me permitiese que volviera á continuarlos luego que hubiera desempeñado mi comision.

—Y qué respondió, Alonso?

—El señor cardenal arrugó el entrecejo y al momento conocí que alguien le habia revelado el amor que os profesó, porque me contestó con un tono cruelmente burlesco.

—No acostumbro retractarme de lo que una vez he dicho. No obstante, nada hay que no sea capaz de hacer por vos, Alonso, y si tanto empeño teneis

en volver á Francia, podreis muy bien hacerlo. Yo cuidaré de que os preparen alojamiento, pues no faltan en el reino prisiones de estado.—Con esto se echó á reir mirádomme con ademan de desprecio y mandándome con un gesto que me retirase.

—Dios mio! exclamó Hortensia cubriéndose el rostro con las manos. Dios mio! Compadeceos de nosotros!

Entrambos jóvenes confundieron sus lágrimas, y al cabo de pocos instantes dijo Hortensia:

—Maldecidme, Alonso, porque mi atolondramiento es la causa única de todo esto.

—Oh! exclamó el joven con viveza. Aun cuando me esperase la muerte mas cruel al pié de este balcon, moriria bendiciéndoos.

—Pobre joven! Dios os proteja! Pero ¿sabeis que sin duda acechan vuestros pasos, que á esta hora probablemente andan en busca vuestra y que

si os ven en este sitio, no tendrá mi tío compasion alguna con vos? Temedlo todo de su venganza, y huid, Alonso, huid, mientras es tiempo todavia.

—Y ¿qué me importa ya la venganza del cardenal? Puesto que no os he de ver mas, todo se ha acabado, todo se ha perdido para mi.

—No habéis de ese modo, Alonso yo os lo ruego. Es preciso que vivais, yo lo exijo, que no todo está acabado ni perdido. El tiempo y yo, es la divisa del cardenal; yo quiero que la vuestra sea. El tiempo y Hortensia, ¿lo ois, Alonso? Si, pobre niño; ya que en este momento no teneis patria, ni familia, ni bienes, ni acaso amigos, yo quiero ser para vos todas esas cosas que os faltan; quiero que tengais fé en mi como en vuestra estrella; quiero ser la hada cuya varilla mágica haga que á vuestro pasado de dolor y miseria se siga un risueño porvenir. Ahora podeis marchar, Alon-

so, porque juro aquí, en presencia de Dios y vuestra, que mientras vivais no seré de ningún otro hombre.

En tanto que el jóven, palpitando y sin saber lo que le pasaba, se embriagaba con todas las sensaciones que esas tiernas palabras producian en su alma, Hortensia habia inclinado su cabezacaasi hasta la barandilla del balcon, y los rizos de sus hermosos cabellos negros, movidos caprichosamente por el viento de la noche, venian á rozar con los labios del enamorado page. En aquel momento tan delicioso y solemne se oyó á corta distancia un ruido como de ventana ó puerta que abrian con precaucion. Hortensia se estremeció y aplicó el oido y un momento despues al sonido, que habia percibido, vino á juntarse otro mas terrible todavia y alarmente, pues en lo interior de la habitacion resonó terrible y amenazadora, como resonará la trompeta del arcángel en el dia del juicio, la voz del

Argos implacable encargado de la custodia de la señorita Hortensia de Mancini, como aya y bajo la forma de Mademoiselle de Venelle. Asustada Hortensia se retiró y cerró precipitadamente el balcón, e intentó tanto que por su parte Alonso se bajaba de él.

Apenas había puesto los pies en el suelo cuando le faltó poco para caer al impulso de un hombre que pasando precipitadamente á su lado, le tropezó con fuerza. Echó un voto enérgico el tal hombre, y en seguida, cogiendo al joven por el brazo, le miró de cerca, porque aquella noche, como hemos dicho, estaba oscura, y exclamó en voz baja:

—No me engaño! Es don Alonso de Lara, el page mas encantador del mundo!

—El señor mariscal de campo M... de Saint-Evremond! dijo Alonso, algo desconcertado.

—Y qué diablos venis á hacer en el pátio de palacio á esta hora, liado page

—Qué buscáis en ella vos mismo, señor mariscal de campo? replicó él.

—Oh! En mí es otra cosa. Me gusta mucho la caza de espera.

—Ah!

—Sobre todo cuando la noche está oscura. Por desgracia para mí, hace mucho tiempo que me dedico á ese ejercicio, pero vos...

Mr. de Saint-Evremond levantó la vista en la dirección del balcon de la señorita Hortensia de Mancini, y volviéndola á fijar en el page, que estaba mudo y como petrificado, continuó:

—Vos sois todavía un niño, y no os atreveis según veo á perseguir la caza real. Pues mirad lo que haceis, hidalguito mio, porque se trata nada menos que de la cuerda, entendeis?

—Qué quereis decirme con eso? preguntó el page.

—Lo que quiero deciros lo vais á saber al momento, amigo mio, porque como buen cazador tengo la vis-

ta larga y el oído fino, y siento que vienen hácia nosotros gentes que podrán enseñarnos lo que cuesta el descolgarse de noche de los balcones de las señoritas. Ahí se acerca la guardia de la puerta.

—Por Dios! exclamó el jóven pálido como la muerte. Por Dios, Mr. de Saint-Evremond! Salvadla! Salvadnos.

—Hola! No me habia engañado yo! Escuchadme. En el momento que la ronda vaya á sacar su linterna, calaos el sombrero hasta los ojos, cubrios la cara cuanto podais con la capa, y no me desmintais en nada, pues de otro modo estais perdido.

Al mismo tiempo levantó la voz Saint-Evremond, segun se iba acercando la guardia, y empezó á decir:

—Ah bribonzuelo! Con que te vienes aquí á decir cosas á las criadas de la señorita de Mancini! Anda, anda, que yo te llevaré á tu preceptor

para que te eche una buena reprimenda en griego y en latina; anda libertino, yo te enseñaré á que hagas el amor á criadas, y si vuelves á encarnallarte otra vez, no me faltarán herederos sin dejarte á ti nada.

A todo esto habia llegado la guardia, que se detuvo al conocerle; y él con la mayor tranquilidad les dijo:

—Señores: siento haberos incomodado. Es el tuantuelo de mi sobrino Du Guast, á quien he tenido que venir á buscar yo mismo á esta hora de la noche, para llevármele agarrado por una oreja y quitarle que hable con una criada. Os ruego que nada digais por evitar escándalo. Buenas noches, señores; me vuelvo corriendo á mi casa porque tengo miedo de una pleuresía.

Mr. de Mirepoix, alferez de la guardia, que mandaba la ronda, respondió:

—Por fortuna suya no es vuestro

sobrino á quien buscamos, señor mariscal de campo, y podeis seguir vuestro camino cuando gustéis. Su eminen-
cia os aprecia mucho, y nosotros
somos siempre vuestros servidores.

Mr. de Saint-Evremond le dió las
gracias y se dirigió apresuradamente
hácia la puerta en compañía del su-
puesto sobrino.

—Vive Dios! exclamó Mr. de Mire-
poix, luego que el mariscal de campo
volvió la espalda. Este Mr. de Saint-
Evremont tiene cosas originales; no
quiere que un buen perro imite á su
raza.

=Eso es, dijo un soldado, que el
diablo harto de carne se metió fraile.

=Es verdad, replicó otro; pero
hay diablos que son diablos toda su
vida, y yo apuesto á que Mr. de Saint-
Evremont ha de ser uno de ellos.

Acaso hubiera continuado la con-
versacion de este modo, si Mr. de Mi-
repoix, poniéndose sério no hubiese
dicho:

—Señores, no se debe hablar estando sobre las armas, y además sabéis que es encargo desagradable el que tenemos que cumplir en este momento. Ese page español del señor cardenal debe haber cometido algún gran crimen, porque la orden es que se le lleve inmediatamente á la Bastilla.

Durante este tiempo, Alonso de Lara salía de las puertas del palacio de San German, gracias á la poderosa intervencion de Mr. de Saint-Evremond, y un cuarto de hora despues se hallaba libre, sano y salvo, en compañía del mismo señor á la entrada del bosque, sin que ni uno ni otro hubiesen pronunciado palabra desde que salieron del Palacio. Luego que estuvieron en aquel sitio solitario, el mariscal de campo creyó que debía romper el silencio, y dijo al page.

—Amigo mio: si me creéis no debéis permanecer ni un momento mas

en este sitio real de San German, y para ponerlos en el caso de alejaros lo mas pronto posible, voy á daros mi caballo, que me espera, con un criado á pocos pasos de aqui, y que me habia de servir para volver á Paris. Es un excelente animal, que me ha servido en todas mis campañas, y que os llevará á muy buen paso, sin que tengais necesidad de obligarle; montad sin miedo y fiaos en él para estar dentro de pocas horas bien lejos de aqui. Si quereis seguir todavia mas mi consejo, salid de Francia lo mas pronto que podais, y ocultáos en alguna tierra estranjera, donde esperareis á que Dios en su bondad se sirva llevarse para si al señor cardenal, lo cual espero por vos y acaso tambien algo por mí, que no podrá tardar mucho. Ah! no bastan consejos; tambien debéis necesitar dinero; tomad mi bolsillo: cabalmente esta noche he tenido suerte en el juego y está bastante provisto. Ea hijo

mio abrazadme y el cielo os guie.

—Ah, señor mariscal de campo! exclamó el page echándole los brazos al cuello, ¿Cómo podré pagar tantas bondades?

—Dejaos de eso; entre verdaderos caballeros no se presta, se da. Vos necesitais en este momento un caballo y un bolsillo, y yo puedo pasarme sin una cosa ni otra; perfectamente. Además, amiguito mio, desde la vergonzosa paz de los Pirineos, que nos ha condenado al ócio á los militares, y nos ha hecho colgar de un clavo las armas, tengo yo cierto rencor al cardenal, y no me pesa jugarle una pasada. Vos sois amante de su sobrina Hortensia, ¿no es verdad?

—Mr. de Saint-Evremond, semejante pensamiento es un ultraje hecho á esa señorita, y yo...

—Peor para vos si no es así, peor para vos. Hubiera sido un recuerdo muy ingrato que llevar para distraer

el fastidio del camino, y un buen hurto hecho con anticipacion al príncipe ó rey á quien la detienen. Pero no quiero deteneros mas tiempo; adios, amigo, haced de manera que os quieran todas las damas, bebed bien y pelead lo mismo; eso es todo lo que os deseo. En cuanto á mi, no paseis cuidado ninguno por esta noche; ahora mismo voy á pedir hospitalidad á mi amigo d' Olonne, que vive muy cerca de aqui, y beberemos algunas botellas de Burdeos, porque sea feliz vuestro viaje.

Diciendo así, el mariscal de campo y el paje se abrazaron tiernamente. Alonso montó con ligereza, volvióse por última vez hácia el paraje en que caía el palacio que encerraba todos sus pensamientos, deseos y esperanzas, metió los talones al caballo y el ruido del galope del animal fué desveneciéndose gradualmente entre los árboles del bosque.



CAPITULO V.

Para el 30 de noviembre. La corte acababa de trasladarse del palacio de San German al del Louvre, y el cardenal de Mazarino, por su parte, habia vuelto á ocupar el magnifico palacio que habia mandado construir cerca de la residencia real y de la de su predecesor. Serian como las seis de la tarde y en las inmediaciones de la casa del ministro habia un gran número

de cohes, literas, sillas de manos, y criados; agolpamiento que estaba muy en armonia con la multitud de cortesanos que llenaba los aposentos del cardenal. Con efecto, á pesar de que este, segun la opinion de los facultativos, podia vivir ya muy poco tiempo, el ser de su poder parecia que jamás hubiese estado tan radiante como en aquel momento en que iba á desvanecerse con su vida.

Mazarin, adornado, y perfumado segun su costumbre, estaba sentado á poca distancia de la chimenea en un gran sillón, delante de una mesa de juego, y jugaba á los naipes con el conde de Soissons, marido de la mayor de sus herinas. De pie detrás de su sillón y en actitud humilde y respetuosa estaban los primeros señores del reino, que observaban con el mayor interés, á lo menos en la apariencia, todas las vicisitudes del juego. Al lado de la chimenea en dos taburetes colocados en la mis-

la línea que el sillón del cardenal, se hallaban sus dos sobrinas Maria y Horacia de Mancini.

El ministro con la cabeza inclinada hacia los naipes parecia completamente entregado á las combinaciones del juego, pero hubiera sido peligroso fiarse en aquella aparente distraccion, pues el hecho es que no perdian ni una sola palabra de las que se decian en voz baja á su rededor, y que si hubiera sido necesario, habria podido nombrar todas las personas que se habian en la sala.

Siempre que entraba algun nuevo personaje se acercaba á la mesa de juego y se inclinaba delante del cardenal, pasando en seguida á saludar á las señoritas de Mancini; si era persona de consideracion, sin suspender por eso su juego, le dirigia Mazarin algunas palabras, y en caso contrario se limitaba á un simple movimiento de cabeza. Algunas veces el recién llegado

no se contentaba con saludar á las señoritas de Mancini, sino que entablaba con ellas conversacion en voz algo baja; pero estas conversaciones eran siempre muy cortas, y parecia que las dos jóvenes tratasen á propósito de abreviarlas, segun el tono pensativo y distraido con que respondian.

Muchas veces se dirijian sus miradas hácia la puerta de entrada, como si aguardasen con impaciencia la llegada de una persona que tardaba en venir. De pronto la voz lejana del primer ugier, colocado á la entrada de los aposentos anunció sucesivamente varios nombres, uno tras otro, y María de Mancini dijo al oído de su hermana:

—No viene y son ya las seis!

Pero entre los nombres pronunciados por el ugier habia uno que al parecer produjo en el cardenal una sensacion muy singular. Al oír aquel nombre, casi dejó escapar los naipes

de entre los dedos, y todos observaron un leve cambio en su fisonomía cuando el mariscal de campo Mr. de Saint-Evremond entró en la sala. Al punto fué este el blanco de todas las miradas, y á decir verdad, el recién llegado merecía por mas de un título la atención particular de que era objeto.

Cárlos de Saint-Denis, señor de Saint-Evremond, no es uno de los originales menos curiosos de ese siglo XVII, tan fecundo en notabilidades de todos géneros. En su juventud se habia dado á conocer como uno de los militares mas valientes de la época, y en las guerras de Flandes habia mostrado mas valor, serenidad y talentos militares que eran necesarios para llegar á ser mariscal de Francia. Habia sido herido en Nortinga al lado de su general el duque de Enghieu, conocido despues por el gran Conde que le apreciaba sobremaneras pero

como era demasiado pobre para comprar un regimiento, nunca habia pasado de capitán. Un dia, cansado de la oscuridad á que parecia condenado, se hizo escritor, y una sátira muy ingeniosa que publicó contra el duque de Longueville, le valió el favor del cardenal de Mazarin, una buena pensión, y el despacho de mariscal de campo. Desde aquel momento estuvo en moda Mr. de Saint-Evremond; las hermosuras mas célebres quisieron contarle en el número de sus conquistas, y los señores mas ricos y distinguidos quisieron tenerle por amigo. Sus gracias y agudezas formaban las delicias de la corte, y aunque ya habia llegado á la edad madura en 1660 (tenia cuarenta y siete años) todavia él con sus dos amigos el conde Olonne y el duque de Crequi daba el tono á todos los elegantes. En el teatro decidia irrevocablemente del mérito de las piezas y de los actores, y tanto en la ciudad como en la corte,

ninguna señora pasaba por hermosa, si no la habia calificado de tal Saint-Evremond. Era tambien árbitro soberano de la mesa, porque se preciaba de conocedor en esa materia, y no hubiera seguido sentado á una mesa, en que se hubiesen servido otras perdices que de Auvernia, ú otros vinos que los de las Tres Colinas. (Ay, Haut--Villiers y Avenay). En una palabra, el feliz mariscal de campo habia conquistado sin trabajo ni esfuerzos aquella supremacía que es la mas agradable de todas, porque és la que dan el talento, la gracia y la jovialidad.

A estas causas, suficientes ya por sí mismas para explicar la sensacion que produjo la llegada de Saint-Evremond, conviene añadir otras que son particulares de esta historia. Saint-Evremond, que siempre habia sido uno de los mas constantes cortesanos del cardenal, no habia parecido por su palacio desde el dia de Todos Santos, es decir, hacia un

mes. El día siguiente al primero de noviembre, sin decir palabra ni aun á sus mas íntimos amigos, habia abandonado su domicilio y nadie habia vuelto á saber de él. Dónde habia estado en todo ese tiempo? Misterio es este que creemos deber explicar inmediatamente á nuestros lectores, mas para ello es preciso volver algo atrás.

Despues que con tanta generosidad dió su caballo y bolsillo al page don Alonso, fué Saint-Evremond, como habia dicho, á pedir hospitalidad á su amigo el conde de Olonne. Este, que se veia despertar á una hora tan intempestiva, no habia dejado de preguntar el motivo, y mientras desocupaban algunas botellas de Ai, el mariscal de campo le habia contado largamente la aventura singular en que por efecto del acaso acababa de hacer un gran papel, en el momento en que la venida de cierto marido le habia hecho salir antes de tiempo, de la habitacion de una seño

ra que habia tenido á bien recibirle en ella. El conde de Olonne, que era prudente y previsor, temiendo alguna desgracia para su querido Saint-Evremond, le habia hecho presente que Mazarin era un zorro astuto que estaba siempre alerta y que probablemente en aquel momento sabia ya la fuga de su page y el nombre del que la habia favorecido. Añadió que como el page, segun todas las apariencias, tendria preparado alojamiento en la Bastilla, no seria extraño que el cardenal quisiera que hasta tanto que le cogiesen, sirviese aquella habitacion para alguien, y especialmente para el cómplice en la fuga. En tal estado de cosas, el partido mas prudente que podia tomar Saint-Evremond era el de mantenerse oculto en cierto escondite que Olonne le indicó, hasta saber algo seguro acerca de las intenciones del cardenal, ó por lo menos hasta que se calmase su resentimiento lo suficiente para que pudiera presentarse

al hombre poderoso á quien habia ofendido.

Nuestro mariscal de campo, que habia pasado ya algunos meses de su vida en la Bastilla por solo haber dicho una agudeza, creyó que su amigo tenia razon, y se decidió á seguir su consejo; pero al cabo de cuatro semanas estaba fastidiado de vegetar en su escondite, lejos de las hermosas, de sus amigos, de la corte y del teatro; y como por otra parte el cardenal no habia manifestado sospecha alguna acerca del delito que habia cometido Saint-Evremond, ni se habia presentado en su casa durante su ausencia ningun agente del cardenal, se resolvió á salir de su guarida, y el 30 de noviembre por la noche entró valerosamente en el palacio del primer ministro.

Al verle callaron todos, y Saint-Evremond sin turbarse, se acercó á la mesa de juego y vino á ofrecer sus respetos al cardenal. En el primer mo-

mento quedó burlada la atención de los concurrentes, pues Mazarin solo respondió con una inclinación de cabeza al cumplimiento del mariscal de campo, como si fuese un cualquiera ó como si le hubiese visto aquella misma mañana; pero un instante después, como si hubiese mudado de parecer, exclamó con tono un poco burlon:

—Ah! Sois vos, Mr. de Saint-Evremond! Yo os creía ya difunto.

—Gracias á Dios, monseñor, respondió Mr. de Saint-Evremond, aun me cuento en el número de los vivos, pero he estado muy malo.

—Válgame Dios! Qué me decis! Y estais seguro, por lo menos, de estar ya fuera de peligro?

—Así lo espero, monseñor.

—Sea enhorabuena. Y cual ha sido vuestra enfermedad?

—Monseñor, un gran pasmo.

—De veras! Saldriais acaso tarde por la noche!

—Es posible.

—Oh! Yo estoy seguro de ello, y hacéis mal, Mr. de Saint-Evremond, porque siempre es peligroso salir de noche, Acercaos al fuego. Señores, haced lugar á Mr. de Saint-Evremond, porque estos pasmos suelen ser bastante malos.

—Es verdad, monseñor, y sobre todo cuando se ha pasado todo un mes sin recibir los rayos del sol.

La alusion era demasiado clara para que no la comprendiese todo el mundo; así es que fué acogida con un murmullo de aprobacion, y todos se miraron unos á otros como diciéndose que solo Saint-Evremond era capaz de decir cosas tan delicadas. Mazarin le contestó sonriéndose:

—Basta, basta, buena alhaja. Ya sabéis que no me gustan las lisonjas.

Y volviéndose á Mr. de Soissons, estendiendo los naipes sobre la mesa, añadió:

—He ganado el juego.

Desde aquel momento nadie dudó que Saint-Evremond había vuelto á recobrar el favor del cardenal, y se vió rodeado de una porcion de gentes que se apresuraban á mostrarse amigos suyos.

«¡Hola, hola! dijo entre sí mismo el mariscal de campo. ¿Estaré en visperas de que me nombren teniente general, ó deberé creer que monseñor es como los gatos que juguetean con los ratones antes de devorarlos?»

Al cabo de pocos instantes dijo el cardenal como con indiferencia:

—Ah! Mr. de Saint-Evremond; quiero referiros un suceso que ha ocurrido durante vuestra ausencia, y que seguramente os vá á sorprender. ¿Os acordais del page español que me cedió S. M. nuestra jóven y graciosa reina?

—Perfectamente, monseñor; contestó Saint-Evremond, que no pudo menos de estremecerse y dirigir involun-

tariamente la vista á Hortensia, que habia perdido el color.

Pues amigo mio, le ha dado el furor de ver su pais, sin duda, y se ha escapado la noche de Todos-Santos, sin que se sepa á donde ha ido; pues hasta ahora no hemos podido descubrir su pista. Yo lo he sentido en extremo, porque queria mucho á ese jóven, y no me he podido resolver todavia á dar su plaza, á pesar de que me la han pedido para parientes suyos personas de categoria.

Respiró Saint Evremond como un hombre á quien acaban de quitar un gran peso, y respondió sonriéndose.

—Quisiera, monseñor, tener treinta años menos, para poder solicitar ese empleo.

—Y Dios sabe que no os le negaria, replicó el cardenal. Pero ya que eso no puede ser, quiero hacer por vos alguna cosa, porque estoy contentísimo de haberos vuelto á ver; os concedo

ese puesto... para vuestro sobrino.

—Os doy infinitas gracias, monseñor; pero en tal caso vuestra eminen-
cia tendrá que nombrarle un sus-
tituto por algunos años, porque el
único sobrino que tengo está todavía
en mantillas.

Estas últimas palabras fueron aco-
gidas con un concierto unánime de
risas, en que tomó parte el mismo
cardenal; pero apenas acabó de ha-
blar Saint-Evremond conoció el enor-
me desatino que había cometido; pues
Mazarin le dijo:

—Cómo es eso? Entonces he so-
ñado yo cuando he creído que teniais
un sobrino de muy buena edad para
ser page, un sobrino que os daba
barto que hacer, entre otras veces la
noche que cogisteis el pasmo, un so-
brino de la estatura de Alonso y aun
algo parecido á él. Qué tontería! De
donde habrá sacado todo eso mi ca-
beza? Compadecedme, Mr. de Saint-

Evremond, porque me voy haciendo viejo, y sin duda chocheo ya.

«Qué diablos! dijo entre dientes Saint-Evremond. El maldito viejo lo sabe todo y decididamente me quedo toda mi vida mariscal de campo, si acaso... Cómo ha de ser! Dice el adagio que un beneficio nunca es perdido.»

Mazarin, que no era hombre capaz de soltar la presa una vez que la tenía en las manos, se preparaba á volver á la carga, cuando felizmente para Saint-Evremond llamó la atención del cardenal y de toda la concurrencia la llegada de un nuevo personaje considerable. Este era Olimpia de Mancini, condesa de Soissons, y Saint-Evremond, que no tenía gana de sufrir una nueva andanada, creyó que nada podía hacer mejor que aprovechar para retirarse el movimiento que aquella visita había ocasionado.

Estábase paseando distraído y medi-

tabundo por el peristilo, esperando á que los criados acercasen la silla de manos, y preguntándose á si mismo si no le convendria salir inmediatamente de Paris y volver á su escondite, cuando sintió al rededor de si un gran tumulto, y vió llegar á vários pajes y lacayos con hachas abriendo paso á tres señoras que bajaban por la escalera, y ante las cuales todo el mundo se inclinaba con las mayores muestras de respeto. Detuvo el paso Saint-Evremond y se encontró frente á frente con las tres sobrinas del cardenal, Olimpia, Maria y Hortensia. Esta última al ver al mariscal de campo se puso muy encendida, y dirigiéndole una mirada asesina, una mirada en que parecia que hubiese concentrado todo el fuego de sus hermosos ojos negros, exclamó con la voz mas suave y melodiosa:

=Buenas noches, Mr. de Saint-Evremond.

Y añadió en tono muy bajo:
—Gracias por él y por mi.

Asombrado Saint-Evremond; se quitó el sombrero y miró pasar á las tres hermanas, pero sin poder decirlas una palabra. Subieron las tres en un magnífico carruaje lleno de dorados, y tirado por cuatro caballos blancos ricamente enjaezados, según la moda de aquella época, y luego que estuvo cerrada la portezuela gritó una voz: «A la comedia» con lo cual salieron los caballos á un trote largo.

Solo entonces volvió en si el mariscal de campo, y lanzando un profundo suspiro, dijo entre si mismo: «dichoso Alonso!» Pocos instantes despues acercaron la silla de manos sus criados y habiéndole preguntado á dónde queria ir, respondió como amostazado.

—A la comedia; qué duda tiene de eso?

En el momento de empezar á marchar entró un coche en el pátio de

palacio y se cruzó con la silla de manos. Luego que paró, bajó precipitadamente un señor todavía muy jóven, y habiendo sacado la cabeza de la silla Saint-Evremond debió conocerle sin duda, porque se acomodó bien en ella, y en todo el tránsito desde el palacio Mazarin al teatro, no cesó de repetir entre dientes con una sonrisa burlesca: «Pobre La Meilleraye!»

El teatro estaba lleno cuando entró Saint-Evremond, el cual fué á sentarse segun su costumbre, en uno de los taburetes colocados á los dos lados de la escena para los señores de buen tono, y allí, sin atender lo mas mínimo á la funcion, lo cual era ya muy de moda en 1660, empezó á mirar á las señoras que ostentaban su belleza en las delanteras de los palcos y galerias, y á repartir cortesias y saludos á todos los hombres que conocia. Sin embargo, un observador hubiera podido notar que sus ojos venian á parar siem-

pre á un palco vacío inmediato al de la reina. Este palco era el de la condesa de Soissons.

Preguntábase Saint-Evremond á sí mismo no sin alguna sorpresa, cómo erá que aquel palco estaba vacío, cuando él había visto hacia mucho rato á la condesa y sus dos hermanas salir en coche para venir á la comedia. No podía suponer racionalmente que su modesta silla de manos hubiese adelantado á un coche tirado por cuatro rozagantes caballos, ni tampoco era dable que hubiese sucedido ninguna desgracia, porque Saint-Evremond había seguido exactamente el mismo camino que debió tomar el cochero de la condesa. ¿Cuál, pues, sería el motivo de un retardo tan inexplicable?

En tanto que Saint-Evremond se perdía en conjeturas sobre este punto, sacrificando con su acostumbrada frivolidad pensamiento de lo crítico de su posición personal al que le inspiraba

el recuerdo de una mirada de una linda muchacha, percibió de pronto en el taburete inmediato al suyo á un jóven, cuyas miradas estaban igualmente fijas en el palco vacío. Este jóven era Armando de La Meilleraye.

—¡Otra vez él! dijo entre sí Saint-Evremond.

Sueño ó estoy despierto!

Y aprovechando la ocasion de un entreacto, añadió en voz alta, saludando al ilustre jóven:

—Estaba escrito que nos habíamos de encontrar esta noche, señor marqués de la Meilleraye: sabeis que soy siempre vuestro servidor. Creía que en este momento estábais en casa de monseñor cardenal, porque si no me engaño, os he visto bajar del coche á su puerta, hará como media hora.

—Es verdad, respondió La Meilleraye disimulando lo mejor que pudo su turbacion; pero no he hecho mas que presentarme en casa de su Ema.

porque deseaba venir esta noche á la comedia.

—Es un deseo muy natural, señor marqués, replicó el mariscal de campo con un tonillo un tanto burlesco, pero permitidme que sois una de las personas que menos esperaba yo encontrar aquí, porque en tantos años como vengo al teatro con frecuencia; es la primera vez que os veo en él.

—Con efecto, contestó Armando cada vez mas turbado; confieso que hasta el dia no he tenido por aficion á este género de diversiones; pero ¿qué queréis? Todo es empezar.

—Sea enhorabuena.

No era Saint-Evremond hombre que dejase morir la conversacion, y además tenia ya acaso mas de una razon para mostrarte implacable contra La Meilleraye; pero en el momento en que sin duda iba á lanzar algun sarcasmo al pobre marqués observó que este, que hasta entonces no habia perdido

de vista el palco vacío había cesado de pronto de dirigir á él sus miradas y escuchaba con interés la conversacion de dos caballeros de las compañías encaradas, que á poca distancia hablaban en voz bastante alto.

— ¡Vive Dios! decía uno de ellos. Jamas he visto tantas hermosas juntas en el teatro como esta noche, y confieso que si me diesen á escoger entre todas, me había de ver en un apuro.

— Pues yo no, respondió al momento su compañero, porque he visto antes una en ese palco de enfrente, que eclipsa á todas las que hay y puede haber.

Diciendo así, el jóven guardia señalaba con el dedo el palco vacío.

— Madama de Soissons! replicó el primero. Con efecto, estaba encantadora esta noche.

— Si estaría, contestó el otro, pero yo no he visto mas que á su hermana Hortensia. ¡Qué ojos! ¡Qué tez! ¡Qué

hermosos cabellos! y ¡qué talle de sífida!

En tanto que resonaban estas palabras en su oído, inclinaba el cuerpo hácia delante Armando de La Meilleraye, y parecía que estuviese pendiente de los lábios del que las pronunciaba. Sus ojos, que por lo regular estaban un poco cerrados como los de todas las personas melancólicas, brillaban extraordinariamente; apenas podía respirar, y dejó caer la cabeza sobre el pecho como un reo que acaba de escuchar su sentencia, cuando oyó que uno de los dos guardias añadió:

—Lástima es que haya estado tan poco tiempo en el teatro!

Al mirarle Saint-Evremond no pudo menos de sentir un movimiento de compasión, y volvió á decir entre dientes: «Pobre La Meilleraye!» Y en seguida fijando la vista en el palco vacío, se dijo á si mismo: «Haber ve-

nido al teatro y retirarse tan pronto! Aquí hay algun misterio.

Al cabo de pocos instantes se levantó de su asiento el marqués como para marchar, y Saint-Evremond le preguntó.

—Os retirais ya, señor marqués?

—Si señor, respondió él. Positivamente veo que la comedia no es para mi.

—Pues se me antoja hacer lo mismo replicó Saint-Evremond. A la verdad no sé que tienen esta noche los cómicos, que me hacen pensar en mi cama. Hacia que parte os dirigis, señor de la Meilleraye?

—Me vuelvo al Arsenal; y vos?

—Yo? Me están dando ganas de ir á pedir que me dé de cenar la buena de Ninon de Lenelos, á quien no he visto hace mas de un mes.

Salieron juntos, mas al llegar al peristilo, se afanó en vano Mr. de Saint-Evremond en llamar á sus criados, pues

ellos, contando con que su amo estaría en el teatro hasta el fin de la función, se habían ido á la taberna. Por colmo de desventura hacia un viento diabólico, el cielo estaba muy cubierto y amenazaba caer torrentes de agua.

Al ver el apuro del mariscal de campo creyó La Meilleraye que era una obligación suya favorecerle, y le dijo:

— Llevamos el mismo camino, por consiguiente podeis ocupar un asiento en mi coche.

No esperó Saint-Evremond á que se lo digieran segunda vez, y habiendo sabido entrambos en el carruaje del marqués, mandó este á su cochero que fuese primero á la calle de Tournelles, esquina á la callejuela de san Gil, donde vivia la célebre Ninon de Lenet.

— Sabeis, querido marqués, dijo Saint-Evremond; luego que estuvo acomodado en el coche, que nosotros dos representamos perfectamente lo pasado y lo porvenir, caminando jun-

tos y amigos? Vos solo el porvenir; yo, por desgracia, soy lo pasado.

—Mejor direis lo presente, Mr. de Saint-Evremond; contestó el marqués.

—Sea lo presente, si quereis! Todavía tengo bastante vanidad para no oponerme absolutamente á eso; pero es preciso convenir en que este presente se va pareciendo mucho al pretérito.

—Siempre de buen humor amigo mio!

—Qué quereis? Cuando uno puede ganar mucho y nada tiene que perder, cómo ha de estar de mal humor?

—Sois bien dichoso, Mr. de Saint-Evremond!

—Dichoso! Yo! No lo creais; lo que hay es que procuro tener un poco de filosofia.

—Yo quisiera estar en vuestro lugar.

—No lo penseis siquiera, señor marqués. Vos, jóven, rico, que un dia lle-

vará la corona de duque, ¿podreis envidiar la suerte de un segundo, cuya juventud ha pasado ya, que nunca ha sido rico, y que se dá por muy satisfecho con ser bastante noble para poder entrar en los coches del rey y en el vuestro en particular, porque de otro modo tendria que caminar á pie? Vaya, vaya, dejad ese language señor marqués, y escuchadme. Hablábamos ahora poco de presente ó de pasado; no sé cuál de los dos es mas aficionado á dar consejos al porvenir, pero cualquiera que sea, permitidme que os diga que pasais una vida muy triste para un caballero de vuestra clase y edad. Jamás se vé en el teatro ni en la casa de juego, ni se os conoce una sola querida, ¿hay marqués mio! ¿es tan corta la vida! Gozad de ella; «carpe diem,» como dice Horacio, mi autor favorito. Hablemos claro, porque podeis abrimme vuestro pecho con toda franqueza; ¿os sujeta vuestro padre?

—Nada de eso. El duque me quiere como se quiere á un hijo único y me deja en completa libertad.

—Pues aprovechadla, voto á tal! Queréis llegar á ser, como Vardes y Cregui, uno de los reyes de la elegancia y de la galanteria? No teneis mas que hablar y yo lo tomo á mi cargo. Esta misma noche os presento en casa de Ninon; cenamos juntos y vos alegramos un poco con buen vino de Burdeos; haceis el amor á la hermosa (yo no tengo celos,) la agradais, y no se ha de pasar un mes sin que se hable en todas las tertulias de la metamórfosis del marqués de la Meilleraye. Tocad esa mano, amigo mio; estamos convenidos no es verdad? Pues enviad á uno de vuestros criados al Arsenal, á prevenir que no ireis á cenar ni á dormir.

Sin duda hizo muy poca impresion todo este razonamiento en Armando de la Meilleraye, porque respondió meneando tristemente la cabeza:

—Os doy mil gracias, Mr. de Saint-Evremond, pero todo eso no tiene para mi el menor atractivo.

—Hola! replicó el mariscal de campo. Estareis enamorado de veras?

—Ese es un secreto que no tengo necesidad de decir á nadie.

—Escuchadme, señor marqués; me parece que, sin quererlo, he adivinado vuestro secreto.

—Cómo! exclamó asustado el jóven que se puso encendido como una grana, aunque la oscuridad no permitia verlo.

—Quiero decir que bajando un dia la escalera principal del palacio de San German, se os escaparon algunas palabras con relacion á cierta persona muy allegada á monseñor cardenal.

—Dios mio! Me oísteis! Pero no habreis dicho una palabra á nadie! no es verdad, Mr. Saint-Evremond?

—Dificilmente hubiera podido hacerlo, porque en todo este mes no he ha-

blado con racionales.

Y añadió para sí; «Solo faltará que ahora este me quiera hacer su confidente»

Pero Armando de la Meilleraye no le dió tiempo para pensarlo, pues exclamó, cogiéndole la mano y apretándosela con efusion:

—Oh, mi querido Saint-Evremond
Cuánto me alegro de un encuentro que me permite manifestar á un hombre de honor lo que pasa en mi corazón.

«Qué decia yo? pensó Saint-Evremond. Dicho y hecho.»

—Si, señor, si. Es muy cierto que amo hace un mes, qué digo? hace siete años, á la señorita Hortensia de Mancini; conozco que no puedo vivir sin ella, y apelo á vos, Mr. de Saint-Evremond, que sois amigo del cardenal y por consiguiente podeis entrar en su casa todos los dias y á todas horas, para que patrocineis mi amor.

«Esta es otra, dijo entre dientes Saint-

Evremond. Pobre marqués. Verdaderamente me causa lástima, y casi me dan ganas de decirle... pero ese secreto no es mio.

—No me respondeis, añadió con ansiedad el jóven. Dios mio. Sabreis alguna cosa contraria á mi amor? Hablad en tal caso, hablad; yo os lo ruego.

Saint-Evremond se determinó al fin á responder, y con mucha compuncion pronunció las palabras siguientes:

—Mi querido marqués: yo aprecio como debo la confianza que haceis de mi, pero no puedo comprometerme á corresponder á ella, como deseais. Ciertas consideraciones particulares que no puedo deciros... las dificultades de ese negocio... en fin, ya debeis comprenderme.

El hecho es que La Meilleraye no comprendia una palabra, y se contentó con responder con dolorosa resignacion.

—Puesto que no puedo contar con

vuestro favor, decidme á lo menos, qué hariais en mi lugar.

—¡Esto es aun peor! pensó entre sí Saint-Evremond. Y añadió en voz alta: En vuestro lugar, señor marqués, confieso sin reparo que trataria de no pensar en una jóven que tengo algun motivo para creer que sea un tanto coqueta, y acerca de la cual tiene grandes miras su tio segun dicen.

Habiendo hablado así, respiró Saint-Evremond, y á la verdad bien lo necesitaba.

—Pero si os he dicho, replicó Armando, que la amo, que no puedo dejar de pensar en ella y que ni como ni duermo.

—En tal caso, amiguito mio, no puedo daros mas que un consejo; tratad de agradarla.

—Válgame Dios! Hace un mes que pongo cuanto está de mi parte para conseguirlo, pero ella ni parece que lo nota. Ah Mr. de Saint-Evremond!

Daria de muy buena gana todo cuanto poseo por agradar á Hortensia; haria todavia mas, si, por conseguirlo, seria capaz de renunciar á la parte de cielo que pueda tocarme.

—Cuidado con eso, mirad, no os ceda el diablo la palabra y os le haga ceder todo entero.

—Ab, si por lo menos tuviese la seguridad de que algun dia... Escuchadme, Mr. de Saint-Evremond, vos que conoceis tan perfectamente el corazón de las mugeres, compadeceos de mi martirio, y decidme tan solo si creéis que á fuerza de cuidados y de amor podré esperar...

—Amigo mio, yo no soy astrólogo ni adivino.

—Pero ¿creeis por lo menos en la ciencia de esas gentes?

—Si os he decir la verdad, no creo gran cosa.

—Oh! Si yo no estuviera seguro de que es un gran pecado el tratar de

saber lo futuro...

—Poco mas que vos se yo en ese punto, pero lo que puedo aseguraros es que conozco mas de una hermosa señora que hace que consulten los naipes por ella á lo menos una vez al mes, antes de ir á confesarse. Aun hay algunas que no se contentan con eso, y recurren al uso de filtros.

—Y logran lo que quieren?

—Algunas veces.

—Algunas veces! repitió tristemente Armando de La Meilleraye.

Siguióse un rato de silencio, y luego preguntó el marqués en tono casi misterioso:

—Mr. de Saint-Evremond, quereis hacerme un favor?

—Dos, si os agrada, señor marqués, respondió él.

—Querríais tener la bondad de presentarme un dia cualquiera á una de esas mugeres que adivinan lo futuro?

—Cuando querais; esta noche misma.

—Esta noche! No; es demasiado tarde.

—Por eso no, porque nunca se consulta mejor las cartas que de noche. Mirad, ya debemos estar casi junto á la casa de Ninon; justamente en las inmediaciones vive una persona de quien ella me ha hablado algunas veces, que tiene ya gran fama en la ciudad y aun en la corte, aunque hace poco tiempo que ejerce esa profesion. Es un tal Voisin ó Mont-voisin, no sé á punto fijo cual de las dos cosas, que vive á la entrada del arrabal de San Antonio; quereis que vayamos ahora mismo á verla? Por mi parte, os aseguro que me alegraré mucho de conocer á esa hechicera.

Diciendo asi, y sin esperar la respuesta de su compañero, bajó Saint-Evremond uno de los cristales del coche; el tiempo estaba espantoso, porque caia el agua á torrentes y el viento era tan fuerte que habia apagado las dos hachas que llevaban los lacayos en

la trasera del coche.

—Vive Dios! exclamó el alegre mariscal de campo. No pudiéramos pedir mas. El tiempo es el mas propio para ir á consultar á una hechicera, una verdadera noche de aquelarre; no anda siquiera un gato por los tejados. No nos faltaban mas que algunos relámpagos y truenos para que todo fuese completo.

El marqués, entregado á una turbación involuntaria permanecía recostado en su rincón sin decir una palabra. En aquel momento se detuvo el coche, porque habia llegado á la calle de Tournelles, delante de la casa de Ninon de Lenelos, y los dos lacayos habian bajado para abrir la puertecilla.

—Buenas noches, Mr. de Saint Evremond; dijo La Meilleraye. Os doy gracias por la compañía que me habeis hecho.

—Cómo buenas noches? repitió el mariscal de campo. Os creo demasia-

do cortés para permitir que vaya solo y á pie, con un tiempo como el que hace, hasta el arrabal de San Antonio; porque os advierto que estoy firmemente decidido á no cenar esta noche sin que haya dado antes un abrazo á Mad. Voisin, por poco que valga la pena. Ahora, vos vereis si me quereis acompañar á su caverna y tentar la aventura por vuestra parte.

La Meilleraye parecia todavía muy indeciso, pero Saint-Evremond acabó con sus vacilaciones diciéndole al oido:

—Pensad que se trata de la señorita Hortensia de Mancini.

—Y añadió con voz alta, cogiéndole la mano:

—Vaya, sois tan bueno como cortés y estamos convencidos en todo, ¿no es verdad?

En seguida dirigió la palabra á uno de los lacayos y le dijo:

—Oyes, muchacho: hazme el gusto de llamar á esa puerta; manifiesta que

tienes. que hablar á la señorita de Lene-
los, y dile que Mr. de Saint-Evre-
mond la ofrece sus respetos, y la ruega
que retarde un poco la hora y le es-
pere á cenar. Ah! Di tambien que no
será extraño que traiga conmigo un
convidado. Y tú, añadió dirigiéndose
al otro, di en nombre de tu amo á
nuestro Automedon, que baje hasta el
extremo de la calle, y que pasando
bien de prisa por delante de la Bas-
tilla, á quien saludareis los dos de
mi parte, se detenga á la entrada del
arrabal; lo demas es cuidado mio. Aho-
ra, cerrad la puertecilla, porque el
viento nada tiene de caliente.

Algunos minutos despues, Saint-Evre-
mond, en compañía de Armando de La
Meilleraye, pálido y casi temblando,
llamaba á la puerta de una casa de
pobre aspecto, junto á la cual se ha-
llaba detenido un feo coche de alqui-
ler. La lluvia continuaba produciendo
su ruido monótono, que era el único

que se oía, si se esceptúan algunas ráfagas de viento oeste que de cuando en cuando amenazaban con sus mugidos la noche más oscura y espantosa que es posible imaginar.

Pasó algún tiempo sin que respondiesen al aldabonazo que Saint-Evremond había dado; pero cuando se disponía á repetir la llamada, una voz fuerte respondió desde dentro, diciendo:

—Quién sois? Qué queréis?

—Somos dos caballeros de categoría, contestó Saint-Evremond, que venimos á que nos digan la buena ventura.

—Ya ha pasado la hora; respondió la misma voz.

—Mientes como un villano, replicó Saint-Evremond, porque aquí hay un cochero que ciertamente no ha parado su simon para que duerman los rocines. Abre, pues, y pronto, si no quieres que echemos la puerta abajo.

—La puerta es fuerte, digeron des-

de dentro, y no tememos vuestras amenazas.

—Ahora lo veremos, contestó Saint-Evremond.

Al mismo tiempo empezó á dar furiosos golpes á la puerta, en términos que resonaban en todo el arrabal de San Antonio, mientras que La Meilleraye contento de salir á tan poca costa de una visita que le inspiraba un terror involuntario, le invitaba á que cediese y volviesen al coche.

—No por cierto, respondió Saint-Evremond, de ninguna manera. He de hacer lo que quiera, y si no consigo echar abajo esta maldita puerta, por lo menos tendré la satisfaccion de que no peguen los ojos en toda la noche los habitantes de esta casa endemoniada.

Diciendo así, continuaba dando golpes cada vez mas fuertes. De pronto apareció una luz por entre el enrejado de una ventanilla que tenia la puerta

y una voz femenil que hasta entonces no habia tomado parte en el concierto, exclamó:

—Hola, Vigorosa! Abrid la puerta á esos dos caballeros.

Inmediatamente se oyó en lo interior un gran ruido de llaves y cerrojos y al fin se abrió la puerta. Saint-Evremond entró en la casa resueltamente, retorciéndose los dos bigotes y con una sonrisa de satisfaccion en los labios y La Meilleraye le siguió persiguiéndose.





CAPITULO VI.

Armando de La Meilleraye y Saint-Evremond, se encontraron cara á cara con una mujer de bastante edad, groseramente vestida, y cuya fisonomía feroz y repugnante no ganaba nada con una gorra sucia y de color oscuro. Tenia la tal mujer en una de sus manos secas y callosas un gran candelero de hierro con una vela que despedia un siniestro resplandor sobre

las paredes de un callejon oscuro, húmedo y estrecho, como se ven todavía algunos en el centro del antiguo Paris, en los bárrrios de los Lombardos y de la ciudad. Tenia en el otro brazo un gato negro sumamente grande, cuyos ojos parecia que despedian chispas, y enseñaba los dientes regañando; y en fin, unas grandes tigras que llevaba colgadas al costado la daban cierta semejanza con aquella de las tres Parcas, que los poetas antiguos en su mitologia suponian dedicada á cortar el hilo de las existencias humanas. Esta espantosa criatura, que ejercia en la casa diversas funciones, era la Vigorosa, que tambien ha tenido su parte de celebridad al lado de la Voisin.

Luego que cerró de nuevo la puerta con todas sus llaves y cerrojos, hizo una seña la Vigorosa á los dos caballeros para que la siguiesen, y despues de atravesar el corredor, subie-

ron siguiendo los pasos de su guía, y no sin tropezar en mas de un paraje, los carcomidos peldaños de una escalera, digna por cierto de semejante casa. Luego que llegaron al primer piso, se disponian á entrar en las habitaciones, cuando la Vigorosa les invitó con un gesto á que se detuviesen y esperasen. En seguida abrió una puerta, entró por ella, la volvió á cerrar, y desapareció, dejando á nuestros dos caballeros en la mas completa oscuridad.

—Vaya, querido marqués, exclamó Saint-Evremond soltando la risa, qué os parece de esto? Sin duda alguna, promete, y es un principio de aventura que vale mas que todas las tragedias del mundo. Por lo menos estamos seguros de no fastidiarnos, puesto que somos nosotros mismos los protagonistas.

Armando de La Meilleraye, segun parece, estaba muy lejos de partici-

par de la tranquilidad de su compañero, porque respondió, arrojando un suspiro:

—A fe mia, Mr. de Saint-Evremond, si os he de hablar francamente empiezo á arrepentirme de un paso que sabeis que he dado con repugnancia. Nunca se gana nada en tentar al cielo.

—Eso luego lo veremos, replicó Saint-Evremond. Por Dios, amigo mio, tened un poco de paciencia y recapitulad en la memoria las perfecciones de vuestra amada, con lo cual no se os hará el tiempo tan largo.

Por su parte, al mariscal de campo, tomando su partido, empezó á entonar una cancioncilla que entonces estaba muy en boga; pero habia yá repetido á lo menos tres veces cada una de las siete ú ocho coplas de la cancion, sin que la Voisin, ni ninguna persona dependiente de ella diese señales de vida.

—Voto á sanes! exclamó al fin dan-

do una patada en el suelo. Se figuran que somos dos escribientes de escribano para tenernos haciendo antesala á oscuras y junto á la escalera? Hace ya mas de un cuarto de hora que estamos aquí, ya me canso y si no temiera romperme la cabeza en ese laberinto en que no se vé gota, iria yo mismo á cortar las dos orejas á nuestra Ariadna; es tan fea, que no podria menos de ganar en ello.

Poco despues de haber dicho esto, se abrió de pronto una puerta inmediata á la otra por donde se habia marchado la Vigorosa, y se presentó una camarista jóven, de linda figura, vestida con el traje mas sencillo y elegante, y trayendo en su mano blanca y redonda, no un sucio candelero de hierro, sino un hermoso candelero de plata cincelada, con tres perfumadas bujías. Esta jóven hizo una profunda reverencia á los dos caballeros, acompañándola con una sonrisa maliciosa, y

les rogó que la siguiesen, añadiendo que tenia orden de llevarlos á donde estaba su ama.

La Meilleraye y Saint-Evremond la siguieron admirados, pero su asombro creció todavia, cuando bajo los auspicios de su nueva conductora, atravesaron varias piezas amuebladas con el mayor lujo, en que absorvian el ruido de sus pasos blandas alfombras de ricos colores, y en que el oro resplandecia por todas partes al fugitivo resplandor que arrojaba el candelabro que llevaba la jóven sobre los muebles y demas adornos. Levantando al fin la camarista un repostero de terciopelo, invitó á los dos amigos con un gracioso movimiento de cabeza á que entrasen en el gabinete de su señora, y un momento despues La Meilleraye y Saint-Evremond se hallaban en presencia de la célebre adivina, conocida vulgarmente con el nombre de la Voisin.

La Voisin! Cuando se ha pronunciado este nombre parece que se estiende un velo fúnebre sobre todos los objetos, y que se vá á ver salir del rincón mas tenebroso de una horrible caverna, entre un aparato de calaveras, aves nocturnas, redomas y alambiques, una espantosa pitonisa, con los ojos desencajados, el cabello esparcido sobre los hombros flacos y macilentos, cubierta con un vestido negro y hecho pedazos, y estudiando en algun cadáver tendido á sus pies, los destrozos que ha hecho un mal repentino, misterioso, y que ella solo conoce.

La Voisin es la pálida figura cuya hoguera refleja todavia tan lúgubre claridad sobre la parte mas brillante y gloriosa del reinado de Luis XIV, el espectro espantoso cuyos horóscopos y venenos han inspirado á los dramaturgos y á los novelistas tantas escenas sangrientas y terribles. A pesar de todo, en ninguna época de su vida ejer-

ció la Voisin sobre sus contemporáneos, ese ascendiente de terror supersticioso que ahora vá unido á su memoria y que seguramente solo corresponde á su sepulcro. Consistirá en que vistas de lejos las figuras históricas toman de los sucesos en que han figurado un carácter de personalidad, casi siempre distinto del que en realidad tuvieron? Es de creer que así sea, y que la niebla que forman los años al rededor de las cosas pasadas, no es menos engañosa que la material que impide á nuestra vista que perciba bien los objetos.

Catalina Deshayes, llamada Montvoisin ó de Montvoisin por el nombre de su marido, egerció siendo jóven la profesion de portera; pero cansada de un oficio que apenas la daba pará comer y que no estaba de acuerdo con su inclinacion á los placeres y los gastos, y estando dotada de un gran talento natural, una singular perspicacia y una decidida aficion á la intriga, se resol.

vió un dia á especular con la superstición y las debilidades humanas. Empezó á predecir lo futuro por medio de las cartas y á componer filtros para mejorar la suerte de los amantes desgraciados, y desplegó tanta habilidad para esta clase de mauejos, que muy pronto se vió su casa concurrida por las personas mas principales de la ciudad y de la corte. Vióse entouces en el caso de poder satisfacer su desenfrenada pasión por el lujo, y en su miserable casucha del arrabal de San Antonio, convertida interiormente en palacio; tuvo portero, lacayos, criadas y mesa franca para todos sus amigos. La Fontaine el sencillo y sublime La Fontaine, era uno de sus comensales ordinarios, y sabido es que el inmortal fabulista al volver de un corto viage, iba con su franqueza acostumbrada á comer con la Voisin, el dia mismo en que el portero le dijo que á su ama la habian quemado aquella mañana en la plaza de

la Greve por hechicera y envenenadora.

En el momento á que se refiere esta parte de nuestra historia, la Voisin era todavía jóven, y segun parece, bastante linda, y como tenia buen humor, pasaba en cantar, reir y comer, todo el tiempo que no empleaba en el egercicio de la estraña profesion que habia abrazado. Acostumbrada á tratar diariamente con gentes de modales finos y elegantes, habia llegado á imitar perfectamente su tono, sus acciones y su lenguaje siempre que se lo aconsejaba su interés ó su capricho; pero luego que se hallaba, por decirlo así, fuera de escena, recobraba el imperio su carácter natural, y competia en dichos y hechos groseros con sus adeptas la Lesage, la Vigorosa y otra; en fin volvia á ser la mujer de quien habla Mad. de Sevigné en sus cartas, que cantaba canciones báquicas y bebia con los que la guardaban, despues de haber su-

frido el tormento extraordinario.

Tal era la persona á cuya presencia acababan de introducir á La Meilleraye y Saint-Evremond, y que debia hacer un gran papel en el destino de tantos personajes ilustres del siglo XVII, y con especialidad de la familia verdaderamente épica de los Mancini, que como en otro tiempo la de los Atridas, parece que estaba marcada con el sello de la fatalidad.

La Voisin, vestida aquella noche con un traje de gró de Tours, de color oscuro, guarnecido de lazos de raso encarnado, y adornada la cabeza con una cófia de encage que solo cubria en parte su hermosa cabellera negra, estaba muellemente tendida en un sillón al lado de la chimenea. Sobre una mesita que tenia al lado, se veian una guitarra algunos papeles de música y un tomo abierto de la última novela que habia publicado Scudery. Al ver á los dos caballeros, medio se

levantó de su asiento, se escusó con mucha finura de haberlos hecho esperar, y con un ademán lleno de gracia les indicó dos sillas que un lacayo cubierto de galones acababa de acercar á la chimenea. Hecho todo esto, con el mismo tono que si hubiera sido hija de un duque y par, les preguntó.

—Vamos, caballero, qué hay de nuevo esta noche en el Louvre? Venis de allí? Cómo estan sus magestades?

Armando de La Meilleraye estaba demasiado asombrado para encontrar al momento una respuesta; y por lo que hace á Saint-Evremond desde las primeras palabras que pronunció la adivina, se habia estremecido, y dándose un golpecito en la frente, como para llamar algun recuerdo, fijó en aquella mujer una mirada escrutadora. Cuando ella acabó de hablar, la preguntó:

—Es á Mad. Voisin, la adivina, á quien tenemos el gusto de hablar en este momento el señor marqués de La

Meilleraye y yo?

—Si, señores; soy servidora vuestra; respondió la Voisin sonriéndose.

—Vive Dios, señora! exclamó Saint Eyremond; no es esta la primera vez que tengo el gusto de veros.

—Ni será la última que me hagais esa honra; por lo menos así lo espero.

—Oh! Si. Vos fuisteis la que encontré hace un mes en la escalera principal del palacio de Saint-Germain, y no me quisisteis decir vuestro nombre.

—Estais seguro de ello, Mr. de Saint-Eyremond?

—Os reconozco perfectamente y es inútil que ahora negueis aquel encuentro. Vuestra voz, que quedó grabada en mi memoria, vuestras facciones que la careta no podía ocultar completamente, me aseguran de que sois vos, sin duda alguna.

—Como querais. Y en qué puedo seros útil esta noche, señores?

—No lo sabeis, vos que lo adivináis todo?

—Me haceis muy ambiciosa, señor mariscal de campo: yo no me ocupo sino del porvenir.

—Pues precisamente el señor marqués de La Meilleraye y yo venimos á que nos reveleis nuestro porvenir.

—Haré cuanto esté de mi parte, y lo conseguiremos, si me auxilia el espíritu. Cuál de los dos, señores, quiere saber su suerte primero?

—Empezad vos, Mr. de Saint-Evremond; dijo Armando.

—Es muy justo, replicó su amigo; es privilegio de la edad.

La Voisin dió tres golpes en una campana de plata, y se presentó un negro trayendo en la mano una salvilla de forma particular, que dejó sobre la mesa, y en la cual habia una baraja, un vaso de agua, una varita de ave llano, un espejo mágico y un libro lleno de signos cabalísticos. Habiéndose

retirado el negro, abrió el libro la Voisin, barajó tres veces los naipes haciendo que cada vez cortase Mr. de Saint-Evremond y empezó á estenderlos todos por cima de la mesa en un órden irregular, murmurando en voz baja ciertas fórmulas que parecia que no perteneciesen á ninguna lengua humana, y que leia en el libro mágico que tenia abierto delante de si.

En tanto que hacia estas operaciones su exterior habia cambiado completamente, se habia puesto grave y seria, y aun puede decirse que habia cierta solemnidad en sus miradas y en sus menores gestos. El marqués seguia con vista inquieta todos los movimientos de la adivina; pero Saint-Evremond conservaba siempre en los labios una sonrisa burlona. Al fin arrugó la frente y exclamó con un poco de impaciencia:

—Parece que mi porvenir está un poco oscuro, no es asi, señora adivina?

—Paciencia. respondió la Voisin; pronto se pondrá claro, porque me asiste el espíritu. Desde luego, señor mariscal de campo estais enamorado.

Saint-Evremond se recostó en su silla y soltó la carcajada esclamando luego que se hubo reido bastante.

—Entendámonos, señora mia. Yo vengo á consultar acerca de mi porvenir y vos me hablais de lo pasado. Si ejercéis de ese modo vuestra ciencia renunció á la astrologia. Quereis que batiémos una contradanza y será mejor?

—Reid cuanto querais, dijo la adivina con tono satisfecho y aun un poco altanero. Lo que repito es que en este momento en que os hablo estais enamorado, y que ese amor, que ahora principia, será el mas violento que hayais tenido en vuestra vida.

--Sea enhorabuena, contestó el mariscal de campo riéndose de nuevo; pero á lo menos será preciso que sepa yo quién es el objeto de ese amor, y

sin duda vais á decírmelo, en lo cual tendré mucho gusto.

--No puedo deciroslo delante del señor marques de la Meilleraye.

Al oír estas últimas palabras no pudo Saint-Evremond evitar un ligero estremecimiento, y á pesar de la indiferencia que continuó aparentando, se veía claramente que habia perdido mucho de su aplomo.

—Y ese amor tan violento, preguntó á la Voisin, ya que os empeñais en que ha de existir, será recompensado?

La adivina se quedó mirándole por algunos instantes, dirigiendo de cuando en cuando una mirada á las cartas, y al fin meneó la cabeza de una manera muy dudosa.

—Hola, hola! exclamó Saint-Evremond con bastante fatuidad. Pues será la primera vez que eso me haya sucedido. Os doy gracias por vuestro horóscopo, querida Mad. Voisin; es eso todo lo que teneis que decirme?

—Preguntadme y responderé.

—De muy buena gana. Viviré todavía mucho tiempo?

—Dadme vuestra mano derecha, Mr. de Saint-Evremond.

Observó con mucha atención las rayas de dicha mano, y luego respondió la Voisin:

—Llegareis á edad muy avanzada.

—Tanto peor! exclamó Saint-Evremond; tanto peor! porque antes de mucho las mugeres no harán caso de mí que las he querido tanto, y es una injusticia enorme de la suerte. Pero decidme, tendré por lo menos una vejez tranquila?

Cogió la Voisin con una mano la varita de avellano que estaba sobre la bandeja, la agitó tres veces encima del vaso de agua, y presentando con la otra mano el espejo mágico al mariscal de campo, le dijo:

—Inclinad este espejo de manera que venga á reflejarse en él el agua

que contiene este vaso. Esa agua es un simbolo de vuestra existencia; si se conserva en la superficie de ese espejo clara y limpia como está en el vaso, podeis esperar un porvenir tranquilo; en caso contrario, mucho teneis que temer. ¿Qué veis en el espejo?

—Nada.

—Es porque mirais mal. Dadme el espejo... Dios mio! ¡Qué turbia está el agua! Mr. de Saint-Evremond, vivid con cuidado, porque os amenaza alguna gran desgracia.

—Diablos! ¡Qué de prisa vais, señora adivina! Una mujer á quien amo y que no hará caso de mí... la muerte que hubiera recibido de buena gana en alguna batalla ó en un desafio notable, que tampoco quiere venir á buscarme... la tranquilidad, que tambien huye de mí... ¡Vaya, vaya! La fortuna es que yo no creo en nada de todo eso.

—Teneis que hacerme algunas otras preguntas, señor mariscal de campo!

—No, no; me basta con lo que me habeis dicho. Así como así, está aquí este amigo mio deseando que le llegue su vez, y es menester contestarle.

La Voisin tocó de nuevo en la campana de plata y volvió á presentarse el negro; dijole, algunas palabras al oido y aun pareció que le hacia algunas preguntas á que él respondió constantemente con una señal afirmativa. Entonces salió llevándose la salvilla con el vaso, los naipes y el libro mágico, y volviendo al cabo de dos minutos con un espejo mágico de una forma particular, que entregó á la adivina, poniéndose de rodillas. Ella hizo tambien un gesto extravagante, y mandó al negro que apagase todas las luces, de suerte que el cuarto quedó iluminado únicamente por el moribundo resplandor de algunos pedazos de es-

cina que ardian en la chimenea.

—Bueno! exclamó Mr. de Saint-Evremond; parece que vamos á tener lo que se llama el gran juego. ¡Cuanto vale ser hijo del mariscal de La Meilleraye, gran maestro de la artilleria de Francia!

La Voision se habia levantado entretanto, y acercándose al jóven Armando fijó en él la vista como si quisiese, á pesar de la oscuridad, fascinarle con su mirada. En seguida le preguntó:

—Marqués de La Meilleraye, ¿qué quereis de mí?

—Quiero saber mi suerte; respondió Armando.

—Seguidme; replicó la encantadora cogiéndole la mano y agitando sobre su cabeza el espejo mágico que reflejando la llama de la chimenea parecia que lanzaba relámpagos.

La Meilleraye, pálido y temblando se levantó maquinalmente de su silla.

y se disponia á seguir á la adivina; mas Saint-Evremond se opuso á ello diciendo:

—Poco á poco; es preciso que yo me halle presente á la consulta.

Inclinóse la Voisin hácia el oido del jóven y le dijo algunas palabras en voz baja, añadiendo en seguida en tono perceptible:

—Ahora, señor marqués, decidid si ha de ser testigo Mr. de Saint-Evremond.

—No, no; resdondió La Meilleraye, con voz alterada. Pero eso que acabais de decirme es imposible; las leyes de la naturaleza y de la razon se oponen á que se verifique.

—Señor marqués: esas leyes de que hablais ceden ante el poder de mi arte, y os juro por lo mas sagrado que hay en el mundo que cumpliré la promesa que acabo de haceros; mas para eso es preciso que esteis solo conmigo en el cuarto á que voy á conducirlos.

—Vamos, murmuró La Meilleraye entregado á la mas viva turbacion; vamos, me abandono á vos, Mr. de Saint-Evremond; os ruego que tengais la bondad de esperarme aquí.

Antes que el mariscal de campo tuviese tiempo para replicar una sola palabra, el marqués habia desaparecido. Saint-Evremond permaneció solo por espacio de unos cinco minutos; al cabo de este tiempo se abrió de nuevo la puerta, y la Voisin se presentó, trayendo en la mano un candelero con una bugia, pero venia sola y parecia bastante turbada.

—Qué habeis hecho de mi amigo? preguntó Saint-Evremond encaminándose á ella, con ademan amenazador. Donde está? Decid; vos me respondeis de él con vuestra cabeza.

Diciendo así habia echado mano á la espada y la adivinadora lo hubiera pasado mal por poco que le hubieran escitado. Sin embargo, se sonrió con un

extraordinario desden, y abriendo al instante una puertecita que estaba tapada con la colgadura, respondió muy serenamente:

—Quereis saber de vuestro amigo? Ahí le teneis.

Con efecto entraron por la puertecita dos lacayos trayendo al marqués sentado en un sillón mas estaba muy pálido, y parecia sumergido en un profundo sueño. Saint-Evremond se acercó á él y cogiéndole por un brazo le dió una sacudida, á la cual se mostró insensible. La Meilleraye, pues no hizo ningun movimiento.

—Está muerto! exclamó Saint Evremond con voz terrible. Le habeis matado! Desdichada de vos, infame hechicera!

La Voisin, sin responder á esta amenaza, se acercó al jóven y sacando un pomito del pecho se le dió á oler. La Meilleraye volvió inmediatamente en sí, y las primeras palabras que se escapa-

roo de su oprimido pecho fueron estas.

— Hortensia! Hortensia! ¿Dónde está? Ya no la veo... Sin embargo, hace un momento estaba aquí... sí... era... ella... Dios mio volvedme á Hortensia!

— Está loco exclamó Sain-Evremond.
— Todavía no; dijo en voz baja la Voisin, y añadió alto: ¿Estais satisfechos, señores?

— Ah respondió La Meilleraye quitándose del dedo un brillante de mucho valor que puso en la mano de la Voisin. Una sola palabra, señora; decidme cuándo será mía y estoy pronto á daros todo lo que me pidais.

— Señor marqués, contestó la aduana; en ese punto no puedo responderos todavía. Hay muchos obstáculos, pero Dios es grande.

— Regaré á Dios en todos los instantes del dia; replicó La Meilleraye.

— Pobre jóven! dijeron á un mismo tiempo entre dientes el mariscal de cam-

po y la adivina.

—Está bien; añadia alegremente Saint-Evremond. Sois una mujer muy hábil. Mad. Voisin; estoy pronto á sostenerlo en todas partes, y á pesar de los malos agueros que me habeis anunciado, es preciso que os de un abrazo antes de marcharme.

—Con mil amores, Mr. de Saint-Evremond.

Con esto se retiraron los dos caballeros acompañándolos, no ya la Vigorosa, sino la linda camarista á quien el marisaal de campo se empeñó en abrazar y besar tambien á toda costa. Al salir de la casa observó Saint-Evremond que el coche de alquiler que al entrar ellos estaba junto á la puerta, habia desaparecido.



CAPITULO VII.

Con que decis que no han hecho mas que presentarse las dos un momento en el teatro, en el palco de Mad. de Soissons? Y á dónde han ido despues? Quiero saber completamente la verdad ó entendeis?

La persona á quien el cardenal de Mazarin dirigia esta pregunta, era una especie de agente ó mayordomo, vestido muy sencillamente, sin cintas, ga-

lones ni encajes, con un traje de paño oscuro, y un sombrero liso y sin plumas. Este hombre, que podia tener unos cuarenta años, era de estatura mediana, ojos penetrantes, cejas espesas, mirada seria y casi enemiga, y todo el aspecto y modales de un plebeyo, aunque ceñia espada como caballero. Manteníase de pie delante del cardenal, el cual segun su costumbre, estaba mas bien tendido que sentado en un sillón, delante de una mesa llena de legajos y de papeles. Dependiente oscuro de una casa de comercio antes que le sacara de ella para que manejase sus negocios particulares el ministro mas suspicaz que ha existido nunca, el hombre de que se trata, gracias al espíritu de economía que habia manifestado en la administracion de los bienes del cardenal y á la omnipotente proteccion de este habia llegado á ser secretario particular de la reina madre y consejero de estado; pero no debia contentarse con eso.

pues bajo la grosera apariencia de un procurador ocultaba la ambición más insaciable. Aunque tenía un talento limitado y corta instrucción, suplía lo que le faltaba de dones de la naturaleza con una aplicación al trabajo casi increíble, y á pesar de ser tan plebeyo en sus maneras como en su nacimiento, imaginaba ya una genealogía casi régia. Este personaje, cuyo recuerdo es hoy inseparable de todas las glorias del siglo décimo séptimo, se llamaba Juan Bautista Colbert.

—Monseñor, respondió después de haberse detenido un instante; preciso es todo el afecto que profeso á V. Ema. para que me resuelva á revelarles una cosa que no podrá menos de afligirle, pero no vacilé en hacerlo por el mismo interés de las señoritas de Mancini.

Y bajando la voz añadió:

—Las señoritas Maria y Hortensia, fueron desde el teatro á casa de una

adivina que llaman la Voisin, á donde las llevó la señora condesa de Soissons. Lo sé por una persona que sirve á esa misma adivina, y que conoce perfectamente á las tres hermanas á quienes ha visto varias veces en misa en San German de Auxerre. Iban disfrazadas como unas mugeres del pueblo y fueron allá en un coche de alquiler.

—En un coche de alquiler! exclamó el cardenal lanzando un profundo suspiro. Esas niñas me matarán á pesadumbres. Ya me he visto precisado, no hace mucho tiempo á desterrar á su hermano por sus calaveradas, y vereis, querido Colbert, que al fin tengo que mostrame riguroso tambien con las hermanas. Qué escándalo para mi nombre y mi familia! Y qué pasó en casa de esa mujer?

—La señorita Maria, segun me ha dicho, pidió desde luego á la hechicera un filtro que la hiciese recobrar el amor del rey, y ella le prometió

que la daría uno infalible.

—La señorita Maria saldrá dentro de muy poco con buena escolta para Italia, donde el condestable Colona, luego que sea su esposo, hará de ella lo que quiera. Y Hortensia?

—En cuanto á la señorita Hortensia, se limitó á preguntar si uno, á quien no nobró, pensaba siempre en ella y habia llegado sano y salvo á su pais.

—Y qué respondió la adivina?

—Que todavía lo ignoraba, pero que haria una conjuración mágica para satisfacer la curiosidad de la señorita.

—Y qué mas?

—Despues, monseñor, parece que la señorita Hortensia quiso, tambien saber su porvenir, y en cuanto á eso se limitó la Voisin á decirle que tenia los ojos demasiado hermosos, y que estos ojos serian como los de la serpiente de que hablan las sagradas escrituras, y matarian á muchas gentes.

—Y estais seguro, Colbert, de que ninguna otra persona que esa que os lo ha referido ha conocido á mi sobrina en semejante casa?

—Perdonad, monseñor; hay una circunstancia de que ahora mismo iba á dar cuenta á vuestra eminencia. La misma noche de que hablamos condujo Mr. de Saint-Evremond al jóven marqués de la Meilleraye á casa de la adivina.

—Otra vez Saint-Evremond! Ese hombre se ha empeñado en contrariarme en todo! y qué?

—La adivina, monseñor, valiéndose del amor que todo el mundo sabe que la señorita Hortensia ha inspirado al jóven La Meilleraye, hizo creer á este que si la daba un hermoso brillante que llevaba en una sortija, le haria que viese en un espejo mágico el objeto de su pasion.

—Y consintió La Meilleraye?

—Sí, monseñor, y la Voisin hizo que por medio de no sé que cristales, per-

eibiese á la señorita Hortensia á quien habia hecho esconder en un gabinetito durante su consulta con los dos caballeros.

—Ah miserable! Si no fuese tan útil para saber ciertos secretos, pronto la haria yo meter en un calabozo debajo de tierra.

—El resultado, monseñor, fué que La Meilleraye quedó tan convenido del poder de la hechicera, que se desmayó de emocion y terror, y que en este momento se halla en cama, con calentura, en su palacio del Arsenal.

—Y decis que Saint-Evremond es quien le ha llevado allí?

—El mismo.

—Ah traidor! Pero ya me pagará caras todas esas jugarretas. Si yo no temiese, Colbert, sublevar contra mí todos esos diablos de palaciegos, cuya sumision no es mas que aparente pero que me detestan en el fondo de su alma, pronto enviaria á Saint-Evremond

á la Bastilla, de donde nunca debió salir, y una vez que estuviese bajo llave... Mas para eso se necesitaria algun pretesto que poder alegar tanto con el rey como contra cualquiera que se atreviese á acusarme de que sacrificaba la libertad de un hombre de distincion á mis intereses particulares. Qué podríamos alegar contra él Dios mio?

—Monseñor: el difunto cardenal Mr. de Richelieu acostumbraba decir que no necesitaba mas que dos renglones escritos de mano de un hombre para hacerle ahorcar.

—Y era un gran ministro el difunto Mr. de Richelieu, Colbert. Buscadme esos dos renglones, y el dia que me los presentéis podeis con toda confianza pedirme algun otro empleo para cualquiera de vuestros parientes, si es que os queda alguno por colocar.

—Monseñor: no necesito yo esa nueva liberalidad; y vuestra emiencencia sabe que el afecto sin limites que le profeso...

—Lo sé, Colbert lo sé; me lo habeis probado en mas de una ocasion.

—Y además, si he de manifestar á vuestra eminencia toda la verdad, no puedo tolerar á ese mariscal de campo. Porque es erudito y ha traducido en su vida algunos versillos latinos, hace como que desprecia...

—A todos los que no saben esa lengua ¿no es verdad, Colbert?

—Colbert bajó los ojos y se puso colorado, y Mazarin continuó:

—Pero aun tenemos otro asunto pendiente, Colbert, ¿Y el page? Al cabo de cinco semanas ¿como es que no se ha podido descubrir su pista? Maldito page!

—No lo sé, monseñor, pero se ha hecho todo lo posible para ello.

—¡Ah Saint-Evremond! dijo el cardenal entre dientes. Tambien tienes que pagarme esa. El tiempo va pasando, añadió, y es preciso que sepamos de ese page; ¿lo entendeis, Colbert? Su-

pongo que no habeis olvidado lo que hemos acordado acerca de ese punto.

—Monseñor, se egecutarán puntualmente vuestros deseos.

—Es preciso. Colbert, es preciso, porque hoy estamos á 7 de diciembre, y si el correo extraordinario que he despachado á Lóndres procura ganar horas, puede estar de vuelta esta misma noche. Ah Colbert. El 7 de diciembre puede ser un gran dia para la casa de Mazarin. No sé por qué pero jamás he sentido las emociones del qué espera, con tanta viveza como hoy; cualquier ruidillo me hace estremecer.

En tanto que el cardenal se expresaba en estos términos, entró un page y dijo:

—Monseñor: el marical de La Meilleraye desea ver á V. Ema.

—Pues decidle que lo siento infinito, respondió Mazarin con mal humor, pero que no puedo recibirle hoy por-

que estoy enfermo.

— Monseñor: el señor mariscal dice que aun cuando V. Ema. estuviese en cama, era absolutamente indispensable que le viese, porque se trata de un asunto de vida ó muerte.

— Pues que entre y se explique lo mas pronto posible.

Entró el duque, con las facciones trastornadas y casi sin poder replicar.

— Qué os trae por acá, querido mariscal? le dijo Mazarin. Podeis hablar con toda libertad en presencia de Colbert, pues es persona que merece toda mi confianza.

— No, monseñor; no; respondió el veterano dejándose caer en un sillón que habian acercado para él. Es preciso que os hable á vos solo.

— Puesto que lo quereis así, replicó el cardenal, sea enhorabuena.

E hizo á Colbert una seña para que se retirase.

— Ahora dijo cuando estuvieron so-

los, podeis hablar; qué es lo que ocurre.

—Ocurre, monseñor, que si no me favoreceis, la casa de La Meilleraye desaparecerá del libro de los vivientes.

—Pues como es eso? exclamó el cardenal.

—Porque sois tío de una linda niña que trastorna las cabezas de todos los señoritos de la corte, y ha trastornado muy especialmente la de mi pobre hijo, que se muere sin remedio, los médicos lo han dicho, si no teneis á bien consentir en que sea vuestro sobrino. Vengo, pues, á preguntaros sin rodeo si quereis concederme para él, la mano de vuestra sobrina.

—Querido mariscal, respondió Mazarin con una maravillosa hipocresía; esa es mucha honra para mi sobrina, y os doy las gracias en su nombre. Una alianza entre nuestras dos casas sería muy de mi gusto, porque bien sabéis cuan-

to os aprecio, y ademas mi salud está tan alterada que no sé si Dios me reserva mucha vida; por lo mismo debo pensar en colocar de una manera conveniente, mientras vivo, á las hijas de mi buena hermana. Por desgracia temo que no he de poder hacer en favor de esas jóvenes tanto como quisiera, porque vivimos en un tiempo en que los ministros del rey no se enriquecen las guerras civiles han acabado con todo.

=Lo sé, monseñor, y podeis estar seguro de que no he de ser exigente en esa parte. Nos contentaremos con que hagais con ella lo que habeis hecho por Mad. de Soissons.

=En eso os mostrais muy razonable; pero hasta ahora no me habeis dicho á cual de mis sobrinas ama vuestro hijo,

—Pues ¿no lo sabeis, monseñor. A la señorita Hortensia.

—¡A mi Crepa! Vaya, vaya, querido mariscal; ¿lo habeis pensado bien?

¡Pues si Hortensia es todavía una niña!

— ¡Una niña, monseñor!

— Dentro de dos ó tres años veremos.

— ¡Dos ó tres años! Dentro de dos ó tres dias no existirá mi desgraciado hijo.

— No lo creais, mariscal; los medicos dicen esto, pero los médicos son unos asnos.

— Ah monseñor! Yo que no soy médico veo que no podrá suceder otra cosa. No hay mas que mirar á mi hijo y oírla hablar para convencerse de ello, si le viéreis en el estado en que se halla, os compadeceríais de él.

— Creed, querido duque, que siento en el alma no poder acceder á vuestros deseos, pero verdaderamente me es imposible. Escuchad; os lo digo en confianza porque sois mi amigo; ya he desechado para mi Crepa tres duques de casa soberana, los de Lorena, de

Mercoeur, y de Bonillon, dos príncipes y un rey.

—En tal caso, exclamó el mariseal levantándose de pronto de su silla, casadla con un emperador.

Y entregado á la mas viva agitacion dió algunos pasos por la sala dirigiéndose hácia la puerta; mas de pronto volvió al lado del sillón del cardenal y dijo á este con los ojos llenos de lágrimas:

Perdonad, monseñor, perdonad á un soldado viejo que sabe mejor tomar por asalto plazas que corazones. Conozco qué debería emplear palabras de dulzura y persuasion para ablandar á V. Ema. pues como ya he dicho, mi pobre hijo se muere sin remedio. Monseñor, compadeceos de él, compadeceos de mí; es la esperanza de mi casa, el único heredero de mi nombre, no tengo mas hijo, y por conservar ese apoyo en mis últimos dias no hay cosa que no sea yo capaz de.

hacer. Todos mis empleos en la corte, y gracias á la bondad del difunto soberano tengo mas de uno y de alguna importancia, todos se los cederé á mi hijo, si S. M. consiente en ello; será gran-maestre de la artilleria, teniente general de la alta y baja Bretaña, gobernador de Brest y de Nantes, duque y par del reino... qué se yo? Quereis todavía mas, monseñor? Quereis que en vida ceda á mi hijo todos mis bienes, mis palacios, mis posesiones? Mandad venir el notario y ahora mismo firmo el acto de donacion y me retiro á un rincon cualquiera donde sabré vivir con muy poco, porque he aprendido á hacerlo durante cuarenta años de guerras. Decid una palabra, monseñor, y todo se hará como os digo, y no saldré de mi retiro sino en el caso de que os amenace alguna nueva liga. Que mas quereis? Que me ponga de rodillas delante de vos? Ah! No desecheis mi rue-

go; no me dejéis marchar de aquí con la desesperación en el alma! Si no quereis concederme hoy mismo la mano de la señorita Hortensia para mi hijo, decidme por lo menos que espere; decidme que puedo llevar á mi pobre enfermo algunas palabras de consuelo, que autorizais su amor... Lo que pido me parece que no es gran cosa; no me la negueis, yo os lo ruego encarecidamente.

Agobiado el mariscal por todas las emociones que llenaban su corazón, se dejó caer pálido y sin aliento á los pies del cardenal, este le alargó afectuosamente la mano y ayudándole á que se levantase, le dijo:

—Querido mariscal: deseo hacer algo por vos, porque realmente me conmueve vuestro dolor. Escuchadme; he prometido al condestable Colonna la mano de Maria, la segunda de mis sobrinas; por complaceros voy á ver como puedo desbaratar ese matrimonio,

y en tal caso, la mano de Maria es de vuestro hijo.

—Pero, monseñor, respondió tristemente el anciano, os he dicho ya que de quien está enamorado mi hijo es de la señorita Hortensia, y que ella sola puede evitar su muerte.

—Tambien podria, continuó el implacable cardenal, daros á Maria, que promete ser sumamente hermosa.

—Una niña de diez años! Eso es demasiado monseñor: sois inexorable para con un pobre padre. Temed que Dios no os castigue y me venga.

Con esto salió el duque de la habitacion del ministro con el corazon angustiado y las amenazas en la boca, para ir á dar tan malas noticias á su hijo. Apenas estuvo fuera de la sala, Mazarin empezó á reirse como un loco, y habiendo tocado la campanilla mandó que fuesen á buscar á su sobrina Hortensia; vino esta, el cardenal la contempló por algunos instantes

sin decir una palabra, y soltó de nuevo la risa.

—Qué es eso, tío? Qué teneis? preguntó Hortensia cortada.

—Que tengo, Crepa, que tengo? repitió el cardenal abandonándose á su bilaridad. Tengo un gran motivo para reirme. Ese viejo loco del mariscal de La Meilleraye que acaba de salir de aquí, y ha venido á pedirme buenamente tu mano para su hijo. Pobre hombre! Mejor se la daría á un criado; no piensas tú lo mismo, Crepa?

—Pero tío.....

—Vamos, ¿por qué bajas ahora los ojos? ¿Por qué te pones triste? Yo estoy muy contento y quiero que tú lo estés también, ¿lo entiendes? ¿Hay algo que no vaya á tu gusto? No tienes mas que decirlo. ¿Te faltan diversiones? Di las que quieres y yo te las proporcionaré. ¿Está Mad. de Venelle demasiado exigente, demasiado regañona? Dimelo y yo la indicaré que no

sea así. ¿Es que no tienes dinero bastante para tus gastillos? Tráeme esa cajita que está encima de la mesa; dentro hay seiscientas monedas de oro, nuevas, relucientes y de buen peso, que es lo que gané al juego la semana pasada; te las doy, Crepa, y puedes hacer de ellas lo que te acomode.

—Hortensia escuchaba á su tío admirada, y se preguntaba á si misma, si era con efecto á él, al avaro mas grande de todo el reino, á quien oía hablar de aquel modo. El cardenal estuvo un rato gozando de su presa y al fin le dijo:

—Crepa, hija mia: siéntate aquí á mi lado, ¿quieres que aplemos un rato seriamente?

—Con mucho gusto, tío; respondió la jóven.

—Te parece que es una hermosa posicion para una mujer el ser reina?

—Asi dicen, tío; pero si os he

de hablar francamente, yo no lo creo.

—Y por qué no lo crees, hija mia?

—Porque todos respetan demasiado á una reina empezando por el rey.

—Y qué?

—Que en recompensa nadie la quiere de veras, empezando por....

—Calla, ¡tontuela! Cuidado que las muchachas del dia son estrañas criaturas, no ven en todo otra cosa que el amor. Tú no sabes lo que te dices, Hortensia; las reinas de que hablas son las que no tienen en su favor la hermosura, ni la bondad, ni la juventud; pero cuando son hermosas, buenas, jóvenes....

—Oh! Entonces, tío mio, es muy diferente todo el mundo las quiere mucho, empezando por el rey.

—Es verdad, Crepa, es verdad.

—Pero llega un dia en que al rey se le antoja tener celos, y entonces manda matar á la reina ó encerrarla

en un convento por todo el resto de su vida.

—Quién te ha dicho eso?

—La historia y Mad. de Venelle.

La historia! La historia! los historiadores son unos embusteros, y Mad. de Venelle una impertinente, buena cuando mas para educar hijas de mercaderes, pero no... princesas.

—No os enfadeis, tio mio, no digo yo lo contrario.

—Tú tienes juicio y talento, Crepa; te pareces mucho á mi, segun dicen. Hablamos en razon, hija mia. No te gustaria habitar en un hermoso palacio, donde todo el mundo estuviese á tus pies y pronto á satisfacer sus menores caprichos? No te lisongearia cuando salieses ver caracolear al rededor de tu coche un enjambre de guardias y de mosqueteros?

—Pero mi hermana la condesa de Soissons, que no es reina, tiene un hermoso palacio, y cuando sale en su co-

che hay siempre una porcion de caballeros que van luciendo sus caballos junto á las puertecillas.

—No hay duda, Crepa: pero Mad. de Soissons tiene que mostrar respeto y obediencia á las reinas y á las princesas de la familia real, Mad. de Soissons no puede decir: mi primo el rey de Francia ó de España, mi hermana la emperatriz de Austria; Mad. de Soissons no puede en las fiestas y ceremonias públicas ir la primera con el manto régio en los hombros y la corona en la cabeza.

—Tambien es verdad.

—El manto! La corona! Atributos magníficos y soberbios! No te figuras, Crepa, que te habian de sentar muy bien?

—No lo sé, tio.

—No lo sabes! No lo sabes! Mientes, Crepa, porque eres hermosa y lo sabes demasiado. Escúchame; añadió en tono misterioso y sacando una llavecita del pecho; ante todas cosas vé á echar

el cerrojo á esa puerta para que no venga á incomodarnos ningun importuno, y en seguida con esta llave abrirás un armario que hay en aquel rincon del gabinete, embutido en la pared y disimulado con las colgaduras. En ese armario están el manto y la corona que llevaba Mad. Enriqueta de Francia, viuda de S. M. Carlos I, el dia de su coronacion. Es un depósito que me ha confiado esa gran princesa al marchar á Inglaterra el mes pasado, y quiero verte con ese manto y esa corona.

—Qué locura!

—Haz lo que te digo, Crepa, que en eso no hay ninguna locura. Tráeme la corona, quiero colocarla yo mismo sobre tus sienes, oyes, niña? Dame el manto para que le ponga como debe estar sobre tus hombros. Bien, hija mia, bien; ahora mírame. Oh Crepa, Crepa! Que bien te sienta esa corona y ese manto! Qué hermosa reina serias!

Hablando de este modo se incorporó el cardenal en su sillón, dió un beso á Hortensia en la frente, y se inclinó respetuosamente delante de ella.

—Qué haceis, tío? preguntó Hortensia cada vez mas admirada.

—Saludo como debe saludarse á la reina de Inglaterra y de Escocia.

—Pero, qué quereis decir con eso?

—La verdad, Crepa; pero una verdad muy importante. En fin, ya no puedo mas, este secreto me ahoga y es preciso que abra mi corazon: hago mal, sin duda, pero no puedo resistirlo. Has de saber, niña, que todo está preparado para que este manto y esta corona no los tengas por un simple juego, sino que te pertenezcan lejitimamente. La reina madre Mad. Enriqueta de Francia favorece nuestros intereses; el rey Carlos II no piensa mas que en ti, segun dicen; y sus favoritos milord Montalban y milord Montaigu, me lo han pro-

metido todo. Quieres que te diga mas? Hoy espero el correo que debe traerme la demanda definitiva de tu mano, en nombre del rey Cárlos II. Ah Hortensia, Hortensia! Mi querida sobrina! Mi hermosa reina! Cómo van á rabiarse esos malditos palaciegos cuando me oigan decir: «mi sobrino el rey de Inglaterra!» Venga luego la tiara, y nada le queda que desear á Mazarin.

En tanto que el cardenal dejaba ver en medio de su arrebatado de alegría todas sus miras ambiciosas y todas sus esperanzas, notó que su sobrina habia ocultado el rostro entre las manos y estaba llorando.

—Qué significa eso? preguntó. Esa noticia te hace llorar? Será de alegría.

Hortensia se puso de rodillas delante de él, y exclamó:

—Oh tio mio, oh mi buen tio! Os pido perdón de haberos ocultado yo tambien un secreto que os voy á revelar ahora. Amo, y conozco que no pue-

do ser de otro que de aquel á quien he entregado mi corazón; á lo menos no seré de ningun otro mientras él viva; lo he jurado en presencia de Dios y creo que no sereis vos el que me incite á quebrantar un juramento tan sagrado.

Esperaba la jóven una esplosion de cólera, de reconvenciones y amenazas, y así se quedó sorprendida cuando Mazarin, alargándola la mano para que se levantase, la dijo con bastante serenidad:

=Ya lo sospechaba yo, Crepa; ya me lo habia imaginado, y si he de decirte verdad, siento mucho el ver mis sospechas convertidas en realidades. No seré yo quien te aconseje un perjurio, y ni aun exijo que me digas el nombre del sugeto á quien amas, porque podrás tener razones para ocultarle. No sé lo que pensará el rey Cárlos; por fortuna tienes todavia dos hermanas que casar, y trataré de renovar las nego-

ciaciones por ese lado; pero hubiera yo preferido mucho que tú fueses reina, porque sabes el cariño que te tengo. En fin, no hablemos mas de eso; pero prométeme ser sumamente discreta en este punto.

=Ah tio mio! exclamó Hortensia. Cuán bueno y generoso sois. Y cuanto me arrepiento de no haberos confesado desde luego la verdad.

En aquel momento dieron un golpecito á la puerta, y habiendo preguntado el cardenal qué era, respondió la voz de un page:

=Monseñor: es una carta urgente del señor Gobernador de la Guiana, que monseieur Colbert envia á V. Ema.

Levantóse Mazarin de su sillón, cosa que hacia muy rara vez y fué á quitar él mismo el cerrojo de la puerta que entreabrió y volvió á cerrar luego que tomó la carta; en seguida abrió el pliego que le enviaban, pasó la vista por él como con indiferencia y le dobló de nuevo diciendo:

—Ya sé lo que es; se trata de Alonso; despues veré lo que me dicen.

—Despues! no pudo menos de repetir Hortensia, cuyas megillas se cubrieron de un vivo encarnado.

Al mismo tiempo empezó á temblar, fijó en el papel una mirada llena de angustia, y levantando hácia el cielo sus hermosos ojos negros, dijo en su interior: « Esa carta, esa carta! Dios mio, tomad la mitad de mi vida y baced que sepa el contenido de esa carta! »

Sea que el cardenal, impasible testigo de la turbacion de su sobrina hubiese gozado de ella bastante, ó que en realidad se compadeciese de la situacion en que la veia, manifestó mudar de opinion, y abriendo de nuevo la carta dijo:

—A la verdad, puesto que habiamos acabado nuestra conversacion, nada me impide enterarme ahora mismo de este pliego.

Dificil seria pintar la espresion de

ansiedad que se mostró en el rostro de Hortensia en los dos ó tres minutos que duró la lectura. Se sentia palpar su corazon en el pecho como si fuera á salirse de él, y no hacia mas que mirar al cardenal, el cual cuando acabó la lectura, dió un suspiro, y alargando el papel á Hortensia, dijo aparentando tristeza:

—Es una noticia bien desagradable que me dan del pobre Alonso....

—Pues qué hay? preguntó Hortensia tomando el papel con mano desfallecida.

—Qué hay? repitió el cardenal fijando en su sobrina una mirada que penetró en el corazon de Hortensia como un hierro encendido. Que el gobernador me envia á decir que ese pobre jóven cayó enfermo en una posada de los Pirineos, y ha muerto hace hoy ocho dias.

No pudo el cardenal añadir ni una palabra mas, porque Hortensia habia

caido desmayada, y al caer, la corona de Mad. Enriqueta de Francia, reina de Inglaterra, que tenia todavia en la cabeza, se separó de ella y vino rodando á los pies del cardenal.

Aquella tarde despues de comer, al atravesar Mazarin la gran galeria de palacio, la encontró llena de una multitud mas numerosa que nunca de caballeros pertenecientes á las casas mas distinguidas del reino. Gracias á ciertas indiscreciones que son inevitables en tales casos, se habia divulgado la voz de que estaba para concluirse la negociacion entablada con la corte de Inglaterra acerca del casamiento de Hortensia de Mancini con el rey Carlos II, y aun se susurraba que el correo que debía traer la noticia se le esperaba aquel mismo dia: y como nadie dudaba del resultado de una negociacion que tan ventajosa podia ser aun al mismo rey de Inglaterra, los cortesanos se habian mostrado mas celosos que nunca por venir á hacer la corte al primer ministro, esperando cada cual que en aquella solemne ocasion observaria su celo el cardenal y que se le recompensaria.

ria alguna vez. Mazarin atravesó la galería apoyado en el brazo del conde de Soissons, y todos notaron que caminaba con trabajo y se paraba de cuando en cuando para descansar, y respirar de una tos seca que le fatigaba mucho. Iba vestido con mas esmero aun de lo que acostumbraba; llevaba un traje magnífico de grana, su barba puntiaguda y sus vigotes retorcidos estaban mas rizados y perfudados que nunca, pero el colorete que cubria sus mejillas no disimulaba completamente su palidez, y al ver pasar á la claridad de las arandelas llenas de bugias aquel moribundo ante el cual todos se inclinaban con respeto, se hubiera podido creer que era un cadáver, reanimado algunos instantes por efecto de un arte mágico.

De pronto resonó en los pátios del palacio el ruido del galope de un caballo, mezclado con los chasquidos del látigo; Mazarin se estremeció y dejando el brazo del conde de Soissons, se puso tan derecho como pudiera un jóven.

—Es el correo de Inglaterra, dijo una voz.

Inmediatamente se produjo un gran movimiento en la galería, y se presentó un oficial de la guardia que entregó al ministro un pliego, sellado con el gran sello de Inglaterra. Tomóle el cardenal con mano firme, á lo menos en apariencia, y abiéndole abierto le leyó sin que su fisonomía revelase ninguna emoción, y en seguida le volvió á plegar y se le guardó.

Todos los cortesanos, con los ojos fijos en él y la boca abierta, esperaban una palabra, un gesto, una señal cualquiera para hacer resonar el palacio con sus aclamaciones; pero se engañaron con su esperanza, y el cardenal siguió caminando silenciosamente por la galería. En aquel instante se presentó Colbert, y como todos sabían ya que era el hombre en quien el cardenal tenía toda su confianza, se apresuraron á dejarle pasar. Los dos se separaron á un lado y Colbert preguntó en voz baja:

—Qué noticias tenemos, monseñor.

—Muy buenas, respondió el cardenal levantando la voz y con la sonrisa en

los lábios; he logrado lo que mas deseaba, Hortensia permanecerá francesa.

Un murmullo difícil de describir se siguió á estas palabras, y el ruido de las conversaciones particulares que se entablaron por todas partes, contribuyó á que no se oyese el diálogo siguiente:

—Yo tambien, monseñor, dijo Colbert, tengo una buena noticia que daros.

—Y cual es?

—Que Mr. de Saint-Evremond no se contenta con hablar y obrar contra los intereses de vuestra Eminencia, sino que tambien escribe.

—Y teneis en vuestro poder la prueba de ello?

—La tendré mañana mismo, monseñor.

—Y se parece algo, por poco á una conspiracion?

—Si, monseñor.

—Bueno, en tal caso Saint-Evremond pagará por todos.

Con esto se separó el cardenal de Colbert, y dijo en voz alta y riendose:

—Señores, preparad vuestro dinero,

181
porque esta noche me siento con vena de ganar mucho. Que dispongan el faraon

Y mandando por señas á un oficial que se acercase, le dijo en voz baja:

—Id inmediatamente á casa del mariscal de La Meilleraye, y decidle que necesito hablar con él esta noche misma, para un negocio importante.

En la mañana del 11 de febrero de 1661 se encontraron dos caballeros en el pátio de Louvre al salir de la corte, y estos dos caballeros eran Saint-Evremond y el marqués de La Meilleraye. Este último, tan luego como vió al mariscal de campo, corrió á él y le abrazó con la mayor efusión.

--Querido marqués! exclamó Saint-Evremond. Me alegro infinito de veros, porque, segun me han dicho, habeis estado muy malo, y si os he de decir la verdad, os hallo bastante mudado.

—Oh! no hablemos de eso, respondió el jóven con impetuosidad. Hoy, querido Saint-Evremond, me siento curado, bien curado, y nunca he estado mejor en mi vida. Hablemos de una co-

sa que tengo el mayor gusto en ser el primero que os lo diga, porque sé que os alegrareis mucho. Vais en vuestra presencia al hombre mas feliz del mundo; todo está ya convenido, todo está dispuesto, y me caso con la señorita de Mancini.

Si el rayo hubiera caido entre los dos interlocutores, no se hubiera quedado mas parado Saint-Evremond que al oír aquella noticia. Así es que dijo con voz apenas perceptible:

—Ah! Os casais con la señorita Hortensia de Mancini! Y ella consiente?

—Me parece que sí, respondió Armando, puesto que tal es la voluntad de su tío. Teneis algun motivo para dudarlo?

—Yo! no por cierto.

Y añadió entre sí mismo: «Es verdad que el page ha muerto, segun dicen; pero al fin... le ha olvidado bien pronto. Oh! Las mujeres! Las mujeres!»

—Qué teneis? le preguntó La Meilleraye. Parece que estais distraido,

—Nada de eso; no tengo ningun motivo. Os doy el parabien, mi querido marqués.

—Ya no soy marqués, Mr. de Saint-Evermond; soy duque, duque de Mazarin lo es? Tomo el nombre y las armas del cardenal, porque así lo ha dispuesto su eminencia. Mi padre me cede desde ahora su empleo de gran maestro de la artillería; tengo el consentimiento del rey en el bolsillo, y espero que antes de un mes se dignará S M firmar mi contrato de boda. Todo eso se ha hecho con tal rapidez, que todavía me pregunto á mi mismo si es un sueño; si lo es, puedo aseguraros que es el mejor que he tenido en mi vida. Pero la hora se pasa, y me esperan en Vincennes, donde se halla el cardenal. Ya conocéis que es indispensable que vaya á ofrecer mis respetos á la señorita Hortensia; dispensadme, pues, de que os deje tan pronto y prometedme que no faltareis á mi boda.

—Señor duque... seguramente...

—Pues estamos convenidos; un abrazo, y adios.

En el momento que se estaban abrazando, pasó junto á los dos una señora cubierta con su careta, y ha-

biéndose acercado á mirar á uno y otro, se detuvo y les hizo una gran cortesía. Miróla el nuevo duque con ademán algo espantado, y quitándose entonces ella la careta, conocieron entrambos á la Voisia.

—Vamos, señor duque, dijo dirigiendo la palabra á Armando después de haberse vuelto á cubrir el rostro; pensais que vuestra visita á casa de la adivina fué de mal agüero?

—Silencio! exclamó el jóven sacando un bolsillo lleno de dinero y poniéndole en manos de la Voisin. Aquella noche cometí un gran pecado, mas espero que no ireis á dar un gran escándalo contándoselo á nadie.

La adivina tomó á peso el bolsillo, y volviéndosele á la Meilleraye; le dijo con bastante frialdad.

—Monseñor: acostumbro tomar dinero por hablar pero por callar, nunca.

Y al ver que Armando, aturdido con esta respuesta y con la restitucion del bolsillo, se la quedaba mirando con la boca abierta añadió:

—Si el señor duque tiene curiosidad de saber el fin de todo esto, no ignoro donde vive su humilde servidora.

—Dios me libre de tal cosa exclamó la Meilleray, que echó á correr santiguándose, como si hubiese estado hablando con el mismo diablo en persona.

Al ver aquel inesperado desenlace no pudo contener Saint-Evremond la risa; mas luego que acabó de reir le dijo la Voisin:

—Y á Mr. de Saint-Evremond no se le verá tampoco cualquier dia de estos en casa de la adivina?

—Para qué? respondió el mariscal de campo. Yo no estoy enamorado.

—Estais bien seguro de ello? En este mismo momento, por mas esfuerzos que haceis para engañaros á vos mismo, hay un pensamiento que os molesta y que no podeis desechar. Apuesto á que daríais cualquiera cosa buena, porque no se verificase el casamiento de Mr. de La Meilleraye.

—Y por qué? Qué mas me dá á mí que se case él que otro?

—Por qué? Porque conociendo que no podeis aspirar á la mano de la jóven con quien el se casa, queríais por lo menos que no fuese de nadie.

—Y donde diablos veis todo eso?

—En vuestros ojos, en vuestra frente, en toda vuestra persona. Pero consolaos con saber que el duque no es amado, y si no hubiese metido en ese negocio Mr. de Frejus que es el factotun del cardenal mediante cincuenta mil escudos que le han prometido tal casamiento no se hubiera hecho. Pero vamos á otra cosa. No os anuncié yo que os amenazaba una desgracia?

—Y por eso esperais que os haga una nueva visita?

—Tal vez. Escuchadme, añadió la Voisin bajando la voz. No os acordais de cierta carta que escribisteis al marqués de Crequi, con motivo de la paz de los Pirineos y del casamiento del Rey? Estaba escrita con mucha sal.

—Os doy gracias por vuestra opinion señora.

—Pero el rey, la reina madre, y es-

pecialmente monseñor cardenal, es probable que no fuesen de mi opinion si viesen vuestra carta, porque si nó me han engañado tratábais en ella bastante cruelmente á todos tres; y hay quien cree que si la tal carta llegase á caer en sus manos serian capaces de perseguir al autor como reo de lesa magestad.

—Muy posible es, pero Crequi es amigo mio y no puede conservar una carta semejante; sin duda hace mucho tiempo que la ha quemado.

—Os engañais, Mr. de Saint-Evremond; no la ha quemado, la ha perdido.

—Dios mio! exclamó Saint-Evremond, perdiendo el color.

Poco tiempo antes de casarse con la señorita de Plesis-Bellievre, Mr. de Crequi hizo lo que hacen todos, vino á consultarme.

—Y qué?

—Que como para mayor seguridad llevaba siempre la carta consigo, sucedió no sé cómo que se le cayó del bolsillo y vino á parar á poder de una muchacha á quien

veriais en mi casa. Pues esa muchacha, que es tan sagaz y endiablada como linda y tiene bastante aficion al dinero, ha ido á ver á Mr. Colbert y le ha propuesto venderle vuestra carta para que la entregue al cardenal.

—En tal caso estoy perdido.

Tranquiízaos, que por fortuna me encontraba yo allí para protegeros, pues no se si es porque sois tan aficionado á la buena mesa como yo, ó por otra causa, la verdad es que os tengo una inclinacion decidida. Así es que á fuerza de instancias he conseguido de mi criada que entregase vuestra carta á Mr. de Crequi, con tal que este la pagase por ella lo mismo que Mr. Colbert. Por desgracia monsieur de Crequi se hallaba ausente, pues habia ido con la nueva marquesa á las posesiones de Mad. de Plessis-Bellievre, su suegra, y ha sido preciso que yo enviase un negociador á quien suelo ocupar en casos semejantes, que se llama el abate Lesage. Este volvió ayer y ha desempeñado perfectamente su comision.

—Oh! exclamó el mariscal de campo.

Gracias á vos, me he librado por esta vez de un gran peligro. Ah mi querida Volsin ó Montvoisin, porque yo me confundo con vuestros nombres. Si no estuviésemos en el pátio del Louvre, os habia de dar un beso en cada megilla.

= Os dispenso por ahora de hacerlo, pero si quereis créerme, Mr. de Saint-Evremoud, sed prudente. Los espías del cardenal no os pierpen de vista, y cualquiera paso un poco aventurado que deis os puede costar caro. Haced sobre todo de manera que Mr. de Crequi queme vuestra carta, porque no ha querido hacerlo delante del abate Lesage, diciendo que apreciaba demasiado un escrito vuestro para reducirle á cenizas. No hay que perder un instante, y si yo estuviese en vuestro lugar, tomaria inmediatamente un caballo de postas, iria á ver á Mr. de Créqui, y no le dejaria á sol ni á sombra, hasta que yo misma hubiese quemado la dichosa carta.

—El consejo es bueno, Mad. Monvoisia, muy bueno y voy á tomarle sin perder momento. Vive Dios! Si me han de

seguir los sabuesos del cardenal, he de hacer que corran bastante tiempo. Adios, señora, os doy las gracias y podeis estar segura de que si algun mal educado caballero hablase de vos de otra manera que la que conviene, tendrá que habérselas conmigo.

Con esto se separaron Saint-Evremond y la Voisin. Esta entró en el palacio, donde tenia, como en todas partes, grandes relaciones secretas, y el mariscal de campo trató de salir para ir á pedir á algun amigo suyo un buen caballo de viaje.

Ocupado con este pensamiento, apenas habia atravesado las puertas del Louvre, vió que venia hácia palacio un ginete corriendo á todo el galope de su caballo. «Buen bicho es ese, si no me engaño, se dijo á si mismo, y me parece que me habia de servir perfectamente.» Aun antes que acabase este corto soliloquio habia pasado el ginete por delante de él, y habia visto que era Mr. d'Artagnan, capitan de la compañía de mosqueteros del cardenal. Este caballero, sin aliento, y cubierto de polvo,

echó pie á tierra luego que llegó á la puerta de palacio, y dejando su caballo á uno de los soldados de la guardia entró precipitadamente en el Louvre.

Qué significará esto? pensó en su interior Saint-Evremond; y como todas las personas que están entregadas al pensamiento de un grave interés propio, imaginó por un instante que el capitán de los mosqueteros venia en persona á buscarle y prenderle, por adular al cardenal. No teniendo grandes deseos de recibir la honra de que le prendiese Mr. d'Artagnan, trató de alejarse de allí, y como el tiempo estaba hermoso siguió á pie á lo largo del muelle, no sin volver la cabeza de cuando en cuando para ver si le perseguian. Pero apenas habia andado trescientos pasos, vió á otro ginete que venia tambien á escape, y que conoció era Mr. de Guilleragues, uno de los gentiles-hombres del cardenal que era muy amigo suyo.

—Hola, Guilleragues! gritó luego que le hubo conocido. Habeis hecho alguna apuesta con Mr. d'Artagnan á quien llega primero al Louvre? En tal caso, amigo mio, habeis perdido.

—Para apuestas estamos; respondió Guilleragues, que conociendo á su amigo detuvo un momento el caballo.

—Pues á dónde vais con tanta precipitacion?

—A buscar al cura de S. Nicolás.

—Para qué?

—Para que lleve inmediatamente el viático.

—A dónde?

—A Vincennes, donde se está muriendo monseñor cardenal.

Y sin decir mas, metió las dos espuelas al caballo y volvió á tomar su galopé.

—Bondad divina! exclamó Saint-Evremond quitándose el sombrero. Ya no necesito caballo.

Y acordándose inmediatamente de lo que le habia participado Armando de La Meilleraye, añadió para si: «Pues esa muerte podria muy bien desbaratar cierto casamiento, y entonces Hortensia seria libre, y... Qué lástima que yo no sea duque y par, con algunas posesiones y rentas mas y algunos años menos!» Y se dirigió á su casa haciendo castillos en el aire.

FIN DEL TOMO I



LA DUQUESA

DE

MAZARIN.

Concluida la obra costará 5 reales tomo.

BIBLIOTECA SEVILLANA.

LA DUQUESA

DE

MAZARIN.

POR

Alejandro de la vergne

TOMO III.

SEVILLA.

Imprenta de Gomez calle de las Sierpes n.º 13,
junto al café del Turco.





CAPITULO I.

Algunos días despues, es decir, el miércoles 15 de Junio de 1688 á la caída de la tarde, salia del palacio Mazarin un coche con seis caballos, ocupando su interior dos hermosos jóvenes en traje de camino, y aunque uno y otro aparentaban satisfacción, su fisonomía revelaba grandes temores y parecian dos alumnos de clase elevada que se hubiesen escapado de entre las manos de su ayo. Inútil.

nos parece decir que uno de los alumnos se llamaba Hortensia y el otro Nanon.

En el momento en que el coche atravesaba la puerta de San Antonio, Hortensia lanzó un grito, pues acababa de notar que en medio de la turbación que la agitaba al salir de su casa, había dejado olvidada una cajita que contenía todos sus recursos, esto es, sus joyas y alhajas y el dinero que había podido reunir. Asustada y sin saber que hacer, mandó al cochero que parase, y en el mismo punto oyó una voz no desconocida para ella, que resonó en su oído como resonará el día del juicio final la trompeta del ángel, que decía:

—A un lado villanos. Dejad paso al gran maestro de la artillería.

Era con efecto el duque de Mazarin que volvía del palacio de Vincennes á cenar en su casa del Arsenal. Sintió la infeliz Hortensia que inundaba su cuerpo un sudor frío y se ocultó con

viveza en un rincón de su coche, pero no pudo hacerlo tan pronto que al resplandor de los hachones que llevaban los lacayos del duque no percibiese clara y distintamente el rostro pálido y casi monacal de Mr. de Mazarin, que habia sacado la cabeza para ver que era lo que ocurría.

Estremecióse el duque y dijo en voz ahogada.

— Polastron: no habeis visto como yo á la puertecilla de ese otro coche?...

— Qué, monseñor?

— Me ha parecido ver... á Mad. de Mazarin. Mirad si me engaño. Un coche con seis caballos que sale de Paris á esta hora, es cosa muy sospechosa.

En aquel momento no mediaria mas de una toesa entre los dos coches; Polastron alargó la cabeza para ver lo que habia en el de la duquesa, y aunque su exámen apenas pasaria de diez segundos, para las dos fugitivas fueron diez horas de mortales angustias.

—Monseñor, dijo Palastron; sin duda es una ilusión de vuestro cerebro, ocupado siempre en un solo objeto. En ese coche solo van dos muchachos, muy ocupados en hablar entre sí, lo cual ha hecho que no pueda distinguir bien sus rostros. Además, el coche no lleva vuestro escudo de armas, como le llevaría si fuese la señora duquesa; lleva el escudo de armas de la casa de Rohan, y apostaría á que es el caballero de ese nombre que vá á celebrar alguna orgía con sus amigos en cualquiera casa de campo. No hay duda (añadió después de un momento), porque veo en la trasera á un picaron que llaman Nareiso, uno de sus criados, de quien se vale para todas sus aventuras.

—Gracias, Palastron, gracias, exclamó el duque tranquilizándose; sin duda estaba yo loco.

El coche de Mr. de Mazarin, que habia tenido que detenerse un momento, volvió á emprender su marcha, y po-

cos minutos despues se hallaba el duque en el Arsenal.

—Dios mio! exclamó luego que se vió en su habitacion. Cómo he podido imaginar que habia visto á Hortensia en la puerta de San Antonio, cuando me han informado de que hoy debia pasar todo el dia en casa de su hermana la superintendente? Oh! Bien puedo estar tranquilo. Mañana dará su sentencia el tribunal súpremo; mañana Polastron, recobraré mis derechos; mañana traeré á la duquesa al Arsenal, pasado mañana saldremos para mi quinta de La Meilleraye, y diestro habrá de ser el que allí pueda verla y hablarla sin mi consentimiento. Es tan hermosa Hortensia, Polastron! La quiero tanto! No me castigue el cielo por ello, pero os aseguro en confianza que á pesar de ser un pecado enormísimo creo que la amo mas que á Dios.

—A la verdad, contestó Polastron, la hermosura de mi señora la duquesa es sin igual.

—Por fortuna, replicó el duque; mi confesor me ha dicho muchas veces que no hay pecados por grandes que sean, cuyo perdón no pueda obtenerse á furza de limosnas y de penitencias, y especialmente de limosna.

En esto avisaron al duque que la cena estaba pronta, y él dijo:

—No sería muy justo que ayunase esta noche para dar gracias á Dios por la gracia que me concederá mañana?

—Como queráis, monseñor; respondió Polastron.

—Ayunemos los dos: replicó el duque.

Al oír esta propuesta el capitán de su guardia hizo un gesto bastante feo y contestó:

—Monseñor; es el caso que el aire del bosque de Vincennes me ha excitado extraordinariamente el apetito, y si os fuese igual ayunar solo esta noche...

—Hombre de poca fé, exclamó el

duque interrumpiéndole no sabeis cuantos perados se os podrian perdonar por eso; pero ya que no quereis ayunar será preciso que yo siga vuestro mal ejemplo y que cenemos juntos. Brindaremos á la salud de los magistrados del tribunal supremo que me hacen ganar mi pleito, y por la vuelta al redit de la oveja estraviada. Vamos, á la mesa, á la mesa.

Evitaremos al lector los pormenores de la conversacion medio mística y medio báquica que tuvieron aquella noche durante la cena y bajo los tristes artonados del Arsenal, el duque de Mazarin y el capitan de su guardia. Mas al terminar la cena, estando entrambos brindando de una manera casi alegre, llegó un criado de la condesa de Soissons, y dijo que necesitaba hablar al duque; mandáronle entrar y anunció que venia de parte de la condesa á saber si Mr. Mazarin tenia alguna noticia de su esposa, pues la habian esperado inú-

tilmente todo el día en San German, y se sabía que desde el anochecer faltaba de su palacio.

Al oír el duque esta novedad dejó caer el vaso que aun tenía en la mano y dirigiendo á su capitán de guardias una aterradora mirada, dijo con voz mal acentuada:

—Ah! Polastron? Aquel coche que se cruzó con el mio... aquellas facciones que me pareció reconocer.. Oh! ¡No me habia engañado!

Ya os dije, monseñor, replicó Polastron con mucha tranquilidad, que debia ser el caballero de Rohan.

—Perdonad, Mr. de Polastron, contestó el criado, pero al volver esta noche de San German, donde habiamos esperado en vano todo el día á la señora duquesa, hemos encontrado en la Cruz de Nanterre al caballero de Rohan con el señor duque de Nevers; uno y otro iban á dormir á San German, y mi señora la condesa les habló y les

preguntó si habian visto á Mad. de Mazarin.

— Y ¿qué respondieron? preguntó el duque, pálido ya como un muerto.

— Respondieron que la señora duquesa de Mazarin habia salido mucho antes que ellos, y que sin duda habria tomado otro camino.

— Ah traidores! Infames! exclamó el duque. Estoy seguro de que estaban en la trama, pero yo los denunciaré al rey y al parlamento como cómplices de un rapto, y á monseñor el arzobispo para que los escomulgue. Polastron, Polastron! Con vuestra cabeza me respondeis de la duquesa; lo ois? porque vos teneis la culpa de todo. Montad á caballo y corred sin parar hasta que hayais alcanzado á la duquesa: Es preciso que me la traigais viva ó muerta.

— Pero, monseñor, respondió Polastron siempre impasible, yo no sé qué camino habrá tomado la señora duquesa, porque son muchos los que vienen

á parar á la puerta de San Antonio.

—Es verdad, exclamó el duque paseándose por la sala y arrancándose los cabellos.

Y como si de pronto le hubiera ocurrido una idea feliz, añadió:

—Que pongan el coche, que voy ahora mismo á San German á ver al rey. Es preciso que manifieste á S. M. lo que pasa, y le ruegue que mande órdenes á todos los caminos del reino para que detengan á mi Hortensia y me la devuelvan. Oh! El rey no puede negarme eso. Venid, Polastron, seguidme, vamos á San German.

A mas de las doce de la noche salió el duque del palacio del Arsenal, y acompañado de su capitán de guardias se puso en camino para el sitio en que se hallaba el rey, mandando á su cochero que reventase los caballos, si era preciso, con tal que no cayesen sino á la entrada de San German.

Admirada quedó la compañía de mos-

queteros que se hallaba de servicio, al ver llegar en medio de la noche al gran maestro de artillería, con el rostro desencajado y pálido y diciendo que necesitaba hablar al rey al momento.

—Monseñor, le dijo el oficial que mandaba la guardia; bien sabeis que no es permitido despertar al rey sino en el caso de incendio en palacio, ó de que la reina tenga dolores de parto.

—Pues decid á S. M. que es por una cosa peor todavía que esas, respondió el duque suspirando, y que es indispensable que le hable al momento, aunque despues me envíe á la Bastilla por todo el resto de mi vida.

Tienen los grandes dolores una especie de poder magnético que inspira respeto, y ante el cual caen como por encanto las barreras mas insuperables. Al ver á aquel hombre que se presentaba á ellos con los ojos llenos de lágrimas y las facciones trastornadas por la desesperacion, los alegres jóvenes que

le rodeaban sintieron que la risa se helaba en sus lábios y la burla espiraba en lo íntimo de su pecho. El oficial de la guardia mandó avisar á Bon-tems, ayuda de cámara del rey, y á las tres de la mañana (estos pormenores son históricos) entraba Mr. de Mazarín á ver á Luis XIV. El pobre duque no tuvo ánimo para articular una sola palabra, y se dejó caer bañado en lágrimas á los pies del rey.

—Lo sé todo, le dijo este levantándole con bondad. Mad. de Mazarin ha enviado hace pocas horas á Mr. Colbert, por conducto del duque de Nevers, una carta en que le ruega que me participe la determinación que ha tomado de evitar la ejecución de la sentencia del parlamento. Dios es testigo de que no he dejado de hacer cuanto ha estado en mi mano, para evitar un escándalo que es muy sensible para mí. La duquesa de Mazarin tiene muchos derechos á mi es-

simacion, de la misma manera que vos; prometí á monseñor cardenal poco antes de morir que cuidaria siempre de su sobrina predilecta, y hubiera deseado, cuando todavia era tiempo, conseguir entre vuestra esposa y vos una reconciliacion, que no creí que hubiese dejado de tener efecto median-do yo. No ha sucedido así, y cuando he visto mi mediacion despreciada, me he dado á mi mismo la palabra de no volverá mezclarme en vuestros asuntos, y no pienso faltar á ella, porque no acostumbro faltar á ninguna. Creed que lo siento infinito, pero proceded como mejor os parezca sin contar conmigo.

En vano trató el duque por todos los medios imaginables de doblegar la voluntad del rey, y viendo que nada podia conseguir, se dirigió á la habitacion de Mr. Colbert, á quien hizo despertar igualmente. Este último le dijo que ignoraba de todo punto el camino que habria tomado la duquesa,

pues esta en su carta no indicaba el sitio que habia elegido para retirarse, y que además no perteneció á los ministros del rey dar órdenes de detencion por motivos puramente privados, pues eso era propio del parlamento.

Serían entonces como las cuatro y ya empezaba á rayar el día; el duque de Mazarin, entregado á la mas horrorosa desesperacion recorria como una alma en pena las galerias de palacio, acompañado de su fiel Polistron, y al verlos á la luz todavia vaga é incierta del crepúsculo que luchaba con las tinieblas, tan altos y con los rostros pálidos y desencajados, cualquiera hubiese podido creer que eran dos espectros que á toda prisa se volvian á sus sepulcros antes que cantase el gallo. De pronto, al volver el ángulo de una galeria muy inmediata á los aposentos que ocupaba el hermano del rey, tropezó el duque con dos personas que al parecer estaban en con-

versacion muy familiar; eran un hombre y una mujer.

El hombre, que era un jovencito de rostro afeminado, y que cuando mas podria tener diez y ocho años, echó al pronto una maldicion; mas reconociendo luego al gran maestro de artilleria, huyó rápidamente, aunque no tan de prisa que el duque no pudiese ver que era el caballero de Lorena, favorito del hermano de Luis XIV. Por lo que hace á la mujer, que tenia puesto el antifaz, lejos de huir, hizo una cortesia al duque y le dijo en tono burlon.

—Muy madrugador está hoy el señor duque de Mazarin.

—Seguid vuestro camino, contestó con aspereza el duque, porque no tengo ganas de chanzas y ademas no os conozco.

—Perdonad, monseñor, replicó la incógnita quitándose la careta; no creo yo que tengais tan flaca memoria, que

porque hayan pasado siete años no conozcais ya á vuestra humilde servidora, madama Montvoisin:

—La adivina! murmuró el duque asombrado. Es verdad, es verdad

E hiriendo su mente una luz nacida de aquel recuerdo de lo pasado, añadió, cogiéndola por el brazo:

—Mujer, no dicen que vuestro arte puede hacer encontrar las cosas perdidas?

—Y dicen muy bien, monseñor, por mas oculto que esté un tesoro, yo me obligo á encontrarle.

—Qué me importan todos los tesoros del mundo? Se trata de una mujer.

—Lo sé, monseñor el espíritu me lo ha dicho, se trata de la señora duquesa de Mazarin. Ayer noche salió de su palacio, y vos quereis saber qué camino ha tomado, pues no hay cosa mas fácil.

—Oh! exclamó el duque con la boca abierta: quién os ha podido decir todas esas cosas?

— El espíritu.

— Acabad por amor de nuestro señor Jesucristo, acabad y decidme dónde encontraré á mi Hortensia, y mi agradecimiento no tendrá límites y os daré cuanto me pidais.

La Voisin no pudo reprimir una sonrisa, y al mismo tiempo, acercándose con ademan solemne á una ventana que habian dejado abierta por causa del calor, alargó la mano en la direccion de Oriente, y dijo:

— Monseñor, veis el sol que va naciendo al lado del torreón de Vincennes?

— Y qué? preguntó el duque inquieto.

— Pues envid á alguno que atraviese el bosque á galope, que entre en las llauras de la Brie, y siga sin detenerse el camino real que conduce á Barle-Duc, en Lorena, y oirá hablar de la señora duquesa.

— Oh mujer! exclamó el duque alargándola un bolsillo. Tomad por de pron-

to este dinero, y si lo que habeis dicho es verdad, si llego á encontrar á Hortensia, podeis venir á verme al Arsenal, y mi proteccion, mi crédito y mis tesoros están á disposicion vuestra.

—Monseñor, respondió con altivez la Voisin; el sitio en que me encontratis os dá á conocer que tengo protectores aun mas poderosos que vos; y en cuanto á vuestro oro (añadió sin querer tomar el bolsillo) guardadle para los curas y los frailes; me tomarian ódio si supiesen que participaba de él, y no quiero estar mal con esas gentes. Si se hubiera tratado de la señora condesa de Soissons, ó de la señora duquesa de Bouillon, nada hubiérais conseguido de mí, porque van á mi casa á consultarme y tienen fé en la astrologia; pero la señora duquesa de Mazarin es una incrédula que se rie de las adivinas; tanto peor para ella. Adios, monseñor; estaba escrito en el libro

del destino que nos habíamos de volver á ver.

Diciendo así, hizo al duque una profunda reverencia y se alejó. Armando, sin perder tiempo, se volvió á Polastron, que estaba no menos asombrado que él, y le dijo:

—Ya lo habeis oído el camino de Bar-le-Duc. A caballo, Polastron, y Dios os guie!

Tres horas despues, y precedido por el teniente de artilleria Lalouviere que habia tomado la delantera para que no faltasen caballos de relevo, galopaba Polastron por el camino de Bar-le-Duc, llevando en el bolsillo una órden del parlamento mandando prender á la duquesa de Mazarin, donde quiera que se la encontrase. Por lo que hace al duque se volvia al mismo tiempo á su palacio del Arsenal, con el corazon un poco consolado por la esperanza de que todas aquellas disposiciones producirian el debido resultado.



CAPITULO II.

Durante este tiempo, veamos qué era lo que sucedia á Hortensia. Despues de haberse librado, como por milagro, del duque y de Polastron en la puerta de San Antonio, resolvió volver atras á buscar la cajita que contenia su dinero y albas, sin la cual era imposible que pudiera continuar su viage. Provista de aquel tesoro, habia tomado en efecto el camino de Lorena (como habia dicho la Voisin, que pudo saberlo por mas de un medio), en atencion á que era camino muy poco frecuentado entonces y por el cual no creyó que la seguirian, mas como habia perdido bastante tiempo en el incidente de la cajita, y los caminos en 1668 no eran, ni aun en

las inmediaciones de Paris, lo que son en el dia, no llegó hasta muy tarde á una casa de campo de la princesa de Guimenée, madre del caballero de Rohan, donde trató de descansar un poco. Allí encontró una silla de posta que habian mandado disponer el caballero y el duque de Nevers, que estaban en toda la intriga, y la princesa la informó de que Mr. de Parmillac, gentil-hombre del duque de Nevers, á pretexto de ir á visitar á su padre que mandaba en Lorena un cuerpo de caballeria, se habia adelantado para que no faltasen tiros en el camino.

Hortensia y su camarista, vestidas de hombre como ya hemos dicho, subieron á la silla, y Narciso, ayuda de cámara de Mr. de Rohan, y un gentil-hombre de casa de este, llamado Courbeville, montaron á caballo para escoltarlas. Pero apenas habian andado algunas leguas en el nuevo carruaje, que nunca iba con bastante velocidad para satisfacer

los deseos que el miedo inspiraba á la duquesa, no quiso esta volver á subir en él y se empeñó en acabar el camino á caballo como sus compañeros de viage. Entregada á las mas vivas inquietudes, preguntaba á cada momento: «Amigos míos: no oís ni veis que nadie venga detrás de nosotros?» Y la verdad era que no se oía en aquel camino solitario sino el acompasado trote ó galope de los cuatro caballos. Otras veces deseaba saber si estaba todavía muy lejos la Lorena, porque la Lorena, que en aquella época no formaba todavía parte del reino de Francia, era para ella la tierra de promision.

Llegó por fin á Bar-le-Duc, rendida por el cansancio, el viernes 15 de junio á medio dia; y aunque ya en aquel punto se hallaba en los estados del duque de Lorena, todavía no se creyó segura, y á fin de que hubiese mas distancia entre ella y sus perseguidores, resolvió ir á dormir á Nan-

cy aquel mismo dia.

Echó pié á tierra en una fonda, y al ver á los dos ginetes, cuyas facciones eran tan lindas y delicadas, á pesar del polvo, de la fatiga y de los pelucones que las dos se habian puesto, no hubo nadie en la posada que no sospechase que allí habia algun misterio. Una criada jóven, mas curiosa aun que sus compañeras, quiso saber la verdad, y acercándose de puntillas á la puerta del cuarto con dos camas que habia pedido la duquesa, vió que las dos fegitivas, quitándose al fin sus incómodas pelucas soltaban sus largos cabellos y libres apenas del inminente riesgo que habian corrido, se reian á cual mas de toda aquella aventura. Atolondrada y loca como siempre, no imaginaba la duquesa que en aquel momento tenia mas que temer que nunca.

En medio de la noche, cuando señora y camarista se hallaban entrega-

das á un delicioso sueño, se oyeron junto á la posada latigazos y ruido de gentes que llegaban á caballo, y pocos momentos despues fuertes golpes que daban á la puerta reclamando hospitalidad. En un momento estuvieron de pie mozos y criadas, y habiendo abierto la puerta entró en la sala baja escoltado por dos criados, un hombre alto, de rostro seco y con todo el vestido lleno de polvo.

—Perdonad, caballero, dijo el posadero que habia acudido en persona, pero tengo mi casa llena de viajeros, y cuando mas, os podrè hospedar á vos solo.

—Oh! respondió uno de los criados pues el forastero parecia muy taciturno y se habia sentado á un lado, sin hacer caso de la alocucion del posadero. Por lo que hace á nosotros, ya encontraremos dónde acostarnos, sobre todo si hay mujeres y quieren ser un poco complacientes.

Justamente escandalizado de tales palabras, creyó el dueño de la casa que debía responderles que en aquel momento no tenía hospedados en ella sino hombres, y que por lo tanto harían muy bien en ir á buscar posada á otra parte así como su amo. Al oír esto se levantó el taciturno viagero y haciendo á sus criados una seña para que saliesen se disponían á honrar alguna otra posada con su presencia, cuando la criada de cuya curiosidad hemos hablado antes, dijo meneando la cabeza y con un acento burlon:

—Hombres! Hombres! ¿Estais seguro nuestro amo, de que no teneis hospedados mas que á hombres?

Estremecióse el forastero como si se hubiera despertado sobresaltadamente y acercándose á la criada la dirigió en voz baja algunas palabras y le puso en la mano algunas monedas, en cambio de las cuales obtuvo sin duda las noticias que deseaba, pues se marchó en

seguida con sus dos criados, no sin haber antes pedido perdón al posadero, por haber alborotado inútilmente toda su casa.

Hortensia y Nanon tenían tal necesidad de descanso despues de las fatigas del viage que acababan de hacer, que ni los aldabonazos que habian dado á la puerta, ni el barullo que se movió en la posada pudieron despertarlas, y era ya muy entrada la mañana cuando lo hicieron. Levantáronse, y estando consultando la duquesa con su camarista sobre si convendria abandonar los vestidos de hombre que por falta de costumbre eran muy incómodos para ellas, y que ya parecia que eran inútiles, oyeron que llamaban á su puerta, que habian tenido buen cuidado de cerrar por dentro con cerrojo.

—Quién es? preguntó Nanon con su vocecita aguda que en vano trató de bajar hasta el diapason masculino. No se puede entrar porque mi compañe-

ro se está vistiendo.

Una voz bien conocida de entrambas, respondió desde fuera con tono grave:

—Es inútil, señoras, que trateis de fingir por mas tiempo, pues se muy bien quien sois; así, en nombre del rey, de la ley y de la justicia, os digo que abrais al instante.

—Es Polastron! exclamó la duquesa aterrada.

—Es el diablo! dijo Nanon. ¿A dónde huiremos ó dónde nos escondemos, señora?

—Déjame á mí, replicó Hortensia; y añadió en voz alta: Mr. de Polastron: puesto que os habeis tomado el trabajo de seguirme, no os negaré que soy la duquesa de Mazarin; pero el poder de mi marido que os envia espía en la frontera que separa á Francia de Lorena. Tened pues la bondad de retiraros y dejarme tranquila, si no quereis obligarme á que invoque en

contra vuestra á las autoridades de este país.

—Señora duquesa, dijo Polastron por el agujero de la cerradura: perdonadme si me atrevo á insistir, pero traigo conmigo una órden del parlamento de Paris para prenderos donde quiera que os encuentre, y he tenido la precaucion de hacer que viese esta órden el ministro de S. M. el rey de Francia residente en esta ciudad, el cual ha tenido á bien prestarme su auxilio. Así, pues, tened la bondad de seguirme y no me obligueis á que emplee la violencia, pues el tener que hacerlo seria un grandísimo pesar para mí.

Al oír Hortensia estas palabras levantó dolorosamente los ojos hácia el cielo, y resuelta á esponerse á todos los riesgos antes que caer en manos de Polastron abrió una ventana. Esta ventana, que era del primer piso de la fonda, daba al mismo tiempo á

un pátio interior y á un jardin separado del pátio por una tapia que caia inmediatamente debajo de la ventana. Hortensia, antes que Nanon hubiera podido oponerse á ello, habia saltado ligeramente el ant-pecho de la ventana, y dejándose escurrir hasta lo alto de la tapia, á que se agarró con las dos manos, quiso bajar al suelo dando un salto de cerca de diez pies, mas desgraciadamente cayó sobre una rodilla y se desmayó. Nanon, que la creyó muerta, empezó á dar tales gritos que en breve se alborotó la ciudad de Nancy, y rodeó la posada una multitud de gentes, deseosas de ver á la bella duquesa de Mazario, no menos célebre ya en Europa por las gracias de su persona, que por las disensiones con su marido. Sabíase ya con efecto en toda la ciudad su llegada, y á esta noticia se agregaba en aquel momento la de su muerte, pues nadie dudaba que se habia arrojado de la

ventana con el objeto de suicidarse, á fin de no sufrir la venganza del duque de Mazarin.

A este tiempo, el duque de Lorena que volvia de caza, pasó por cerca de la posada, y queriendo saber por sí mismo la causa de aquel alboroto, se adelantó á caballo hasta el sitio que habia sido teatro del suceso. Hortensia no habia vuelto aun completamente de su desmayo, pero el cirujano á quien habian llamado declaró que no habia fractura alguna y que todo se remediaria con una sangria y algunos dias de descanso.

Al ver á la hermosa mujer cuya mano habia pedido inútilmente en otro tiempo al cardenal y cuyos maravillosos atractivos habian dejado en su corazon un recuerdo indeleble, á aquella mujer á quien ahora encontraba en una situacion tan deplorable bajo todos aspectos, sintió el duque una emocion muy profunda, y temiendo que cuan-

do la duquesa abriese los ojos acaso no podría dominar su emoción en presencia de sus súbditos, se marchó de allí á toda prisa y volvió á su palacio. Pero apenas se retiró vino uno de los funcionarios de su corte á declarar en nombre suyo que tomaba bajo su protección á la duquesa de Mazarin, y no permitiría que se la causase la menor molestia: Al mismo tiempo recibieron orden los agentes del duque de Mazarin para salir del ducado de Lorena; y por último puso á disposición de Hortensia su propio palacio, asegurándola que no se presentaría á ella sino en el caso de que le diese su permiso.

Hortensia creyó que no debía aceptar esta última oferta, é impaciente por llegar á Milan, resolvió continuar su viaje aunque fuese llevada en unas parihuelas. Lleno de generosidad y delicadeza el duque de Lorena la envió un teniente y veinte hombres de su guar-

dia para que la escoltasen hasta Suiza, y con aquel aparato casi régio salió Hortensia de Nancy, pudiendo recordar á la reina Cleopatra cuando iba á buscar á su hermoso Triunviro, recibiendo por el camino los homenajes que todos tributaban á su belleza.

Mas en el curso de aquel viaje empezado bajo tan malos auspicios, debia encontrar aun mayores calamidades, y si en una vida tan romántica como la que estamos describiendo no fuese necesario elegir los incidentes mas dignos de notarse y abandonar todos los demas como supérfluos, podrian escribirse muchas paginas con los acontecimientos que marcaron el tránsito de nuestra heroína por el Franco Condado y la Suiza. Acá llevada en triunfo, mas allá espuesta á ser asesinada, unas veces teniendo que luchar contra el cariño que inspiraba á sus mismos dependientes, y otras abandonada por estos; llegó por fin á las llanuras de Mi-

lan uno de los últimos dias de julio de 1668.

Cómo palpitó su corazon al descubrir de lejos las casas y las torres de la antigua ciudad lombarda! El sol se hallaba cerca de su ocaso, los pajariños cantaban, y despues de un caluroso dia de estío, los árboles y las plantas esparcian por el aire sus mas agradables aromas y sus mas embriagadores perfumes; de suerte que parecia que la naturaleza entera celebrase una fiesta para obsequiar el regreso de Hortensia de Mancini al hermoso pais de Italia, cuyo brillante cielo habia cubierto su infancia. De cuando en cuando se oia á lo lejos el sonido de las campanas de la catedral, cuyo tañido melancólico estaba perfectamente de acuerdo con la pompa de aquel paisaje que el sol, prócsimo ya al horizonte, iluminaba con tanto cariño. Que no estuviese en aquel momento al lado de Hortensia

el hombre cuyo recuerdo era inseparable de todos los pensamientos de la jóven y daba, por decirlo así, una alma á todos aquellos objetos materiales! Por fortuna ya que no se hallaba allí, no podia estar muy lejos.

Entró la duquesa en la ciudad, pero sin mirar ni ver nada, pues su vida se habia reconcentrado completamente en lo interior, y el mundo físico habia dejado de existir para ella; así es que manifestó la mayor sorpresa cuando algunas jentes del pueblo vinieron á detener los caballos de su coche, y exclamó:

— Qué es eso? No veo por aquí á mi hermana, ni á...

— Señora, la respondieron, no podeis seguir adelante en este momento, porque va á pasar el cortejo fúnebre.

— Un cortejo fúnebre! Qué decis?

No creia en aquel momento que pudiera morirse nadie en Milan, ni que pudiera celebrarse un entierro el día

en que ella llegaba llena de vida y de amor. Tal es la naturaleza humana; nunca se muestra mas egoista que en sus alegrías ó sus dolores. Una mujer del pueblo se acercó al coche y dijo encarándose con la duquesa.

—Señora, el que lleva á enterrar es un jóven á quien mataron ayer en un desafio.

—Pobre jóven! exclamó Hortensia, en quien esta sencilla frase escitó el sentimiento de la realidad. Tendia familia, amigos, acaso una amante! Triste cosa es esa! Y sia duda el desafio provendria de algun frívolo motivo.

—Si señora, frívolo, respondió la mujer. Dicen que ese jóven desafió á un señor porque este habia atacado la reputacion de una gran señora estrangera que ha dado mucho que hablar de tiempo acá; de la duquesa de Mazarin, que ha abandonado á su marido.

Encendióse el rostro de Hortensia, mas al punto se puso estremadamente

pálida, y acercándose la comitiva del entierro empezó á gritar el pueblo:

—Señora, bajad del coche que va á pasar el difunto. Todo el mundo de rodillas, ricos y pobres, grandes y pequeños.

Obedeció Hortensia, y trémula y desencajada vino á arrodillarse cerca del sitio por donde habia de pasar el féretro. Segun la costumbre italiana, el cadáver iba descubierto, y se veia que era de un jóven de cabellos rubios, tez blanca como el alabastro, y facciones tan puras como las de los buenos modelos de la antigüedad. La espresion de su fisonomia era triste, pero tranquila, de modo que pudiera creerse que solamente estaba dormido. Impelida por un horroroso presentimiento alargó la cabeza Hortensia para contemplar aquel cadáver, y en el mismo instante lanzó un grito de dolor y cayó desmayada en las piedras, en tanto que un fraile decia al pueblo con voz gangosa:

—Rogad á Dios por el alma de don Alonso de Lara.

Al grito de la duquesa rompió por entre la multitud, y llegando hasta ella la recogió en sus brazos uno de los caballeros que acompañaban al difunto, hombre como de unos cincuenta y cinco años, de aspecto marcial y ágil todavía; facciones muy marcadas y ojos vivos que brillaban como dos piedras preciosas, debajo de unas cejas de espesor poco comun.

Este hombre era el mariscal de campo Mr. de Saint-Evremond.

Hay en la hermosura de las mujeres tres épocas, ó si se quiere tres fases muy distintas, cada una de las cuales egerce en sus gustos, en sus sentimientos y hasta en sus ideas un influjo incontestable. La primera corresponde á la parte de la vida, tan agradable como corta, que media entre los quince y los veinte años, es el tiempo en que florece un árbol que

mas adelante ha de dar su fruto; entonces, todo en la naturaleza es presentimiento y esperanza, es verdaderamente la primavera.

En la segunda época, la muchacha ha pasado á ser mujer, la rosa se ha desarrollado, el árbol ostenta sus flores y con mucha frecuencia su vegetacion es mas rica y grandiosa que nunca. Esta segunda estacion comprende generalmente el periodo entre los veinte y los treinta años, y es el estio.

Por último, en las mugeres verdaderamente hermosas existe lo que pudiera llamarse tercera juventud, cuando su belleza, semejante al sol cerca del horizonte, lanza sus rayos mas brillantes y parece que jamás haya sido tan grande como en el momento en que vá á desaparecer. En general, este tercer periodo puede durar diez años como el segundo, con frecuencia menos y muy rara vez, y es el otoño.

Dios nos libre de traer aquí en cuen-

ta el invierno, sobre todo tratándose de la duquesa de Mazarin, que jamás le conoció!

—Quince años era la edad de Hortensia Mancini cuando tuvo que abandonar el imperio de lo ideal y las puras e inocentes delicias de un primer amor para entrar en las realidades del matrimonio. A los veinte y dos, cansada de la existencia errante y vagabunda á que la sujetaban los extravagantes celos de su marido, desdichada en lo presente como lo había sido en lo pasado y privada de toda esperanza en el porvenir, la hemos visto romper de pronto sus cadenas y dar al mundo un escándalo tanto mayor cuanto que venia de parage muy elevado y era raro en aquella época. Pero el castigo debía ser tan pronto como terrible. Saltemos ahora un intervalo de algunos años y encontraremos á la duquesa de Mazarin en la tercera fase de su hermosura, cuando des-

pues de haber recorrido como fugitiva una buena parte de Europa, perseguida sin cesar por los agentes de su marido, habia venido á pedir asilo y proteccion á Carlos II de Inglaterra, que en otro tiempo le habia ofrecido eso y mucho mas con otro título. Sin duda podria escribirse mas de una página muy curiosa respecto á los innumerables incidentes que señalaron durante ese tiempo el tránsito de Hortensia por los estados del papa y los de Venecia, la Lombardia, el Piamonte, la Saboya, y aun la Francia misma, á donde una vez la arrojaron las tempestades del Mediterráneo con su hermana la esposa del Condestable Colonna, fugitiva como ella. Encontraríase acaso mas de una leccion provechosa en el espectáculo de una mujer que vá consumiendo por todas partes su hermosura, su juventud y su reputacion, flor la mas preciosa de todas y que cualquiera soplo basta para marchitar.

En fin, seria un medio de inspirar al lector compasion ya que no simpatia, con respecto á la duquesa, el presentar á sus ojos aquella existencia inquieta, agitada, llena de peligros, con que pagaba la infraccion de una de las leyes mas sagradas de la sociedad, en una época en que estas leyes eran tan generalmente respetadas. Pero prescindiendo de que esto seria alargar demasiado una narracion que acaso vá siendo ya demasiado larga, no nos hemos propuesto escribir una biografia de la duquesa de Mazarin. Entre el prodigioso número de aventuras y desgracias que ocurrieron á esa mujer célebre, hemos tratado únicamente de separar aquellas que en tres situaciones dadas, á saber, antes de su matrimonio, durante él y despues de su separacion, nos han parecido mas á propósito para hacer formar idea de su carácter y de su modo de sentir.

Hechas estas esplicaciones, volvamos

á tomar el hilo de nuestra historia.

Una mañana de primavera del año 1682, se hallaba reunida toda la flor de la nobleza de Inglaterra, en una de las casas mas lindas de Lóndres, cuyas ventanas daban al parque de Saint-James. Allí estaban el jovial lord Talbot, el conde de Saint-Albans, montero mayor del reino, lord Godolphin, primer comisario de la tesoreria, el conde de Essex, lord Moutaign, lord Darliagton, el principe de Hesse Darmstadt, y otros muchos. Todos se agolpaban al rededor de un hombre de edad, cuyo trage ofrecia una especie de transaccion entre las nuevas modas y las que se usaban en Francia veinte y cinco años antes, cuando el conde de Olonne y el marqués de Crequi daban el tono á todos los elegantes de la corte de Luis XIX. Este singular personaje, que tendria ya setenta años, era notable á pesar de sus modales siempre juveniles por una gran berruga que

le habia salido exactamente en medio de las dos cejas, cauosas ya y sumamente largas y espesas, y daba á su fisonomia un poco builona pero que indicaba talento, una espresion particular y eminentemente característica. Además, era el único de todos los señores que se ballaban allí reunidos, que no llevaba la enorme peluca rizada que los cortesanos del otro lado del canal habian tomado de los franceses por hacer la corte al gran réy, imitando el ejemplo de su soberano. Fiel, por lo contrario, al recuerdo del cardenal Mazarino, el buen viejo habia dejado crecer sus canas, que salian en mechones por debajo de un gorro negro. En medio de todos aquellos caballeros que le contemplaban con una curiosidad mezclada con respeto y con una sorpresa casi supersticiosa, parecia un retrato de familia que se hubiese salido de su marco para contar alguna historia maravillosa de los tiempos pasados. El

mariscal de campo Mr. de Saint-Evremond (pues el lector no habrá dejado de conocer que era él) decia así á los que le rodeaban:

—Os doy gracias, milores, en nombre de la señora duquesa de Mazarin, por el interés que manifestais por su salud. Hoy se encuentra mucho mejor y espero que ese accidente no producirá ninguna consecuencia desagradable.

Todos los concurrentes le instaron para que les diese algunos pormenores acerca de un hecho que habia llamado mucho la atención y era objeto de todas las conversaciones de la corte y aun de la ciudad de Lóndres, y él les respondió:

—Habeis de saber que anoche fué la señora duquesa al teatro á ver la Venecia salvada de Monsieur Otway, el cual, permitaseme que lo diga de paso, no ha hecho otra cosa que acomodar al teatro la hermosa obra de

mi amigo el abate de Saint-Real. De pronto, y en medio de la representacion, á que la señora duquesa me habia hecho la honra de convidarme, se puso pálida como una muerta, y con los ojos desencajados, señalando con el abanico un palco en que se hallaban varios señores extranjeros y entre ellos el enviado de Suecia, me dijo: «mirad, mirad.» Alargué la cabeza para ver bien, y percibí... Oh! quiero creer que fué una perturbacion de mi cerebro, aunque tenga que convenir en todo lo que me dijo mi amigo Espiaosa durante mi permanencia en Holanda... percibí un jóven rubio, de fisonomia noble y melancólica al mismo tiempo, y de una hermosura extraordinaria, el cual tenia los ojos amorosamente fijos en Mad. de Mazarin.

—No veo en eso nada de particular, interrumpió el conde de Saint-Albaos, pues no creo que la duquesa se

haya presentado una sola vez en público, sin escitar la admiracion no digo yo de un hombre sino de veinte, de ciento, de mil.

—Dejadme acabar, milord, replicó Saint-Evremond, y os diré que el tal jóven no era para nosotros un cualquiera. Era... le conocí perfectamente... era faccion por faccion un caballero llamado D. Alonso de Lara, á quien conocí mucho en otro tiempo, pues habia sido page del cardenal Mazarin, y á quien mataron en Milan hace quince años, en un desafio en que le serví de padrino.

—Qué cosa tan rara! exclamaron á una voz los presentes.

—Ya vereis, añadió el conde de Saint-Albans, que el difunto habrá resucitado para perseguir á su adversario, á menos, lo cual es mucho mas verosimil, que se haya curado de su herida, y que sabiendo que Mr. de Saint-Evremond se halla en Inglaterra

haya venido á visitarla.

—Eso es imposible, milord, porque yo he asistido á sus funerales, le he visto tendido en el atahud, y la señora duquesa de Mazarin le ha visto tambien; ademas de que yo le he visto materialmente enterrar.

=Pues es cosa admirable! Y qué sucedió despues?

=Que la duquesa, viendo que el jóven tenia la vista constantemente fija en ella, no pudo comprimir su emocion, dió un grito y se desmayó; de manera, que fué preciso traerla casi moribunda á su casa, donde ha pasado una noche bastante mala.

—Y no habeis dado hoy ningun paso para descubrir quien puede ser ese jóven?

—Si tal.

—Y qué habeis sabido?

—Parece que la señora duquesa y yo nos habíamos engañado. El tal extranjero no es don Alonso de La-

ra, sino un señor sueco que viaja por divertirse y se llama el baron de Banier. Es hijo del famoso general de Gustavo Adolfo, de quien aquel ilustre monarca solia decir, que despues de Dios debia á Banier la victoria de Leipsick.

—Pues es una semejanza muy estraña! exclamaron algunos.

—Me alegraria conocer á ese baron de Banier; dijo el principe de Hesse.

—Pues habreis de daros prisa, principe, replicó Saint-Evremond, porque el enviado de Suecia, que me ha dado esas noticias me ha dicho tambien que su compatriota saldria hoy mismo para Francia, que quiere visitar antes de pasar á Italia.

—Tanto mejor, Mr. de Saint-Evremond, dijo milord Saint-Albans, que se habia declarado uno de los mas fervientes adoradores de Hortensia; tanto mejor, porque el tal baron de Banier hubiera podido llegar á ser un

rival sensible para nosotros, como lo prueba la impresion que ha hecho en Mad. de Mazarin.

—Os equivocais, milord, os equivocais; Hortensia no ha querido mas que una vez en su vida, y aquel amor fué tan desgraciado que la ha preservado de cualquiera otro. Por mas frívola é indiferente que os parezca Mad. de Mazarin, se ha mantenido y mantiene fiel al culto de un recuerdo, grato y cruel á un mismo tiempo, y tan profundo que estoy seguro de que nada es capaz de borrarle de su alma.

—Qué sabeis de eso? dijo impetuosamente el conde de Essex.

—Es verdad, qué sabeis vos lo que puede suceder? repitieron todos los concurrentes.

—Hola; milores! exclamó Saint-Evremond, cuyo rostro entristecido un instante por un pensamiento lúgubre habia vuelto á tomar su acostumbrada espresion de burla. Tratad, si os pa-

rece, de ser mas dichosos que todos esos duques y principes y aun reyes cuyo amor ha despreciado. Sereis vos, milord Essex, quien triunfará de ese corazon que no han podido ablandar los ruegos de un conquistador como el duque de Saboya? Sereis vos, milord de Saint-Albans el que conseguirá mas que vuestro rey Cárlos II, que no hace mucho tiempo ofrecia á Hortensia la herencia de la duquesa de Porsmouth? En fin, milores si hubiera de presentaros la lista de todos los amantes hermosos, ricos, nobles y poderosos que ha desechado Hortensia, no me bastaria mi memoria. Ni aun los literatos, á quienes ella apreciaba mas que á nadie, han podido obtener gracia; ahí está el pobre abate de Saint-Real que se desterró de su país por seguirla y ha tenido que volverse desesperado; aqui estoy yo.....

Al oír estas últimas palabras se manifestó en todas las bocas una sonri-

sa mal comprimida, y Saint-Evremond continuó:

—Podeis reiros, milores, pero haceis muy mal, porque yo no he tenido siempre esta berruga y estas canas, y no siempre me han llamado, como ahora el caballero de la triste figura. Si alguna vez viajais por Francia, visitad á la señorita de Lenelos que os podrá dar noticias de mi. Además, señores, ¿quereis que os lo diga todo? Pues hay un gran peligro en amar á Hortensia, y mas todavía en ser amado. La Voisin, aquella adivina á quien quemaron en la plaza de la Greve, predijo que esos ojos que tanto admiramos matarian á mucha gente, y no se engañó por cierto en su prediccion. Mad. de Mazarin, como os he dicho antes, no ha querido mas que una vez en su vida, y el hombre que fué objeto de ese amor, el jóven de quien os hablaba hace poco, murió en un desafio á los veinte y tres años. Recor-

red tambien la suerte de sus mas decididos adoradores y vereis que el caballero de Rohan ha muerto degollado por mano del verdugo; el duque de Saboya ha perecido de una manera misteriosa, imprevista y que dá mucho que pensar; un pobre caballero llamado Courbeville, que acompañó á la duquesa en su fuga, ha sido envenenado. Ahora bien, ¿cuál de vosotros consentiria en pagar con una suerte semejante unos cuantos dias de amor de Hortensia, aun suponiendo que ella fuese capaz de tenerle todavia?

—Yo.... yo.... yo....; respondieron todos los presentes.

—Sea en horabuena, dijo Saint-Evremond. Yo tambien haria lo mismo, pero si mi edad me priva de toda esperanza en esa misma edad me da el derecho de ser franco. Oidme, pues, y no olvidéis lo que hoy os digo: la duquesa de Mazarin jamás pondrá su amor en un inglés.

—¿Por qué razon? preguntaron todos.

—Por qué razon? Porque á pesar de todos los esfuerzos que hagais para imitarnos á los franceses, nunca se-
reis otra cosa que un término medio entre los cortesanos de París y los bur-
gomaestres de Amsterdam. Hacedos jus-
ticia, milores. Juzgais que sin Horten-
sia se podria vivir en esta atmósfera
de nieblas, en este pais en que se co-
me carnero de Bath en vez de las per-
fumadas perdices de Auvernia, y en que
se bebe cerbeza en lugar de nuestros
deliciosos vinos de Francia. Si se em-
pieza á saber algo de Lóndres en Eu-
ropa ¿no se lo debeis á la duquesa de
Mazarin? Si en el dia no forman vues-
tra única conversacion y vuestra única
ciencia los caballos, las riñas de ga-
llos y las cacerías de zorras, ¿no es
igualmente obra de Hortensia? Si vues-
tras mujeres, hermanas ó queridas se
visten y peinan algo menos mal, no se

lo deben á ella, á quien antes que vi-
niese llamaban vagabunda y aventure-
ra? Vagabunda Hortensia! Aventurera!
Milores, á donde quiera que ha ido ha
sido siempre la reina, y en todas par-
tes á donde vaya lo será siempre co-
mo lo ha sido hasta aquí.

Cuando el mariscal de campo ter-
minó su discurso, los oyentes se mi-
raron unos á otros con toda la flemma
británica, sin manifestar que hubiesen
hallado nada ofensivo en el apóstrofe
que acababan de dirigirles, pues es-
taban acostumbrados á ver al enamo-
rado viejo enardecerse siempre que se
hablaba de la hermosa duquesa; pero
en aquel momento, un jóven que ha-
bia entrado hacia poco en la sala y
en quien nadie habia fijado la atención
creyó que debía tomar la palabra.

=Milores, dijo; he oido contar que
la señora duquesa de Mazarin, que
ambiciona todos los honores y todas
las glorias, ha manifestado varias ve-

ces el deseo de oír en vida su oración fúnebre, y ha encargado á Mr. de Saint-Evremoud que le componga una; sin duda el panegirico que acaba de hacernos es un extracto de ella. Pero permitidme que en vuestro nombre me tome la libertad de hacerle una observacion, á saber, que ha olvidado una cosa; si Inglaterra privada de la encantadora duquesa de Mazarin quedaria muy pobre, la encantadora duquesa por su parte, no estaria muy rica sin Inglaterra, porque al fin ¿qué seria de ella sin la pension de cuatro mil libras esterlinas que la tiene señalada vuestro bondadoso soberano? Y ¿qué seria de Mr. de Saint-Evremoud sin la pension de trescientas guineas que aquí recibe?

Instantáneamente se dirigieron todas las miradas al nuevo interlocutor que se habia presentado en la sala del palacio de la duquesa y se habian atrevido á pronunciar en ella palabras de

censura. Era hombre de estatura mediana, bien formado, y de fisonomía regular; color moreno, ojos negros y que mostraban grande altivez, rostro prolongado, y un ademán frío y reservado que formaba un notable contraste con sus pocos años, pues al parecer no pasaría de veinte y dos á veinte y tres. Por lo que hace á su traje, en nada se diferenciaba del de los otros caballeros sino en ser de un color oscuro, apesar de ser una estación en que todos los preferían los colores claros. Por último, tenía una particularidad que no será inútil notar desde ahora, y es que hablaba el francés lengua que estaba entonces muy en moda en Inglaterra, y sobre todo en casa de la duquesa de Mazarin, pero le hablaba con un acento tan puro que daba á conocer que debía haber residido mucho tiempo en Francia; aunque su color y la forma de su rostro indicaban un origen meridional.

Al ver al nuevo visitador, á quien no conocia, se estremeció Saint-Evremond y le miró muy atentamente, como si tratase de reconocer en sus facciones el confuso recuerdo de alguna persona; mas al cabo de un momento, sea que su memoria no le sirviese bien, sea que la indignacion superase á todo recuerdo exclamó:

—Cuatro mil libras esterlinas! Gran cosa por cierto! No es esa una razon mas para compadecerse de la duquesa de Mazarin? Cuatro mil libras esterlinas, que vienen á ser unas cien mil libras de Francia! Qué os figurais que puede hacer con eso? Absolutamente nada; así es que está llena de deudas. Y vos, caballero, á quien no conozco y que con un objeto que sin duda nos manifestareis habeis creido que debíais suscitar aquí tales ideas ignorais que la señora duquesa de Mazarin llevó á su matrimonio un millon y quinientas mil libras de renta,

sin contar los palacios y quintas que le dejó su tío? Y ¿queréis que de todos esos bienes no percibe en el día absolutamente nada?

—Lo sé muy bien, caballero, respondió con arrogancia el desconocido.

—Y también debéis saber, replicó Saint Evremont, que todas esas riquezas han quedado en manos de Mr. de Mazarin, que ha dicho que aun cuando viese á la duquesa reducida á la mendicidad no la daría el mas mínimo socorro.

—Todo eso lo sé; pero parece que olvidáis que Mr. de Mazarin ha añadido que todo lo partiría con la duquesa el día que fuese á vivir á su lado.

—Pues que no espere semejante cosa. La duquesa no tendrá jamás tal debilidad, porque no puede olvidar que el hombre de que habláis, hace quince años que es su perseguidor y su tirano, y que no contento con haber-

la hecho correr de una parte á otra como una criminal, la ha difamado por toda Europa. Volver á su lado! Para qué? Decís que para disfrutar de sus riquezas, pero esas riquezas van de día en día pasando á manos de los frailes que rodean al duque, y si Dios le deja vivir todavía algunos años, no quedará absolutamente nada ni de la herencia del cardenal Mazarin, ni de la del mariscal de La Meilleraye.

Ya han destruido ó quemado gran parte de los cuadros, estatuas, ricas tapicerías, broncees y vasos preciosos que á tanta costa habia reunido el cardenal en su palacio, á pretesto de que los objetos que representaban pudieran estraviar la imaginacion de la duquesa é inspirarla pensamientos criminales. Las casas de campo, las alquerías, todos los sitios de recreo los han vendido; querriais que fuese á vivir entre cuatro paredes desnudas, con un hombre que pasa el tiempo

en escribir reglamentos sobre la castidad para uso de los pastores y lecheras de sus gobiernos, de un hombre á quien si no fuese duque, y par del reino, y gran maestro de la artilleria, y qué se yo cuantas cosas mas, seria preciso enviarle á una casa de locos? Habis de saber que antes que permitir que Hortensia volviese al lado de su marido nos batiríamos todos con Mr. de Mazarin, no es verdad, millores! Hortensia es nuestra reina, es una cosa indispensable para nuestra existencia y nuestra felicidad; sus ojos son nuestro sol, su aliento el aire que nos vivifica, sus palabras el maná celestial que nos sirve de alimento. Oh! Desdichado el que tratase de robarnos nuestra reina!

—Si, si, infeliz de él! exclamaron con un arrebato caballeresco todos los circunstantes, á quienes la elocuencia de Saint-Evremond hizo salir de los límites de la gravedad británica.

En aquel momento entró en la sala un pagecito jóven vestido con la mas graciosa librea encarnada que es imposible imaginar, y anunció que la duquesa se habia levantado y estaba pronta á recibir á todos aquellos caballeros. Al oír tan inesperada noticia, los cortesanos se precipitaron en tumulto en el aposento de su reina, queriendo cada cual ser el primero que la besase la mano. El desconocido los vió salir encogiéndose de hombros, y manifestando en su semblante una espresion de sarcasmo y casi de desprecio, dijo en voz muy baja.

—Yo tambien, millores, quiero asistir á la corte de vuestra hermosa reina, y veremos si se niega á volver conmigo á Francia.



CAPITULO III.

En la época actual, en que apelando á una correlacion mas ó menos hipotética entre los individuos y los objetos materiales por medio de los cuales se mueven, se supone que se han presentado las ideas, los sentimientos, el carácter de la persona cuya historia se escribe, cuando se ha hecho el inventario de su alcoba, su tocador ó su despacho, es preciso confesar que por muy poco seguro que sea este diagnóstico, hubiera podido aplicarse perfectamente á la duquesa de Mazarin. Difícil seria con efecto imaginar un aspecto mas solemnemente extravagante, y mas á propósito para hacer formar idea de aquella célebre hermosura, que el del gabinete en que dió audiencia

á sus habitantes cortesanos el día de que vamos hablando. Era una pieza de forma octógona, cubiertas las paredes con ricas telas, y en la cual solo entraba por medio de las colgaduras de damasco una claridad voluptuos; en una de las paredes había un gran cuadro que representaba los amores de Venus y Adonis (recuerdo mitológico que podía suscitar en Hortensia otros mas reales;) acá y allá en varios pedestales colocados al rededor del gabinete había varios muñecos de China y otros adornos por el estilo alternando con vasos de flores, y en los intervalos se veían algunas jaulas doradas ocupadas por pájaros preciosos.

La divinidad de este templo se hallaba muellemente sentada en un cómodo sillón, rodeada por sus camaristas y vestidas con un traje de levantar estremadamente gracioso. A sus pies, y en almohadones de terciopelo, estaban echados varios perrillos de las es-

pecies mas pequeñas, y colocados en su tocador parecia que la contemplaban amorosamente su papagayo Pretty y su gato favorito Pussy; por qué no hemos de nombrarlos cuando han celebrado en sus versos á uno y á otro los poetas de aquel tiempo? A los dos lados del tocador estaban de pie como centinelas y en una actitud sumamente seria el turquito de Hortensia, Mustafá, y su negrito Pompeyo, ambos vestidos con sus trages nacionales hechos con todo lujo. Sus pages, el jóven Dery, cuya voz dicen que era tan melodiosa y á quien Saint-Evremond dirigió un dia una epístola en verso, Stourton y otros, se mantenian tambien de pie á la entrada del gabinete; y en fin, en un rincon, sentado en un taburetillo, se veia al abate Milon, capellan de la duquesa, leyendo devotamente en su breviario, meneando la cabeza de cuando en cuando, pues hacia pocos dias que Hortensia le habia

decidido á que se pudiese anillos en las orejas.

Las mejillas de la duquesa; todavía un poco pálidas, conservaban la marca de la emoción que había sufrido la noche anterior, pero esa misma palidez la hacia aun mas encantadora. Aunque tenía ya treinta y seis años estaba extraordinariamente hermosa, y acaso se leerá con algun interés el retrato siguiente que de ella hacia un contemporáneo suyo, retrato en que los atractivos del modelo se analizan con un minucioso cuidado, digno del tiempo en que vivimos.

«Es, dice, una de aquellas bellezas romanas que no parecen muñecas como la mayor parte de nuestras hermesas de Francia, y en quien la naturaleza pura triunfa con magestad de todo el artificio de las coquetas. El color de sus ojos no tiene nombre; no es azul, ni pardo, ni enteramente negro, sino una mezcla de todos

tres que renne lo mas hermoso de cada uno, la suavidad de los azules, la alegria de los pardos y especialmente el fuego de los negros, pero lo que tienen sobre todo de maravillosos es que no puede darse cosa mas dulce, mas alegre, mas propia para inspirar amor, en su estado habitual, ni nada mas serio, mas austero y mas sensato, cuando se halla su ánimo entregado á alguna cosa importante. Son tan vivos y risueños que cuando se pone á mirar á uno fijamente, lo cual le sucede muy rara vez, cree el mirado que penetran hasta el fondo de su alma y no presume poderle ocultar cosa alguna; son grandes, rasgados y llenos de fuego y de imaginacion, sin presentar nada de lánguido ni de apasionado, como si hubiera nacido para ser amada pero no para amar. Su boca no es grande ni demasiado pequeña, y todos los movimientos que hace con ella son encantadores, en

términos que aun los gestos mas raros que hacen otros tienen gracia cuando ella los imita; su risa seria capaz de enternecer los corazones mas duros y haria olvidar las penas mas graves; altera casi enteramente la fisonomia de su semblante, que por lo regular es fria y altiva, y esparce en él un matiz de dulzura y bondad que tranquiliza las almas que su hermosura habia alarmado al pronto, y les inspira aquella inquieta alegría que tanto predispone á la ternura. Tiene un sonido de voz tan agradable que es imposible oirla sin emocion; su tez tiene un brillo tan hermoso, tan natural, tan vivo, que al mirarla parece que deslumbra; sus cabellos son de un negro brillante que nada tiene de duro, y al ver el hermoso rizo que toman por si mismos pudiera decir un espíritu poético que se envanecen y se hinchán al ver que cubren una cabeza tan hermosa, formando con su ros-

tro la imágen mas divina que ha podido inventar la pintura. Se la vé quinze dias seguidos peinada de otras tantas maneras, sin poder decir cuál le está mejor, pues aun las que desfigurán á otras le caen bien á ella, y las que por ser opuestas no están bien á una misma persona sientan perfectamente en su cabeza. Sucede lo mismo con sus trages que con el peinado; es preciso verla con una sencilla bata para juzgar de eso, pues acaso es la única persona de quien se pueda decir verdaderamente que el arte mas delicado, mejor entendido y mas oculto no es capaz de igualar á la naturaleza. En una palabra, si por lo que se vé se puede juzgar de lo que no se vé, no es posible negar que su marido debe ser el hombre mas desgraciado, despues de haber sido el mas feliz.»

Al entrar en el gabinete de la duquesa de Mazarin, todos sus cortesa-

nos vinieron uno á uno á besarla la mano, y á todos supo ella decir algunas palabras agradables. Saint Evremond, como mas de casa, llegó el último, y ella le dijo sonriéndose:

—Ya veis, amigo mio, que es necesario que os deis prisa á componer la oracion fúnebre que os he pedido, pues sabéis que quiero oirla en vida, y no ha faltado mucho anoche para que solo pudiérais recitarla despues de mi muerte; francamente, hubiera sido lástima.

—Vanos, señora, exclamó Saint-Evremond; ¡ya estais con vuestros pensamientos lúgubres! Apostaría á que tiene la culpa el señor abate Milon.

Aloir esto el pobre capellan no pudo menos de separar la vista del breviarío en que rezaba y fijarla en Hortensia, la cual respondió inmediatamente:

==¡Pobre abate! No le echeis la culpa de tal cosa cuando le he enviado á lla-

mar para que me dijera su opinion acerca de un nuevo peinado.

—Siendo así, no he dicho nada, señora.

—Ademas, añadió la duquesa, si algo tengo que pedir al cielo es que me deje morir jóven, porque la vejez es el infierno de las mujeres.

—Es una especie de pena del Talion, replicó el mariscal de campo, por lo mucho que nos hacen condenar cuando son jóvenes.

—Señora duquesa, preguntó gravemente lord Godolphin; ¿es esa la única peticion que dirigis al cielo?

—No, milord, respondió ella. Hago oracion todas las noches y todas las mañanas, como os podrá decir el abate: por las noches doy gracias á Dios porque me ha concedido un poco de talento, y por las mañanas le suplico que me preserve de las necesidades de mi corazon.

Al pronunciar estas últimas pala-

bras suspiró Hortensia y sus miradas se fijaron maquinalmente en el cuadro que representaba los amores de Venus y Adonis. Siguióse un momento de silencio, y luego entró un page y entregó á la duquesa varias cartas que acababan de traer para ella.

—Gracias, hijo mio, dijo Hortensia tomándolas. Me alegro de recibir estas cartas, porque hoy tengo necesidad de conversar con todos mis amigos. Vamos, señor lector, (añadió haciendo una seña á Saint-Evremoud para que se acercase.) venid á desempeñar vuestro cargo ordinario; lo permitis, milores?

El mariscal de campo nada respondió, porque fija la vista en aquel instante en su divinidad, y entregado á un vago éstasis, se decía á sí mismo: «Llegará un día en que la naturaleza deshará esa obra que ha formado tan perfecta! Es posible?

Hortensia, con la risa en los lábios, continuó:

—En qué estais pensando que tan distraído os mostrais, caballero de la triste figura?

Volvió en sí mismo Saint-Evremond al oír aquel apóstrofe, y exclamó:

—Aquí estoy señora, aquí estoy. Abrió la primera carta que le alargó Hortensia, y dijo:

—Son versos y estan firmados por el señor abate de Chaulieu.

—Ah! gritó Hortensia. Gracias á Dios. Tendré noticias de mi hermana la duquesa de Bouillon, y oiremos algunos versos buenos.

Saint-Evremond entonces leyólo que sigue:

De Bouillon la duquesa
 Vuestra graciosa hermana,
 La que con vos divide
 de hermosura la palma,
 y que como vos sabe
 de qué modo se agrada,
 el corazon se enciende
 y se cautiva el alma,

me obliga en este dia
 no sin mi repugnancia,
 á que mis malos versos
 hasta Inglaterra vayan.
 Mi razon se oponia
 á tal estravagancia,
 pues sé que sufrir debo
 la censura inhumana
 del escritor famoso,
 de aquel cuya palabra
 todo lo bueno encomia
 y lo malo anonada;
 de aquel que con Ovidio
 tiene gran semejanza,
 pues es tan desdichado
 aunque á galan le gana.

.
 Al llegar á este punto de la carta
 se detuvo Saint-Evremond y fijó en Hor-
 tensia una mirada llena de pasion, una
 mirada en que bajo la ceniza de los
 años brillaba todavia una chispa de los
 tiempos antiguos, cuando el jovial ma-

riscal de campo encontraba muy pocas crueles en la corte de Ana de Austria; mas la duquesa, entregada al parecer á un pensamiento que no podia desechar, no hizo caso alguno, y Saint-Evremond continuó su lectura. Luego que acabó exclamó la duquesa:

—Qué os parece de esos versos? A mí me han parecido muy lindos.

El oráculo habia hablado y su sentencia fué recibida con un murmullo general de aprobacion. Solo el anciano Saint-Evremond meneó la cabeza y dijo en tono entre humilde y satisfecho.

— No me atrevo á contradeciros, señora. pero encuentro un defecto muy grande en esos versos y es la comparacion que entran haciendo entre vos y la señora duquesa de Bouillon, entre el sol y la luna, entre la reina de la hermosura, y si se quiere su primera vasa la. Aquí tengo yo, añadió sacándola del bolsillo, una carta que he recibido de uno de nuestros primeros

literatos, de un autor que seguramente vale tanto como el abate de Chau-
lieu, de Mr. de la Fontaine; y si la
señora duquesa quiere oirla...

=Si son versos en elogio mio, creo
que hemos oido bastantes por hoy, res-
pondió la duquesa, podeis dejarlo pa-
ra otro dia.

—Pues permitidme á lo menos que
lea un trozo de ella; replicó el maris-
cal de campo.

Y sin esperar el permiso de Horten-
sia, empezó á leer con mucho calor
los versos siguientes:

Qué podré deciros yo?
á Hortensia la gracia pura,
la mas cabal hermosura
y el talento el cielo os dió.
Qué corazon tan hermoso!
qué carácter celestial!
embriagado cada cual
que la bendiga es fozoso.
En ese punto Inglaterra

sostiene con Francia lucha,
y por do quiera se escucha
que es la reina de la tierra.

Vos de sus adoradores
el mas firme y decidido:
que escribais su elogio os pido
con sus debidos colores.

Al dios del Pindo en razon
ese encargo dar pudiera,
mas prefiero á mi manera
que lo haga Saint-Evremond.

=Bien, bien! esclamaron todos los
presentes dando palmadas.

—Ya veis, amigo mio, dijo la duquesa, que Mr. de La Fontaine está de acuerdo conmigo, y os pide que hagais mi elogio fúnebre.

—Otra vez! gritó Saint-Evremond dando una patada en el suelo. Os habeis empeñado en quitarme la vida! Pues bien, le haré aunque no sea mas que para haceros arrepentir de habérmelo exigido tantas veces.

—Vamos, caballero de la triste figura, contestó Hortensia alargándole amablemente la mano, no os enfadeis. Yo, vuestra Dulcinea, quiero que respondais inmediatamente al abate de Chau-lieu, pues bien sabéis que no sois solamente mi lector, sino también mi secretario. Por lo que hace á las demás cartas, me encargo yo de ellas. Ola pages! Dad pluma y papel á Mr. de Saint-Evremond, y en tanto que él escribe su respuesta nos cantará Dery una de esas piececitas italianas que canta con tanta gracia, y yo le acompañaré con la guitarra.

El jóven Dery estuvo cantando cosa de media hora, y al cabo de este tiempo, bincando Saint-Evremond con mucha galanteria una rodilla en tierra, puso en manos de la duquesa la respuesta que le habia pedido y que ella quiso leer á sus cortesanos. La tal respuesta, que entonces circuló por toda Europa mereciendo grandes elo-

gios, estaba escrita, según la moda de aquella época, en prosa y verso. He aquí una parte de ella, y permítenos esta cita mas, única que hemos hecho de los escritos de un personaje que hace tan gran papel en esta historia, y que, si bien poco conocido en el día, sus contemporáneos le miraron con razón ó sin ella como una de las glorias literarias del siglo XVII.

«Como censor no he podido vuestra carta ecsaminar; nuestra Safo ha decidido, y de escritor entendido os quiere la palma dar.

«Mad. de Mazarin no ha hecho en esa parte otra cosa que decir lo que yo he pensado... No hay comparación que no os ofenda, ni la hay tampoco ventajosa que yo pueda admitir con respecto á mí. La de Ovidio sobre todo, es inadmisibile. Ovidio era el

hombre de mas ingenio de su tiempo, así como el mas desgraciado, y yo no me parezco á el ni por mi capacidad ni por mi desgracia. Ovidio fué desterrado á un pais de bárbaros, donde hacia hermosos versos; pero tan tristes y compungidos que no inspiran menos desprecio de su debilidad que compasion de su infortunio. En el pais en que estoy veo á Md. de Mazarin todos los dias, vivo entre personas sociales que tienen mucho mérito y talento, y hago versos bastante malos; pero tan alegres que hacen envidiar mi buen humor al mismo tiempo que despreciar mi poesia; ventajas no pequeñas que tengo sobre Ovidio. Es verdad que fué mas feliz en Roma con Julia, que yo he sido en Londres con Hortensia; pero los favores de Julia fueron causa de su desgracia, y los rigores de Hortensia no pueden incomodar gran cosa á un hombre de mi edad.

«No quiero para mi mayor terneza
 «que ver que trata á todos con dureza.
 «Y en esa parte tengo motivos pa-
 ra estar contento.

«Toca ahora á la señora duquesa
 terminar la carta, luego que os haya
 dicho yo que para estar aquí perfec-
 tamente solo nos falta Mad. de Bouil-
 lon y vos, á quien me alegraría mu-
 cho ver, con un poco de vino de Cham-
 pagne, antes de salir de este mundo.

Hortensia concluyó de su mano la
 carta poniendo lo que sigue.»

«Aunque yo no hago versos, creo
 que sé distinguir los buenos de los
 malos, y os aseguro que los vuestros
 son los mas agradables que pueden
 verse. Por lo demas me han com-
 parado muy mal á Safo, pues ni he
 nacido en Lesbos ni quiero morir en
 Sicilia.»

En medio de todos esos cambios de
 poesia y de imaginacion, en los cua-
 les se encuentra como un reflejo del

palacio de Rambouillet, algo debilitado por las nieblas del Támesis, cuando la duquesa acababa de escribir al abate de Chaulieu y todos esperaban con respetuoso silencio la lectura de aquellas pocas líneas, uno de los individuos presentes que habia permanecido como oyente impasible en un rincón del gabinete, se levantó de pronto y acercándose á Hortensia la hizo una cortesía, y dijo con voz grave y sonora.

—Yo tambien traigo un mensaje para la señora duquesa de Mazarin.

Fijáronse con sorpresa todas las miradas en el recién llegado en el jóven de rostro frio y severo y de vestido oscuro, que poco tiempo antes habia osado pronunciar palabras muy estrañas en un sitio en que de ordinario solo se oian alabanzas de la duquesa, y cada cual preguntó en voz baja al que tenia á su lado lo que suele preguntarse en tales casos:

«Conoceis á ese sujeto? Quién le ha traído aquí? Qué quiere?»

La duquesa, por su parte, estaba tan lejos de sospechar que el hombre que estaba de pié delante de ella pensase de distinto modo que pensaban sus cortesanos, que respondió con indiferencia, sin levantar siquiera los ojos del papel en que estaba escribiendo:

—Está bien; pues dádmele.

Y viendo que el desconocido no ejecutaba inmediatamente el deseo que acababa de espresar, levantó los ojos hácia él con un movimiento de impaciencia y arrogancia; mas cuando se encontró con la austera mirada de su interlocutor, cuando examinó aquellas facciones, que por primera vez se presentaban á su vista, se estremeció y exclamó con un terror instintivo:

—Quién sois, caballero, y qué me quereis? Yo no os conozco.

—Sin embargo, replicó el jóven, el hijo de la condesa de Soissons no

puede mirarse como un desconocido con respecto á la señora duquesa de Mazarin.

—Sois hijo de la condesa? preguntó Hortensia con emocion.

—Si, señora, soy el principe Felipe de Saboya.

—Seais bien venido, príncipe, á esta casa, en que á la verdad habeis entrado un poco como héroe de novela; pero os lo perdono porque toda mi vida me ha gustado ese género de obras. Cuanto mas os miro mas recuerdo y reconozco vuestras facciones, aunque érais todavía muy niño cuando yo salí de Francia. Sin duda me traeis noticias de mi familia, y para mi es siempre una gran felicidad recibir las; vuestra madre la condesa es mi hermana mayor, y aunque no ha sido en todas ocasiones para mí hermana cariñosa no por eso he dejado de profesarle el mas tierno afecto. Decidme, pues, que ella tampoco me ha olvida-

do, y que aun se interesa por una pobre desterrada.

—Lo ignoro, señora. Mi madre hace algun tiempo que fijó su residencia en España cerca del convento á que ha creído conveniente retirarse su hermana la esposa del condestable Colonna, y en las cartas que ha tenido á bien dirigirme, no he hallado jamás vuestro nombre.

Al oír Hortensia una respuesta tan seca, bajó la cabeza: pues acostumbrada, como estaba, á un perpétuo concierto de homenajes y adulaciones que lisonjaban sus oídos, se quedó llena de vergüenza y turbacion. No era, con efecto, el hijo de su hermana, el príncipe Felipe de Saboya, el único que se presentaba delante de ella; en aquel momento solemne toda la familia de Mancini, esa familia que en sus largos disturbios con su marido se habia declarado al fin contra ella, parecia que reviviese completa en aquel jóven y

que la hablase por su boca. Despues de un instante de silencio, dijo la duquesa:

—Si mi nombre no se encuentra en las cartas de mi hermana es que seguramente me espera.

Y volviéndose hácia sus cortesanos, que estupefactos oian aquella conversacion, añadió:

—Milores: la primavera próxima hará treinta años que una galera genovesa condujo á Francia á Olimpia, Maria y Hortensia Mancini. ¿No os parece que seria posible que en la misma estacion, despues de mil vicisitudes, se encontrasen las tres hermanas reunidas en un convento de España, todas tres privadas de sus esposos terrenos, todas tres desterradas de Francia, su pátria adoptiva, y en fin, todas tres unidas para el resto de su vida al esposo celestial de quien no hay jamás separacion?

—Dios nos libre de semejante pre-

sagio! dijeron á una voz los concurrentes.

Hortensia, incapaz de sostener mucho tiempo una idea seria, replicó riéndose:

—Pues no teneis razon, porque estoy segura de que el velo me sentaria perfectamente, preguntádselo al abate.

Al escuchar una interpelacion tan profana, el pobre capellan bajó los ojos hácia su breviario, de que involuntariamente los habia separado.

—Principe, continuó Hortensia dirigiéndose de nuevo á su sobrino; me habeis dicho que teniais un mensaje que entregarme: estoy pronta á recibirle y leerle; decidme únicamente de parte de quién viene.

—Señora, no puedo hacerlo.

—Oh! Nada temais; aquí no hay sino amigos para quienes no tengo yo secretos.

—Ya lo veo, señora, pero deseo en-

tregaros el mensaje cuando esteis sola, pues conviene que le leais sin testigos y lo mas pronto posible.

—Ah! exclamó la duquesa asombrada; lo deseais así! Sabeis principe, que tantas reservas y precauciones acabarian por causarme miedo, si la curiosidad no fuese en mi superior á cualquiera otro sentimiento?

—Muy bien! dijo Saint-Evremond que hasta entonces habia permanecido en silencio. Milores, esto es despedirnos en buenos términos, conque retirémosnos. Principe (añadió en tono entre chanzas veras al pasar por delante, de Felipe de Saboya): sois el primero, despues de mi, que obliguen de nuestra hermosa reina el favor de una conversacion á solas; dad gracias á los lazos de parentesco que os unen á ella, pues de otro modo, mas de uno de los presentes se hubiera creido en el caso de reclamar la hora de batiirse con vos.

—Caballero, respondió con altivez al príncipe; esa es una honra que mi familia está mas acostumbrada á buscar que á conceder.

Cuando todos se retiraron, incluso Mustafá y Pompeyo, Hortensia invitó al príncipe á que se sentase á su lado y le dijo:

—Me parece que ahora podreis ya desempeñar vuestro mensaje.

—Voy á eso, señora, contestó Felipe de Saboya; pero antes permitidme que os haga una pregunta. Estando separada del señor duque de Mazarin por circunstancias que no quiero recordaros, ¿no habeis pensado nunca que podria ocurrir algun suceso que os pusiera en el caso de retractaros de una resolucion que si hasta el dia ha sido tan solo censurable, puede de un momento á otro llegar á ser criminal.

—Explicaos, príncipe; ¿qué ha ocurrido en Francia? ¿Ha sucedido alguna

desgracia al duque de Mazarin.

Asomó una amarga sonrisa en los labios del príncipe, y respondió con acento irónico:

—Señora, todavía no sois viuda; pero según todas las apariencias no tardarán mucho en romperse vuestros lazos, porque no puede durar largo tiempo la existencia de Mr. de Mazario. Mientras el abandono en que le habeis dejado ha obrado tan solo en su corazón, se ha podido conservar la esperanza de que viviese; pero llegó por fin un momento en que las heridas del corazón se comunican á todo el cuerpo. Ese momento ha llegado para el duque, y el mal ha hecho progresos tanto más rápidos, cuanto que su razón, algo perturbada mucho tiempo hacia, no bastaba para darle la energía necesaria á fin de contrapesar los funestos efectos de la enfermedad. A vos toca decidir ahora si dejareis que se estinga en la soledad aquel á quien

delante de Dios prometisteis vuestra fe, y si quereis que cierren sus ojos otras manos que las vuestras. Y si mis palabras no bastan en este punto (añadió sacando del pecho un papel sellado y cerrado,) aquí hay una carta escrita de mano de vuestro marido moribundo, que me ha encargado que os la entregue á vos misma. Leedla y pensad que espero al punto vuestra respuesta.

Hortensia tomó temblando la carta que le alargaba Felipe de Saboya, y habiéndola abierto y leído vió que decía así:

«Señora: nuestro querido sobrino el príncipe Felipe de Saboya, que os entregará este billete, podrá deciros también el estado en que me deja. Pronto á comparecer ante Dios, he pensado que no querríais dejarme volver á su seno, quedando vos en la tierra, cargada con el peso de mi maldición. Si el perdón de un moribundo tiene

algun valor á vuestros ojos, seguid al príncipe Felipe de Saboya, que os conducirá al lado del lecho de muerte de aquel, á quien el fatal amor que os ha tenido, ha hecho el hombre mas desgraciado, y cuyos últimos instantes solo vos podeis dulcificar. Ruego á Dios que os inspire y conduzca, pues estoy persuadido de que el dia del juicio os juzgará segun el modo con que hayais obrado en esta circunstancia.—Vuestro marido=El duque de Mazarin.

CAPITULO IV.

Terminada la lectura de la carta permaneció la duquesa algunos instantes como pensativa y recogida en si misma, y al fin dijo.

—Príncipe: cualesquiera que sean las quejas que yo tenga de Mr. de Mazarin, sé cual es mi deber y estoy pronta á conformarme á él. Pero hay una circunstancia que acaso ignorais, y que seria la única que pudiera impedirme el cumplimiento de ese deber. Privada de todo auxilio por parte de mi marido, acostumbrada desde mi niñez al lujo y á la magnificencia, y no habiendo sabido calcular en toda mi vida, he contraido durante mi permanencia en esta capital deudas bastante considerables, y bien podeis conocer que la duquesa de Mazarin, por respeto al nombre que lleva, no puede salir de Londres como una estafadora.

—Todo está previsto, señora, y traigo conmigo letra abierta para el caso de que consintais en seguirme. Qué mas quereis?

—Ninguna otra cosa tengo que pedir.

—Segun eso, estais dispuesta á marchar inmediatamente , porque el tiempo urge y el mas pequeño retardo puede destruir el efecto de vuestra resolucion. Os he dicho ya que al duque de Mazarin le queda muy poco tiempo de vida; é importa mucho que le veais antes que muera. El buque fletado por mi, que me ha conducido á Londres, dará la vela inmediatamente que yo lo mande, y nos desembarcará en las costas de Bretaña, desde las cuales iremos fácilmente al castillo de La Meilleraye, donde espero que encontraremos á Mr. de Mazarin. Antes de marchar podeis confiar el cuidado de vuestros intereses á una persona segura, por ejemplo, á Mr. de Saint-Evremond, á quien yo dejaré tambien los poderes necesarios para tratar con vuestros acreedores. Dentro de dos horas, si quereis, podemos salir de Londres.

— Dos horas! esclamo la duquesa.

No quereis dejarme siquiera tiempo para que me despida de las personas á quienes aprecio! Oh príncipe! Es ya tarde, y siquiera me concedereis hasta mañana.

Brillaba en los ojos de Hortensia una elocuencia tan irresistible, que Felipe de Saboya no pudo sostener el fuego de sus miradas. Un ligero encarnado dió color á su pálido y serio rostro, como si solo en aquel instante hubiese percibido la maravillosa hermosura de la duquesa, y volvió la vista hácia otra parte. Siguióse un instante de silencio, y luego añadió Hortensia con la voz mas suave:

—Príncipe, espero vuestra respuesta.

—Puesto que así lo quereis, señora, contestó él sin atreverse á mirarla, sea mañana; pero puedo contar con vuestra promesa no es es así? mañana, al salir el sol...

No pudo acabar porque Hortensia le alargaba la mano con una triste sonrisa y le decia:

=Ya veo que os han prevenido mucho contra mi; espero, sin embargo, que cuando me conozcais mejor me aborrecereis menos.

Dudoso por un momento acerca de lo que debía hacer, cogió de pronto Felipe de Saboya la mano que le alargaban y, como si hubiera cedido á una especie de fascinacion, acercó á ella sus lábios y salió precipitadamente sin decir ni una sola palabra.

— Dios mio! exclamó Hortensia al verle marchar. No soy supersticiosa, pero hay en la persona de este jóven una cosa que me hiela hasta lo mas íntimo del corazon. Si he faltado á vuestros santos mandamientos, buen Dios, no me considerais todavia bastantemente castigada?

Con esto mandó llamar á su capellan el abate Milon, y le mandó que el dia siguiente dijese una misa por el reposo del alma de don Alonso de Lara.

El sol acaba de esconderse en las aguas del Támesis, y la imágen vaga y casi imperceptible de la luna empieza á presentarse sobre los tristes chapiteles de la torre de Londres; es la suave hora del crepúsculo, en que, según la espresion del poeta inglés, no se perciben en el campo mas sonidos que el canto del ruiseñor que se despierta, y los juramentos que en voz baja se hacen recíprocamente los amantes. Por entre el velo trasparente de vapores que se estiende sobre todos los objetos, Londres, la ciudad mercantil en que todos los ruidos cesan como por encanto con la luz del sol, presenta un aspecto verdaderamente encantador, y cualquiera podria creer que se hallaba en Venecia. De trecho en trecho se ve á lo lejos como se deslizan sobre las azuladas aguas del Támesis las barcas de los señores de la corte y de los ricos comerciantes de la ciudad, que van á disfrutar

del fresco de una hermosa noche de primavera. Entre todas esas barcas hay una que se distingue fácilmente de las demas, pues en su popa las cortinillas entrecubiertas dejan ver á una mujer jóven y un viejo sentado á su lado, sumidos uno y otro en una profunda meditacion, en tanto que hácia la proa, varios oyentes se agrupan al rededor de un jovencito vestido de page, que canta acompañándose con la guitarra, y entre los espectadores se ven sentados á los pies del músico en una actitud estática, un negrito y un turquito con sus respectivos trages. Conociendo á Dery y á sus acólitos Pompeyo y Mustafá, es inútil decir al lector los nombres del viejo y de la señora.

—El músico acaba de detenerse para descansar algunos instantes, y el pecho del anciano exhala un profundo suspiro, su compañera se conmueve, pintase en su lindo semblante una vi-

va compasion y al fin se dispone á tomar la palabra. Oigamos lo que dice.

—Consolaos, amigo mio; vos deberiais darme ánimo y veo que es preciso que le tenga yo por entrambos. Vamos, miradme con ademan un poco menos triste, todo no está perdido, volveré á veros, os lo prometo, y entretanto quiero que vos cuideis de todo lo que dejo aquí; me lo prometéis? Desde luego me incomodaré con vos si Dery ha olvidado alguna de las piezas de Lully que he querido que aprenda, y cuando vuelva veremos si mi cotorra favorita pronuncia tan bien como ahora el nombre de Hortensia.

Enternecido el viejo hasta el punto de asomársele las lágrimas, no pudo de pronto decir ni una sola palabra y se contentó con llevar á sus labios la mano de su hermosa compañera, hecho lo cual, como si en aquel beso hubiera encontrado la fuerza que le faltaba, dijo:

—Oh! Siempre tan buena como hermosa! Os doy las gracias señora, por la esperanza que me dais. Mientras esteis ausente no quiero vivir sino en medio de objetos que puedan hablarme de vos. Todo lo que quereis en el mundo lo he de querer yo tambien y solo pensaré en lo que vos pensais; los autores que preferis serán mis favoritos y los leeré de noche y de dia; me despido de la corte y sus placeres y de todo lo que no me ofrezca recuerdos de Hortensia.

—Así me gusta, respondió la duquesa; así os quiero yo, pues me parece que vuestros ojos brillan como los del Saint-Evremond de otro tiempo, cuando siendo yo muy niña veniais al palacio del cardenal, y procurábais consolarme de las represiones de Madame de Venette. Pero, mirad que hermosa está la noche! Qué perfumado se halla el ambiente! Decid que bago mal en querer, antes de marchar

despedirme de mi linda casa de Chelsea, á la orilla del Támesis, en que tan buenos ratos hemos pasados con mi lord Godolphin, mi lord Saint-Albans, miss Carlota de Bederweert, mistress Middleton y el pobre abate de Saint-Real; de mis hermosos árboles á cuya sombra habeis compuesto tantos versos en mi elogio; de mis verdes prados, por donde tanto he corrido y en que tanto he bailado. Decidme todavía que hago mal.

—Vos, reina mia! Pues podeis hacer jamás nada malo?

—Perfectamente. Ademas, era preciso que por última vez hiciesen juntas el viaje á Chelsea la locura y la razon.

—La locura! Ah! Yo seré sin duda quiea me volveré loco, si tardais mucho tiempo en regresar de Francia.

—Pues no os he dado mi palabra? Ea, no pensemos ya sino en la cena que nos espera en mi casa de Chel-

sea. Algunos conozco yo que darían cuanto tiene por estar esta noche en vuestro puest'o

—Es verdad, señora, pero esta cena es para mí como la comida que daban en Roma á los condenados á muerte.

Siguióse un corto silencio, y la duquesa, que habia vuelto á quedarse triste, dijo al fin:

—Por qué me hablais así de muerte? A la verdad, parece que desde ayer todos se han conjurado para atemorizarme. Olvidemos á los muertos, si queremos que ellos nos dejen tambien en paz.

En aquel instante el jóven Dery preludió algunas notas en su guitarra y empezó á cantar, lo cual hizo estremecer de gozo al turco Mustafá y al negro Pompeyo. Mas lo que habia elegido para cantar estaba muy lejos de ser alegre, pues era una de las patéticas canciones españolas que veinte años antes las personas de la comitiva de la

infanta de España habian popularizado en la corte de Francia, cuando aquella princesa vino á compartir el tálamo del gran rey. Hortensia la habia enseñado á Dery; será necesario que digamos quién la habia enseñado á Hortensia? En esta ocasion, aquel tierno cantar, en que el genio árabe y el castellano revivian á un mismo tiempo en su primitiva sencillez, adquiria mil encantos mas por una multitud de circunstancias, puramente accesorias é independientes de la magia de los recuerdos. El crepúsculo habia cedido su puesto á la oscuridad; el ambiente empezaba á refrescar y no se percibia ya sino alguna que otra barca que volvia á Londres á toda prisa. La duquesa y Saint-Evremond, entregados de nuevo á sus tristes pensamientos, no decian ni una sola palabra; y solo alteraban el silencio solemne de la noche el canto del page y el ruido acompasado de los remos que se unia á los sonidos de la guitarra.

La luna empezaba á iluminar mas vivamente con su claridad suave el delicioso paisage que se presenta en anfiteatro á las orillas del Tamesis, cuando subiendo rio arriba se llega cerca de las risueñas colinas de Chelsea.

La atmósfera estaba tan trasparente y pura que se podian distinguir perfectamente todos los objetos á bastante distancia, razon por la cual se vió que se acercaba una barquilla muy pequeña, que aunque conducida por un solo remero surcaba la superficie del agua, ligera y rápida como una sombra. En la tal barquilla solo iba ademas del que remaba un pasajero, muy envuelto en una capa de color escuro y cubierto con un sombrero de plumas negras; y al ver como se inclinaba sobre la borda de su barca y con qué atencion escuchaba el canto del page, se hubiera podido creer que era uno de los viajeros de que hablan

las leyendas de Alemania, seducido por la voz melodiosa de una ligera ondina á quien habia percibido por entre las cañas, y á quien se obstinaba en perseguir sin reparar que iba á caer en el abismo á que le llevaba la pérfida buyendo delante de él.

Al oír el ruido de los remos de otra barca volvió la cabeza Hortensia, se estremeció y lanzó un grito ahogado, pues el pasajero que la seguia y que entonces se hallaria á dos ó tres toesas de distancia cuando mas, era el mismo que la noche anterior en el teatro habia presentado á sus miradas una semejanza tan perfecta con Alonso de Lara; era el baron de Banier.

Como su ligera barquilla tenia la ventaja de la rapidez con respecto á la falúa de la duquesa, la alcanzó muy pronto, y al pasar por el lado de Hortensia la saludó el viajero con la mayor urbanidad. Inclínose ella para responder á su saludo, pero sintió que

un sudor frío bañaba su frente, y Saint-Evremond no pudo menos de murmurar en voz baja.

—A la verdad es una semejanza muy estraña; y cuanto mas miro á ese jóven...

—Me habíais dicho que esta mañana habia salido para Francia; dijo la duquesa interrumpiéndole.

—Asi me lo aseguraron, respondió Saint-Evremond; sin duda habrá mudado de parecer.

—¿Y qué motivo puede haber tenido para hacerlo?

—¿Quién sabe? Acaso el deseo de volveros á ver...

—Callad, callad! replicó la duquesa cortada. Yo no creo semejante cosa.

Entonces observaron que el baron de Banier; por discrecion sin duda, se habia separado de la barca, pero no tanto que perdiese de vista á la duquesa, en la cual tenia fijas sus miradas, y parecia que formase empeño en que su

barquilla navegase á la misma altura que la falúa de Hortensia. Entretanto Dery seguia cantando la antigua cancion española de Alonso de Lara.

De Londres á Chelsea hay unas dos millas de distancia, y al cabo de pocos minutos se hallaban las barcas enfrente de aquel sitio delicioso, por lo que los remeros atracaron á tierra la barca de Hortensia y esta se dispuso á desembarcar. El baron de Banier mandó á su remero que hiciese otro tanto y saltó ligeramente en tierra, al mismo tiempo que Hortensia ponía el pié en la tabla que sus marineros habian colocado á la proa de la barca despues de haber amarrado esta. Pero sea que la tabla fuese poco sólida, sea que entregada á una turbacion que es fácil de explicar, la duquesa no fuese con el cuidado debido, le faltó el pié, se bamboleó y cayó en el Támesis, que en aquel sitio es bastante profundo. Todo

esto duró el espacio de un segundo. Oyóse por todas partes un grito de espanto, porque la duquesa habia desaparecido en el agua, y se temia que hubiese entrado debajo de la barca, que inmediatamente trataron de desamarrar; pero antes que estuviese terminada aquella operacion, se habia arrojado al rio un hombre enteramente vestido, habia cogido, á la duquesa entre sus brazos, y no sin trabajo colocaba en la orilla al cabo de algunos instantes el precioso depósito que acababa de sacar del agua.

A consecuencia de este acontecimiento estuvo la duquesa sesmayada bastante tiempo, y al abrir los ojos vió á todos sus dependientes aturdidos y agrupados al rededor de un médico de Chelsea á quien habian enviado á buscar á toda prisa. Solo Saint-Evremond estaba arrodillado á su lado y besaba afectuosamente una de sus manos.

—Gracias, amigo mio, le dijo lue-

go que pudo hablar; muchas gracias porque ya veo que sois vos quien me ha salvado.

—El anciano meneando tristemente la cabeza contestó:

—Ah señora! No he tenido esa fortuna! Otro mas jóven y mas ágil que yo se ha anticipado.

—=Quién?

—Ese estrangero..... el baron de Banier.

Al oír este nombre, un vivo sonrosado reanimó por un momento las pálidas mejillas de Hortensia, que exclamó con voz conmovida:

—=El! Donde está Mr. de Saint-Evremond, dónde está? Quiero darle las gracias yo misma.

—No lo sé, señora, contestó el buen viejo, porque tan luego como supo que no corria peligro vuestra vida se retiró.

—Y le habeis dejado marchar!

Cojiendo en seguida con viveza la

mano de su amigo, y estrechándola entre las suyas, le dijo en voz baja y al oído:

—Amigo mio: si me quereis tanto como decís es preciso que me deis una prueba de ello; es necesario que busqueis á ese extranjero y me le traigais; quiero verte..... hablarle..... Oh! haced ese sacrificio por Hortensia.

—Pero habeis olvidado, replicó Saint-Evremond que mañana por la mañana debéis salir de Inglaterra?

—Es verdad dijo la duquesa levantando los ojos hácia el cielo; lo he prometido... pero hay un no sé qué en mi corazón, que me impide marchar sin haber vuelto á ver á ese extranjero.

El mariscal de campo no pudo menos de lazar un profundo suspiro, y respondió con acento doloroso:

—Señora, sereis obedecida.

Con efecto, el día siguiente por la mañana, Hortensia, á quien el médi-

co no habia permitido que saliese de Chelsea, se hallaba sentada ó mas bien casi tendida en un sillón teniendo á sus dos lados á Saint-Evremond y al baron de Banier, pues el mariscal de campo habia cumplido su promesa, aunque muy de mala gana, como es fácil imaginar; de suerte que nunca le habia venido tan bien como en aquel momento el sobrenombre de caballero de la triste figura que la chancera duquesa habia tenido á bien ponerle. Hortensia estaba todavía muy pálida y sus facciones tenian una espresion de languidez que aumentaba sus encantos, pues al verla tan hermosa podia dudarse si era la voluptuosidad ó el padecimiento el que habia hecho sustituir la blancura de la azucena al brillo ordinario de su tez.

—Perdonadme, caballero, dijo la duquesa despues de haber examinado bien al jóven, si hallándome en visperas de ausentarme de este pais, no he que-

rido hacerlo sin manifestaros antes mi gratitud por un acto de generosidad que ningun derecho tenia yo á esperar de vos, y que sin duda me ha salvado la vida.

—Señora, respondió el baron, yo soy quien debo daros las mas espresivas gracias por haberos dignado admitirme en vuestra presencia, y no hay clase de peligro que no arrostre de buena gana, si por ellos hubiese de recibir igual recompensa. Cuánto me alegro ahora de haber retardado mi marcha puesto que esa circunstancia me ha permitido hacer un ligero servicio á la hermosa duquesa de Mazarin! Es un recuerdo que de hoy en adelante me seguirá en todos mis viages y no morirá sino conmigo. Y todo se lo debo al señor enviado de Suecia, que diciéndome que el rey debía volver hoy de Vindsor y se alegraria mucho de verme, me determinó á retardar mi salida.

En tanto que el baron de Banier hablaba de este modo, Hortensia y Saint-Evremond se dirigian recíprocamente miradas de sorpresa. Aquel caballero no solamente se parecia á don Alonso de Lara en el semblante, sino que hasta el metal de su voz era el mismo que el del malogrado page, y aunque hablaba el francés con mucha correccion, tenia un poco de acento extranjero que aumentaba su semejanza con el difunto. Es verdad que era algo mas alto y mas marcadas sus facciones, pero tambien debia tenerse en cuenta que habia pasado muchos años desde la noche de Todos Santos, de 1660, y aun desde el desafio en que quedó muerto don Alonso de Lara. A pesar de todo, era imposible que fuese la misma persona, y debia creerse que era simplemente una de esas semejanzas casi milagrosas de que se ha visto mas de un ejemplo, y que en diferentes épocas y paises han dado lu-

gar á sorprendentes aventuras. Mr. de Banier habia viajado mucho, observado mucho y sacado gran fruto de sus viages; su conversacion era en estremo agradable, y en aquella primera conferencia, tanto la duquesa como Saint-Evremond le hicieron á porfia mil preguntas acerca de su vida pasada, como si tratasen de afirmarse en la persuasion de que era realmente otro que don Alonso de Lara el que tenian delante de sus ojos. El baron entretanto no pudo menos de observar la impresion que habia producido en la duquesa y en su amigo, y viendo que la admiracion continuaba aun despues de un cuarto de hora de conversacion, se atrevió á preguntar la causa de ella. Hortensia se contentó con responderle en tono al parecer indiferente, que hallaba en él mucha semejanza con un page que en otro tiempo tuvo su tio el cardenal.

—Señora duquesa, respondió Ba-

nier con galanteria, es seguramente una felicidad para mi el parecerme á una persona de quien tan bien os acordais; pero creed que esa felicidad seria mucho mayor si la semejanza fuese completa bajo todos aspectos.

Sonrosáronse las mejillas de Hortensia, y respondió con una melancólica sonrisa.

—Oh! no envidieis la suerte de aquel jóven, caballero, pues fué bien desgraciada.

—Ab señora! replicó el baron. Ignoro cual será la suerte que el cielo me destine, pero la de mi padre y mi abuelo no es la mas á propósito para tranquilizarme. Mi abuelo era uno de los senadores á quienes el rey de Suecia Cárlos IX mandó decapitar al salir de una sesion de los Estados del reino, porque en ella se habian manifestado opuestos á su voluntad; mi padre, vencedor en tantos campos de batalla, murió por amar á la prince-

sa Juana de Baden mi madre, y le perdí estando todavía en la cuna.

— Y vos no quereis morir como él?

— Repito, señora, que no sé lo que Dios dispondrá de mi, pero al morir mi padre quiso preservarme de una muerte semejante á la suya, y en una carta que me entregó mi ayo luego que tuve edad para comprenderla y que habia escrito mi padre en sus últimos momentos, me aconsejó que viajase mientras fuese jóven, sin detenerme jamás arriba de una semana en el mismo sitio; hasta ahora he seguido religiosamente el consejo de mi padre moribundo.

— Y os ha salido bien; segun parece.

— Si señora; pero así como hay personas á las cuales, por mas hermosas que sean se las puede ver sin peligro todos los días, todas las horas, todos los instantes, hay otras á quienes basta haber visto una sola vez para....

Banier no pudo acabar, porque abrieron la puerta del aposento, y un page dijo á la duquesa:

—El señor principe de Saboya desea hablaros al instante.

Estremecióse Hortensia y se le heló la sangre en el cuerpo, pues sintió como si un trueno hubiese interrumpido un sueño de amor, como si una lira se hubiese roto en el momento en que producía los sonidos mas agradables.

—Que entre; dijo en voz apenas articulada.

Al ver Felipe de Saboya al hermoso baron de Banier al lado de la duquesa, fijó en él una mirada feroz y aunque era la primera vez que veía á ese caballero, no pudo menos de considerarle como enemigo.

Banier se levantó para despedirse de Hortensia y dejar el puesto al recién llegado, y ella alargando la mano al jóven extranjero, le dijo:

—Adios, señor baron de Banier. No tendré el gusto de volveros á ver antes que marcheis?

—Ah señora! contestó Banier en voz baja besando la mano que le alargaban. Falta saber si tendré ya bastante ánimo para marchar.

En seguida salió con Saint-Evremond, que gozoso de ver alejarse aquel peligroso rival, llevó la urbanidad al punto de querer acompañarle hasta su coche, sin duda para estar seguro de que se alejaba de Chelsea. Durante ese tiempo, Hortensia permaneció sola con su sobrino.

—Ya sabreis, príncipe, le dijo no sin alguna turbacion, la ocurrencia que me impide cumplir, á lo menos por ahora, la promesa que os hice ayer.

—Señora, lo sé todo; respondió friamente Felipe.

—Espero, añadió la duquesa viéndole con semblante aun mas sério que el dia anterior que no habreis recibi-

do ninguna mala noticia del duque de Mazarin.

—No señora, gracias á Dios, pero decidme, si quereis, dos palabras solamente. Ese importuno gentil hombre que habeis creado, ese Mr. de Saint Evremond, volverá pronto?

—No lo sé. Por qué me lo preguntais?

—Por qué? Por qué... Porque los momentos son preciosos; porque es preciso que hoy mismo os diga...

Al mismo tiempo se arrodilló delante de la duquesa, que exclamó asombrada:

—Qué haceis príncipe? Vos de rodillas delante de mí?

—Es la actitud que conviene á un criminal arrepentido.

—Qué decís?

—Digo que para decidiros á que me acompañáseis á Francia, he recurrido de acuerdo con Mr. de Mazarin, á un subterfugio, digo que el duque vues-

tro esposo no tiene mas enfermedad que el insensato amor que os profesa, y que yo habia prometido favorecer ese amor y llevaros á sus brazos, de grado ó por fuerza, pero que ahora me seria imposible cumplir la promesa que le hice porque yo tambien os amo.

Al escuchar estas últimas palabras se levantó la duquesa de su asiento, y con mucha dignidad le dijo:

—Principe, ¿habeis olvidado á quien estais hablando?

—No señora, contestó el jóven con violencia: no lo he olvidado. Sé muy bien que sois la hermana de mi madre, se que mi amor es un sacrilegio aun cuando no fuese ya un crimen puesto que existe vuestro marido, pero ¿qué he de hacer? He sentido, como tantos otros, el efecto de esos encantos á que imprudentemente he querido esponerme, y ahora ya no es tiempo para vencer la fatal pasion que vuestros

ojos han encendido en mi alma. Compadecedme, señora, ó mas bien, compadeceos á vos misma, pues uno y otro somos de la familia de los Mancini, que tienen fuego en vez de sangre en las venas, y á quien ningun obstáculo es capaz de contener en sus resoluciones. Vos misma lo habeis demostrado ya, señora, asi como vuestras hermanas; ahora ha llegado mi turno.

—Por piedad, principe, exclamó la duquesa asustada; por compasion, volved en vos y retractad las palabras que acabais de decir. Pensad que si os oyesen...

—Qué me importa, señora, todo lo que puede suceder, con tal que me ameis un dia? Verme amado de Hortensia es todo cuanto yo deseo, y venga luego la muerte, que no la temo. Oh! decidme que algun dia, vencida por mis ruegos y mi desesperacion me concedereis vuestro amor, y todas las

pruebas, todos los sacrificios que queráis imponerme, serán nada para mí.

—Lo que me pedís es imposible. Dejadme por Dios, dejadme.

—Imposible! Entences, señora, ya se lo que debo pensar; que ese amor que me negáis se le habéis concedido á otro. Pero infeliz de él si alguna vez llegó á descubrir quién es. Desde este día os seguiré como vuestra propia sombra, en todas partes me encontrareis y en vano querreis alejarme, porque os amo, no como aman aquí, bajo el pálido sol del Norte, sino como se ama bajo el cielo que ha visto nacer á la condesa de Soissons, á la esposa del Condestable Colonna, y á la duquesa de Mazarin; en fin, como aman los Mancini. Podeis no compartir ese amor, señora, está bien, pero si alguna vez tratáreis de favorecer á un rival; ay de él!

A este tiempo entró Saint-Evremond, y en el momento en que fijaba una mirada asombrada en la duquesa, que trémula y abatida se mantenía de pie delante

del príncipe, este la hizo una profunda reverencia, y besándola la mano con todas las señales del mas profundo respeto, dijo:

—Señora, si me lo permitis; tendré la honra de volver á la noche á saber como estais.

Dirigió luego á Saint-Evremond el mas frio saludo y se retiró. Mas apenas cerró la puerta, empezó á llorar Hortensia, y cogiendo la mano del mariscal de campo, le dijo:

—Amigo mio, todavia tengo que pedir os otro favor, y es que salgais inmediatamente para Londres, busqueis al baron de Banier, y arrojándoos á sus pies, si fuese necesario; le supliqueis en mi nombre que salga de Inglaterra hoy mismo. sin esperar la venida del rey, y sobre todo, sin tratar de volverme á ver.

—Oh! respondió Saint-Evremond. Mucho he corrido por vos esta mañana, señora duquesa, y apenas tengo ya fuerzas; mas, sin embargo, es comision que

voy á desempeñar con gusto, aunque de sus resultas tuviese que estar luego un mes en la cama.

Diciendo así, y tomando su baston y su sombrero, salió inmediatamente para Londres.

Si señor, decia Saint-Evremond al baron de Banier paseándose con él por el parque de Saint-James á la caída de la tarde, tres meses despues de los sucesos referidos en el capitulo anterior. Ahora que sé, como saben todos que obsequiais á la hermosa miss Carlota de Beverweert, con quien dicen que os vais á casar, ahora que he dejado de temer en vos un rival, puedo deciros toda la verdad. Ese jóven de quien os he hablado, á quien tanto os pareceis y á quien servi de padrino en Milan en el desafio en que perdió la vida, era el amante amado de la señora duquesa de Mazarin. Es la única pasion que ha tenido en su vida, y esa pasion fué tan desgraciada que no es de admirar que desde entonces haya cer-

rado Hortensia completamente su corazón al amor. Habeis hecho, pues, muy bien en seguir mi consejo y retiraros á tiempo, pues os doy mi palabra de honor de que hubiera sido muy sensible para mi el ver que una mariposa tan linda viniese á quemarse en la llama, como tantas otras.

—No os disimularé, señor de Saint-Evremond, contestó el baron, que me ha costado mucho el vencerme en esta circunstancia; pero al fin he procurado acordarme de las últimas exhortaciones de mi padre, y como suele decirse he tomado el partido de hacer de la necesidad virtud.

—Sea enhorabuena. Dadme esa mano, porque estamos iguales, solo que yo soy viejo y vos jóven, yo tengo mis canas y mi berruga y empiezo ya á encorbarme algo, mientras que vos pudiérais servir de modelo á Mr. Scudery para sus Amadises. A la verdad, para un caballero como vos, hubiera sido casi vergonzoso de-

ber el amor de una señora á una simple semejanza de figura. Por lo menos con miss Carlota, estais seguro de que os ama por vos mismo.

—Pero decidme la verdad, tan grande es esa semejanza?

—Es mayor que todo cuanto podeis imaginar, y os aseguro que nunca olvidaré el efecto que hicisteis en mi la primera vez que os ví en el teatro, hará unos tres meses. Acaso una sola vez en mi vida habia experimentado una cosa semejante, hace mucho tiempo, cuando vivia en Amsterdam. Habeis estado en Amsterdam desde que viajais?

—Todavía no.

—Pues bien, si despues de casado se os antoja viajar de nuevo, id á Amstardam que es una ciudad muy curiosa, aunque en ella se come y se bebe bastante mal, y no dejeis de visitar á uno de mis amigos, al célebre doctor Ruysch, que os aseguro que habeis de quedar asombrado. Al pricipio de mi estancia en aquella ciu-

dad, uno de los burgomaestre con quien yo tenia algunas relaciones sufrió la desgracia de perder á su hijo único, lo cual sumió á toda la familia, como podeis suponer, en la mayor consternacion. Cosa de un mes despues de aquel triste suceso, yendo yo á visitar al padre y á la madre del niño muerto, quedé sorprendido al ver á este en su camita sentado, con rostro alegre y la sonrisa en los lábios.

—Sin duda le habian creido muerto equivocadamente, dijo el baron, porque no creo que vuestro doctor hubiese sido capaz de resucitarle.

—Eso mismo creí yo, y me acerqué para darle un beso.

—Y no era así?

—No era sino que el doctor Ruysch le habia embalsamado, pero con una habilidad tal, que todo el mundo, como yo, se engañaba al verle, y no le faltaba mas que hablar.

—Es cosa estraña á la verdad, y de muy buena gana iré á visitar al doctor

Ruysch, pero vivo. Apuesto á que la primera vez que me visteis, juzgásteis que era un cadáver escapado del laboratorio de vuestro ilustre amigo.

—Acaso, baron, no os engañéis del todo. Pero hablemos de otra cosa, pues á pesar del crepúsculo, me parece que veo entre los árboles á la señora duquesa de Mazarin, que se dirige hácia aqui.

No le habia engañado á Saint-Evremond su vista, pues era con efecto Hortensia que escoltada por Pompeyo y Mustafá, que llevaban la cola de su vestido, y por dos pages y dos lacayos que la seguian á algunos pasos, se encaminaba al palacio de Whiteball, atravesando el parque de Saint-James, junto al cual se hallaba situada su casa como hemos dicho. Llevaba un espléndido traje y adornos de corte, que la sentaba divinamente, á pesar de que Saint-Evremond en unos versos escritos poco antes la habia dicho que cada adorno que se ponía no hacia otra cosa que ocultar una gracia de su perso-

na. Cualquiera hubiese imaginado que era una reina, no una duquesa, y al verla á un mismo tiempo tan imponente y tan encantadora Saint-Evremond y Banier, quedaron mudos de admiracion. Su rostro no conservaba indicio alguno de las penosas emociones que algun tiempo antes habian alterado la pureza de su tez, y al contrario, bajo el transparente tejido de su cutis y en las niñas de sus ojos negros, se percibia una especie de alegria interior y de suave inquietud, que acaso no habia sentido hasta entonces en su vida. Al llegar á ellos se detuvo y con una sonrisa hechicera les dijo:

—Buenas tardes, señores. ¿No venis como yo, á cumplimentar al rey y á la reina, que han llegado esta mañana de Windsor? Pero perdonad mi indiscrecion, señores, pues me ha parecido desde alguna distancia que estábais en conversacion muy animada.

—¡Oh señora! respondió Saint-Evremond. Vos sois siempre y en todas par-

tes bienvenida, como el mas hermoso de los astros. Preguntaba yo sencillamente al señor baron de Banier, si asistir a-
mos pronto á su boda.

—Con efecto, replicó la duquesa, sé que se habla mucho de ese matrimonio. ¿Pensais celebrarle pronto, señor baron?

—Si, señora; solo espero la respuesta á una carta que escribí esta mañana.

—¿A vuestra futura?

—Si, señora, á ella.

—¿Y estais seguro de que ella os responderá?

—¿Por qué no ha de hacerlo, señora duquesa, puesto que se ha dignado...

—Lo sé, lo sé; pero pensad que hoy habeis estado muy exigente y que en materias de amor es preciso no manifestar demasiada impaciencia. Hablo por mi amiga, miss Carlota.

—¡Impaciencia, señora! Tened la bondad de recordar que hace muy cerca de tres meses que estoy esperando.

—Tres meses... no es gran cosa.

— ¡Ah señora! No me digais eso, porque si miss Carlota no se compadeciese de mi, no me quedaria otro recurso que la muerte.

— ¿De veras? ¡Pobre jóven! ¿No os parece Mr. de Saint-Evremond, que seria preciso ser muy cruel para no compadecerse del baron? Vamos, consolaos, Mr. de Baquier que yo os prometo defender vuestra causa.

— Con tan buen abogado, señora, será imposible que no se gane.

En este momento miró Hortensia á sus dos interlocutores con una espresion indefinible, y dijo meneando la cabeza:

— Todavia no; todavia no.

— Mas cambiando repentinamente de tono añadió.

— ¿Quién de vos, señores, me da la mano para entrar en palacio?

Una voz grave y sonora respondió al punto:

— Os la daré yo, señora, si me lo permitis.

Esta voz no era de Saint-Evremond ni del baron de Banier, sino del principe Felipe de Saboya, que se habia ido acercando por entre los árboles, sin que nadie le percibiese. Hortensia se estremeció alargó su mano al principe sin pronunciar una palabra, y todos juntos se dirigieron hácia el palacio de Whiteball.

En tanto que Hortensia ensaya el poder de sus encantos en aquella corte en que todas la imitan y ninguna se le parece; en tanto que su poeta viejo recita á su lado algunos versos lisongeros, será bueno no dejar por mas tiempo que el lector espere la revelacion de un secreto que tal vez haya adivinado ya por sí mismo. El baron de Banier no suspiraba por los hermosos ojos de miss Carlota de Beverweert, á pesar de ser esta en extremo linda, ni esperaba de ella una respuesta decisiva, sino de la duquesa de Mazarin. Aquel casamiento que tanto llamaba la atencion de todos no era otra cosa que una comedia convenida entre la duquesa

y miss Carlota, con objeto de alejar las sospechas de las gentes y desbaratar los proyectos de venganza del príncipe Felipe de Saboya. Habíase despertado al fin el amor en el corazón de Hortensia, y el fénix había renacido de sus cenizas. Aquel corazón que no habían podido enternecer los homenajes de tantos caballeros, príncipes y aun reyes, no había podido resistir al influjo mágico de una semejanza engañosa acaso, bajo mas de un concepto, pues amando á un hombre que era el retrato vivo de aquel á quien tanto había llorado, se persuadía la duquesa de que permanecía fiel á don Alonso de Lara y no cambiaba de amor; siendo esta una de las sutilezas sofisticas que tan á menudo se encuentran en una pasión que, á pesar de las investigaciones de los sábios, encierra todavía muchos secretos.

Por otra parte, aun cuando no hubiese sido así, llega mas pronto ó mas tarde en la vida de la mujer mas frívola,

mas coqueta, y en la apariencia mas insensible, una época fatal en que sufre la ley que ha impuesto á tantos otros, ley misteriosa y terrible, cuyo yugo es tanto mas pesado cuanto mas tiempo se ha eludido, y cuyas consecuencias parece que segun una ley matemática aumentan en razon del cuadrado de las distancias. Hortensia habia llegado á esta época, y por mas que tratase de disimulársele á sí misma, jamás habia experimentado con respecto á don Alonso de Lara lo que sentia respecto al baron de Banier. Con el tiempo la bellota se habia convertido en encina, el arroyuelo habia llegado á ser torrente, y la duquesa de Mazarin habia sentido por fin, hervir en sus venas la sangre de los Mancini.

Sin duda preguntará el lector como es que la misión confiada al ciego Saint-Evremond habia producido un resultado diametralmente opuesto al que parece que esperaba la duquesa, y acerca de este punto son necesarias algunas explica-

ciones. El baron de Banier no habia podido ver á Hortensia sin experimentar en sí el afecto que á todos inspiraba, pero instruido por el ejemplo de su padre y desesperando de vencer donde tantos se habian estrellado, es muy probable que hubiera salido de Londres sin hacer que le presentáran á la duquesa de Mazarin, á quien en cierto modo habia salvado la vida, si Saint-Evremond no hubiese ido á invitarle de parte de su ídolo á comparecer en su presencia para recibir las gracias de su propia boca.

Desde aquel momento vino un rayo de esperanza á iluminar el alma del hermoso Banier, pero esta esperanza se aumentó infinito cuando la segunda visita de Saint-Evremond le reveló todo su poder manifestándole el temor que inspiraba, y ni la perspectiva de una muerte segura hubiera podido ya impedir que intentase aquella magnífica conquista que se presentaba á él con tan buenos auspicios. Sin embargo, con aquel tacto

perfecto que en amor como en todas las cosas suple muchas veces por las cualidades mas brillantes y los mas sublimes talentos, se guardó muy bien de resistir al ruego que le hacia la duquesa por el órgano de su anciano amigo, y resolvió salir momentáneamente de Inglaterra; mas antes de salir cuidó de que llegase en secreto á manos de Hortensia un mensaje muy respetuoso, en el cual solicitaba en recompensa de su mision, el permiso de volver mas adelante.

Apurada se vió la duquesa al recibir aquel mensaje, y es difícil determinar el partido que hubiera tomado si no le hubiese ocurrido la idea de comunicar la carta de Banier á su mas íntima amiga miss Carlota de Beverweert, de quien ya hemos hablado. Esta señorita, de la servidumbre de la princesa Ana, habia inspirado poco tiempo antes una vivísima pasión al conde de Melo, embajador de Portugal, y aquella aventura, terminada de pronto por la muerte del conde, ha-

bia hecho que se fijase en ella la atención general. Acostumbrada á vivir en medio de una corte cuya poca rigidez de costumbres, por no decir algo mas, nos han revelado las Memorias del caballero de Crammont, miss Carlota se admiró de que Hortensia pudiese vacilar en conceder al baron de Banier el permiso que pedia de una manera tan tímida y humilde, y ella misma propuso á la duquesa, á condicion de obtener otro tanto si la ocasion se presentase, que haria en todo aquel negocio el papel de pantalla. Despues de algunos debates acabó Hortensia por aceptar la oferta de su amiga, y ya hemos visto que la tal combinacion estratégica habia producido el mas completo resultado.

Naturalmente se habia entablado una correspondencia entre Hortensia y Banier, pues observados uno y otro por tantas personas interesadas en penetrar su secreto, era el único medio que les quedaba de comunicarse sus pensamien-

tos y sus afectos; y el misterio mismo con que tenia que rodear aquel comercio epistolar añadia mayor encanto á su pasion. Mas esa correspondencia que al principio era muy respetuosa por una parte, y muy reservada por la otra, habia terminado, como sucede siempre en tales casos, por llegar á ser muy apasionada de uno y de otro lado. El baron que, como el amante de quien habla el Tasso, se habia mostrado muy poco exigente al principio, empezaba á quejarse de que no veia el término de su martirio, pues admitido pocas veces en casa de la duquesa, y esas á las horas á que concurrían sus demas admiradores, viéndola alguna vez en la corte á presencia de numerosos testigos, apenas podian dirigirse ocultamente algunas tiernas protestas, algunas suaves miradas, ligeros favores que al principio tienen un gran valor, pero que muy en breve se trata de reemplazarlos con otros, sin pensar que entre todas las flores que recogen los amantes, las mas humildes y

modestas son casi siempre las mas encantadoras y las que exhalan mas grato perfume. No le bastaba poder decirse á sí mismo: «Esa mujer cuya maravillosa hermosura es célebre en toda Europa, esa muger que ha despreciado el amor de tantos principes y monarcas, esa muger que no puede presentarse en ningun parage, sea el que quiera, sin que se concentren en ella al punto todas las miradas llenas de asombro, esa muger me ama y me lo ha escrito;» á este testimonio por el cual hubieran dado algunos reyes su corona, muchos caballeros toda su sangre, y no pocos poetas su inmortalidad, el ambicioso Banier queria añadir otro que dijese: «me lo ha probado.» Con este objeto se habia atrevido á solicitar una conferencia secreta, que al principio habia negado decididamente Hortensia, y que despues habia ido siempre dilatando. Aquella misma mañana habia dirigido á la duquesa una carta ardiente y desolada al mismo tiempo, una especie de ultima-

um amoroso en que se pintaba en estado de morir antes de ocho dias, si continuaba en el estado en que vivia hacia tres meses. Esta era la carta de que habian hablado cuando se encontraron él y la duquesa.

Hortensia por su parte, habiendo llegado al momento supremo que precede á la derrota, se hallaba entregada á la mas cruel incertidumbre; sea que habiendo vivido siempre con el espíritu y el corazon, sintiese despertarse cierto escrúpulo antes de empezar una nueva existencia y saltar la barrera en la cual se habia siempre contenido sea mas bien que temblase de esponer á su amante á la terrible venganza de Felipe de Saboya. Con efecto, viendo este último que rechazaba constantemente su amor, habia cumplido la palabra dada, y de tal suerte se habia adherido á los pasos de la duquesa como una sombra importuna, á fin de impedir que el tesoro que no habia podido lograr pasase á otras manos que las suyas, que

Hortensia no podía salir de casa presentarse en la corte ir al paseo, al teatro, sin ver brillar delante de sí dos ojos llenos de un fuego de mal agüero, que no la perdían de vista un solo instante. Saint-Evremond podía dormir tranquilo, pues tenía en la persona del príncipe de Saboya un sustituto tal como pudiera apetecerle. Acaso en otra circunstancia hubiera exigido la duquesa que por lo menos la dejaran libre en su casa; pero como se sentía culpada no se atrevía á prohibir la entrada al único representante de su familia que vivía bajo el mismo cielo que ella. De esta manera gozaba interiormente de todos los encantos de un amor correspondido; pero con todos los temores que acompañan á un amor ilegítimo; punto acerca del cual no se la debe compadecer demasiado, pues esos temores suelen ser en ocasiones un nuevo atractivo.

Muchas veces, en medio de las fiestas que Carlos II, á imitación de Luis XIV, multiplicaba en sus palacios reales de

Whitehall y de Windsor, solian encontrarse Banier y Hortensia, y entonces sentian el mas vivo placer en apretarse una mano bailando una contradanza, en una sencilla mirada, en algunas palabras dichas rápidamente y al paso, en medio de la confusion de una partida de caza entre los añosos y discretos árboles del bosque de Windsor. Como se lanzaban entonces reciprocamente sus almas una hácia otra, y aislándose con el pensamiento de toda la bulliciosa multitud que les rodeaba, iban suavemente unidas á estasiarse lejos, muy lejos, en renglones superiores á los palacios y á las encinas seculares, como las almas de Francesca y de Peolo de que habla Dante! Por espacio de tres meses enteros, amarse, verse, escribirse, fué toda su felicidad. Ah! Por qué no supieron contentarse con ella! Pero ya La Fontaine habia dicho entonces:

«Cuando llega el amor á dominarnos siempre nos abandona la prudencia.»

Veamos lo que pasó aquella misma noche en el palacio de Whitehall.

Al desempeñar su papel miss Carlota de Beverweert, no habia podido menos de notar que el baron de Banier era un caballero muy hermoso, pues para lo contrario hubiera sido preciso que fuese ciega. En toda la corte se hablaba del lindo sueco, y el adorable Jermyn, de quien tanto se dice en las Memorias del caballero de Grammont, Jermyn á quien se habia creído imposible reemplazar, habia encontrado un sucesor. Todas las camaristas de la reina Catalina, de la duquesa de York y de la princesa Ana, fijaban sus ojos en Banier, y hasta el recuerdo de la suerte fatal de su padre daba al rostro del amable extranjero un reflejo de melancólica poesia que le sentaba perfectamente. Mr. Waller, el poeta Waller, que era todavia mas viejo que Saint Evremond, pero que de la misma manera que este continuaba siendo un oráculo en materias de gusto, dejaba á

un lado el amor propio nacional, y decía que la palma de la hermosura en la corte de Loglaterra correspondía en cuanto á los hombres á un extranjero, el baron de Banier, así como hacia mucho tiempo que tocaba en cuanto á las mujeres á una extranjera, la duquesa de Mazarin. No es, pues, de extrañar que miss Carlota llegara á cansarse de haber aceptado todas las cargas del empleo que ella misma se habia impuesto sin sacar el menor provecho, y que se preguntase á sí misma si era justo que la hermosa Hortensia Mancini hiciese lo que el perro del hortelano, impidiendo que fuese de otra lo que no queria aprovechar para sí.

Miss Carlota era una jóven muy viva, y gracia á su trato íntimo y frecuente con la duquesa de Mazarin, casi habia llegado á ser francesa. La noche de que vamos hablando observó la distraccion de Banier y habiendo adivinado fácilmente el motivo de ella, empezó á burlarse de su constancia diciéndole que habia ignorado has-

ta entonces que los suecos eran como los griegos, que empleaban diez años en tomar una ciudad.

—Yo, si fuese hombre, añadió, procedería de muy distinto modo, por temor de hallarme despues de un sitio tan largo en la imposibilidad de emprender ningun otro.

Mordióse Banier los lábios; pero no trató de responder á esa chanza y en el mismo momento se acercó á ellos el rey, que estaba de muy buen humor, porque en aquella época acababa de tomar el partido á ejemplo de su émulo real Luis XIV, de gobernar sin el parlamento, lo cual le permitia no pensar en otra cosa que en sus placeres, dejando á los ministros el cuidado de los negocios públicos. Dirigió, pues, Cárlos II la palabra riéndose á la camarista de la princesa su sobrina y la dijo:

—Tendria curiosidad, señorita, de saber lo que estábais diciendo en secreto al señor baron de Banier.

—Nada hay mas fácil señor; sespondió inmediatamente la jóven. Preguntaba al señor de Banier cuál baile le gustaba mas, la «zarabanda ó la corriente.»

=Y yo apuesto, replicó jovialmente el rey, que el señor de Banier es capaz de suspender su juicio hasta que hayais bailado las dos cosas con él; no es verdad, baron?

Inclinó Banier la cabeza, y miss Carlota meneó con viveza el abanico delante de su rostro, ya fuese para ocultar el sonrosado de sus mejillas, ya para disimular su gana de reir.

—Vamos, continuó el rey; estoy pronto á ser juez del campo en este mismo instante. Que vayan á llamar á los músicos.

La situacion no dejaba de ser embarazosa, porque los caprichos de los reyes, y especialmente de los reyes absolutos, son cosas respetables cuando se vive en la corte. Los músicos, que nunca se ha-

Haban muy lejos en el alegre reinado de Carlos II, vinieron inmediatamente, y Banier y miss Carlota no tuvieron mas remedio que bailar una despues de otra una «zarabanda y una corriente.» Ambos lo ejecutaron con la mayor perfeccion, porque en aquella época el baile, así como la esgrima y la equitacion, era un arte reservado casi esclusivamente á los pasatiempos de la nobleza en toda la Europa civilizada, arte en que trataban de sobresalir los reyes y las reinas, y que en muchas personas de alto rango suplía por los conocimientos y habilidades que les faltaban. Aplaudió estrepitosamente la asamblea cuando el lindo Banier, que habia bailado con la mayor nobleza y la gracia mas perfecta, llevó á su asiento á miss Carlota, y Carlos II, satisfecho de la diversion que acababa de proporcionarse á si mismo y á su corte, exclamó:

—A fé mia que me veria muy perplejo ahora, si hubiese de elegir entre la zarabanda y la corriente. Si miss Carlota

quiere dar á su pareja un beso en cada mejilla, y creo que en conciencia no hará nada de mas, me parece que el baron podrá decirnos despues cuál de los dos besos prefiere y cual de los dos bailes.

Todos se echaron á reir, y la camarista, sin hacerse rogar, y deseando conciliar lo que exigia su pudor con el deseo del rey, presentó sucesivamente las dos mejillas al baron, que imprimió un beso en cada una de ellas. El ruido de aquellos besos resonó hasta el parage de la sala en que entonces se hallaban la duquesa de York y la de Mazarin.

Aunque se hallaba rodeada por una multitud de adoradores que se disputaban á porfia aun en presencia del rey y de las personas reales una palabra una mirada suya, no pudo menos Hortensia de estremecerse y acaso por primera vez en su vida sintió en el fondo de su corazon un movimiento de rabiá y de celos, que no hizo mas que pasar como una sombra por su encantador semblante. Ha-

cía ya un rato que no era la misma que acostumbraba, y aunque trataba de ocultar bajo la máscara de la alegría las inquietudes que la atormentaban, era fácil conocer que hacía esfuerzos para estar al nivel de la alegría general. La duquesa de York, que hablaba con ella aquel momento lo observó y la preguntó:

=¿Qué teneis, duquesa? Jamás os he visto tan seria como esta noche.

Al oír que Hortensia, un poco turbada con esa pregunta, aseguraba poniéndose colorada que nunca habia estado tan contenta, el principe Felipe de Saboya, que se hallaba á corta distancia, dijo á media voz:

—Bien sé yo por qué la señora duquesa está tan seria esta noche.

—¿Por qué, principe? preguntó Saint-Evremond.

=¿Por qué? Deseais absolutamente saberlo. Pues es (añadió acercándose mucho á su oído), porque ha olvidado que estamos aquí los dos mirándola.

Fijó Saint-Evremond en su interlocutor unos ojos llenos de sorpresa, como si buscase en la espresion de su fisonomia la significacion de las palabras que acababa de pronunciar, y despues, con una sencillez aparente, que no dejaba de tener un gran fondo de malicia, le dijo:

—Príncipe, no tengo bastante talento para descifrar enigmas y si os empeñais en hacer aquí el papel de esfinge, os ruego que elijais otros confidentes... ú otras victimas pues suponen que la esfinge tenia la costumbre de devorar á los que no la comprendian.

—Así lo haré; replicó con gravedad el príncipe.

En aquel momento mandó la duquesa de Mazarin que se acercasen sus pajes y se retiró. Como la noche estaba hermosa y hacia una luna magnífica quiso ir á pié como habia venido, atravesando el parque de Saint-James, y el príncipe de Saboya y Saint-Evremond la escoltaron hasta su casa.

Una hora despues de este incidente, saliendo el baron de Banier del palacio de Whitehall, para retirarse á su habitacion, sintió que le tocaban en un brazo y que una mano ponía en la suya una llave y un billete; dirigió sorprendido una mirada á su rededor, y á la luz de la luna le pareció reconocer á Pompeyo, el negrito de la duquesa, que se alejaba misteriosamente por la sombra que hacían las paredes de palacio. Aquella llave, aquel billete, aquel mensajero tan conocido, le hicieron palpar fuertemente el corazón, y dominado todo su cuerpo por un placer voluptuoso, poco le faltó para caer al suelo. Comprimiento convulsivamente entre sus dedos la llave y el billete, como si bubiera temido que quisieran arrancárselos, se dirigió maquinalmente hácia el lado del palacio Mazarin (que así llamaban entoces á la casa que habitaba Hortensia) atravesando el parque de Saint-James, que se hallaba á esa hora enteramente desierto. Cuando estuvo á unos

trescientos pasos de Whitehall y le pareció que no sentía ningún ruido cerca de sí, se detuvo y abrió con trémula mano el billete que acababan de entregarle, leyó-le á la luz de la luna y vió que su presentimiento no le habia engañado. El billete era de mano de Hortensia, aunque no tenia firma, y solo decia estas palabras que el enamorado sueco besó por lo menos tantas veces como letras contenian.

«Os espero. Esa llave es de la puertecita que sale de mi habitacion al parque»

Feliz Baanier! Aquella primera cita con tanto ardor deseada, y de que ya empezaba á desesperar, aquella primera cita que le prometia tan inefables delicias? la hubiera obtenido si por dos veces no hubiera impreso sus lábios en las frescas y sonrosadas mejillas de miss Beverweer? ¿No podria decirse que esta era Iris en persona que, sin saberlo, acababa de abrirle las puertas del templo del Sol?

Es media noche; hora del silencio y el amor, la hora mas agradable á pesar de

todas las leyendas, mas ó menos terribles, de todos los crímenes mas ó menos atroces que la delirante imaginacion de los poetas y de los dramaturgos ha tratado de unir á las palabras casi cabalísticas: media noche. Hortensia, despues de haber hecho que la desnuden sus camaristas, las ha despedido, y vestida con un sencillo peinador, se ha puesto á la ventana de su habitacion, desde la cual se descubre el parque de Saint James. El aire está caliente todavia por efecto de los rayos del sol que, aun en Lóndres, á fines del mes de julio, penetran abrasadores por entre el velo de vapores que en vano trata de oponerles el Támesis, y la luna sigue alumbrando con su melancólica claridad los árboles del parque, dando al paisaje toda la mágia de sus amorosos reflejos.

Apoyada en la barandilla, y en una actitud llena de languidez y voluptuosidad, alarga la cabeza la duquesa de Mazarin en la direccion del palacio de Whitehall, siguiendo la calle de árboles, para siempre

célebre, que atravesó treinta y cuatro años antes el rey Cárlos I para ir al suplicio. Pero probablemente en lo que menos piensa Hortensia es en Cárlos I y su desgracia, pues el encendimiento y la palidéz que alternativamente cubren su rostro, y la fuerte agitacion de su seno, anuncian que se halla entregada á una fiebre abrasadora que se manifiesta bien á las claras, á pesar de todos sus esfuerzos para permanecer tranquila é inmóvil. Muchas veces, cansada sin duda de fijar sus miradas en una misma direccion, las eleva hácia el cielo, como si tratase de leer su destino en las estrellas; pero al momento deja inclinar la cabeza sobre el pecho. En uno de estos movimientos se desata su peinado y sus hermosos cabellos negros caen en rizados sobre sus hombros medio desnudos. Hermosísima parece de ese modo, y cualquiera que la viese sin conocerla pudiera creer que era una bella estátua de la Magdalena arrepentida, que se habia separado de su pues-

to para venir á gozar del aire embalsamado de una noche de verano, de una de aquellas noches en que todo invita al amor, hasta que la venida del alba la obligase á volver á su sitio. Pero ay Hortensia! Nada hasta ahora recuerda en tí la Magdalena del Evangelio sino tu hermosura; por qué abandonas de ese modo tus hermosos rizos y tus hombros desnudos al soplo de la noche?

De pronto se estremeció la duquesa, entró y cerró la ventana. Seria que hubiese percibido el fresco de la noche ó mas bien que se avergonzase de la idea de que pudieran sorprenderla esperando? ¡Esperando la duquesa de Mazarin! Tomó una guitarra y puso en ella los dedos maquinalmente, empezando cien preludios y sin poder terminar uno solo, pero entre ellos habia uno que le venia constantemente á la memoria y causaba á todo su cuerpo un estremecimiento doloroso. Desde entonces le fué imposible modular ninguna otra cosa, pues aquel importuno preludio

salía constantemente de entre sus dedos; por una especie de combinacion magnética se reunian siempre las mismas notas en su pensamiento y resonaban en su oido, y aun le parecia que si abriese la boca habian de salir tambien de su garganta. El tal prelude era el de la cancion española que en otro tiempo cantaba Alonso de Lara. Pero aun hubo mas. En el momento en que deseando poner término á aquel angustioso estado dejaba de la mano la guitarra, llegó á sus oidos un canto vago é indeciso, apenas perceptible para otra persona que no fuese ella, y ese canto era el mismo romance español que entonaba Dery al tiempo de irse á recoger.

Entonces Hortensia no pudo contener su turbacion, y levantándose empezó á pasearse por su aposento como si oprimida por un penoso sueño hiciera esfuerzos para alejarle de sí sin poder conseguirlo. Con la boca entreabierta y los ojos desencajados, se detuvo un instante pa-

ra consultar un calendario colgado cerca de la chimenea, y ocultando en seguida el rostro entre las manos empezó á derramar un torrente de lágrimas. Aquel preludio que poco antes la perseguía tan tenazmente era una advertencia del cielo, y en el calendario había visto con terror que en igual día catorce años antes, vió por la postrera vez tendido en su féretro al que había muerto por ella. Oh vergüenza! Oh dolor! Aquel aniversario que debía solemnizar siempre con el luto y la penitencia, se disponía á celebrarle con el perjurio y la infidelidad! Estraviada, sin aliento y como loca, se daba golpes en el pecho y exhalaba tristes suspiros; púsose de rodillas, pidió perdón á los adorados manes de un ultrage que aun no habían sufrido, y resplandeció entre las tinieblas de su corazón una esperanza consoladora. Pompeyo no había vuelto; acaso no habría encontrado al baron de Banier, y entonces todo tenía remedio; pero apenas se fisonjeó algunos minutos

con esta ilusion, llamaron discretamente á su puerta y el negrito con un gesto le dió á entender que habia desempeñado su mision.

Desdichada Hortensia! Si por lo menos pudiera enviar á Banier un nuevo mensaje, solicitando de su generosidad, de su delicadeza, la suspension de una conferencia que aquella noche era criminal! Pero donde le habian de hallar en aquel momento? Sin duda estaba preparándose para venir, y acaso muy cerca de allí, con el corazon palpitando de amor y de esperanza; que haria Hortensia en semejante caso? El baron tenia la llave de la puerta que dá entrada á su aposento, y aunque es cierto que podria la duquesa echar el cerrojo por dentro, no era de temer que encontrando una resistencia que no debia esperar, emplease Banier cualquiera otro medio para pasar adelante, hiciese ruido y se alarmasen todos en la casa? O bien irritado y humillado al mismo tiempo con una

afrenta inexplicable para él, no podría Banier concebir el proyecto de ir á otra parte á buscar mejor acogida? Oh! Ese pensamiento, único acaso que habia anticipado la hora de su triunfo, es espantoso para una mujer que ama, y Hortensia no podia ya disimularse á sí misma que á quien amaba con todo su corazón era al baron de Banier. Alonso no es mas que un recuerdo perdido entre la niebla de los años, una sombra, una fantasma suave y triste á quien llama algunas veces en las horas de melancolia; pero Banier existe y Banier tiene derechos, no solamente al amor sino tambien á la gratitud de Hortensia, puesto que la ha salvado la vida. Ademas, Banier y Alonso no son para ella una misma y sola persona? Dios, que habia querido dar á entrambos las mismas facciones, la misma voz, no les habria dado tambien la misma alma? O mas bien, al abandonar el alma de Alonso de Lara la percedera cubierta á que se hallaba unida, no habria ve-

nido á dar vida al cuerpo del baron de Banier? Seguramente debia ser así, y en tal caso quien se atreveria á decir que Hortensia era perjura é infiel? Si la metempsicosis, esa risueña quimera nacida en el cerebro de uno de los filósofos mas amables de la antigüedad, no es otra cosa que engaño y mentira para las almas vulgares, debia ser una verdad, en concepto de Hortensia, respecto á las almas de los amantes.

Al paso que se iban presentando estas ideas á la imaginacion de la duquesa de Mazarin, iba serenándose su rostro; sus ojos un momento antes cubiertos con un velo de amargas lágrimas iban recobrando su brillo y su respiracion era mas libre y espedita. Y no se la acuse de su frivolidad habitual pues acaba de tomar una buena resolucion; ya que Banier ha de venir, ya que en un instante de extravio ha cedido á sus fervientes ruegos y le ha enviado aquella llave, llave para el del paraiso, le dejará entrar en su aposento,

pero luego que haya entrado en aquel santuario se arrojará á sus plantas, implorará su compasion, y Banier, que la adora con un amor tan tierno y respetuoso, no querrá en semejante dia ultrajar á los manes de Alonso de Lara; aun hará mas, rogará á Dios con ella por el alma del fiel y desgraciado page.

Algo mas tranquila despues de haber formado ese proyecto se levantó Hortensia; un reloj colocado en uno de los ángulos del aposento dió la hora y el sonido de la campana que resonó en medio del silencio de la noche la heló de espanto; dirigió los ojos á la muestra y viendo que la manecilla marcaba la una exclamó:

—La una ya y Banier no ha venido! Qué será Dios mio? No me amará tanto como suponian en sus cartas?

Para tranquilizarse, fué á buscar una cajita en que tenia guardada la preciosa correspondencia; no era el mejor medio de hablar con él, esperando á que viniese? Entre todas aquellas cartas buscaba

con preferencia las que su memoria le presentaba como mas tiernas, y de una en otra vino á parar á la primera, pues esta, por mas respetuosa y tímida que haya podido ser, es la que siempre se lee con mas gusto. Mas revolviendo aquellos dulces recuerdos salió de la caja un papecito que se hallaba mezclado con las demas cartas, que el tiempo habia puesto ya amarillo, y que era tambien un mensaje de amor, pero no escrito por mano del baron de Banier; era el último billete de Alonso de Lara, el billete en que habia colocado un rizo de sus cabellos, que aun existia dentro de él, y en que habia escrito con su sangre estas solas palabras El Tiempo y Hortensia.

El tiempo! El tiempo! Eras entonces muy jóven todavia, hermoso page, y no sabias, como ha dicho un poeta, cuantos sepulcros hace desaparecer una yerbecilla que crece. Hortensia llevó junto á su corazon por mucho tiempo, como un talisman infalible tus cabellos rubios y tu

billete; pero llegó un día en que el talisman perdió su potencia, y entonces le sepultaron en el fondo de una caja, en cuyo sepulcro se hallaron cabello y billete colocados debajo de las cartas de tu sucesor, como si asociando de esta manera lo pasado y lo presente, hubiera querido Hortensia uniros por medio de un nuevo lazo.

Al encontrar en una circunstancia tan solemne aquella piadosa reliquia, no pudo menos de lanzar un grito la duquesa, como si el amante que ese papel le recordaba, se hubiese presentado á su vista cubierto con un sudario. ¿Era todavía otra advertencia del cielo? Fuéseto ó no la duquesa no pudo hacer sobre este punto reflexion alguna, pues en el mismo instante oyó un ligero ruido en el pasillo que salia á la puertecita del parque. Sintió Hortensia que le palpitaba violentamente el corazon, como si quisiera salirsele del pecho, y cerrando precipitadamente la cajita, bajó los ojos y esperó.

Un momento despues giró misteriosamente sobre sus goznes la puerta de la habitacion, resonaron en el suelo las pisadas de un hombre, y llegó al oido de la duquesa una respiracion oprimida, pero nadie habló una sola palabra. Admirada Hortensia levantó los ojos, y..... ¿quién seria capaz de espresar debidamente su espanto?.... vió delante de si al principe Felipe de Saboya, pálido, mudo ó inmóvil.

—Principe! exclamó entregada á la mas cruel inquietud, y con voz apenas articulada. Que quereis de mí? Quién os ha permitido....? Ah! salid, salid de aquí.

Asomó una sonrisa amarga y casi imperceptible en los lábios del principe, que respondió:

—Sé muy bien, señora que no era á mi á quien esperábais en este momento, sino al baron de Banier. Ha venido con efecto, está abí debajo de ese balcon, y yo he creido que tendriais una satisfaccion en oirlo de mi boca.

—Ah! Le habeis matado! gritó Hortensia con un acento terrible. Sois un asesino.

—Mucho lo temo, contestó con frialdad Felipe, mas si el baron de Banier recobra el uso de la palabra, podrá deciros que todo ha pasado entre nosotros conforme á las reglas del honor y como deben proceder dos caballeros. Por lo demas, os lo habia advertido, señora, y debíais haber pensado que tratábais con un Mancini. Vengándome á mi mismo, he vengado tambien á vuestro marido: ahora podeis recibir libremente al baron de Banier á todas horas sin que yo me oponga á ello, pues os doy mi palabra de honor de que no volveréis á verme.

Aterrada Hortensia, cayó en el suelo sin sentido y ni aun percibió la conclusion de aquellas terribles palabras. Cuando volvió en si el príncipe habia desaparecido, y en su lugar estaba el cadáver del baron de Banier. Arrastróse la duquesa hasta el lado de aquel cuerpo inanimado

y sangriento, le estrechó entre sus brazos é inclinando la cabeza hácia el amado rostro á quien poco antes una simple mirada suya hacia resplandecer de amor, imprimió en sus descoloridos lábios un beso amoroso, el primero acaso en que colocaba toda su alma; mas ah! el hermoso Banier no pudo devolversele.

De esta manera volvió á cumplirse otra vez el horóscopo de la Voisin, de que los ojos de Hortensia causarían la muerte de muchos; así el esposo ultrajado y el olvidado amante se encontraron vengados á un mismo tiempo y de un modo bien cruel; el antiguo page del cardenal Mazarin nada tenía que envidiar al hijo del vencedor de Leipsick, y como uno y otro habían muerto por Hortensia, podía esta confundirlos en un mismo pensamiento, así como en un mismo recuerdo.

Cuando el duque de Mazarin tuvo noticias de esa catástrofe, creyó que era un momento propicio para decidir á la duquesa á que volviese á su lado; mas te-

miendo la irresistible fascinacion que ejercia en los hombres, se dirigió á varias devotas de la corte que le prometieron traerle su Hortensia. Contábase entre ellas una á quien Mad. de Mazarin habia manifestado en otro tiempo bastante amistad, y se llamaba Mad. de Ruz, y esa se puso á la cabeza de la diputacion. Dirigiéronse todas ellas á Londres, y habiendo pedido permiso para ver á la duquesa, varios pages vestidos de luto las introdujeron en un aposento enteramente cubierto de negro é iluminado por cirios y lámparas fúnebres, aposento en que la linda duquesa de Mazarin, la mujer mas incensada y envidiada, la que habia sido el alma de todas las fiestas de Whitehall y de Windsor, pasaba la vida desde la muerte de su hermoso Bavier.

Mad. de Ruz, despues de abrazarla tiernamente, creyó que debia explicarla desde luego el objeto de su viaje, y la exhortó á volver al lado de su marido, que estaba dispuesto á olvidar todo lo pasa-

do y recibirla con los brazos abiertos: mas la duquesa, sin responder una sola palabra, la hizo una seña para que la siguiese con las señoras que la acompañaban.

Después de atravesar varias piezas todas colgadas de negro, se encontraron Mad. de Ruz y sus compañeras en un cuarto dispuesto á modo de capilla fúnebre, en medio del cual habia un féretro cubierto con un paño de terciopelo negro. Levantóle la duquesa y abrió el ataúd; yacia en él un hombre jóven todavía, vestido con un elegante traje de corte, y al parecer sumergido en un dulce sueño; ese hombre era el baron de Banier. Habiéndole amado tanto en vida, no habia podido resolverse la duquesa á separarse de él después de muerto, y Saint-Evremond, esclavo siempre de todos los caprichos de su reina adorada, habia conseguido que su amigo el célebre doctor Ruysch viniese á Inglaterra, y con sus maravillosos secretos diese una apariencia de vida á un rival cuya suerte, decia el buen viejo, no

podia menos de envidiar.

La duquesa besó al difunto en la frente é invitó á todos los presentes á que se arrodillasen; hiciéronlo asi, y al mismo tiempo el jóven Dery entonó el poético y triste salmo de Jesuralen, á que la duquesa habia tomado un cariño particular. Mad. de Ruz y las demas señoras, hubieron de entonar en coro las respuestas de aquella lúgubre letania, y cuando se acabó, Mad. de Mazarin dió orden á sus pages para que acompañasen á la diputacion hasta la puerta de la casa, pero sin añadir ni una sola palabra.

No se dió por vencida Mad. de Ruz, y volvió á la carga; pero como siempre tuvo que sufrir la misma ceremonia, sin obtener jamás una respuesta satisfactoria, perdió al fin la paciencia, y un dia volvió á embarcarse para Francia con su diputacion de devotas.

Por lo que hace al príncipe de Saboya, cumplió la palabra que habia dado de no volver á presentarse á Hortensia; pero no

pu**die**ron vencer el amor fatal que le ha**bia** inspirado la hermana de su madre, abrazó el estado eclesiástico, y algun tiempo despues murió siendo caballero de Malta, abad de San Pedro de Corbie, de San Medardo de Soissons y de Nuestra Señora de Gard; ;feliz si pudo encontrar en todas estas dignidades eclesiásticas el olvido de la pasión que le habia hecho ser homicida!

En el mes de julio de 1699 se esparció por Londres, y de allí cundió á Francia y á toda Europa, una noticia importante, la de la muerte repentina de la duquesa de Mazarin, ocurrida en su casa de Chelsea, á las orillas del Támesis. Hortensia habia muerto en medio del brillo de sus gracias como Gleoqatra, como Diana de Poitiers, como la marquesa de Montespau, como todas las hermosuras célebres, á las cuales por una gracia especial del cielo se ha concedido el privilegio de no sufrir los ultrages del tiempo, sin duda para que despues de haber admirado sus maravillosos

atractivos, ninguno de sus contemporáneos pudiese decir que había presenciado su decadencia. Había muerto como debía morir una mujer semejante, con la sonrisa en los labios, un abanico en una mano y una baraja en la otra, porque asediada siempre por el recuerdo del doble amor que había llenado su existencia, y siendo todavía demasiado frívola y coqueta para buscar, como su hermana Maria, un refugio en el estrecho recinto de un convento, había procurado encontrar en las febriles distracciones del juego el olvido de sus dos amores, tan cruelmente desenlazados.

Ella introdujo en Londres el célebre juego de la baceta, y toda la corte de Inglaterra que Hortensia iluminaba con su sonrisa y animaba con su aliento, se había hecho frenéticamente jugadora tan luego como la hermosa duquesa de Mazarin le dió el ejemplo. Cuando la duquesa murió pareció que la corte de Inglaterra había muerto

tambien con ella; y á la verdad, cuando lleno de gloria y magestad se estinguia el radiante siglo XVII, cuyo recuerdo solo bastaria para ilustrar eternamente á nuestro pais (Francia), aun cuando no tuviese tantos otros motivos para ser ilustre no era natural que desapareciese con él una de las maravillas mas ensalzadas de ese siglo?

Al tener noticias de aquella muerte, esclamó el duque de Mazarin:

—Puesto que viva no ha querido venir á mi lado, por lo menos la poseeré despues de muerta.

En aquella época tan esencialmente espiritualista y religiosa, es increíble el valor que por una estraña anomalía daban las personas mas devotas á la conservacion del miserable despojo mortal, cubierta terrestre del alma á quien habian amado y que habia vuelto al cielo ó bajado al infierno. El duque de Mazarin envió á toda prisa á Inglaterra á Mr. de Polastron, ca-

pitán de su guardia, con órden de traerle los preciosos restos de su Hortensia.

Cuando Mr. de Polastron se presentó en Chelsea con los plenos poderes del duque, le recibió un viejo, vestido á la antigua moda de la corte de Luis XIV y con un gran lazo de crespon en el brazo. Este viejo, á quien sería fácil reconocer entre mil por una gran berruga que tenia entre las dos cejas y por algunos mechones de canas que salian al rededor de un gorro negro, llevaba en un brazo á una perrita y en el puño del otro á una cotorra, á las cuales besaba y acariciaba alternativamente. Mr. de Polastron que, como el lector sabe era muy taciturno, le saludó con urbanidad y se contentó con presentarle el poder que le habian dado, y la autorizacion de los magistrados para que indagase dónde se habia enterrado el cadáver y pudiera proceder á la exhumacion.

—Caballero, le respondió Saint-Evra-

mond, cuyo rostro afligido iluminó una sonrisa sardónica; para eso no tendreis que andar mucho, pues la señora duquesa no ha salido de su casa de Chelsea, y hace muy poco que tenia yo la honra de estar en su compañía. Sin embargo, debo preveniros que hay una ligera dificultad para que podais cumplir vuestra mision; con arreglo á las leyes de este pais, no se os puede entregar el precioso tesoro que reclamais, sin que antes hayais pagado todas las deudas de la difunta, que os prevengo son bastante considerables. Los acreedores, en cuyo número me encuentro yo aunque por una bagatela, la cantidad de cuatrocientas guineas, me han confiado la custodia de nuestra prenda comun, y no saldrá de mis manos hasta tanto que esté pagado todo, capital é intereses.

Con esto se despidió Saint-Evremond de su interlocutor, y Polastron sorprendido escribió inmediatamente á Mr. de Mazarin dándole cuenta de lo que pa-

saba, y el duque respondió sin perder tiempo alguno, autorizándole para que pagára todo cuanto le pidiesen. Al saber esta noticia se entregó el buen viejo á la desesperacion, pues habia creido que la enormidad de las deudas detendria al duque, y él continuaria custodiando los adorados restos de aquella á quien habia consagrado la segunda mitad de su vida; pero habiéndose pagado en metálico á todos sus acreedores, fué preciso tener paciencia y entregar el féretro en manos de Polastron, así como una llave envuelta en un papel cerrado, y sellado, con sobre para el duque de Mazarin.

Provisto de su precioso depósito, se embarcó Mr. de Polastron para Francia, donde el gran maestro de la artilleria le esperaba con la mayor impaciencia; desembarcó en las costas de Bretaña á fines del mes de julio, del mes en que habian muerto la duquesa y sus dos amantes, é inmediatamente se euca-

minó á donde se hallaba el duque de Mazarin: es decir, á una de sus quintas inmediata á la costa que le ofrecia un grato recuerdo; pues en aquel sitio en medio de las solitarias llanuras de la Bretaña, habia pasado en otro tiempo todo un verano en compañía de la duquesa.

Mr. de Polastron llegó á su destino en una noche tempestuosa, y á pesar de los truenos y la lluvia, encontró á la puerta al duque de Mazarin, que advertido por medio de un espreso, habia querido salir en persona á recibir de rodillas y con la cabeza descubierta á la que mientras vivió habia sabido librarse de todas sus persecuciones. Hallábase, pues, en su puesto con todos sus pages y criados y algunos frailes que habian llegado á formar su sociedad habitual. Pobre duque! Cuanto habian cambiado sus facciones desde el dia en que con la frente radiante de alegría y orgullo, fijaba en su hermosa desposada miradas tan tiernas en la capilla de Vincennes! Cómo se leian en

sus enflaquecidas mejillas y en las profundas arrugas que marcaban su frente, los crueles pesares que atormentaban su corazón en tantos años como hacia que su Hortensia le había abandonado! Sin embargo, aquella noche parecía casi contento con la idea sola de que iba á ver á su hermosa duquesa, como si hubiese imaginado que Dios, compadeciéndose de sus largos dolores iba á concederle la gracia de reanimar aquel cadáver y volverle á la vida y al amor.

Habia mandado disponer en su propia habitación y enfrente de su lecho un estrado en que se colocó el féretro, pues no quería en adelante separarse de aquel frío despojo cuya posesión había pagado tan cara. Luego que terminaron los rezos de la iglesia y se retiraron los concurrentes después de haber echado sucesivamente el agua bendita sobre el cadáver, se cerraron las puertas y el gran maestro quedó solo con su tesoro; entonces, rompiendo el sello que cerraba el papel

en que venia envuelta la llave, se preparó para abrir el ataúd en que estaba colocada Hortensia.

En aquel instante aumentó el furor de la tempestad y un trueno fortísimo conmovió hasta los cimientos de la quinta. Aterrado el duque sintió que inundaba su cuerpo un sudor frio, y habiéndose perseguido tres veces permaneció un momento incierto y sin saber si se atreveria á buscar todavia una criatura á la cual Dios, por medio de la voz del trueno, parecia que daba una solemne reprobacion; mas recobrando por fin el ánimo, se arrodilló, recitó en voz baja una corta oracion y volviendo la llave abrió el ataúd cuya tapa al levantarse produjo un sonido lúgubre semejante al gemido que hubiera salido de un pecho vivo. Estremcióse el duque y con los cabellos erizados, desencajada la vista y oprimida la respiracion, separó con mano trémula el doble paño de raso y terciopelo que cubria el cadáver lanzó un grito de dolor y desespera-

cion, y cayó desmayado en los escalones del estrado.

Al oír aquel grito corrió Polastron, que habia permanecido en la pieza inmediata, y al doble resplandor que producian las velas colocadas sobre el estrado y los relámpagos que cada momento alumbraban la estancia, vió tendida en el féretro abierto una forma humana, á la cual un arte maravilloso habia conservado todas las apariencias de la vida y que parecia sumergida en un profundo sueño; pero no era Hortensia Mancini, era el baron de Banier. Se creyó entonees y se ha creído despues, que un error, acaso voluntario, pero excusable en un anciano que no era menos digno de lástima que el duque de Mazarin, habia producido aquella estraña sustitucion.

Como quiera que sea, el duque de Mazarin, que hasta entonces no habia estado loco sino á Medias, acabó de perder la razon en aquella noche memora-

ble, y los pormenores que dan acerca de su locura todas las memorias de aquella época son tales, que no se concibe en virtud de qué privilegio se libró de la ley comun y no se le puso entredicho. Sin duda su familia, y el rey mismo, que le conservó todos sus empleos y dignidades, se compadecieron de tan grave infortunio, y la causa que produjo su demencia la hizo respetable para todos sus contemporáneos.

Sobrevivió todavía muchos años á su hermosa duquesa, y enamorado siempre de ella, aun despues que habia dejado de ecsistir, dominado por la pasion frenética que en otro tiempo le habia hecho ser la risa de la corte y de toda Francia, anduvo viajando por sus tierras y sus gobiernos, llevando consigo constantemente un féretro de que no quiso volver á separarse, y es de creer que en aquel tiempo la duquesa de Mazarin habria recobrado en el féretro el puesto que otro la habia usurpado momentáneamente. De esta mane-

ra la mujer cuyo marido se habia mostrado tan celoso mientras la poseyó viva, y que despues de todos los tormentos y azares de una vida errante y vagabunda esperaba sin duda hallar el reposo en el sepulcro, no le encontró tampoco en él; destino verdaderamente fatal y que aplicado á una mujer con cuyo talento, gracias y hermosura solo pudieron rivalizar su frivolidad y su coqueteria contiene mas de una leccion terrible pero útil.

El escritor cuyo recuerdo es inseparable del de Hortensia, su poeta, su caballero, y aun podria decirse su sacerdote que cuerpo y alma se habia consagrado al culto de aquel idolo, vivió muy poco tiempo despues de la muerte de la mujer que recopilaba para él todas las creencias, todos los talentos, y todos los atractivos. Murió en 1703, è Inglaterra ejerciendo con respecto á él hasta el fin una noble y gloriosa hospitalidad le abrió despues de muerto las puertas de su real abadia de Westminster, don-

de reposan sus cenizas al lado de las de Chaucer, Spencer, y Cowley, pero lejos de la Juquesa, si es que queda en algun rincón ignorado de Francia un poco de polvo de la que en otro tiempo fué Hortensia de Mancini, reina de las hermosas.

Por una estraña coincidencia, el palacio Mazarin y el del Arsenal, que alternativamente ocupó aquella muger célebre, se han convertido uno y otro en bibliotecas públicas; pero sea que al abandonarlos solo dejase en ellos importunos recuerdos, sea que privados de su presencia han conservado los dos edificios como un aspecto de luto, en aquellos sitios consagrados hoy al estudio, al silencio y á la meditacion, bajo aquellos arcos, catacumbas de la inteligencia humana, apenas puede la imaginacion figurarse la sombra graciosa y ligera que en otro tiempo atraia al rededor de sí la risa y los juegos, los cantos y el amor. Los señores cubiertos de cintas y encages, los primeros elegan-

tes llenos de oro y de pedrerías que al salir del Louvre venían á mendigar una mirada de Hortensia, han cedido el sitio á la clase pálida y estudiosa de que salen por lo regular los concurrentes á las bibliotecas públicas. Cuántos de ellos serán los que piensen alguna vez en aquella cuya sombra revolotea sobre entrambos edificios, y cuyos incomparables atractivos produjeron la admiración de nuestras abuelas?

Hoy, ese gran nombre de Mazarin, que á un mismo tiempo recuerda tanto poder y tanta hermosura, no existe sino en la memoria de los hombres, y sin embargo, la posteridad de Armando de La Meilleraye y de Hortensia Mancini no se ha estinguido, sino que el árbol genealógico que el cardenal quiso plantar para perpetuar su nombre, desapareció desde la segunda generación. Aun parece que el tal nombre haya traído constantemente la desgracia á las que le han tenido, y han que-

rído sostener su peso, pues sin hablar de la nieta de Hortensia, á quien sus contemporáneos dieron el sobrenombre de la Hada Guignon, algunos de los que lean esta historia habrán conocido tal vez á la última duquesa de Mazarin, á quien los debates judiciales dieron por un momento parte de la celebridad de su bisabuela. A todo esto solo añadiremos un hecho. El último descendiente de Hortensia Mancini es el hombre que despues de una vida llena, segun se dice, de vicicitudes, se ha sentado hace poco tiempo en el trono de un pequeño principado de Italia; es Florestan I, principe de Monaco.

FIN.

Al finalizar la novela que bajo el título de **LA DUQUESA DE MAZARIN**, hemos dado á luz, deber es de presentar en nuestra escogida biblioteca, cuantas producciones alcanzan hoy el elogio universal. Así es que al llegar á nuestras manos la que escribiera el célebre Eugenio Sué con esa elevación y filosofía tan comun en el romancista de la época, no hemos vacilado en preferirla á otra, puesto que los interesantes cuadros que produce su inagotable imaginacion, escitan la curiosidad de los amantes á la bella literatura. La que presentamos hoy con el epígrafe de **EL MARQUES DE ZURBILLE**, es una de aquellas obras en que pinta el ilustrado novelista las costumbres de la sociedad francesa con esos vivos colores que tanto inflama el corazon de los que recorren sus amenas páginas. Esta novela constará de 2 tomos. Se suscribe en Sevilla en la imprenta de Gomez, calle de las Sierpes; en Cádiz, librería de Moraleda, plaza de San Agustín, y en Jeréz de la Frontera, librería de Bueno, calle Larga.



LA DUQUESA

DE

MAZARIN.

Concluida la obra costará 3 reales tomo.

BIBLIOTECA SEVILLANA.

LA DUQUESA

DE

MAZARIN.

POR

Alejandro de la vergne.

TOMO II.

SEVILLA.

Imprenta de Gomezcalle de las Serpes n. 13,
junto al café del Turco.





CAPITULO I.

Una noticia que le habia dado Guille-
ragues era muy cierta; el cardenal
se hallaba en sus últimos momen-
tos. La gota se habia subido de las pier-
nas al estómago, lo cual le producía
desmayos continuos, y los médicos ha-
bian declarado que infaliblemente mori-
ría en una de las crisis que le ocasio-

naba aquel penoso estado. Sin duda puede muy bien pensarse que el naufragio de todas sus esperanzas con respecto al casamiento de la mas querida de sus sobrinas influyó y mucho en los rápidos progresos del mal que habia de conducirle al sepulcro.

Mazarin era uno de los atrevidos impostores que como el espartano se sonreía mientras la fiera que tenia oculta debajo de la túnica le devoraba las entrañas, y á pesar de la hipócrita tranquilidad con que aparentó saber el resultado de sus negociaciones, es evidente que le afectó tanto mas cuanto menos les esperaba.

No es propio de este lugar manifestar las consideraciones que debieran determinar al rey Carlos II á desechar un casamiento que antes habia deseado con tanto ardor. Esta determinacion se explica bastante, por un lado con la prevision de la próxima muerte del cardenal que debia cambiar toda la po-

lítica de Europa, y por otro con la distraccion natural de un monarca jóven en medio de los fáciles triunfos que sus pocos años, su buena figura, y sobre todo su rango, no podian menos de proporcionarle en una corte, deseosa de sacudir el yugo del rigorismo puritano. Mucho menos fáciles de explicar son los motivos que indujeron al cardenal de Mazarin á dar su sobrina á un simple caballero, despues de haber dicho públicamente en mas de una ocasion que no queria sino reyes para ella. Podrá creerse que en aquella circunstancia, el gran político fijó su gloria en enlazar su sobrina con el sobrino de su ilustre predecesor y unir de ese modo su árbol genealógico con el que habia producido al cardenal de Richelieu? O será mas probable suponer con Mad. de Motteville, que sintiendo que la muerte le apretaba la garganta, el primer ministro habia elegido á Armando de La Meilleraye como lo mejor que

se le ofrecia en aquel momento? La duda en cuanto á esto último es tanto mas fundada, cuanto que todo el mundo sabe que aun despues de haber desistido el rey **Cárlos II**, se presentaba todavia como aspirante á la mano de **Hortensia** el duque reinante de **Saboya**, ademas de otros pretendientes, todos de familias soberanas.

Sea de eso lo que quiera, el hecho es que todo estaba arreglado en secreto para el casamiento de **Hortensia** con **Armando de la Meilleraye**, cuando en la mañana del **11** de febrero de **1661**, la enfermedad del cardenal tomó de pronto un carácter muy alarmante. Inmediatamente se envió un aviso al rey y á la reina madre, y al mismo tiempo fueron á buscar al cura de **San Nicolás de los Campos**, en quien **Mazarin** tenia una completa confianza. **Ana de Austria** y **Luis XIV** llegaron los primeros y entraron en la cámara del moribundo.

Solemne conferencia fué sin duda aquella que reunió á esos tres personajes, cuyo destino habia estado ligado por medio de tantos y tan diversos sucesos, en el momento en que el que habia servido de guia y consejero á los otros dos iba á dar cuenta de todos sus actos al juez supremo de todos los hombres. En ella tomó realmente Luis XIV posesion de su reino, pues hasta entonces no habia sido rey sino de nombre; en ella Mazarin despues de haber recordado todos los beneficios que el rey habia tenido á bien dispensarle á él y á su familia: acabó diciendo: «Señor; no tengo mas que un solo medio de pagaros y es dejaros á Colbert.» En ella en fin, Ana de Austria, testigo de los terrores de aquel gran político, cuyo genio le habia siempre subyugado, de aquel ministro poderoso que dictaba leyes á la Europa entera y la negaba á ella, hija de un emperador, viuda y madre de reyes, algunas miserables

monedas de oro, esclamó con sencilla sorpresa: «Cuán pequeño es ante Dios el señor cardenal!»

Al terminar la conferencia, Mazarin á quien la calentura que le consumia daba una fuerza facticia, mandó que trajesen á su sobrina Hortensia, y en presencia del rey y de la reina la anunció lo que ella todavia ignoraba, á saber que habia elegido para su esposo á Armando de La Meilleraye, el cual tomaria el título y escudo de armas de duque de Mazarin, y que en consideracion á este matrimonio la dejaba sus inmensas riquezas, pues ya que no habia podido conseguir hacerla reina, queria que por lo menos fuese la heredera mas rica de Europa.

En cualquiera otra circunstancia acaso Hortensia de Mancini hubiera hecho presente su estremada juventud (aun no habia cumplido quince años), pero al lado de aquel lecho de muerte, en presencia del rey y de la reina ma-

dre, no tuvo ánimo para responder una sola palabra, y recordando por otra parte que el único hombre á quien hubiera deseado unirse habia dejado de vivir, no hizo mas que arrodillarse llorando, junto á la cama del cardenal. Tocó este con manos trémulas la jóven y hermosa cabeza en quien desde algun tiempo habia concentrado todas sus esperanzas así como todos sus pensamientos, y volviéndose hácia el rey, le dijo con voz sensiblemente debilitada:

—Señor: permitidme que el afecto que siempre os habeis dignado mostrar á vuestro ministro, le reclame para esta niña, que mas de una vez en su vida tendrá necesidad del apoyo de V. M.

—Señor cardenal, respondió el jóven monarca con su afabilidad acostumbrada; vuestra familia lo será mia, pero si Dios oye mis ruegos y los de todo el reino, que pienso se unan á

los míos, no se verá privada todavía por mucho tiempo de su protector natural. Todos necesitamos de vos, señor cardenal, y no estais tan malo que no haya esperanza de conservar vuestra preciosa vida. Si gustais, esperamos á que esteis restablecido, para hacer los preparativos de la boda.

Diciendo así se levantó y la reina madre siguió su ejemplo, mas el cardenal meneó tristemente la cabeza y dijo:

—Ah señor! conozco que todo se ha acabado, y ya no confio sino en la misericordia divina; pero será un gran consuelo para mi el morir dejando establecida á mi gusto á la mas querida de mis sobrinas. Deseo que este matrimonio se verifique antes que yo cierre los ojos, y puesto que merece vuestra real aprobacion, os ruego que tengais á bien permitir que se celebre en vuestra presencia, como el de Mad. de Soissons.

El rey hizo con la cabeza una señal de asentimiento y se retiró, haciendo lo mismo inmediatamente Hortensia, y entrando el cura de San Nicolás en la alcoba de su penitente.

Sin embargo, el término de la vida del cardenal, aunque muy próximo, no había llegado todavía, y el 28 del mismo mes de febrero, las campanas de la capilla del palacio de Vincennes, que desde el 11 sonaban de una manera lúgubre para invitar á los fieles á que uniesen sus oraciones con las del agonizante Mazarin, cambiaron de pronto y empezaron á llenar el aire con un alegre repique de boda.

Armando de La Meilleraye, ó mas bien el duque de Mazarin, pues tal era ya su título, había por fin, conseguido todos sus deseos, y la iglesia bendecía su union con Hortensia de Mancini, union celebrada en presencia de la familia real y de todo lo mas brillante de la corte. Qué miradas tan

tiernas dirigia el esposo á su hermosa consorte! Cómo se pintaba en su fisonomia y en todos sus movimientos la alegría que inundaba su corazón! Con qué delicias se embriagaba con el murmullo confuso de voces que llegaban á su oído, trayéndole los elogios de todos los concurrentes sobre la maravillosa hermosura de Hortensia.

Mas á pesar de esa misma hermosura, á pesar de todo el aparato de fiestas que se habia desplegado en aquella circunstancia, se notaba algo de fúnebre en aquel himeneo celebrado, por decirlo así, á la sombra de un velo mortuario, y en aquellos juramentos recíprocos hechos en presencia de un atahud entreabierto; y en tanto que el órgano hacia resonar las naves de la capilla con las mas alegres armonias, en tanto que ardía el incienso delante del altar, parecia que se viese por entre los vidrios de las ventanas el pálido rostro del cardenal, cubierto

ya con las sombras de la muerte.

Al terminar la ceremonia entró en la capilla Mr. de Saint-Evremond, casi sin aliento y con las facciones ligeramente alteradas, lo cual atribuyeron los que lo notaron á la circunstancia de haber llegado tarde. Quiso, sin embargo, como todos los demas presentar sus respetos á la nueva duquesa, y no faltó quien observase que al besarla la mano habia pronunciado algunas palabras en voz baja y que ella se habia turbado.

Llegada la noche, condujeron á la recién casada á la cámara nupcial con todo el ceremonial acostumbrado en casos semejantes. El esposo, trémulo é inquieto esperaba en su cuarto que vieran á decirle que podia presentarse, mas viendo al fin que nadie venia, y cansado ya de esperar, se decidió á dirigirse á la habitacion de la duquesa, y habiendo llegado á la puerta de ella llamó con timidez. Entreabieron la

puerta con mucho cuidado. y sacando la cabeza una linda camarista, preguntó en voz baja.

—Qué quereis, monseñor?

—Qué quiero? respondió el duque. Quiero saber si la señora duquesa ha terminado su tocador y si puede recibirme.

La camarista se puso el dedo en los labios y replicó en voz todavía mas baja:

—La señora duquesa no puede recibirnos, monseñor; está rezando porque Dios quiera volver la salud á su Ema. y ha determinado pasar así toda la noche. Supongo, monseñor, que no quereis contrariarla.

El duque no se atrevió á insistir, y se volvió á su habitacion haciendo un gesto bastante feo.

El dia siguiente, como las oraciones de Hortensia no habian producido efecto alguno con respecto á la salud de su tío, juzgó el duque que renunciaria á pasar en ellas toda la noche; pero la

señora duquesa estaba inconsolable, porque los médicos habian declarado que el cardenal no podia vivir mas de ocho dias, y cerró implacablemente su puerta al duque. Al otro dia recibió el cardenal el Santo Viático y el duque no se atrevió á presentarse en la abitacion de su esposa, sucediendo lo mismo los dias siguientes.

Por fin espiró el cardenal el 9 de marzo entre dos y tres de la mañana, despues de haber enviado á decir al clero y al parlamento que moria siendo su humilde servidor; y aunque estaba penetrado de la mas viva gratitud al difunto, que le habia hecho el hombre mas feliz concediéndole la mano de Hortensia, el duque de Mazarin no pudo menos de experimentar cierta alegria al saber una muerte que permitiria al fin á la hermosa duquesa que fuese completamente suya, sentimiento que en su juicio era culpable y de que se propuso confesarse lo mas pronto

que le fuese posible. Por consiguiente, luego que se terminaron los suntuosos funerales del primer ministro, el heredero de su nombre y bienes volvió de nuevo á presentarse á la puerta de la habitacion de la señora duquesa, que le recibió despues de haber mandado salir á sus camaristas. Jamás se habia presentado á sus ojos tan seductora; un vivo sonrosado daba color á sus mejillas y entre sus párpados medio cerrados y adornados con largas pestañas negras brillaban sus hermosos ojos, que tenia modestamente fijos en el suelo. Invitó al duque con un graciosísimo gesto á que se sentase á su lado, y él gozoso, admirado y sin saber lo que le pasaba, no pudo pronunciar una palabra y se contentó con tomar una mano, en la cual imprimió el beso mas tierno y respetuoso.

— Señor duque, dijo por fin la jóven con aquella voz, cuya dulce melodia recordaba tanto como sus bellas facciones

el poetico país en que habia nacido: perdonadme si hasta hoy he faltado á uno de los deberes que me impone para con vos mi titulo de esposa. A caso habreis pensado que el pesar que me causaba el ver morir al bienhechor que hemos perdido era la causa única de mi conducta, y yo misma, lo confieso con verguenza, he contribuido á inspirarnos esa creencia; pero hoy, señor duque, quiero ser franca con vos para tener derecho si nó á vuestro aprecio por lo menos á vuestro perdón. Ese no ha sido el único motivo de mi determinacion.

— Explicaos, señora; dijo el duque con una ansiedad imposible de describir.

— Ah! exclamó Hortensia confusa y con la cabeza baja. Penosa es la confesion que tengo que haceros, pero la haré! Señor duque, cuando habeis perdido mi mano ya no me pertenecia mi corazón.

Al oír esta cruel revelacion, Arman-

do de La Meilleraye dió un grito de dolor y se ocultó el rostro entre las manos.

—Sin duda, continuó Hortensia, hice mal en consentir en ser vuestra esposa teniendo el corazón ocupado con el recuerdo de otro, y parece que debéis maldecirme; pero no faltan razones que me disculpen. Mi amado tío estaba en su lecho de muerte, y el haberme yo negado hubiera emponzoñado sus últimos, instantes, y además... os lo diré todo, habían cuidado de engañarme de antemano haciéndome creer que el hombre á quien he consagrado mi amor había dejado de existir.

—Y no es así? preguntó el duque entregado á una angustia febril.

—No señor, todavía existe. Mirad, añadió la duquesa sacando un papel de su seno: aquí teneis el billete que me ha escrito y que recibí precisamente en el momento en que nuestra union era ya indisoluble; os le doy, señor duque,

desgarradle, hacedle desaparecer, porque á mí me abrasa, os hago en ello el mayor sacrificio que una muger puede hacer porque es lo único que poseo suyo; pero probadme que sois digno de este sacrificio; os lo pido de rodillas; si me estimais respetadme... y acaso un día... vencida por vuestra generosidad, por vuestra delicadeza, podré llegar á amaros, porque sois tan joven! Señor duque me entrego en vuestras manos é imploro vuestra caballeridad; no es verdad que os compadeceis de mí?

En tanto que hablaba se habia puesto con efecto de rodillas delante del duque, y lloraba con las manos cruzadas. Sus lágrimas, su humilde actitud, el desórden de su vestido, todo en ella añadía nuevos encantos á su belleza.

El duque de Mazarin, que hasta entonces habia permanecido pálido, inmóvil, con los ojos fijos maquinalmente en el billete que Hortensia acababa de

entregarle, no pudo ménos en aquel instante de fijar en su esposa una mirada, en que se pintaban á un mismo tiempo el amor, la desesperacion y la irresolucion mas viva. Quiso hablar, pero espiró la palabra en sus lábios; entonces se levantó de repente de su silla háciendo un esfuerzo convulsivo, se acercó á la chimenea, arrojó el billete en medio de la llama y cuando vió que esta le habia devorado completamente se salió del aposento sin decir una palabra.

Habrémos de decir al lector que el billete de Alonso, dirigido á Mr. de Saint-Evremond por un conducto seguro, pero demasiado tarde, le habia entregado el último á la duquesa el dia mismo de la cêremonia nupcial?

El dia siguiente al de la conferencia que hemos referido, la hermana mas querida de Hortensia, la que hasta entonces la habia sostenido con sus consuelos y acaso con sus consejos, la

célebre y desgraciada Maria de Mancini, salió de Vincennes y marchó á Italia, á casarse con el condestable Colonna, teniendo el corazon ocupado por otro amor. Antes de separarse permanecieron largo tiempo abrazadas las dos hermanas y confundieron sus suspiros y dolores; al fin exclamó Maria, separándose de los brazos de su hermana:

—Adios, pobre Crepa mia! Te compadezco, porque veo que serás aun mas desgraciada que yo.





CAPITULO II.

Cuando el duque, despues de la conferencia con su esposa, volvió á su habitacion, permaneci3 encerrado en ella tres dias, sin comer casi ni beber y entregado á la mas cruel perplegidad. Qué habia de hacer, que habia de decir en semejantes circunstancias? Apelar á una separacion? Qué escán-

dalo! Seria atraer sobre si todas las burlas y sarcasmos de la ciudad y de la corte, sarcasmos y burlas que no dejarian de encontrar en el reino cien mil ecos; seria avergonzar á una encantadora criatura que podria haber sido frivola é inconsecuente, pero á quien disculpaba en cierto modo su estrechada juventud, y cuya franqueza y sinceridad merecian sin duda que se la tratase con alguna consideracion; por último, y acaso era esa para el duque la razon mas poderosa de todas, en tal caso habria de renunciar para siempre á la posesion de un tesoro, tanto mas precioso para él cuanto mas le habia costado obtenerle, y tanto que aun se le disputaba la conquista. Por otra parte era muy duro ser esposo de la mas hermosa señora de la corte, y no serlo sino de nombre. Si á lo menos hubiera podido pedir consejo á su padre! Pero el anciano mariscal habia marchado á sus posesiones de Bretaña

pocos dias despues de haberse celebrado el casamiento.

Luego que el desdichado duque se resolvió por fin á salir de su habitacion, fué todavia peor, pues no podia dar un paso, sin recibir alguna felicitacion ó tener que responder á algunas preguntas mas ó menos indiscretas. El principe de Condé le decia que cederia de buena gana todos sus laureles de Nortlinga y Rocroi, por estar en su lugar, y á todas estas cosas el duque se ponia colorado, y aunque de un temperamento bastante linfático, no pocas veces tenia deseos de chocar con alguno para desahogarse, y hubiera abrazado de muy buena gana al que hubiese venido á proponerle un desafio.

Algunas veces se inclinaba á pensar que, bien considerado todo, era dueño de proceder como mejor le pareciese, pues Hortensia al darle la mano habia prometido obediencia y su-

mision absoluta á su voluntad; pero al punto reflexionaba que representando el papel de señor y de tirano se esponia á perder para siempre el corazon de Hortensia, y que seria tanto menos delicado obrar de ese modo cuanto ella, por decirlo así, se había abandonado á su discrecion. Además, la duquesa se le mostraba tan agradecida! Le manifestaba tanta amistad y casi ternura en las ocasiones en que se encontraban solos! Es verdad que estas ocasiones eran raras, porque eran tantos los cortesanos que en vida del cardenal concurrían al palacio Mazarin, que muchos habían continuado por costumbre viviendo á hacer la corte á la duquesa.

Cuando alguna vez se hallaban solos los dos esposos, y un profundo suspiro salido del pecho del duque anunciaba de parte de este alguna tentativa de desahogar su pecho, al momento la duquesa mandaba que la tra-

jesen su guitarra, instrumento que estaba muy en boga en la corte desde que una infanta de España habia venido á compartir el trono con Luis XIV, y siempre tenia dispuesta alguna nueva piececita con que recrear los oidos del duque, ó alguna cancion antigua italiana que habia oido casi estando en la cuna y deseaba que oyese tambien su esposo. Conmovido, encantado por los acentos de aquella voz tan delicada y tan pura que le embriagaba, caia el duque en una especie de éstasis y se figuraba estar de antemano á las puertas del Paraiso, en compañía de su ángel tutelar.

Como era estremadamente devoto, creyó que debia confesar á su director espiritual la posicion en que se encontraba con respecto á la duquesa, y le pidió consejo acerca del partido que deberia tomar. Era su confesor un reverendo hermano de la compañía de Jesus, el cual exhortó á su

penitente á una piadosa resignacion, y tecia sus motivos para proceder así, pues suponía que los inmensos bienes del duque de Mazarin pasarian á su órden cuando este muriese, lo cual no podia tardar mucho á juzgar por la languidez y decaimiento que se notaba en el semblante y en toda la persona de Armando. El duque salia del confesonario medio convencido; pero cuando de vuelta á su palacio encontraba á Hortensia mas hermosa que nunca, se desvanecian todas sus buenas resoluciones, maldecia al paje Alonso, cuyo recuerdo vivia tanto tiempo en el corazon de la duquesa y á veces se sentia de humor de dar al diablo hasta su confesor mismo.

Entretanto, el tiempo que la duquesa llevó luto por el cardenal tuvo que estarse encerrada en su casa; pero el luto estaba para terminar. Habia pasado el tiempo hasta llegar á la mitad del verano de 1661, y no se habla-

ba en todas partes sino de la magnífica fiesta que pensaba dar al rey el superintendente de Hacienda Fouquet en su quinta de Vaux. Saint-Evremond, que era uno de los amigos mas íntimos del superintendente, recibió de este el encargo de hacer todos los esfuerzos posibles para decidir al duque y á la duquesa á que concurriesen á la fiesta; al principio se negó el duque; mas habiéndole dicho el mismo rey que tendria mucho gusto en ver á Hortensia en casa del superintendente, y que demasiado tiempo habia estado privada la corte de uno de sus mas preciosos adornos, sin que permaneciese por mas tiempo aquel tesoro escondido á la vista de todos, tuvo que ceder á un deseo que saliendo de una boca tan augusta, tenia en cierto modo el carácter de órden.

El 16 de agosto de 1664, el duque y la duquesa de Mazarin salieron para la quinta de Vaux, donde os espe-

robán á cenar. Iban en un hermoso coche dorado y lleno de cristales, tirado por seis caballos ricamente enjaezados, y junto á la puertecilla de la derecha caminaba á caballo Mr. de Polastron, capitán de las guardias del duque, el cual por su doble carácter de gobernador de provincia y de granmaestre de la artilleria de Francia, tenia una compañía de guardias para su servicio personal; un número crecido de caballeros que ya bajo uno ó bajo otro concepto tenian relacion con los dos esposos, habian querido servirles de escolta durante una parte de camino, y rodeaban el coche alegremente. Al ver aquel aparato casi régio todos se detenian y descubrian con respeto, no sin dirigir una mirada curiosa á lo interior del carruaje en que se veia el hermoso y encantador rostro de Hortensia, rodeado por sus brillantes cabellos negros, y notando al lado de aquella hermosura á un jóven melancólico y pensa-

tivo, se preguntaban todos á sí mismos sorprendidos, qué podia faltarle á aquel señor para ser feliz.

Iba ya terminando el dia cuando llegaron á la quinta de Vaux, verdadero palacio encantado, que segun dicen, no tenia igual en Francia, y en que el superintendente acababa de gastar diez y ocho millones, cantidad enorme para aquella época. Fouquet bajó en persona al pátio de honor á recibir á la duquesa de Mazarin, en quien desde aquel momento se fijaron todas las miradas, pues el rey no habia llegado todavia. No se esperaba hasta la mañana siguiente á S. M. que se hallaba en Fontainebleau, y hasta entonces podian todos, sin comprometerse, pagar á la hermosura un tributo de homenajes que despues reclamaria la majestad exclusivamente para si.

El superintendente habia mandado disponer habitaciones en su palacio para las personas mas considerables que habia

convidado á la fiesta que daba á su soberano, pero por grande que fuese aquella residencia señorial, de que no pueden dar sino una idea muy débil sus restos imponentes, es fácil concebir que siendo tantas las personas con quienes Fouquet habia querido ejercer los deberes de la hospitalidad, deberian estar un poco estrechamente. Así es que al duque y duquesa de Mazarin, como nuevos esposos, les habian destinado una hermosísima cámara en que no habia mas que un lecho. Cuando la jóven duquesa lo notó se mostró asustada, y abiendo indicado al duque con una seña que deseaba hablarle le dijo:

—Señor duque, ¿sabeis lo que hay?

—¿Qué ocurre, señora? preguntó Armando sorprendido.

—Que segun parece, no tenemos mas que una alcoba.

—¿De veras? exclamó Armando.

—Bien conoceis, señor duque, prosiguió la duquesa que eso no puede ser,

y espero que hareis de manera que os den otra habitacion que la mia.

—Señora, no sé si podré.... dijo Armando con la mayor turbacion.

—Conociendo Hortensia lo inminente del peligro que la amenazaba, cogió la mano de su marido y con el acento mas tierno y la mirada mas irresistible, replicó:

—Armando; yo os lo suplico.

Fijó á su vez el duque en su esposa una mirada llena de amor y desesperacion, y pronuoció estas palabras:

—Señora... Hortensia... seréis obedecida.

Habia en la actitud del jóven y en el tono con que acababa de expresarse, un dolor y una resignacion tan verdadera y profunda que la duquesa tuvo involuntariamente compasion de él, y mirándole cuando se alejaba, no pudo menos de esclamar: «Pobre Armando!»

Al cabo de corto rato volvió el duque y dijo á Hortensia:

—Señora: he visto al mayordomo de Mr. Fouquet, y le he dicho que estábais un poco indispuesta, por cuya razon me haria un graude obsequio si pudiera darme una habitacion separada de la vuestra, cualquiera que fuese; mas por desgracia no hay el mas pequeño rincón disponible, pues ademas de los convidados han tenido que acomodar á la compañía cómica de Moliere. Si no fuera tan tarde podria alegar cualquiera ocupacion y marchar á Fontainebleau ó á otro punto, pero á la hora que es, bien conocéis que es imposible.

—Dios mio! Qué haremos? exclamó la duquesa desolada.

—Tranquilizaos, replicó Armando, que todavia no está todo perdido. Me han dicho que Mr. de Saint-Evremond á quien esperaban, acaso no vendrá esta noche, y en tal caso pondrán á

mi disposición el aposento que le tenían destinado. Ya veis señora, que me conformo con vuestras intenciones y que podeis estar tranquila.

—Señor duque, contestó Hortensia sin atreverse á levantar los ojos; veo que sois el mas generoso de todos los hombres.

Daban las once del reloj de la quinta, y como el rey debia llegar el dia siguiente muy temprano y era preciso que todos madrugasen para estar prontos al llegar S. M., el superintendente manifestó á sus huéspedes que podian, cuando quisieran, retirarse á sus aposentos. Hortensia habia tomado ya posesion del que estaba destinado para ella, y en el cual la esperaban dos doncellas para desnudarla, y ya Armando se despedia de ella imprimiendo un respetuoso beso en aquella mano que por un momento habia creido suya, cuando hizo resonar hasta los cimien-

tos del palacio el ruido de las ruedas de un carruage que entraba precipitadamente en el pátio principal, y se oyeron algunas voces confusas que decían:

—Abi está Mr. de Saint-Evremond.

Hortensia se dejó caer temblando en un sillón, y por lo que hace al duque se quedó como petrificado con aquel inesperado favor de la fortuna, preguntándose á si mismo si era juguete de un sueño. Hubo, ppes, en la habitación un rato de silencio, no menos embarazoso para Armando que para la duquesa, y antes que ninguno de los dos digese una palabra, llamaron discretamente á la puerta.

—Quién es? preguntó el duque como un hombre que se despierta sobresaltado.

Una voz que sin trabajo conoció que era la de su ayuda de cámara respondió:

Es monsieur de Saint-Evremond, que desea hablar dos palabras con monsieur.

Al oír el nombre de Saint-Evremond, se estremeció Hortensia, porque se presentó á su memoria un recuerdo rápido y ardiente como el relámpago, y ocultó el rostro entre las manos como si se hubiese sentido culpable.

---¿Qué quiere Mr. de Saint-Evremond? preguntó el duque con disgusto mal disimulado. Decidle que...

No pudo proseguir, porque el mismo Saint-Evremond habia tomado la palabra desde la parte de afuera de la puerta, y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

=Querido duque, acabo de saber que os habían cedido el cuarto que destinaban para mi, y vengo á deciros que mi llegada no os privará de él, porque no puedo acostarme en toda la noche. Tengo que trabajar con Mr. Pilisson y Moliere, para una fies-tecilla que se prepara á S. M. con la comedia de Los importunos, y pasaremos los tres la noche haciendo ver-

sos; por consiguiente teneis mi cuarto á vuestra disposicion; lo ois?

—Perfectamente; respondió Armando con la cabeza baja como un sentenciado á quien acaban de leer su condenacion. Y no pudo menos de añadir en voz baja: «Lleve el diablo á Los importunos!»

—Desde luego, continuó Saint-Evremond, tened entendido que no me muevo de aquí sin que os haya visto salir. Sé que la señora duquesa está algo indispuesta y que tendríais que pasar la noche en un sitial, y seguramente yo no he de consentirlo; os ruego que no haya ceremonias entre nosotros.

Levantó el duque los ojos hácia el techo con desesperacion y luego los fijó en Hortensia, la cual muda y como reconcentrada en si misma, parecia que no hubiese oido una sola palabra de aquella singular conversacion; Armando la tomó la mano, que besó

de nuevo, y salió del cuarto lanzando un profundo suspiro.

Desde que empieza á rayar el día memorable 16 de agosto de 1661, todo se agita, todo se conmueve en la quinta de Vaux para recibir á Luis XIV; óyese un ruido incesante de coches que se cruzan, caballos que patean, pages y criados que se llaman unos á otros; pero qué coches! qué caballos! qué libreas tan brillantes! Qué fausto y magnificencia en todo! Las artes, la hermosura, la ilustre de la cuna, el ingenio, todo se ha reunido al llamamiento del superintendente, á fin de que Luis XIV pueda con una sola mirada abarcar todas las riquezas de su hermoso reino de Francia.

Pocos sucesos hay en la historia de ese gran monarca (aunque tan llena de ellos) que hayan hecho mas ruido que la fiesta de Vaux, fiesta á la cual van unidos dos recuerdos impercederos: la primera representacion de

una comedia de Moliere, y el alegre prelude de una de las catástrofes mas misteriosas é imprevistas que han podido despertar sobresaltada á una corte adormecida en el seno de los placeres; asi es que hay pocos sucesos cuyos pormenores sean mas conocidos. Por eso dejaremos que toda aquella brillante multitud se divierta entre los sombríos bosquetes de Vaux, al ruido del agua de las fuentes y de las cascadas, á que se juntan los armoniosos sonidos de las músicas y la hermosa poesia de Moliere: dejaremos que se abra la corteza de los árboles para dar paso á las ninfas y a las náyades que vienen á celebrar con sus danzas la gloria y las virtudes del mayor rey del mundo, y seguiremos lejos de este bullicio y de todas estas maravillas á un señor que solo, taciturno y pensativo en medio de la alegría general va á pasear sus distracciones en la parte mas oscura y aislada del parque. La luz del

día acaba, y por entre las ramas de los árboles se perciben ya á lo lejos primeros resplandores de la iluminación general que se prepara; es el momento en que va á cambiar todo el aspecto de la fiesta, y en que aguardan nuevos placeres á los convidados á la quinta de Vaux. Mas ¿por qué razon, ese señor, jóven todavia, se separa de tantas delicias?

¡Pobre duque! Esperaba al fin haber hallado un sitio retirado en que nadie viniese á preguntarle la causa de su tristeza, pero apenas se habia sentado en un banco, vuelto de espaldas al palacio, y mirando con ojos melancólicos por entre las ramas de los árboles la luna que salia por el opuesto horizonte, cuando tenia á su lado á un importuno.

=Qué teneis, mi querido duque? le preguntaba. No os parece magnífica la fiesta? Qué decis de la comedia? Moliere se ha escedido á si mismo.

eh? Una pieza compuesta estudiada, ensayada y representada en quince dias! La posteridad no querrá creerlo. Y qué os parece el prólogo de monsieur Pelisson?

—Lo que me parece, Mr. de Saint-Evremond, es que Moliere ha olvidado en su comedia mas de una especie de importunos.

— Señor duque, me parece que eso lo decis por mi.

—Podeis entenderlo como gustéis.

—Vaya, bien veo que hice mal en ceder la noche pasada mi cama al señor duque; habrá dormido mal y lo siento mucho.

—Tanto mejor, caballero; con eso sereis acaso menos servicial otra vez.

—Así pienso hacerlo.

—Y á fé mia que hareis muy bien en seguir ese pensamiento.

—Si continuais hablando con ese tono, señor duque, me hareis creer que tratais de reñir conmigo.

— Y por qué no?

— Ah! Eso ya es diferente, y yo estoy siempre á vuestras órdenes.

— Así me gusta; sacad la espada.

— Diab! Qué de prisa vais!

— Esperaremos siquiera á que se acaben los fuegos artificiales que me han dicho que han de ser magníficos, y tengo ganas de verlos.

— Y qué me importa á mi eso?

— Pues á mi me importa mucho. Además, la señora duquesa de Mazarin me ha concedido la honra de que baile con ella una contradanza, y ya podeis considerar...

— Sacad la espada vuelvo á deciros.

— Pero á lo menos desearia saber antes en que os he ofendido, porque si os empeñais á toda costa en que nos hemos de romper la cabeza, es preciso que haya alguna razon para ello.

— Razon decis! Quereis que haya alguna razon! Y si yo no puedo manifestarla?

—En tal caso, señor duque, me permitiréis que reusen vuestro desafío, porque no acostumbro batirme sin que haya alguna causa para ello, y por lo demás ya he dado pruebas de que sé batirme cuando es necesario. Decidme que mi casaca es de mal gusto, que mis puños están mal rizados, cualquier cosa y me tendréis á vuestras órdenes; pero decidme algo.

—Conque os empeñais en querer una razon, Mr. Saint-Evremond! Pues bien; anoche me habeis obligado á que aceptase vuestra habitacion.

—Señor duque: permitidme que os diga que esa no es razon. Que no me agradezcáis el que os haya cedido mi cama, convengo en ello; pero que lo considereis como una ofensa, os diré que eso no puede ser y que nadie querrá creerlo.

—Y qué me importa á mi que quieran creerlo ó no? Os digo que con cederme vuestra cama me habeis he-

cho un gran perjuicio y que quiero que me deis una satisfaccion.

—Poco á poco, señor duque. Si eso hubiera ocurrido la primera noche de casado comprenderia yo fácilmente vuestra cólera; pero hoy!

—Al oir estas palabras no pudo contener su furor el duque, pues se figuró que el mariscal de campo se burlaba de él, y exclamó irritado:

—Vive Dios! Ya veo que lo sabeis todo, pero os juro que antes que podais ir á divertir os á mi costa en los corrillos habreis tenido que matarme, y eso es lo que vamos á ver ahora mismo si sois capaz de hacer.

—Os juro, señor duque, que no sé nada.

—No sabeis nada, decís! No sabeis nada, quitad allá; no es propio de un caballero el mentir.

—Señor duque: esa palabra pide sangre.

—Así me gusta; veo que al fin os

animais. Pues si señor, habeis adivinado perfectamente; esa noche que tan traidoramente me habeis robado era la primera que iba á pasar con la duquesa desde que me he casado; por esa noche hubiera yo dado toda mi sangre, conque poneos en guardia, Mr. de Saint-Evremond; en guardia.

Diciendo así desenvainaba el duque la espada, en tanto que el mariscal de campo exclamaba asombrado y confuso:

— Es posible! Qué me decís, señor duque? Os ruego que me perdouéis un agravio que no quisiera haberos hecho. Quereis que me ponga de rodillas delante de vos? Quereis que en presencia del rey y de toda la corte confiese que os he ofendido? Estoy dispuesto á todo. Qué ecijis de mí? Cuán criminal he sido sin saberlo para con vos y para con la señora duquesa! Permitidme que os estreche entre mis brazos.

Iba con efecto Saint-Evremond á echar los brazos al cuello de su adversario estupefacto, cuando á la claridad de la luna vieron que se acercaba un nuevo personage y conocieron á Mr. Colbert. Entonces el mariscal de campo, que bajo todos titulos, como antiguo noble y como amigo del superintendente aborrecia de corazon al exmayordomo del cardenal Mazarin, le saludó con frialdad y se retiró inmediatamente.

—Qué ibais á hacer, señor duque? exclamó con viveza Colbert. Envainad al momento la espada porque se acerca el rey á este sitio. No veis ya la luz de las antorchas por entre los árboles?

Armando, sorprendido todavia del extraño desenlace del insulto que habia hecho á un hombre como Saint-Evremond que tan quisquilloso era siempre en puntos de honor, envainó la espada sin decir una palabra, en tan-

to que Colbert, acercándose á su oído, añadió en voz baja:

—Si Mr. de Saint-Evremond os ha ofendido en algo, creedme, señor duque, y dejad que obre la justicia del rey.

— Qué quereis decir? preguntó el duque.

=Que antes de muchos dias hau de ocurrir grandes cosas, y que tal vez el que hoy se halla en lo mas alto... Pero silencio! que llega el rey.

Era con efecto Luis XIV que escoltado por toda su corte, y trayendo á su derecha al superintendente de hacienda, se acercaba á donde estaban el duque y Colbert, y ya se podia percibir la voz de Fouquet, que en medio de las exclamaciones de admiracion con que sus huéspedes acogian todas las maravillas reunidas en aquel punto, decia:

—Señor: el recuerdo de la visita que V. M. se ha dignado hacer á su mas humilde vasallo, quedará eternamente

grabado en mi corazón; y á los que crean que es demasiado orgullosa la divisa de mis armas podré responder que la he justificado, pues he subido bastante alto para recibir en mi quinta al mayor soberano del mundo.

Sonrióse el rey con agrado, y girando una mirada al rededor de sí, preguntó con indiferencia.

=Dónde está Mr. Colbert?

=Aqui estoy, señor, respondió el mayordomo del cardenal, viniendo á colocarse con un ademán mas bien ordinario que modesto al lado del rey, que le dió en voz baja algunas órdenes.

Entretanto Saint-Evremond, que habia venido á reunirse con la comitiva, decia en voz baja á varios cortesanos que se hallaban inmediatos á él.

=Me parece, señores, que el rey no hubiera tenido mas que bajar la vista y hubiera percibido á la culebra al pie del árbol en cuya cima se encuentra la ardilla.

Un murmullo de aprobacion acogió este chiste heráldico del mariscal de campo, chiste que apenas seria comprendido hoy en que la heráldica es una ciencia casi muerta, pero que entonces tenia una significacion muy clara para todos los concurrentes, pues ninguno de ellos ignoraba cuales eran los escudos de armas de Fouquet y de Colbert.

Este incidente no tuvo consecuencia por el momento, pero una hora despues; cuando todos se estaban recreando con los fuegos artificiales, un criado desconocido entregó en manos de Saint-Evremond un billete que solo contenia estas palabras:

Se aconseja al amigo de la ardilla que se guarde de la culebra.»

El tal billete no tenia firma, y Saint-Evremond, despues de haber tratado inútilmente de reconocer la letra, se paseaba pensativo por uno de los salones de palacio, cuando sintió que le tocaban ligeramente en el brazo, y al

mismo tiempo percibió la voz mas dulce y melodiosa, que pronunciaba á su oído estas palabras:

—¿En qué pensais, caballero? me habeis pedido bailar conmigo en la primera contradanza, y los violines están ya dando la señal para ella.

Saint-Evremond se estremeció, porque aquella voz era la de la encantadora duquesa de Mazarin.





CAPITULO III.

Cosa de un mes despues de la célebre fiesta dada por el superintendente en su quinta de Vaux, se hallaba sola Hortensia en el palacio Mazarin, pues su esposo habia tenido que ir al arsenal á cumplir con sus deberes de gran maestro de la artilleria.

El día estaba terminando y la hermosa duquesa, sentada junto á una ventana que daba al jardín, pasaba los dedos maquinalmente sobre las cuerdas de su guitarra, pero sin poder tocar nada de provecho. Sus ojos distraídos, que parecía que quisiesen perderse en las nubes, se bajaban de cuando en cuando á mirar como caían las hojas amarillentas de los árboles agitados por el viento de la tarde, y todo en ella decia que se hallaba entregada á una profunda distracción. Sin duda al tratar de reproducir con su instrumento como un débil eco de las suaves melodias con que la habia adormecido en su niñez bajo el hermoso cielo de Italia, traia á su alma el recuerdo de los inocentes y descuidados años que habia pasado en la ciudad eterna, antes de trocar la existencia oscura y modesta del techo paternal, por todas las pompas del lujo y de la ambición. Mas no era eso todo, y bien puede

suponerse que á las nubes que arrojaba hácia ella un viento Sudoeste no preguntaba Hortensia simplemente si habia visto la campiña de Roma, sino tambien si por acaso habian saludado á su hermoso page Alonso de Lara.

Cuando el crepúsculo cedió su lugar á la noche y fué imposible seguir el curso de las nubes ó mirar la caída de las hojas, cuando vinieron á encender las luces de su aposento, se levantó Hortensia, dejó la guitarra: y habiendo cerrado por dentro la puerta de la habitacion, se dirigió hácia un gran armario que se hallaba en un rincon de la pieza, y en que el cardenal acostumbraba en otro tiempo guardar el oro que ganaba al juego. Abrióle con precaucion, y de lo mas escondido de un cajon tomó una carta que se hallaba escondida debajo de un paquete de guantes. Esta carta, bastante larga, estaba escrita por su hermana la esposa del condestable Colonna; la duque-

sa la leyó toda, pero se turbó especialmente al llegar á cierto pasage que decia asi:

—«Puesto que te ha de entregar esta carta, querida hermana, una persona de tanta confianza (el duque de Nevers, su hermano, que habia ido á acompañar á Maria de Mancini á Italia, y se hallaba hacia poco de vuelta de aquel viaje), aprovecho la ocasion para darte una gran noticia. Estos últimos dias me dijo el condestable que S. M. el rey de España le habia escrito por medio de su primer ministro, recomendándole un jóven que habia sido paje de nuestro tío y habia pasado á Nápoles como alférez de un cuerpo de caballeria española; puedes juzgar cual seria mi sorpresa cuando el condestable añadió que el tal jóven se llamaba Alonso de Lara, y que habia creido un deber suyo darle una tenencia en su regimiento. El dia siguiente vino Alonso á palacio á

dar las gracias al condestable, y solicitó la honra de verme como antiguo dependiente de su eminencia el cardenal Mazariu; yo no podia negarme á lo que solicitaba; pero como debes pensar le recibí con bastante frialdad para que no pudiera imaginarse que tenia yo conocimiento de su amor. El pobre muchacho estaba trastornado y verdaderamente me causó lástima; no te puedes figurar con qué espresion de sorpresa y casi de reconvencion fijó en mí sus rasgados ojos azules, como si al encontrar en mis facciones un vivo recuerdo de las de Hortensia, no pudiese explicar el frio recibimiento que le hacia. Atrevióse, sin embargo, á preguntarme por tí; pero ;como temblaba su voz! No sé si habria sabido ya tu casamiento pero me inclino á creer que no, porque habiendo dicho nuestro hermano el duque de Nevers, que se hallaba presente asi como el condestable, que te habias casado y

eras feliz, se quedó pálido como un muerto, y vi el momento en que caía al suelo. Por fortuna la sala en que nos hallábamos estaba algo oscura y ni el condestable ni mi hermano percibieron nada ¡Ay Hortensia, Hortensia! ¡Cuánto envidio tu suerte cuando considero que te aman de ese modo! ¿Por qué yo...? ¡Con qué indiferencia me dejó marchar! No hubiera podido hacer otra cosa con la persona mas estraña; y sin embargo, le amo siempre y aun me parece que la distancia á que vivo de él dá nuevas fuerzas á mi amor. Tú, hermana mia, que estás en el caso de verle, dime si me ha olvidado enteramente; sé franca conmigo y nada me ocultes. Piensa de cuánto valor son para mi los mas insignificantes pormenores, y en recompensa, mi querida Hortensia, te prometo por mi parte favorecer aquí tus intereses cuanto esté en mi mano, conformándome exactamente á los deseos que me

manifiestes en este punto.

Despues de haber leído dos veces este trozo de la carta de Maria de Mancini, y de haberle humedecido con algunas lágrimas, se acercó la duquesa á una mesa y empezó á escribir otra carta en estos términos:

«Mi querida Maria:

«En seis meses que hace que soy esposa del duque de Mazarin he tenido tiempo para hacer muchas reflexiones, y tu carta me ha inspirado todavía otras nuevas. Sigo amando con la mejor parte de mi alma á la persona de quien me hablas, pero no puedo menos de pensar que seria criminal con respecto á Dios, así como con respecto al duque si siguiera alimentando una pasión que es deber mio combatir. Las bondades de mi esposo, su conducta delicada y respetuosa para conmigo, el dolor que le causó la confesion que yo creí debia hacerle de mi amor á otra persona, todo eso, querida hermana, me

ha determinado á tomar una gran resolucion; mas para llevar á cabo esta resolucion necesito de todo tu auxilio y me atrevo á contar con él. Luego que recibas esta carta te ruego que mandes llamar á la persona de que se trata, y le digas que lo sé todo, enseñándole como prueba esta carta mia; en seguida dirás en mi nombre á ese jóven que exijo una buena accion de su parte, y estoy segura de que Dios se la premiará, y es que me absuelva del juramento que le hice, en cuyo caso yo tambien le dejaré libre del suyo; puedes añadir que jamás le olvidaré pero que á lo menos de ese modo podré pensar en él sin crimeu; es un jóven noble y generoso y le aprecio demasiado para no estar bien persuadida de que comprenderá ese lenguaje, y ademas, confio en tí, que sabrás persuadirle. No quiero disimularte que es un sacrificio cruel el que hago, y conozco que mi corazon se resentirá de

él toda la vida, pero qué importa que sufra el corazón, con tal que esté tranquila la conciencia?»

A este punto llegaba la duquesa cuando tocaron á la puerta y la advirtieron desde fuera que Mr. Saint-Evremond acababa de llegar y deseaba verla. Saint-Evremond! Este solo nombre la hizo estremecer, y perdió enteramente el color como si la hubieran herido en el corazón. Por una coincidencia fatal, en las circunstancias mas solemnes y decisivas de su existencia, encontraba siempre junto á sí á ese hombre de ojos vivos y penetrantes, de sonrisa maliciosa y burlona, como la personificación viva de un recuerdo que hubiera querido, especialmente en este momento, alejar para siempre de su memoria. Parecía que fuese el mismo Satanás bajo la apariencia de un cortesano, de uno de los reyes de la elegancia y de la galantería, con su casaca de terciopelo galoneada de oro, cintas,

encages, y sombrero lleno de plumas, que se complacia malignamente en venir á turbarla en medio de sus mejores resoluciones. Así es que la jóven Hortensia despues de un momento de vacilacion contestó con voz alterada:

—Decid á Mr. de Saint-Evremond que no puedo recibirle en este momento; que estoy ocupada... enferma... lo que queráis.

Empezó á escribir de nuevo, pero al cabo de muy pocos instantes volvieron á llamar de nuevo á la puerta, diciendo que Saint-Evremond insistia en verla, pues tenia que hablarla de un asunto muy importante. Conoció Hortensia que no podia negarse absolutamente á recibir á un hombre que era dueño de su secreto, y dió orden para que le introdujesen en su habitacion. Saint-Evremond entró, y parecia sumamente turbado.

—Qué es lo que ocurre, caballero Saint-Evremond? le preguntó la duquesa re-

cibiéndole de muy distinta manera de la que acostumbraba.

—Perdonad, señora duquesa, exclamó él; perdonad si he tenido la indiscrecion de insistir en que deseaba veros pero hay una circunstancia imperiosa que me servirá de excusa. Acabo de saber una noticia muy terrible, noticia que os sorprenderá y afligirá á un mismo tiempo; el superintendente de hacienda ha sido preso en Nantes como reo del crimen de alta traicion.

En seguida refirió Saint-Evremond á Hortensia todos los pormenores de esa misteriosa catástrofe que acababa de causar un profundo terror, tanto en la corte como en toda la ciudad. Contóla que al salir del consejo en que habia estado dos horas con el rey, se habia encontrado Fouquet con Mr. d' Artagnan, antiguo capitán de los mosqueteros del cardenal, que le habian preso y conducido al castillo de Angers; que como sucede siempre en

semejantes casos, circulaban ya los rumores mas contradictorios acerca de la suerte del superintendente; que unos suponian que se le *formaria* causa, y que su muerte estaba ya *decidida*; otros creian que no habiendo pruebas contra él el rey no podria menos de absolverle; pero que los cortesanos que conocian que cualquiera que fuese el resultado, el favor de Fouquet con el soberano habia concluido; se mostraban muy poco dispuestos á tomar su defensa, y aun muchos de ellos murmuraban ya en voz alta contra unas prodigalidades de que no habian tenido reparo en disfrutar.

—Lo conozco, señora, continuó Saint-Evremond; hoy no tiene ya el superintendente un amigo entre todos ellos, mañana los tendrá á todos por enemigos. Mañana vuelve el rey de su viaje; se le espera por la mañana en el Louvre, y ahí encontrará á los Colbert, los Seguier, los Pussort, ple-

beyos enriquecidos, que no pudiendo adquirir la figura y los buenos modales de la corte, han jurado perder al superintendente, porque este los agobiaba á todos bajo muchos títulos.

—Triste es todo eso, Mr. de Saint-Evremond, dijo Hortensia; pero qué quereis que haga yo en este asunto?

—Podeis hacer mucho, señora mucho; respondió impetuosamente el mariscal de campo. El rey os quiere sobremanera, cumpliendo la palabra que dió á monseñor cardenal en su lecho de muerte, de colocar en vos el afecto que le profesaba. Tened la bondad de ir al Louvre mañana por la mañana, y pronunciar con vuestra boca encantadora algunas palabras en favor de un desgraciado á quien su orgullo ha podido estraviar, pero que juro por vuestros hermosos ojos que no es criminal, y que nunca ha dejado de amar y respetar al rey. Si monseñor cardenal viviese estoy seguro de que Mr.

Fouquet no necesitaria abogado para con S. M. porque su eminencia le queria y apreciaba mucho, asi me lo ha dicho muchas veces y sin duda se lo habreis oido decir vos tambien. Pues bien, señora, á vos que sois su sobrina predilecta, á quien ha dejado su título y sus riquezas, á vos os toca ocupar su lugar y tomar la defensa de mi desgraciado amigo. Si no acudis á su sócorro está perdido, porque la pandilla de Mr. Colbert es poderosa, y ni Mad. de Sevigné ni la señorita Scudery, ni yo, le hemos de salvar con nuestras plumas. Mr. Colbert quiere sangre y no tinta. Oh! Por piedad, señora; no me negueis vuestro auxilio.

En tanto que hablaba Saint-Evremond, Hortensia permaneció pensativa, mas cuando acabó le respondió con alguna frialdad:

—Dios sabe que tendria el mayor placer en aliviar un grande infortunio; pero aun suponiendo que las palabras

de una persona de mi edad pudiesen tener en el ánimo del rey el influjo que les suponeis, no habeis reflexionado sin duda que esa persona debe dar cuenta de todas sus acciones al duque de Mazarin, que sin su consentimiento no podria de manera alguna dar el paso que deseais, y que siendo esto así, parece que hubiera sido mas natural que os hubiéseis dirigido primero á él para obtener ese consentimiento.

Quedóse Saint-Evremond mirando á la jóven con sorpresa, y acercándose mas á ella y bajando al mismo tiempo la voz, dijo estas palabras:

—En la posicion particular en que me encuentro con respecto á vos, señora duquesa, habia yo creido lo contrario.

Y viendo que Hortensia se ponía muy encarnada, añadió:

—Perdonad, si me atrevo á invocar un recuerdo que os ofende, y creed que acaso es mas penoso para mí que para vos misma.

—No os comprendo: dijo vacilando la duquesa.

—Ah señora! replicó Saint-Evremond temo decir demasiado y escitar vuestra cólera; pero estamos solos y es una ocasion que acaso no volverá á presentarse en mucho tiempo; permitidme que la aproveche para abriros mi alma, tanto mas cuanto este secreto me ahoga, y no puedo guardarle por mas tiempo. Os acordais de una noche que pasando por cerca de mi en el vestibulo de este palacio, con la señora condesa de Soissons y la señorita Maria de Mancini, me dirigisteis unas palabras dulcísimas y una mirada mas dulce todavia? Oh! compadecedme; soy un insensato, pues sé muy bien que al dirigirme aquella mirada y aquellas palabras, pensábais en otro... cien veces mas dichoso que yo en su destierro; sin embargo, desde aquel dia, señora, mi corazon no es ya mio.....

Tranquilizaos, que bien sé que bajo

ningun aspecto y por ningun título puedo aspirar á ocupar en el vuestro un lugar, por pequeño que sea; pero dejadme por lo menos que os diga que nadie os ama como yo, y que mientras me quede un soplo de vida, á todas horas y en todos sitios podeis contar conmigo. Permitidme que os ame como se ama á la Virgen Maria, con un fervor respetuoso que no se desmentirá jamás. Sois jóven, hermosa... Oh! tan hermosa que ninguna señora de la corte puede pretender compararse con vos, y yo á vuestro lado soy ya casi un viejo, lo cual debe inspiraros compasion; compasion, señora, ¿os parece mucho? Pues eso es todo lo que de vos exijo.

Al llegar aqui juzgó Hortensia que debia interrumpir al apasionado mariscal del campo y le dijo sonriéndose:

—Perdonad, pero me parece que hace muy poco me pediais otra cosa. Volvamos, si os parece, á Mr. Fouquet.

Puesto que tanto lo deseais, iré á ver al rey, le hablaré en favor del superintendente, y ojalá mi débil voz contenga la cólera de S. M.!

=Oh señora duquesa! Sois tan buena como hermosa, y solo de rodillas...

Iba con efecto, Saint-Evremond á echarse á los pies de la duquesa, cuando se abrió la puerta de la habitacion y entró el duque de Mazarin, que al ver al mariscal de campo en conversacion tan animada con Hortensia, no pudo evitar un movimiento de celos. Ya desde el inesperado desenlace de su querrella con él en la fiesta de Vaux, habia formado algunas congeturas mas ó menos verosimiles con respecto á Saint-Evremond, mas conociendo que el momento no era á propósito para aclararlas, disimuló cuanto pudo. Saint-Evremond, por su parte, se apresuró á esplicarle el motivo de aquella visita; pero el duque le cortó secamente la palabra diciéndole que estaba in-

formado de todo y que si bien no creia al superintendente reo de alta traicion, pensaba sin embargo, que debia tratársele con rigor, por haber dilapidado la hacienda del reino.

Al espresarse el duque de esta manera, olvidaba sin duda que si el cardenal Mazarin no hubiese aconsejado y aun protegido en cierto modo tales dilapidaciones, su sobrina no le hubiese traído en dote la fortuna mas colosal del reino; y Saint-Evremond vivamente ofendido en la persona de uno de sus mayores amigos iba á recordársele, mas le detuvo una mirada de Hortensia.

Pocos instantes despues creyó que debia despedirse, é inclinándose delante de la duquesa, dijo:

—Sea la que fuere la opinion del señor duque de Mazarin con respecto á Mr. Fouquet podré esperar que os acordareis de vuestra promesa, señora?

—Seria la primera vez que me su-

cediese olvidarme de un amigo, y vos lo sois nuestro, Mr. de Saint-Evremond respondió la duquesa alargandole la mano.

El mariscal de campo besó respetuosamente aquella mano que le alargaban con tanta gracia, y saludando al duque, salió del aposento.

Quedaron solos Armando y Hortensia, y el duque empezó á pasearse por el cuarto con bastante agitacion; de pronto, viendo encima de la mesa la carta que Hortensia habia empezado á escribir, y que con la turbacion que la habian causado los incidentes que acabamos de referir habia olvidado guardar, dijo:

—Estábais escribiendo señora? ¿Podria yo saber á quién?

A mi hermana Maria; respondió Hortensia.

Y al mismo tiempo, tomando el papel de encima de la mesa, le dobló y se le guardó en el pecho.

Continuó el duque su silencioso paseo, pero al cabo de pocos instantes preguntó á la duquesa:

—No podriais dejarme ver esa carta?

—Oh! Son secretos que tenemos mi hermana y yo; respondió la duquesa.

—Pues esos secretos son los que llaman mi curiosidad.

—Lo siento, pero no puedo deciroslos.

—Sin embargo, como vuestro marido creo que tenga derecho á saber lo que contienen las cartas que escribis.

—Señor duque, ¿quereis que ruegue á mi hermana que me devuelva esta carta? De ese modo podré enseñarosla algun dia, pero hoy es imposible.

—Y será la misma carta?

—Semejante sospecha, señor duque, es indigna de vos y de mi, y mereceriais que quemase esta carta. Vos que

habeis sido tan bueno y generoso conmigo por espacio de seis meses ¿no podreis serlo hasta el fin?

—Conque no quereis darme esa carta?

—No me es posible. Armando, yo os lo ruego; no os enfadeis conmigo por eso; tened confianza en mí. Juro en presencia de Dios que no quiero engañaros. Que mas quereis? Quereis que me ponga de rodillas y repita este juramento?

—Quiero que me enseñeis esa carta, ¿lo ois? Inocente ó criminal necesito verla.

Al mismo tiempo, arrebatado por el parasismo de sus celos, se atrevió el duque á dirigir la mano hácia el pecho de su esposa, la cual perdiendo el color, mirándole fijamente pero sin tratar de manera alguna de contenerle, exclamó.

—Señor duque: sois hombre y yo soy mujer, soy debil y vos teneis fuer-

za; podeis arrancarme esta carta, pero si lo haceis, saldre inmediatamente de este palacio, y pongo por testigo al cielo del juramento que hago de no volver á entrar mas en el.

Estremeci6se Armando y fij6 en su esposa una mirada llena de sorpresa; en seguida empez6 á llorar y sali6 precipitadamente de la habitacion de Hortensia, corri6 á encerrarse en la suya. En ella se arrodill6 delante de su reclinatorio y se cubri6 el rostro con las dos manos; quiso rezar, pero acababan de nacer en su seno las mil serpientes de los celos, y todas las oraciones se reducian para 6l á esta duda terrible: si Hortensia no me engañase, por qu6 se habia de negar á que viera su carta?

En tanto que no habia tenido que luchar sino con un recuerdo, el desdichado duque se habia lisonjeado con la esperanza de que á fuerza de generosidad conseguiria triunfar de un

afecto que, atendida la distancia á que su objeto se encontraba, y los pocos años de Hortensia parecia que no debiera ser muy duradero; pero si tanta abnegacion y sacrificio no habian de producir mas resultado que el de dejar el campo libre á otro; si lo presente estaba tan perdido, tan arruinado, tan doloroso para él como lo pasado, en tal caso no le quedaba mas recurso que morir.

Pero como podria aclarar un misterio semejante, y de qué modo se hallaba mezclado en él Saint-Evremond? Por poseer la clave de ese enigma hubiera dado el duque de muy buena gana su empleo de gran maestre de la artilleria, y su gobierno de Bretaña, aun cuando tal conocimiento hubiera servido tan solo para affigirle mas el corazon. De pronto, en medio de un laberinto de conjeturas mas ó menos aventuradas, vino á ocuparlo un recuerdo. La adivina, á quien

en otro tiempo habia consultado, y que le hizo ver en el espejo mágico las facciones de la que amaba, no podria serle útil en esta desesperada situacion? Sin duda era un gran pecado el dirigirse á semejante mujer; pero ya que el cielo le abandonaba no tenia otro recurso que el de valerse del infierno.





CAPITULO IV.

Hay una ciencia que se puede considerar como la mas difícil de todas, y es la que consiste en descifrar lo que pasa en el corazon de las mujeres; sin embargo, no se necesita ser gran hechicero para pensar, que la situacion de Hortensia, es

cuanto á la parte moral, habia cambiado mucho desde el momento en que fué duquesa de Mazarin. El duque, con su timidez y reserva, acaso excesivas, habia ganado mas terreno que hubiera adquirido en su lugar el mas fiero conquistador, siguiendo el sistema contrario; le compadecia Hortensia, y ya era mucho, porque de la compasion al amor suele muchas veces no haber mas que un paso. Además, en todas las cosas es un auxiliar poderosísimo el tiempo; «el tiempo y yo» decia el cardenal Mazarin; pero el tiempo solo tiene tambien mucho poder; el lindo page iba inevitablemente perdiendo con la ausencia lo que con la presencia ganaba el duque, en una palabra, los negocios de este iban en el mejor estado posible, pero hay personas de quienes se puede verdaderamente decir que han nacido con mala estrella, pues parece que una inexorable fatalidad sigue

todos sus pasos. Si el duque de Mazarin hubiera continuado algunos dias mas en el sistema que habia seguido hasta entonces, acaso la duquesa hubiera llegado á amarle; pero le faltó la paciencia, y por haber querido apresurar la partida la perdió completamente y para siempre.

El dia siguiente á la noche fatal en que Armando habia entrado como señor en el aposento de su muger, escribió esta en secreto á la esposa del condestable Colonna una carta, que en nada se parecia á la que habia empezado la víspera y que despues habia hecho mil pedazos. La primera frase de la tal carta era la siguiente.

«Maria, querida Maria! Razon tuviste al separarnos en decirme que seria todavia mas desgraciada que tú. Conozco que nunca en mi vida, podré amar al duque de Mazarin.»

Inútil es añadir que en la carta hablabá diferentes veces del lindo page,

sin que nada indicára que Hortensia estuviese dispuesta á relevarle del juramento que habia hecho ni siquiera ser absuelta del suyo, cuya violacion involuntaria lloraba muy cordialmente. Pobre Hortensia! Cuánto cambió desde aquel momento su existencia! El duque no era ya para ella el amante tierno y sumiso á quien atraia ó separaba con un gesto, el esposo que no se atrevia á reclamar los privilegios de su título; los defectos que en él no existian sino en gérmen, se habian desarrollado con una rapidéz increíble; su timidez se habia convertido en desconfianza, sus celos llegaban á ser ridiculos; le citaban antes por su devocion, un poco exagerada si se quiere, mas ahora esa devocion se habia convertido en una insoportable santurroneria. Conociendo que no le amaban, rodeaba á su muger de espías, que le daban cuenta de sus pasos mas insignificantes y de sus mas sencillas palabras. Mad. de Ve-

nelle, la antigua aya, el argos femeni-
no que habia guardado á las sobrinas
del cardenal, volvió de nuevo á ocupar
su puesto al lado de Hortensia, aunque
esta no era ya una niña, solo que en
vez de ser aya, fué la camarera mayor
del palacio de Mazarin, y supo desem-
peñar dignamente su comision.

Pero á poco tiempo, y no obstan-
te la estrecha vigilancia de Mad. de
Venelle, se persuadió el duque de que
el palacio Mazarin era una habitacion
detestable para una muger jóven, pues
estaba tan cerca del Louvre, que los
elegantes de la corte, al salir del pa-
lacio del rey, no podian menos de ve-
nir á tributar sus homenajes á los
hermosos ojos de la duquesa. Mr.
de Mazarin se propuso remediar ese
mal y un dia se encontró Hortensia,
casi sin saberlo, trasladada bajo los som-
brios artesonados del palacio del Arse-
nal, que aun hoy mismo que las al-
menas de la Bastilla no lanzan sobre

él su amenazadora sombra, conserva todavía un aspecto tan triste y melancólico. Allí era omnipotente el duque, y siendo gran maestro de la artillería de Francia, le parecía que no era demasiado todo aquel aparato que tenía á sus órdenes, todos aquellos cañones vencedores en tantos campos de batalla para guardar su precioso tesoro, su adorada Hortensia. Jamás habían sido las consignas tan rigurosas en el Arsenal, ni aun en tiempo del austero Sully, ni jamás se había visto en todos los puntos tal profusión de centinelas. Cada día asaltaban al duque nuevas inquietudes y ecsigia nuevas cosas, y el capitán de su guardia Mr. de Palastron, no sabía ya que hacer. Y no se crea tal vez que esta es una acumulacion hiperbólica de circunstancias mas ó menos verosímiles, producidas por la delirante imaginacion de un novelista; existe en una de las salas de la Biblioteca real, y quién sa-

be si en el que fué aposento de la duquesa de Mazarin? un librito impreso en Colonia en 1675, en el cual nuestra heroína trató de pintar ella misma todas las particularidades de su existencia de reclusa.

«Yo no podia, dice, hablar á un criado sin que le despidiesen al dia siguiente, ni recibir dos visitas de un mismo hombre sin que le prohibiesen la entrada en casa. El duque hubiera querido que no viese yo en el mundo á nadie sino á él, y sobre todo no podia sufrir que viese á sus parientes ni á los míos, estos porque se interesaban por mi y aquellos porque desaprobaban su conducta de la misma manera que los míos. He vivido mucho tiempo en el palacio del Arsenal, habitando en él tambien madama de Oradous, prima del duque, sin que se me permitiese verla.

«La inocencia de mis diversiones, capaz de tranquilizar á cualquiera otro

hombre de su genio, pero que hubie-
ra tenido alguna consideracion á mi
edad, le causaba tanta pena como si
hubiesen sido las mas criminales. Ya
decia que era pecado que jugase á la
gallina ciega con mis camaristas, ya
el que me acostase un poco tarde, y
no pudo alegar mas que estos dos mo-
tivos de queja una vez que Mr, Col-
bert quiso saber todos los que tenia
contra mi. Muchas veces no podia ir
á la iglesia, y mucho menos á la co-
media; decia que no hacia oracion bas-
tante tiempo, y en fin, era tal el mal
humor que le causaban todas mis ac-
ciones, que si le hubiesen preguntado
cómo queria que yo viviese, estoy se-
gura de que no hubiera podido po-
nerse de acuerdo consigo mismo.....
Si el amor que me tenia era el que
le obligaba á tratarme de ese modo
tan extravagante, hubiera sido de de-
sear por el bien de entrambos que
me hubiera honrado un poco con su in-
diferencia. »

Al leer las líneas que preceden no se inclinará algun lector á preguntarse á si mismo, como me he preguntado yo, cuál de los dos era mas digno de compasion, si Hortensia ó Armando? Por mi parte he dudado muy poco, y aun cuando esta confesion me atraiga la cólera de alguna de mis lectoras, confesaré con toda la sinceridad de mi corazon, que el pobre duque, consumido sin cesar por un amor sin esperanza, á cuyo alrededor se agrupaban todos los temores, todos los tormentos, todas las angustias que produce una posesion inquieta y perturbada, me parece mas digno de compasion que una muger jóven y amable, por mas encerrada que esté en el fondo del palacio del Arsenal. Con efecto, para el duque lo presente, lo pasado y lo porvenir, todo era motivo de tristeza, de sospecha y de luto, mientras que para Hortensia, si lo presente era oscuro, lo pasado le ofre-

cia un grato recuerdo, y lo futuro acaso mas de una esperanza.

No existia en alguna parte, en Italia, en Roma, en sus inmediaciones un jóven teniente de caballeria, dispuesto, sin duda, á olvidar mediante cierta condicion que habian faltado al juramento que le habian hecho, aunque de una manera muy excusable?

En el tiempo en que dominaba la mitologia pagana, se representaba siempre al amor con una venda delante de los ojos, sin reflexionar que bajo todos títulos este atributo hubiera convenido mucho mejor al himeneo. Quién se atreveria á negar que la extrema desconfianza produce consecuencias mas desastrosas, y muchas veces mas inevitables que la confianza escesiva? Son seguramente una y otra los dos abismos de Scilba y Caribdis, que no percibe el hombre, ciego á la luz de la razon, sino al sepultarse en ellos. Si el duque de Mazarin, en lugar de to-

mar tantas precauciones supérfluas contra enemigos fantásticos que se figuraba que asaltaban continuamente á su honra, hubiese dejado á Hortensia alguna libertad, no hubiera dado armas poderosas contra sí á un enemigo mucho mas real y amenazador, aunque distante. Quién sabe si al cabo de un año ó dos la duquesa hubiera olvidado completamente al page? Por lo que hace á los terribles concurrentes que presentaba aquella maravillosa corte de Luis XIV en su naciente aurora, los Lauzun, los Vardes, los Navailles, los Guiche y otros, es de creer que Hortensia hubiera sabido resistirlos.

Es menester no engañarse, la duquesa de Mazarin no habia recibido del cielo aquella ardiente sensibilidad que perdió á su hermana la esposa del condestable Colonna, pues tenia la imaginacion demasiado viva para tener un corazon tierno, en la verdadera acepcion de esta palabra. Hortensia no ha-

bia tomado, por decirlo así, del sol de Italia que habia alumbrado su cuna, sino un reflejo enteramente exterior; á él debia sin duda aquella pureza de formas, aquella regularidad de contornos, aquella hermosura, en fin, que se encuentra en tan alto grado en las obras maestras de la escultura antigua y formó la admiracion de sus contemporáneos; pero interiormente habia sufrido el influjo del sol de Francia, y se habia hecho completamente francesa por el talento, la gracia, la frivolidad, y preciso es decirlo todo, una irresistible inclinacion á la coqueteria; el capricho, en la parte que tiene mas encantadora y adorable, formaba el fondo de su carácter. Destinada al nacer á los placeres y á las fiestas, y condenada por la celosa inquietud de su marido á no presentarse en ellas sino alguna vez muy rara, hallaba medio de atraer las risas y los juegos aun á su triste soledad del arsenal, y hemos vis-

to que no pudiendo asociar á sus pasatiempos personas de su misma clase, habia tomado el partido de recurrir á sus camaristas. Educada en medio de todos los goces del lujo y de la grandeza, y teniendo una irresistible inclinacion á gastar, refiere ella misma que no sabiendo qué hacer del dinero, le arrojaba por las ventanas á sus lacayos. En vista de todo esto causará admiracion que un hombre de temperamento melancólico, de carácter débil é inclinado al éxtasis, como era el duque de Mazario, cediese al influjo de tantos encantos reunidos, y como el avaro se apegase á su tesoro con un celoso frenesí que causó la desgracia de toda su vida.

Un dia amaneció con la idea de que el Arsenal estaba demasiado próximo al Louvre para que la duquesa pudiese vivir en él á cubierto de las empresas de los galanes; al momento mandó disponer sus equipages y aquella

misma tarde estaba en camino con la duquesa para su gobierno de Alsacia. Mas apenas hizo otra cosa que aparecer en él porque habiendo sabido que los principales señores de la provincia preparaban fiestas para celebrar la llegada de Mad. de Mazarin, volvió á marchar inmediatamente y se dirigió á Sedan; de Sedan, donde le amenazaba el mismo peligro, volvió á Paris, pero apenas estuvo veinte y cuatro horas, y pocos dias despues estaba en Nevers, luego en el Maine y posteriormente en Bretaña, porque paseando de este modo á la duquesa por sus posesiones y sus gobiernos, sin darla tiempo ni aun para descansar, esperaba desorientar á los galanes imaginarios que su turbado espíritu le presentaba siempre persiguiendo á su esposa.

Aun hacia mas; evitaba cuidadosamente alojarse en los palacios, quintas y casas considerables que como gobernador de tantas ciudades y señor de tan-

tos pueblos tenia constantemente á su disposicion si es que no eran propiedad suya. Lejos de eso, si en el pais habia algun sitio miserable, alguna casilla mezquina que por su estrechéz le dispensára de recibir en ella á nadie, al momento elegia aquel sitio y aquella casa. Aun los mismos que venian á verle por obligacion ó á tratar de negocios, tenian que acampar si no habia cerca una posada, y como fuesen jóvenes y de buena presencia, se les despedia al instante con cualquiera clase de pretextos. Dicen que sin hacer caso alguno de las sencillas observaciones de su padre el mariscal de La Meilleraye, que decia que no se debia tener muger mientras se tomaban aguas minerales, se llevó la suya á Bourbon por no atreverse á separarse de ella, y alli la duquesa de Mazarin, la mujer mas hermosa de la corte de Luis XIV en que habia tantas y tan encantadoras; la duquesa de Mazarin, para quien

el cardenal no habia admitido la mano del duque reinante de Saboya, la del duque de Mercoeur y otras muchas; la duquesa de Mazarin, que habia estado á punto de ser reina de Inglaterra, permaneció un mes entero encerrada en un cuarto con su marido.

A sus parientes ó amigos que se creian con derecho para hacerle algunas reflexiones acerca de aquella conducta y le decian que acabaria por ser el hazme-reir de toda la corte, respondia el duque que le importaba muy poco cualquiera burla que hiciesen de él, porque el trato del mundo era muy contagioso y queria impedir que echase á perder á Hortensia, pues amaba mas á Hortensia que á su propia reputacion.

Dos personas solas hubieran podido, si nó favorecer á la duquesa en las delicadas circunstancias en que se encontraba, por lo menos aliviar algo su fastidio; y estas dos personas eran su

hermano el duque de Nevers y su hermana mayor la condesa de Soissons; mas esta última que ocupaba el puesto importante de superintendente del cuarto de la reina, no podia ver sin disgusto que la belleza de Hortensia eclipsaba la suya, y por lo que hace al duque de Nevers la relajacion de su conducta asustaba tanto á Mr. de Mazarin que hasta de él mismo tenia celos. Aquel jóven, de quien San Simon nos ha dejado un retrato poco lisongero, se tenia por algo literato, y algun tiempo despues de haberse casado su hermana con el condestable Colonna, escribió á uno de sus amigos una carta en la cual se felicitaba de poseer en las dos ciudades mas hermosas del mundo, Roma y Paris, dos hermanas á quienes amaba tiernamente, concluyendo la carta con estos dos versos:

Y con mi hermosa Hortensia ó mi Maria
Parto contento la existencia mia.

El duque de Mazarin tuvo noticia de aquella carta, y se asustó de tal modo, que poco despues mandó tapiar la comunicacion que habia entre el palacio Mazarin y la casa de Nevers.





CAPITULO V.

Será nos preguntará acaso qué hacia durante este tiempo un personaje que ha hecho hasta ahora un papel bastante importante en esta narracion; á saber; Mr. de Saint-Evremond. Este militar filósofo, avisado á tiempo, afortunadamente para él, del peligro

que le amenazaba, halló asilo en Holanda al lado del célebre Espinosa, y con el trato de los sábios y dedicándose enteramente á las letras, se consolaba lo menos mal que podia de todos los disgustos del destierro, entre los cuales, como facilmente puede imaginarse, no era el menor la imposibilidad en que se hallaba de ver á Hortensia. Veíasele muchas veces á la caída de la tarde, sentado al borde de algun canal con un libro en la mano, y este libro era el de Los tristes, de Ovidio, que leia sin cesar, comparándose con el poeta latino, á quien el emperador Augusto envió desterrado al pais de los Sarmatas: pero lanzaba profundos suspiros al pensar que por lo menos Ovidio habia llevado á su destierro el recuerdo de los favores de Julia, mientras que él en el suyo solo podia recordar los rigores de Hortensia.

A la verdad debió ser un espectá-

culo curioso para los buenos holandeses el de ver á aquel cortesano en desgracia mezclar en su sociedad republicana las preteusiones de un noble de antigua raza, á aquel rey de la elegancia lucir sus plumas, sus cintas y sus encages en medio de los sucios trages de sus eruditos y de los vestidos de paño llenos de brea de sus marinos, y en fin á aquel oráculo gastronómico reducido á sustituir las suntuosas cenas del conde de Oloane, del comendador de Souvré y de Ninon de Lenelos, con algunos platos de bacalao ó de arenques, y su precioso vino de las Tres Colinas con la cerveza fuerte de Amsterdam. Privado de la utilidad que le producian sus pensiones y empleos, se encontraba en efecto Saint-Evremond en una situacion de las mas precarias; y sin embargo, hubiera mirado como indigno de su clase tratar de mejorarla vendiendo sus obras, á pesar de que le ofrecian por ellas can-

tidades bastante elevadas. En el día son mas positivos los hombres de ilustre nacimiento.

En las pocas veces que se presentaba en la corte, habia procurado Hortensia, sin que lo supiese su marido, inclinar el ánimo de los ministros y aun del mismo rey en favor del mariscal de campo, pues por muy distante que se hallase de corresponder á su amor, era como todas las mujeres y no podia menos de agradecersele interiormente, ademas de que no habia olvidado los particulares títulos que habia adquirido Saint-Evremond á su gratitud en la noche de Todos Santos de 1660. Pero Luis XIV y sus ministros se habian mostrado sordos á los ruegos de la hermosa duquesa, y como todos los pasos dados por los muchos y poderosos amigos que Saint-Evremond habia dejado en Francia fueron constantemente inútiles, se ha creído siempre que la famosa carta sobre la paz de

los Pirineos no fué el único motivo de su desgracia. Cuál fuese el verdadero motivo, ha sido y es todavía un misterio.

Por otra parte, si Saint-Evremond, arrojado de la corte mas brillante del mundo á la nebulosa y pesada atmosfera de Holanda, se veia condenado á una existencia bastante triste, no tenia ciertamente que envidiar en ese punto á la duquesa, pues pasaba los dias, los meses y los años sin que variase en nada su situacion. Al principio habia sufrido sin quejarse los caprichos mas extravagantes de su marido, pues siendo todavía muy niña cuando se casó con él y estando acostumbrada á la austera regla de las monjas de santa Maria de Chaillot, no habia visto en la autoridad marital otra cosa que una transformacion de la de su aya la rigida Mad. de Venelle, y ademas, en aquella época se consideraba un marido como un señor dado por

el cielo; por último, su alegría y su viveza natural la daban fuerzas para soportar la servidumbre á que estaban condenados sus mas hermosos dias. Cuántos pesares olvidaba en un torneo! Cuantas lágrimas enjugaba una contradanza bañada en alguna fiesta del Louvre ó de Versailles con Mr. Lauzun! Es verdad que á veces, en el momento que acababa de vestirse, en que se presentaba á su marido con todo el brillo que los adornos añadian á su hermosura natural y en que gozaba de antemano de todo el placer que la esperaba, el duque despues de recrearse algunos instantes en mirar tantos atractivos, mandaba de pronto que desenganchasen los caballos, para que nadie mas que él pudiese ver aquella noche cuán hermosa estaba Hortensia. Entonces lloraba á lágrima viva la pobre jóven; pero el dia siguiente no se acordaba ya de lo que habia pasado. Ni tampoco deben olvidarse los mensajes

confidenciales de su hermana Maria, las noticias que recibia del hermoso paje que cada dia estaba mas enamorado y á quien el condestable Colonna habia hecho capitán de su regimiento, y en fin la esperanza de un próximo viaje á Italia. Pero por mucho valor que se quisiera dar á esos consuelos, claridades fugitivas que de cuando en cuando venian á iluminar la noche del alma de Hortensia, en toda union del género de la suya llega un momento, momento inevitable, en que la cadena demasiado tirante acaba por romperse, y en que la copa está tan llena que no puede menos de derramarse. Ese momento habia llegado para la duquesa de Mazarin.

«Y si las cosas que tengo que referiros os parece que tienen mucho de novela, echad la culpa á mi mala estrella y no á mi inclinacion. Sé que la gloria de una mujer consiste en no dar motivo á que hablen de ella,

y los que me conocen bien saben que no me gusta ninguna cosa en que llame la atencion; pero no siempre elige cada cual el género de vida que ha de tener, y hay mucho de fatalismo aun en aquellas cosas que mas parece que dependen de nuestra conducta.»

Esta frase, copiada testualmente del libro que antes hemos citado, puede muy bien servir de epígrafe á la narracion de las aventuras y desgracias que desde el momento á que hemos llegado ocuparon la existencia de la duquesa de Mazarin. Sin embargo, si alguna vez se iluminó de pronto su sombrío horizonte con el resplandor de las mas vivas claridades y presagió la llegada del buen tiempo, fué seguramente en la época de la vuelta de Hortensia á Paris, al principio del invierno de 1667. Tenia entonces veinte y dos años, estaba en todo el brillo de su hermosura, y despues de haber pasado ocho meses en Bretaña, via-

jando continuamente con su marido por toda la estension del gobierno de este, ya alojada en palacios ya en cabañas, un dia en coche tirado por seis caballos, llevando al lado de la puertecilla una gran figura enjuta y silenciosa bajo la forma del capitán de la guardia Mr. de Polastron, y otro dia precisada á ir á caballo en compañía tambien del inevitable Polastron, atravesando retamares y arenales que apenas pueden pasarse hoy en medio del verano, se le permitia por fin, que volviese á ver Paris, la gran ciudad.

Con qué inefable alegría entró en ella! El proscrito que vuelve á su patria no saluda con mas amor y entusiasmo el techo paterno, que no esperaba contemplar mas. En lugar de las costas solitarias de la silvestre Armórica en que solo llegaba á sus oidos el ruido monótono de las olas, veia presentarse á su vista millares de casas de la capital, de las cuales parecia que

saliese con el humo de las chimeneas un conjunto de murmullos confusos de alegría y como himnos de bienvenida. Toda aquella población esparcida por las calles y las plazas, tenía para ella un aspecto de fiesta; todas aquellas gentes por lo menos hablaban en francés, y además los coches, las sillas de mano, hasta los carros y carretas que se cruzaban, todo aquel movimiento, toda aquella vida agitada de una gran ciudad, ejercía en ella una especie de fascinación; y se sentía como vivificada por el contacto de tantas existencias acumuladas en un mismo punto.

En vez de venir á instalarse como anteriormente en el palacio del Arsenal, el duque y la duquesa echaron pie á tierra en el palacio Mazarin. Armando había consentido en este cambio de residencia, sea porque desde la muerte de su padre ocurrida en el palacio del Arsenal, hubiese creído en alguna de las visiones que ya empe-

zaban á acosar á su espíritu débil y supersticioso, que se le aparecía el viejo veterano en algun corredor oscuro, sea que empezára á reconciliarse con la inmediacion de Louvre, desde que el rey, completamente entregado á la creacion de su espléndido palacio de Versailles, habia anunciado públicamente su intencion de trasladar á él su corte y la residencia de su gobierno. De esta manera Hortensia volvía á tomar posesion de aquel palacio en que habia pasado los primeros y tranquilos años de su juventud, en que por primera vez Alonso de Lara se habia atrevido á fijar en ella una de esas miradas que abrazan perturban y encantan á un mismo tiempo, y en que á cada paso, á cada instante encontraba un recuerdo de su hermoso paje, y como un perfume ligeramente debilitado de todo lo que embriaga el corazon en el primer amor.

Qué diferencia cabia entre aquellos hermosos artesonados en que la pintura y la escultura habian competido para multiplicar sus maravillas, entre aquellos suelos de mosaico, aquellas hermosas tapicerias, y el palacio del Arsenal, en que parecia que estuviese impresa la severa economia de Mr. de Rosny en las losas húmedas y en las oscuras maderas que adornaban las paredes! Estos dos palacios, en todo tan absolutamente opuestos y colocados en dos extremos de Paris, representaban perfectamente hasta en sus mas insignificantes pormenores el carácter de la época en que se habian edificado, y el de la persona que se habia establecido en cada uno de ellos; el uno sencillo y severo en su estilo y en sus formas, cual convenia á un palacio construido en un tiempo en que el calvinismo era todavia poderoso, y en que reinaban un rey y un ministro deseosos de economizar el dinero

de los pueblos; el otro lleno de la pompa exterior del catolicismo romano, mansion de lujo y de sensualidad, construido, adornado y amueblado á toda costa con el oro del pueblo que para eso pagaba tantos impuestos; el primero hecho para que le habitasen hombres del temple de Sully, de rostro austero y trages sencillos y descuidados, y para que algun dia sirviese de tribunal á la cámara ardiente; el segundo resonando todavia con las músicas y danzas de los bailarines italianos que Mazarin habia mandado venir, y recordando á Correggio, á Rafael, á Guido y á tantos otros personificados en sus obras mas grandiosas y no pocas veces mas lascivas, que invitaban al amor y al placer. El amor! El placer! No eran esas las únicas divinidades á que hubiera debido tributar culto á su edad la hermosa Hortensia de Mancini? No eran las únicas que adoraba entonces toda la Francia?

Luis XIV acababa de hacer la conquista de Flandes, y trataba de descansar entre fiestas de lo que querian llamar fatiga de aquella campaña. Era la época en que completamente ocupado con su amor á la duquesa de la Valliere, el jóven rey multiplicaba en su tiempo los bailes, los espectáculos, los torneos, y las diversiones de toda especie; la época en que Moliere, Lulli, Benserade, armado de la varilla mágica, presidian á todas aquellas fiestas encantadas, cuyos pormenores estaban encargados de dirigir; la época en que se inauguraban todas las maravillas de Versailles. La corte era entonces como un pais encantado en que no se oian sino cánticos y voces alegres, ni se veia otra cosa que danzas y sonrisas. Presentóse en ella Hortensia, y acometida por una especie de vértigo le pareció que todo lo que habia pasado de viajes y carreras, fastidios y tristezas, desaparecia como el

humo. Oía resonar en su oído las voces de los cortesanos que la decían que estaba mas hermosa que nunca, y qué mujer es insensible á tales dichos? Además, el rey con una gracia encantadora la habia alargado la mano y la habia dicho:

—Bienvenida seais, duquesa; hace mucho tiempo que la corte se vé privada de uno de sus mejores adornos, y no me gusta que continúe así. Este invierno tendremos fiestas en el Louvre, en san German, en Versailles; vos no faltareis á ellas ¿no es verdad? Mañana tiene la reina baile en su cuarto, y quiero bailar en él con vos una contradanza.

Hortensia habia dirigido á su marido una mirada á un mismo tiempo tímida y triunfadora, porque el rey habia dicho quiero, y el duque habia bajado confuso la cabeza; únicamente cuando se vió fuera de la presencia de Luis XIV exclamó levantando los ojos al cielo:

—Qué lástima que el mayor rey de la tierra dé á sus vasallos un ejemplo tan funesto como el de convidar á toda su nobleza á fiestas cuyo objeto principal es una querida! Cuanto bendeciría Dios á la persona que tuviese la felicidad de inspirar á este nuevo David ideas de penitencia!

Al oír á su marido espresarse de esta manera, le miró Hortensia fijamente, y echándose á reír en seguida le preguntó:

—Queríais acaso que fuese yo á ver á S. M. y le aconsejára que se separase de la duquesa de la Valliere?

—Y por qué no? respondió Armando sorprendido. Creo que seria muy bien hecho, porque un marido debe consagrarse enteramente á su mujer, como una mujer á su marido.

Con esta conversacion se puso pensativo y al volver al palacio de Mazarin se retiró inmediatamente á su aposento, á fin, segun dijo, de rogar á Dios

que tuviese á bien abrir los ojos de S. M.

Muy dudoso es que Hortensia se hallase dispuesta á unirse á obra tan piadosa; y ademias, como si todo en aquella solemne hubiese de contribuir á inspirarla ideas de felicidad, apenas pasó á su aposento vinieron á decirle que el caballero de Rohan, amigo muy íntimo de su hermano el duque de Nevers la traia noticias de este último y deseaba verla. El duque de Nevers llegaba de Italia el dia siguiente, y esa era la noticia que la traia el caballero de Rohan; asi pues, iba á ver de nuevo á su hermano, á quien amaba con tanta ternura y de quien estaba separada hacia tantos tiempo, á su hermano, que tedria tantas cosas que decirle, tantos pormenores que contarle acerca de la esposa del condestable Colonna, y acaso tambien de otra persona... Habia para volverse loca de contento.

Palpitando bajo la impresion de to-

das las sensaciones que sucesivamente habia experimentado la duquesa no podia permanecer quieta en ninguna parte. Recorria las salas y galerias, preguntándose á si misma si lo que acababa de pasar por ella era una realidad ó si la estraviaba un agradable sueño.

Ya se detenia delante de los cuadros y de las estátuas y los saludaba como si fuesen amigos antiguos á quienes volvía á ver con gusto; ya cogia la guitarra y trataba de tocarla y bailar al mismo tiempo, como habia visto hacer alguna vez en el teatro y como si quisiera que todos sus órganos expresasen la alegría de su alma.

Vinieron á darla aviso de que estaba pronta la cena y pasó á sentarse á la mesa; pero con mucho disgusto del gefe de cocina que aquel dia habia echado el resto, no pudo comer de contento. Lo que la chocó fué que el duque de Mazarin estaba ausente, pues

había pedido el coche un cuarto de hora antes, y había salido sin decir á nadie á donde iba y llevándose consigo únicamente su devocionario.

Terminada la cena, se presentaron las camaristas á desnudar á la duquesa; mas esta les dijo:

—No pienso acostarme tan temprano esta noche, porque estoy muy alegre y la alegría quita el sueño; pero no quiero ser egoísta y es preciso que todo el mundo participe aquí de mi alegría; ¿lo ois?

Al mismo tiempo abrió un armario en que tenía guardadas sus alhajas y su dinero, y sacando de varias cajas, sortijas pendientes, frasquitos de agua de olor, etc. manifestó su intención de distribuirlos entre sus servidoras.

—Pero como no quiero que haya envidias, añadió, voy á formar una especie de lotería, y la suerte será la que decida. ¿Cuál de vosotras sabe escribir bien los números?

—Yo lo haré, si la señora duquesa quiere; respondió al momento una camarista sumamente linda.

—Enhorabuena, replicó la duquesa. Tú, Nanon, serás mi secretaria esta noche; ponte á esa mesa y escribe los números que yo te diga.

—Nanon se puso al momento en actitud de obedecer á su señora.

De todas las criadas de la duquesa, esta Nanon, era la que últimamente habia entrado á servirla asi como era la mas bonita. Su padre, uno de los empleados subalternos de la casa, habia querido casarla contra su gusto, y como la muchacha tenia un carácter resuelto, habia declarado que queria mejor que la encerrasen en un convento, que no aceptar el marido que querian darla. Mr. de Mazarin, que veia á la muchacha pasar mucho tiempo en la iglesia y manifestar gran devocion, se habia interesado por ella y hecho que entrase á servir á la duquesa, encár-

gándola que hiciese todo lo posible para granjearse el cariño de Hortensia.

Como era tan celoso, procuraba cuanto le era posible colocar al lado de su mujer personas de quien estuviese seguro, y que le diesen cuenta de todo lo que Hortensia hacia, y creyó que podía contar con esta camarista, en razon de que debía estarle agradecida. Nanon tenia mucho talento natural y alguna educacion, y la duquesa no tardó en cobrarla cariño, á pesar de no haber faltado quien la aconsejase que desconfiara de ella. Si Nanon hubiera sido vieja ó fea, acaso la duquesa habria aprovechado aquellas advertencias; pero con su carácter frívolo y confiado no podia imaginar Hortensia que un lindo rostro á los diez y siete años (era la edad de Nanon) pudiera servir de máscara al engaño y á la traicion.

Nunca habia sido mas brillante el

favor de que Nanon gozaba con la duquesa que lo fué aquella noche, y así no solamente fué la encargada de escribir los números sino también de sacarlos y leerlos; la duquesa no había reservado para sí mas que la distribución de los premios, acto que desempeñaba con aquella gracia encantadora que presidia todas sus acciones, y que subyugaba tan poderosamente todos los corazones: al repartir los dotes dirigia á todas y á cada una de sus criadas palabras de afecto y de benevolencia, mas preciosas para ellas que el regalo mismo que las hacian. Y viendo que se deshacian á elogiar su inagotable bondad y su carácter generoso, les dijo:

—No me lo agradezcáis tanto, porque esas son bagatelas inútiles para mí. Qué quereis que haga de esas sortijas y esos pendientes yo, que según dicen poseo los diamantes mas hermosos de Francia? Y volviéndose

hacia su favorita añadió:

—Pero tú, Nanou, no me has visto aun con todas mis pedrerías. Entonces si que estoy hermosa! Quieres que te las enseñe? Están en un cofrecillo encerrado en este mismo armario, y ese cofrecillo seria un dote digno de una princesa. Levántate y vé á buscarle.

En tanto que Hortensia hablaba así, Nanou habia perdido el color enteramente, y cuando obedeciendo á la orden de su ama se puso de pie, le faltó muy poco para caer al suelo. La duquesa lo notó y la dijo:

—Qué tienes, niña? Tienes ya gana de dormir? Perezosa! Mañana dormirás á tu gusto puesto que yo he de ir al baile de la reina, y entonces me verás con todas mis pedrerías. Vamos, siéntate, y te servirá de castigo el esperar hasta mañana para ver los hermosos diamantes que me dejó mi tío el cardenal.

Siguióse un momento de silencio, durante el cual dió las once el reloj del palacio Mazarin.

—Las once ya! exclamó Hortensia. Como se pasa el tiempo! Y el duque no ha vuelto aun, cosa estraña en él que es tan aficionado á acostarse temprano. Qué haremos hasta que venga? Yo no me acuesto tampoco, á lo menos hasta las doce.

—Si quereis señora, dijo Nanon, continuaré leyendo la última novela de Mr. de Scudery, que empezamos ayer.

—Quita allá! respondió la duquesa. El que tu tengas sueño no es una razon para que quieras comunicarnos tu mal. Al contrario, necesito un pasatiempo que os tenga á todas despiertas; juguemos á la gallina ciega, y puesto que Nanon tiene ya los ojos medio cerrados poco le puede importar que se los tapen enteramente. Ven acá, dormilona; trae la cabeza y te taparé los ojos.

Diciendo y haciendo con una viveza sin igual, habia doblado ya Hortensia su pañuelo y vendaba á su camarista, riéndose como una loca.

Durante este tiempo se habia formado una terrible tempestad y se oia la lluvia que azotaba las vidrieras del palacio, y el viento que silbaba entre las chimeneas; pero que le importaba á Hortensia aquel furor de los elementos? Ella se encontraba contenta y sin hacer caso de nada jugaba con sus camaristas á la gallina ciega; sin embargo, llena siempre de bondad, aun en sus arrebatos juveniles, se paraba mas de una vez y decia á sus criadas:

— No hagamos demasiado ruido, no sea que despertemos al pobre Mr. de Polastron, á quien tanto le gusta dormir.

De pronto la cogió Nanon, y exclamó:

— La señora duquesa.

—Hola! respondió esta; parece que ahora estás bien despierta.

Y quitando al momento el pañuelo de los ojos de la jóven se tapó con él los suyos con la mayor amabilidad y el desórden de su trage, la animacion de su tez, sus hermosos cabellos negros que caian en rizos por los lados del cuello, todo contribuia á que pareciese mas encantadora que nunca.

Siguieron jugando y al dar las doce el reloj, se hallaba otra vez la duquesa con los ojos cubiertos; abrióse la puerta del cuarto y todas las jóvenes huyeron lanzando un grito, como si acabasen de ver algun pájaro de mal agüero. Hortensia con los brazos echados hácia delante dió todavia algunos pasos y percibió una voz, la de Nanon, que la decia al oido:

=Cuidado.

—Qué es eso? preguntó entonces la duquesa, pero nadie la respondió.

En aquella habitacion que un momento antes resonaba con voces tan alegres, reinaba el mas profundo silencio; Hortensia que no oia sino el ruido de sus pasos, apenas perceptible sobre la allombra, y fuera la lluvia, que seguia cayendo. Asombrada dió un paso mas y aplicando el oido la pareció que sentia cerca de sí una respiracion algo oprimida; alargó la mano y se encontró con otra.

—Ya cogí á una: esclamó muy contenta, pero al momento añadió: ¡Esta es mano de hombre! Apuesto á que es Mr. de Polastron, á quien habremos despertado. Lo siento mucho, caballero pero á vos os toca quedaros.

Ocupábase ya su mano en desatar el pañuelo cuando sintió que la daban un beso en la frente. Estremeciöse y destapándose en el momento dijo admirada:

—Ah! ;Sois vos, señor duque! ¿Por

qué no habeis hablado? Verdaderamente he recibido un susto.

—Pero ¿cómo estais aun de pie á esta hora? preguntó Armando sin responder á lo que Hortensia le decia. ¿Son mas de las doce! Eso es ofender á Dios, angel mio, y al mismo tiempo desafiar al espíritu de las tinieblas, cuyas asechanzas nunca son tan temibles como en las horas avanzadas de la noche.

—Os estaba esperando, contestó la duquesa con serenidad, y no pensaba que me reprendiéseis por eso.

---Enhorabuena, querida; pero no podiais rogar á Dios mientras me esperábais? Eso hubiera sido ciertamente mucho mejor que no entregaros á diversiones que desagradan á nuestro Señor, y sobre todo la víspera de una fiesta; mañana sabeis muy bien que es domingo, y no solo habeis cometido un pecado sino que habeis hecho que participen de él vuestras criadas, lo

cual es ya bastante grave.

—Pero señor, yo no podía jugar sola á la gallina ciega; respondió sencillamente la duquesa.

—Ah Hortensia, Hortensia! Esa es una repuesta muy mala, y si me amáseis, por poco que fuera, ciertamente no me la hubiérais dado.

—Señor duque: os amo y respeto como debe hacerlo una mujer sumisa.

—Me amais, decis? Oh! no me tenéis amor.

Y lanzó el duque un profundo suspiro.

—Eso no es culpa mía, respondió la jóven; he sido desde luego franca con vos, y nada os he ocultado; una sola vez he tenido amor en mi vida y entonces no érais todavía mi marido.

—Ingrata! Y ahora que lo soy y que os amo tanto, acaso otro!...

—Monseñor, dijo la duquesa interrumpiéndole, supongo que no habreis venido á mi habitacion para decirme eso.

=No, ciertamente; contestó el duque turbado.

—Pues qué teniais que decirme? replicó Hortensia.

—Acabo de ver al rey.

—Ahora! Os ha enviado á llamar?

—Habian enviado á llamar á Juana de Arc cuando se presentó ante el rey y los gefes del ejército á referirles su vision?

=Una vision! Habeis tenido una vision?

Al preguntar esto se llevó la duquesa el pañuelo hácia la boca para disimular la gran tentacion de risa que apenas podia contener; mas el duque la respondió con gravedad.

—Si, señora. Esta noche en tanto que estaba en oracion, me ha enviado Dios uno de sus ángeles que me ha ordenado en su nombre que fuese á ver al rey, me arrojase á sus plantas y le suplicase que renunciara á su criminal amor con la duquesa de la

Valliere. He obedecido y ejecutado lo que Dios me mandaba por medio de su ángel.

—Y qué os ha respondido el rey?

—El rey ha permanecido pensativo algunos minutos, y luego me ha hecho una seña para que me levante y me ha prevenido que en el término de veinte y cuatro horas salga para mi gobierno de Alsacia.

—Y qué pensais hacer?

—Podeis preguntármelo, ángel mio? respondió el duque. Obedecer al rey, como debo. Mañana saldremos despues de vísperas; ya he mandado que vayan disponiendo los equipages y vos podeis tambien preparar vuestras cosas.

Quedó la duquesa por un momento silenciosa y como si la hubiese herido un rayo, asomando á sus hermosos ojos negros algunas gruesas lágrimas que salian como brillantes perlas por entre sus pestañas. Al fin, fijando en



el duque una de aquellas miradas con que en otro tiempo fascinaba al mismo cardenal, una de aquellas miradas que bastaban para trastornar un imperio, le dijo con la voz mas suave que puede oirse:

—Perdonad, señor duque, pero me parece que la órden del Rey... solo habla con vos.

—Teneis razon, contestó Mr. de Mazarin bajando los ojos como para librarse de aquella mirada que le turbaba é introducía la indecision en el fondo de su alma, pero no es obligacion de una muger seguir á todas partes á su marido?

Conoció la duquesa que el momento era decisivo, y armándose de todos sus recursos cogió con una gracia sin igual la mano de su marido, y atrayéndole hácia si, como si esperase subyugarle con aquel contacto magnético, replicó:

—Si señor, es una obligacion, obli-

gacion á la cual sabe Dios y sabeis vos mismo que nunca he faltado hasta hoy, pero hay circunstancias en que acaso un marido, bueno como vos sois, puede dispensar á su esposa del cumplimiento de ese deber, ó por lo menos retardarle un poco. No percibis el ruido del viento y de la lluvia? Hace un frio terrible en los caminos: no temeis que un viaje tan largo como de aqui á Alsacia sea muy pernicioso para mi salud en una estacion tan cruda? Pensadlo bien; qué seria de mí si me pusiese mala en el camino?

—Hortensia, nadie os podria cuidar mejor ni mas que yo.

--Lo sé, Armando, lo sé; pero si muriese por haber emprendido ese viaje en tan mal tiempo, estoy segura de que os acusaríais de ello toda vuestra vida.

—No, Hortensia, porque no podria sobreviviros.

—Es posible, pero aun no os lo he

dicho todo, y tengo que daros una gran noticia. Mañana debe llegar mi hermano el duque de Nevers, á quien no he visto hace tanto tiempo. Os pido por favor que me permitais pasar algunos dias con él, y os prometo ir á reunirme con vos tan luego como me lo mandeis. Fijad vos mismo el número de dias que quereis concederme, y los aprovecharé tambien para hablar al rey, á quien acaso ha ofendido el paso que habeis dado (aunque bien conozco que sin razón) y trataré de calmarle. Armando, muy pocas veces sucede que os pida una gracia; no me negueis esta que ahora os pido y os lo agradeceré toda mi vida. Qué quereis que haga para probaros mi gratitud? Estoy pronto á todo y no teneis mas que hablar. Quereis que os prometa renunciar á todos esos pensamientos que os desagradan? Lo haré. Me acostaré todos los dias á la hora que os agrade, no me pondré lu-

nares postizos, me confesaré mas amenudo, y no jugaré á la gallina ciega. Quereis mas? Quereis verme de rodillas delante de vos? Miradme, ya lo estoy Armando; pero no hareis algo de vuestra parte por vuestra pobre Hortensia?

Nunca habia llevado tan allá la duquesa de Mazarin la sumision á su marido, pues su frivolidad y atolondramiento no habian hecho desaparecer de ella la altivez que necesariamente la debian haber inspirado los homenajes tributados á la sobrina favorita del omnipotente cardenal, á la mujer mas encantadora de la corte de Francia; ni tampoco habia parecido jamás tan hermosa y seductora á su esposo como en aquel momento en que, con los cabellos esparcidos sobre los hombros, los ojos húmedos pero al mismo tiempo llenos de fuego, y el vestido algo desordenado se hallaba postrada á sus pies, como una esclava. Entregado á

la mayor turbacion, incierto sobre lo que habia de resolver, pero dominado siempre hasta en su mismo amor por las ideas de devocion, imprimió el duque cuatro veces sus trémulos lábios en el gracioso rostro de Hortensia, empezando por la frente y acabando por los dos ojos, de manera que formase una cruz, y alargó la mano para ayudarla á levantar; mas ella no quiso hacerlo y le dijo:

—No, Armando; hasta tanto que hayais accedido á mi súplica, esta debe ser mi posicion.

Arrojó el duque un profundo suspiro, y empezó á pasearse por la habitacion con las manos cruzadas, y murmurando entre dientes algunas oraciones. Hortensia, al cabo de un momento, le dijo con timidez:

—Armando, espero vuestra respuesta.

Levantó entonces Armando los ojos hácia el cielo, y como si realmente hubiese estado en colloquio con algun

poder sobrenatural exclamó:

—Dios mio! Dios mio! Teneis razon en no querer que me separe de esta adorada criatura, porque conozco que me moriria, y esa es la espresion de vuestra voluntad que me trasmitís por conducto de vuestro ángel.

—Y volviéndose hácia la duquesa añadió.

—Hortensia: el ángel ha hablado, y es indispensable que me acompañeis á Alsacia.

En aquel instante, como si los elementos mismos quisieran reprobar de una manera clara esa resolucion de Mr. de Mazarin, redobló la lluvia su furor y el viento, introduciéndose por el cañon de la chimenea produjo una especie de lúgubre gemido. Asustado el duque, se hizo la señal de la cruz y trató de salir del aposento, mas Hortensia se le puso delante, y con voz casi ahogada por las lágrimas, le dijo:

—Piedad, señor duque, piedad! No-

me lleveis sin que haya visto á mi hermano. Concededme solamente ocho dias que es bien poco.

—No, contestó entredientes el duque es imposible.

—Inexorable! exclamó Hortensia sollozando. Inexorable Señor duque, mirad lo que haceis; he sido siempre esposa dócil y sumisa; pero si me reducis á la desesperacion...

—Qué hareis preguntó el duque interrumpiéndola

—Me iré de vuestra casa; me iré para siempre.

—Cielos! Es vuestra voz la que oigo, Hortensia? Y á donde ireis?

—A casa de mi hermana la condesa de Soissons.

—Bien sábeis que Mad. de Soissons tiene envidia de vuestra hermosura, y no querrá recibiros.

—Es verdad, Dios mio, es verdad! Pues bien, me iré tan lejos, tan lejos, que no volvais á saber de mi.

—Es posible! Quereis abandonar-me, Hortensia, vos que sois mi alma y mi tesoro, mi vida? Oh! Retractaos al momento de esa cruel palabra, que sin duda es un pecado.

—Retractaos primero vos de la vuestra.

Quedóse un momento pensativo el duque, mas luego dijo con una sonrisa casi burlona:

—Para vivirse necesita dinero, y vos no le teneis. Sois tan pródiga!

—Tengo mis pedrerias, respondió con resolucion la duquesa, y las venderé.

—Oh! Acerca de eso estoy yo muy tranquilo, replicó el duque.

Y al mismo tiempo se dirigieron maquinalmente sus ojos al armario en que Hortensia guardaba sus alhajas. Apenas la duquesa percibió aquella mirada sospechó lo que podia pasar; la turbacion de su camarista cuando habló de sus joyas, la desconfianza que habian tratado de inspirarla con respecto á aquella jóven, todo la hizo concebir un te-

mor que quiso disipar inmediatamente. Corrió temblando al armario y le abrió... el cofrecillo que contenia todos sus brillantes habia desaparecido. Volvióse hácia su marido, y fijando en él una mirada en que el desprecio superaba á la indignacion exclamó:

—Ah, señor duque! No os hubiera creído capaz de tal accion.

Apareció una viva confusion en las facciones de Mr. de Mazarin; pero esa confusion cedió al momento á la cólera de verse cogido casi infraganti, y dirigiéndose hácia la puerta la abrió; y salió por ella diciendo con tono áspero:

—Podeis, señora, huir si os parece oportuno, pero entretanto preparaos á salir mañana despues de visperas para mi gobiernó de Alsacia.

Cerró la puerta con violencia, y la duquesa oyó que echaba la llave por fuera dejándola presa. Agobiada por la verguenza y el dolor se dejó caer en

un sitial y empezó á llorar á lágrima viva.

De pronto se movieron las colgaduras que caian delante de una ventana del aposento y apareció entre ellas el rostro mas picaruelo de camarista; la duquesa dió un grito, pero Nanon puso misteriosamente el dedo en la boca y dijo en voz muy baja:

—Callad, señora, y tranquilizaos, que aquí teneis todas vuestras pedrerias. Monseñor no tiene en su poder sino el cofrecillo vacio.

Al mismo tiempo vino á colocar sobre las rodillas de Hortensia el aderezo de diamantes mas magnífico que acaso habia habido jamás en Francia, sin que faltase de él nada, ni los dobles pendientes, ni la sortija mas sencilla.

—Pero cómo es esto? preguntó Hortensia.

—Dejadme primero que me ponga de rodillas delante de vos, respondió

Nanon, y luego os lo diré todo. Es una verdad que me destinaron á servirlos bajo la condicion de que daria cuenta á mi señor el duque de todas vuestras acciones y aun palabras. Oh! Perdonadme que lo hiciese al principio, porque sois tan buena y tan hermosa que no he tenido corazon para continuar haciendo aquel papel tan feo, y hoy mismo creo que he espiado mi falta.

Mi señor el duque me mandó que me apoderase con sagacidad de vuestras joyas y se las entregase; pues decia que siendo tan liberal y pródiga como sois, tenia miedo de que hiciéseis algun mal uso de ellas; yo he fingido que le obedecia, pero no le he entregado sino el cofrecito vacio, y como está cerrado con llave y yo le he dicho que la llave la teniais vos, estoy segura de que no ha sospechado nada. Ahora, señora duquesa, si acaso no me juzgais indigna de ello, me teneis

aquí pronta á servirlos en todo lo que querais mandarme.

---Pobre Nanon! exclamó conmovida la duquesa, cogiendo con efusion la mano de su camarista. Como podré manifestarte mi gratitud?

—Ah! respondió la muchacha besando con respeto la mano de su señora. Ya estoy demasiado pagada.

—Aconséjame, Nanon, continuó la duquesa. Qué te parece que debo hacer en la terrible posicion en que me encuentro? Soy tan desdichada que me alegraria de no vivir.

Lo que Nanon aconsejó á Hortensia se ignora; mas el día siguiente por la mañana, antes de la hora de la misa, cuando Mr. de Polastro, capitán de la guardia del duque, se presentó en nombre de esta á tomar las órdenes de la duquesa para la marcha, duquesa y camarista habian desaparecido, sin que nadie supiese que habia sido de ellas.

Al recibir tan funesta noticia, dió un grito monsieur de Mazarin, y cayó desmayado en los brazos del capitán de su guardia.





CAPITULO VII.

A seis leguas al este de Paris, en medio de un verde cerco de viñedos y praderas que se extienden en forma de anfiteatro hasta las orillas del Marne, y no lejos del pueblo de Lagny, existia antes de la revolucion una masa de edificios compren-

didos dentro de una muralla de grande estension, que con su diversa arquitectura recordaban todos los estilos y todas las épocas, desde el arco circular romano hasta las altas y estrechas ventanas á modo de troneras del tiempo de la liga. En medio de aquella reunion confusa de construcciones, que ya tenian la forma de una ciudadela con sus almenas, ya la de un palacio con sus columnatas de mármol y sus jardines magníficos, ya en fin, la de un claustro con sus pilastras y sus arcos apuntados, se elevaban como dos centinelas gigantescos encargados de vigilar sobre aquel recinto, un campanario cuya aguja parecia que quisiese atravesar el cielo, y un palomar de dimensiones verdaderamente colosales, doble simbolo de una supremacia á la par religiosa y feudal que nadie habia disputado por mucho tiempo. Todos estos edificios, de aspecto tan extraño y ennegrecidos por el pol-

vo de los siglos, formaban parte de la antigua y célebre abadia de Chelles, Chelles por mucho tiempo residencia de los primeros reyes de Francia, Chelles á donde tantas cabezas de sangre régia, llenas de vida y de juventud, habian venido á inclinarse bajo el velo que debia ocultarlas á las miradas del mundo, y á buscar en la austeridad de la regla de san Benito el olvido, ó tal vez la espiacion de los goces terrestres.

Habia en la parte mas antigua de este monasterio de Chelles una sala grandísima á que daban el nombre de sala de consejo, y que se habia salvado casi milagrosamente de las llamas en el terrible incendio de 1462, cuando cayó el rayo sobre el convento y le destruyó casi completamente, como para castigar á las monjas de las criminales infracciones que cometian contra los votos mas sagrados de su órden. Esa sala, que recibia la luz por algunas

ventanas con hermosas vidrieras de colores, se hallaba adornada interiormente con los retratos de todas las abadesas, desde Batilde, viuda del rey Clovis II, hasta Enriqueta de Borbon, hija natural de Enrique IV. Cuentan que con dificultad puede verse nada mas imponente que aquel mudo conciliabulo de bustos femeninos que desde el centro de sus marcos medio apolillados y entre sus sombrías tocas, parecian otros tantos espectros que levantaban las piedras de sus sepulcros para presidir á las deliberaciones del convento. En el invierno sobre todo, cuando las vidrieras no dejaban penetrar sino el resplandor triste y opaco que producen los dias nebulosos de diciembre, el aspecto de la tal sala tenia algo de verdaderamente fúnebre y no se podia dar un paso en ella, ni pronunciar una palabra en voz baja sin escitar un eco formidable.

En este sitio sagrado se hallaban reu-

nidas todas las religiosas que ejercian alguna dignidad en el convento, un día lluvioso de 1667, presidiéndolas la muy alta y poderosa señora de la Porte de La Meilleraye, hermana del difunto mariscal duque de la Meilleraye, y tía paterna del duque de Mazarin. Deliberaban acerca de una novicia que se habia fugado de la abadia en el momento mismo en que debia pronunciar sus votos; se lamentaban altamente de semejante escándalo, y discutian de antemano el castigo que convendria imponer á la fugitiva, cuando se presentó la hermana tornera y anunció á la abadesa que acababa de bajar de un coche á la puerta del convento una muger jóven que deseaba hablar al momento á la madre superiora. Añadió la tornera que habia creido que no debia negarse á desempeñar aquella comision, porque la persona parecia que estuyese en extremo turbada y en un estado que causaba compasion, á pesar de

que tenia cubierta la cara con un antifaz, y no queria darse á conocer á nadie sino á la señora abadesa.

Al oir todos estos pormenores Mad. de La Meilleraye dirigió una mirada á las demas religiosas, y suponiendo que deberia ser la fugitiva sobre cuya suerte acababan de deliberar, que arrepentida se habria resuelto á volver al redil, dió orden para que le hiciesen entrar en la sala del consejo. Algunos momentos despues entraba con efecto la desconocida, trémula, casi sin poder sostenerse, y envuelta en un manto de seda de color oscuro, que no ocultaba completamente su talle delgado y flexible. Al percibir por las estrechas aberturas de su careta el sitio en que acababa de penetrar, al contemplar aquel doble consistorio de monjas con sus trajes negros, rostros tristes y austeros, y que parecian igualmente privadas de vida las actuales y las pasadas, las mas inmóviles en sus

sillas de encina, las otras mostrando sus ajados rostros en los cuadros colgados en las paredes, la recién llegada no pudo comprimir un estremecimiento de terror, y se detuvo un momento en medio de la sala, mirando al rededor como para buscar una salida; pero al punto, afirmándose en su resolución, atravesó con rapidez el espacio que la separaba de la abadesa, y sin pronunciar una palabra fué á ponerse de rodillas delante de ella, cogiendo una de sus manos que besó con efusion. La superiora retiró con viveza la mano, y en voz algo debilitada ya por la edad, pero á que daba un sonido solemne lo sonoro de la sala, dijo:

—Haceis bien en ocultaros, porque sois gran pecadora y acabais de dar al mundo un escándalo horrible, abandonando al celestial esposo que os habia abierto sus brazos. Es necesario que un castigo ejemplar atemorice á

las que en adelante pudieran pensar en imitaros, y por lo mismo pasareis un mes en el calabozo á pan y agua; sin perjuicio de fijar despues vuestra suerte de un modo definitivo.

Y volviéndose hácia las religiosas que la rodeaban, añadió.

—Hermanas mias, ejecútese al momento mi decision, porque es irrevocable.

Al punto se levantaron todas las monjas, rodearon á la desconocida, y ya la despojaban con las descarnadas manos de su manto y su antifáz, cuando levantándose ella de pronto exclamó con energia:

—¡Socorro! Nanon, socorro! Ven á defender á tu ama.

Al oír esta exclamacion, varias voces dijeron con la mayor sorpresa:

—Santo Dios! ¡No es la fugitiva! Quién sois, señora?

Y la abadesa mirándola con atencion exclamaba:

—Bondad divina! Es la señora duquesa de Mazarin!

Al oír este nombre, á que acompañaba ya una gran celebridad que habia traspasado las rejas y las paredes de la abadía de Chelles, todas las religiosas fijaron en ella una mirada llena de la sencilla curiosidad con que dicen que los indios contemplaban á los españoles en la época de la conquista de la América meridional. Para todas aquellas mugeres era Hortensia en ese momento como una revelacion encantadora é inesperada, como la personificacion viva de un mundo de fiestas, de placeres; de adornos, de seducciones de todas clases, que la mayor parte de ellas no habian conocido jamás sino de oídas, y que las otras habian olvidado hacia mucho tiempo entre las maceraciones del claustro; era acaso el ángel de las tinieblas, pero bajo su forma mas encantadora y en todo el brillo de su hermosura.

La abadesa invitó á sus religiosas á que se retirasen; ellas obedecieron con resignacion pero no sin pesar, y la tia y la sobrina quedaron solas en la sala del consejo.

—Ahora, señora, dijo la abadesa, me esplicáreis sin duda, por qué motivo habeis venido á sorprenderme de este modo sin vuestro marido, vos que habeis tenido siempre horror aun á la vista de un claustro y que, si no me engaña la memoria, habeis venido á visitarme una sola vez desde que estais casada.

—Y ha sido por mi parte un error indisculpable, buena tia mia, pues os suplico que me permitais que os dé este título y me concedais el de sobrina vuestra, que de hoy en adelante trataré de merecer. Ahora es preciso que sepais que no vengo solamente á visitaros, sino á pedir os asilo en vuestro monasterio.

—Un asilo! exclamó la abadesa en tono mucho mas tierno; y contra quién?

=Contra los ciegos y tiránicos celos de vuestro sobrino el duque de Mazarin; contestó la duquesa.

En seguida la refirió con todos sus pormenores la conducta que observaba el duque con ella, y el violento partido que se habia visto obligada á tomar, para librarse de la necesidad de acompañarle á su gobierno de Alsacia. Cuando acabó de hablar, Mad. de la Meilleraye lanzó un profundo suspiro y dijo:

—Ah querida sobrina! Convengo en que el duque ha llevado demasiado allá sus exigencias con respecto á vos, pero creo que menos que á nadie me toca á mi que soy hermana de su padre, tomar partido contra él y me veo en la imposibilidad de concederos el asilo que me pedis. Aun si me atreviese á daros un consejo seria el de que volviérais inmediatamente al lado de vuestro esposo, á fin de que os perdonase un paso que ciertamente es criminal.

—¡Antes morir! contestó la jóven en tono resuelto.

Y luego con una voz suave, y un acento que hubiese enternecido á una roca, añadió:

—¡Con qué á mi edad tendré que andar corriendo por el mundo, sin apoyo, sin consuelo, y siendo el blanco de todos los peligros y de todas las calumnias!

—Ah tia mia! Mi buena tia! Cuánto me engañé al pensar que os compadeceriais de mí, y cuán desdichada soy!

Mad. de La Meilleraye era en el fondo sumamente buena y Hortensia, por otra parte, poseia en el mas alto grado el arte de agradar y de persuadir, porque habia en sus hermosos ojos negros y hasta en el sonido de su voz una elocuencia y una atraccion que fascinaban á las mujeres lo mismo que á los hombres. Así es que antes que hubiese durado veinte minutos la conversacion.

la buena abadesa, involuntariamente conmovida, no encontraba otras objeciones que oponer á su sobrina sino las que nacia de la diferencia que iba á notar entre el brillante palacio del cardenal de Mazarin, y un convento oscuro, frio y húmedo; entre las suntuosas comidas á que estaba acostumbrada y la mesa mas que frugal que prescribe la regla de Citeaux y de que no podian separarse ni aun con respecto á personas estrañas.

—Ya veis la sala en que estamos, decia la abadesa; ella puede daros una idea de todo nuestro monasterio. Vos jóven, hermosa, acostumbrada á una manera de vivir enteramente mundana, no encontrareis aquí sino ideas de muerte y de destruccion; no tendreis otro paseo que el claustro, bajo cuyas losas reposan los huesos de las que nos han precedido, esperando á que los nuestros vayan á unirse con ellos; no hallareis mas pasatiempo que los

Santos Oficios, ni oireis continuamente otra música que la de los siete salmos penitenciales.

A todo esto respondia Hortensia, que estando acostumbrada á viajar por paises que aun no conoeian la civilizacion, no temia de modo alguno el género de vida de que su tia la hablaba; que al contrario, tendria mucho gusto en descansar por fin, y que ademas, aun cuando tuviese que ayunar y hacer penitencia todo el tiempo que permaneciese en la abadia, lo tendria por muy preferible á una existencia de reina, pasada al lado de Mr. de Mazarin. En una palabra, la buena abadesa, habiendo agotado todos sus razonamientos no sabia que hacer en aquella delicada circunstancia, cuando de pronto un gran tumulto esterior vino á perturbar el silencio que en todos tiempos reinaba en aquel recinto consagrado al Altísimo. Poco despues se abrieron estrepitosamente

las puertas de la sala del consejo, y varias religiosas con los rostros descompuestos por el temor vinieron á colocarse á los lados de la abadesa.

—Qué es eso? Qué es lo que ocurre? preguntó Mad. de la Meilleraye.

—Dios nuestro señor y la Santísima Virgen nos favorezca! respondieron las monjas. Nuestra santa casa está rodeada de soldados que amenazan con que echarán las puertas abajo si no se les entrega al instante la persona que acaba de refugiarse en el monasterio.

Al oír estas palabras, se arrojó Hortensia en los brazos de la abadesa exclamando.

—Salvadme! Salvadme por piedad! Estoy pronta á tomar el velo, si es necesario, antes que volver á vivir con Mr. de Mazarin. No mas Mazarin!

Al mismo tiempo entraba la hermana tornera diciendo que el mismo señor duque en persona se hallaba á la

puerta del convento con un fuerte destacamento de caballeria, y que traia un permiso escrito de mano de monseñor arzobispo de Paris, que le autorizaba para entrar en la abadia, á fin de sacar de ella á la señora duquesa de Mazarin, arrancándola de allí por fuerza, si es que era necesario llegar á ese estremo.

—Qué haremos, Dios mio; qué haremos? dijo Mad. de la Meilleraye, compadecida de la suerte de la desdichada Hortensia, pero convencida al mismo tiempo de la imposibilidad en que se hallaba de favorecerla.

Preciso es creer que hay en la vida circunstancias solemnes en que el carácter se modifica, por decirlo así, instantáneamente. Al ver trémulas y consternadas á todas las religiosas que la rodeaban, se sintió Hortensia libre de todos sus terrores, y por primera vez en su vida mostrando una sangre fria y una resolucion de que nadie la hu-

biera creído capaz, exclamó:

—Yo soy la causa de todo lo que está pasando, y á mi me toca remediarlo. Tia mia, tened la bondad de dar la órden de que cierren inmediatamente todas las puertas de la abadía y que me entreguen las llaves, y en seguida que inviten al señor duque de Mazarin á que pase al locutorio; yo respondo de todo. No solamente no tendrá que sufrir ninguna profanacion este santo monasterio, sino que ni aun se alterará su tranquilidad.

Cediendo al ascendiente que egerce siempre en las situaciones difíciles una voluntad enérgica, Mad. de La Meilleraie dió las órdenes que deseaba su sobrina, y esta, despues de haberle dado las gracias por la confianza que hacia de ella, se encaminó á la reja del locutorio, donde ya se hallaba el duque de Mazarin, con botas de montar, espuelas y todo el traje de combate, como si se tratára de tomar por asal-

to una plaza, aunque esperando que tendria que parlamentar con su tia la abadesa, á quien Hortensia habria puesto ya de su parte. Mas cuál fué su sorpresa cuando habiendo descornado la cortina que cubria la reja, se encontró cara á cara con la duquesa! Al verla sintió que toda la sangre se le agolpaba al corazon y estuvo á punto de caer en el suelo. Hortensia tomó inmediatamente la palabra y dijo:

— Señor duque: si he deseado recibirlos en persona ha sido porque antes que todo queria disculparme con vos de haberos dejado sin advertiros antes de mi proyecto. Temí encontrar por vuestra parte una resistencia que no hubiera podido vencer, y por lo mismo tuve que recurrir á la astucia; perdonádmelo; desde hoy quiero proceder con respecto á vos con una absoluta franqueza, y en su consecuencia he venido aquí á declararos que estoy resuelta á intentar ante los tribu-

nales, por todos los medios que las leyes del reino me permiten, una separacion que ha llegado á ser indispensable. Conozco que no hay felicidad posible ni para vos ni para mi, en una union que sin duda tendreis presente que se formó contra mi voluntad. Ahora vereis si no obstante esta declaracion habeis de persistir en violar el retiro á que he venido.

Cuando el duque oyó á Hortensia hablar de este modo, quedó como petrificado, mas al fin dominando en su corazon la cólera sobre la misma desesperacion, contestó:

= Vos, señora, no sois lo abadesa que es á quien yo necesito ver, porque la órden de monseñor de Paris dice que la abadesa de Chelles me entregue inmediatamente la duquesa de Mazarin, mi mujer, que se ha fugado de la casa conyugal, faltando á todos sus deberes, y á la cual vengo á buscar para llevármela en este mismo ins-

tante á mi gobierno de Alsacia. Así, disponeos á seguirme y haced que venga aquí la abadesa.

—En este momento no hay aquí para vos mas abadesa que yo, respondió Hortensia; y en prueba de ello mirad todas las llaves de la abadía que se me han entregado; no podeis entrar sino por mi voluntad.

—Si teneis las llaves, replicó el duque, haced que me abran las puertas, pues de lo contrario voy á mandar á mis soldados que las echen abajo.

—No os atreveríais á eso, señor duque, porque seria un sacrilegio, y Dios os castigaria, dijo la duquesa.

Al escuchar estas palabras retrocedió el duque involuntariamente, como si hubiera visto brillar en los ojos de Hortensia la espada del ángel guardian del monasterio; sin embargo, añadió con un acento casi brutal:

—Señora: este es el camino de Alsacia y voy á acampar en él con mi

tropa. Dicen que las cosas deben consultarse con la almohada; reflexionadlo bien en el concepto de que si mañana al rayar el día no estais decidida á seguirme de buena voluntad, usaré de mi derecho y Dios juzgará despues entre nosotros.

Sin decir una palabra, salió al momento del locutorio.

Por graude que fuese la fuerza y la resolucion que la duquesa de Mazarin acababa de manifestar en esta circunstancia, es fácil de concebir cual seria el temor que se apoderase de su ánimo cuando el duque se separó despidiéndose de ella con semejante amenaza. Envió á buscar á su camarista Nannon, que la habia acompañado en su fuga, y la pidió consejo acerca de lo que debía hacer. Por fortuna aquella jóven, que tenía cuando menos tanto interés como la duquesa en no caer en poder del duque, la tranquilizó lo mejor que pudo, diciéndola que sien-

do su amo tan devoto, era mas que probable que jamás llevase á cabo tal amenaza.

En todas estas cosas habia llegado la noche, y habiendo preparado un aposento á Hortensia, en la parte del convento destinada á los forasteros, se instaló la duquesa en el, despues de haber mandado que en su mismo dormitorio y al lado de su cama, pudiesen otra para su camarista. Una y otra necesitaban descansar pues habian pasado toda la noche anterior haciendo los preparativos para su fuga, pero estaban entregadas á una perplegidad demasiado cruel para poder gozar de un sueño tranquilo. A cada instante se despertaba la duquesa y decia á su camarista.

—Nanon; ¿no has oido algun ruido en lo interior del convento?

Y despues de haber escuchado con atencion por algunos instantes, amariada se volvian á dormir rendidas por

la fatiga, para despertarse un cuarto de hora despues.

Entre cuatro y cinco de la mañana hora en que las religiosas acudian al coro á cantar maitines, se despertó Nanon sobresaltada y oyó distintamente muchas pisadas de caballos junto á las paredes del convento. Al momento saltó de la cama, en que se habia acostado vestida, y acercándose á la de la duquesa, dijo con voz trémula:

— Levantaos, señora, levantaos al instante; ahí está monseñor duque. ¿No percibís las pisadas de los caballos?

— ¡Dios mio! Dios mio! exclamó la duquesa, que del mismo modo que Nanon se habia acostado vestida. Daria todas mis joyas por encontrar un rincón seguro donde esconderme. Mr. de Mazarin es preciso que marche á su gobierno y si yo pudiera librarme por hoy quedaria tranquila á lo menos por algun tiempo, pues creeria él que habia salido del convento.

—¿No deseais mas, señora? dijo Nanon, pues yo he observado en el locutorio una abertura hecha en la reja para introducir por ella los platos que traen de la cocina; es bastante grande, de modo que estoy segura de que siendo vos tan delgadita podreis pasar por ella, y una vez que esteis en el locutorio, que no se ha de abrir á esta hora, no creo yo que le ocurre al señor duque el irós á buscar allí.

En tanto que Nanon hablaba, resonaron voces de hombres junto al convento y llamaron á la puerta de entrada.

—No hay remedio, exclamó la duquesa; ya están ahí. Ven, ven, Nanon, salvémosnos.

Ambas salieron precipitadamente de su aposento, corrieron á la reja del locutorio, y Nanon pasó fácilmente la primera por la abertura que habia indicado; mas cuando llegó su vez á Hortensia que era mucho mas gruesa, se encontró cogida entre las barras de hierro, sin poder

ir atrás ni adelante, y apretada de tal manera que le parecía que iba á sofocarse. Al ver á su señora en aquella terrible posición, quiso Nanon dar voces y pedir socorro, pero la duquesa se opuso á ello, diciendo que queria mejor morir de aquel modo, que ir á Alsacia con Mr. de Mazarin. Entre tanto se oian ya por dentro de la abadía voces confusas que preguntaban por la duquesa, resonaban en las losas las botas de los ginetes con un sonido lúgubre, y se veian pasar y repasar los hachones que traian encendidos. Palpitante, moribunda, creia Horténsia que ya se le cerraban los ojos y se le acababa la vida.

De pronto se abrió la puerta del locutorio, y entraron en él tres hombres armados de punta en blanco, precedidos y seguidos por criados que llevaban luces. En aquel momento lanzó la duquesa un grito y haciendo un esfuerzo extraordinario consiguió librarse de los hierros que aprisionaban y martirizaban su cuerpo, y vino á caer casi inanimada en el locutorio

á los pies de su fiel Nanon.

Poco segundos despues estaba de pié y sonriéndose entre los brazos de uno de los caballeros á quien estrechaba contra su pecho con efusion. Este caballero era su amado hermano el duque de Nevers, y los otros dos sus cuñados el duque de Bouillon y el conde de Soissons; todo lo mas escogido de la nobleza de Francia habia quedado á la parte de fuera, con la espada en la mano y las pistolas preparadas, dispuestas á batirse en defensa de la hermosa duquesa contra todos los diablos del infierno, aunque entre ellos viniese el mismo duque de Mazarin.

En todo el resto de la noche y la mañana siguiente las inmediaciones de la abadía de Chelies presentaron el aspecto de una verdadera plaza de guerra. Como el tiempo, que la vispera estaba lluvioso, se habia despejado, habian encendido hogueras cerca de las paredes de la abadía y aun en los pátios interiores, y no se veian por todas partes sino guerreros envueltos en

sus capas y esperando á que el enemigo se presentase. Habian colocado de trecho en trecho centinelas avanzadas para que diesen aviso. habian enviado descubiertas por los principales caminos siendo de advertir que estos centinelas y estas descubiertas se componian de la flor y nata de los caballeros de la corte de Luis XIV. Allí estaban, ademas de los duques de Nevers y de Bouillon, y del Conde de Soissons, el caballero de Rohan, Cowie, Lauzun, el hermano duque de Navailles, el conde de Guiche, y otros muchos cuyos nombres ha dejado de registrar la descuidada historia. Hallábase tambien mas de una hermosa señora, que al tener noticia de una aventura tan extraordinaria como la de un rapto intentado por un marido en la persona de su mujer, habia pedido sus caballos y se habia arrancado del sosiego doméstico para asistir á la memorable lucha que iba á entablarse entre los partidarios de la nueva Elena y los de su triste Menelao, esperando sin duda que

en medio de la refriega se apareciese algun hermoso Páris. Y quién nos dice que algun literato de la corte no se habria mezclado con todos aquellos caballeros, á fin de recoger materiales para una nueva Iliada?

Entre tanto las campanas de la abadía tocaban de una manera lúgubre, y todas las monjas reunidas en el coro de su antigua iglesia bizantina, monumento de expiacion construido en otro tiempo por la hija de Carlo Magno, estaban devotamente arrodilladas y rogando á Dios que alejase de su monasterio las profanaciones de mas de una clase que ya en otras épocas habian afligido á sus antecesoras, cuando las invasiones de los feroces normandos y de sus dignos descendientes los ingleses.

Sin duda Dios, por su ianensa bondad, quiso oír los ruegos de aquellas santas mugeres, porque, tal como Nanon habia pronosticado, Mr. de Mazarin no se presentó en toda la mañana, ya porque le contuviera el temor de cometer un sacrilegio,

ya porque retrocediese á la vista de las consecuencias de un paso que se habia divulgado y al cual los parientes de su mujer trataban de oponerse con la fuerza. A cosa de las once de la mañana, vioieron corriendo á galope algunos que habian salido de avanzada, y riéndose á mas no poder, anunciaron que el duque de Mazarin, despues de haber oido misa en Crecy, habia subido en su coche y seguia tranquilamente el camino de Alsacia, escoltado por toda su caballeria, ni mas ni menos que si hubiese sido un reo de estado, ó hubiese temido que viniesen á robar su persona.

Luego que se supo que el duque habia renunciado á su proyecto, nadie pensó mas que en divertirse, y se apeló á los posaderos del pueblo de Chelles para que proporcionasen los elementos de un banquete de que todos tenian gran necesidad, porque aquella corta campaña nocturna habia avivado singularmente los apetitos. Dios solo sabe el número de bo-

tellas de vino de Brie que alli se bebieron en lugar de las de Ai, Haut-Villiers y Avenay, de que se carecia; hasta los mas glotonos hicieron en aquella ocasion, como suele decirse, de necesidad virtud.

En aquel tiempo, acaso un poco frívolo, pero indudablemente amable en que la jovialidad y la galanteria francesateñian fama en toda Europa, se improvisaron al momento veinte canciones sobre aquella aventura, cuya relacion sirvió de testo por espacio de ocho dias á todas las conversaciones de la ciudad y de la corte. Saint-Evremond; que en su destierro de Holanda recibió una descripcion detallada de ella en una carta de Mr. Crequi, estuvo para morir de pena de no haber concurrido á tan alegre expedicion, y su amigo el célebre filósofo Espinosa trabajó no poco para impedirle que marchase á Francia, donde decia que aun esponiéndose á la cólera del gran rey querria arrojarse á los pies de Hortensia y felicitarla de haberse desmazarinado, aun-

que le enviase luego á la Bastilla y hubie-
ra de pasar en ella el resto de sus días.

Los duques de Nevers y de Bouillon y el conde de Soissons, insistieron viva-
mente para que la duquesa volviese con
ellos á París, ofreciéndola á porfia hospi-
talidad en sus respectivas casas; mas Hor-
tensia creyó que debía negarse á ello á
fin de evitar las hablillas á que hubiera
dado lugar, si se aprovechase de su li-
bertad estando ausente su marido y an-
tes que los tribunales hubiesen resuelto
acerca de la demanda que entabló el mis-
mo día pidiendo una separacion de cuer-
po y de bienes. Limitóse, pues, á rogar
á su hermano y sus dos cuñados que vi-
niesen á consolarla y distraerla algunas
veces en su soledad, lo cual prometieron
los tres que harian, y cumplieron su pa-
labra.

Desde aquel momento no se vió otra
cosa que coches de la corte que atrave-
saban el bosque de Vincennes, por el la-
do de la puerta de Nogeaut, y se diri-

gían hácia la abadía de Chelles, cuyo locutorio no habia recibido jamás tantas visitas nobles, ni aun en el tiempo en que el báculo abacial se hallaba en manos reales. Era la romeria de moda, y toda la corte se empeñaba altamente en demostrar su simpatia con la duquesa de Mazarin; para las mujeres era este un medio como cualquiera otro de hacer oposicion á los maridos, y los hombres obraban en aquella ocasion como los carneros de Panurgo. Además, algunos de ellos no procedian de una manera completamente desinteresada en sus visitas, y se lisongeaban con la esperanza de conquistar la plaza que Mr. de Mazarin dejaba vacante. Hablóse de tentativas mas ó menos atrevidas hechas para entrar en el convento, de serenatas nocturnas que venian á perturbar la tranquilidad de las monjas, y de regalos ofrecidos á la linda Nanon, que afortunadamente era incorruptible en todo lo relativo á su señora. Esta, por su parte, llevaba sobre

el corazón una égida contra la cual se embotaban todas las flechas que podían dispararla, y era una carta de su hermana Maria que la había entregado el duque de Nevers, la cual contenía pormenores muy interesantes relativos á don Alonso de Lara y Peñafior. Este jóven acababa de adquirir nuevos títulos al amor de Hortensia, pues habiéndole enviado al Franco Condado, había combatido con un valor digno de mejor suerte y había sido herido. A su regreso, el condestable para recompensarle, le había querido casar con una jóven, parienta suya, hermosa y rica, con el objeto de ponerle en posicion de que comprára un regimiento; mas Alonso, dominado siempre por el recuerdo de Hortensia, se había negado á ello declarando que no se casaría jamás. Júzguese el efecto que una carta semejante debió producir en Hortensia, y muy especialmente en las circunstancias en que se hallaba. No merecían una recompensa la constancia y la fidelidad del pa-

ge, y no debía pensar la duquesa en los medios de concedérsela.

Entretanto el rey luego que tuvo noticia de la demanda de separacion que habia entablado la duquesa, quiso evitar un gran escándalo, y envió á Mr. le Premier, y despues á Mr. Colbert á la abadia de Chelles, con el fin de invitar á Hortensia á que renunciase á su proyecto, y aun S. M. llegó á decir que se comprometia á traer al duque á un convenio en que se estipulase espresamente todo lo que podia proporcionar á Hortensia una libertad de que hasta entonces no habia gozado. De esta manera podria Hortensia dispensarse de seguir al duque á sus diversos gobiernos, y tendria la facultad de nombrar todos los empleados y criados de su servidumbre, escepto un escudero que nombraria Mr. Colbert; los ministros serian jueces en todas las desavenencias que pudieran ocurrir entre el duque y su esposa, y darian cuenta al rey de sus decisiones. L'onvois por su

parte, recibió orden para escribir á Mr. de Mazarin, que se hallaba en Alsacia, participándole las intenciones de Luis XIV é invitándole á que se conformase con ellas. Así, pues, en medio de las importantes reformas que se disponian y empezaban á llevarse á cabo en la administracion del reino, y entre los grandes preparativos para una campaña, los primeros hombres de estado de Francia y el rey mismo, suspendian sus elevadas ocupaciones para tratar de la cuestion que se hallaba al orden del dia, y que llamaba la atencion de la corte, de Paris y de las provincias, mucho mas que la ambicion de la casa de Austria, ó la reorganizacion del ejército y armada, á saber, la vuelta de Mad. de Mazarin al domicilio conyugal.

Dificil era, como puede suponerse, que Hortensia desechase la mediacion del rey, y se disponia, costásele lo que la costase, á pasar por todo lo que Luis XIV exigiese de ella, cuando un dia vino al monaste-

rio Mr. le Premier y la anunció en nombre del monarca que haría un obsequio á S. M. saliendo del monasterio de Chelles y pasando á residir al convento de Santa Maria de la Bastilla. Admirada de un paso semejante, quiso saber la causa de él, y á fuerza de instancias consiguió que Mr. le Premier la dijese que el duque de Mazarin se hallaba en Paris, que habia visto al rey, y se habia quejado altamente de la libertad que dejaban en Chelles á su esposa, y de la proteccion que habia encontrado en la abadesa. Acusaba á Hortensia de que habia hechizado á todo el convento, porque sabia que algunas religiosas jóvenes habian tomado parte en sus juegos; y en una palabra, habia instado tanto al rey que este habia consentido en que la duquesa pasase al convento de Santa Maria, cuya regla era mucho mas austera que la de Chelles, donde no habia sino monjas ya viejas: y que ademas se hallaba poco distante del arsenal. Con efecto, el dia siguiente Mad.

de Toussi, dama de honor de la reina, vino á buscar á la duquesa con uno de los coches de palacio, acompañada por seis guardias de Corps, y al dejar la antigua abadía de Chelles, en que habia pasado una existencia tan tranquila y sosegada, en que habia encontrado tan amable hospitalidad, y en que habia conquistado todos los corazones con los atractivos de su persona, no pudo menos Hortensia de derramar lágrimas y se prometió interiormente no volver á vivir bajo el mismo techo que el duque de Mazarin, cualesquiera que fuesen las ocurrencias.

Su primer cuidado, al tomar posesion de su nuevo asilo, fué rogar á Mr. Colbert que en su nombre diese las gracias al rey por su mediacion, á la cual renunciaba, y le informase al mismo tiempo de que estaba decidida á llevar adelante el juicio sobre la demanda que habia intentado de separacion de su marido. Encargóse, pues, aquel negocio á la tercera sala del tribunal, compuesta casi toda, dice Hortensia

en el libro que ya hemos citado, dejóvenes muy razonables. El hecho es que los togados no fueron mas insensibles que las monjas á la irresistible fascinacion que la duquesa ejercia sobre todos los que la rodeaban; todo cuanto les habian dicho contra ella, cedió á las penetrantes miradas de sus hermosos ojos y á las dulces palabras de sus lábios, los encargados de interrogarla parecia que fuesen los que esperasen á que ella se dignára hablar, todos á porfia le ofrecian sus servicios, y cuando volvian á sus casas, no sabian hablar de otra cosa que de las incomparables perfecciones de la duquesa de Mazarin, añadiendo que el duque era un ce-loso brutal, completamente indigno de poseer aquel tesoro. Consiguió, pues, Hortensia una sentencia tal como la deseaba, por la cual se decidió que pasaria á vivir al palacio Mazarin, y el duque permaneceria en el Arsenal, hasta tanto que se decidiese definitivamente sobre la demanda de separacion de personas y bienes.

¡Con qué arrebató de alegría salió del convento de la Bastilla, despues de haber estado en él tres meses! Todas las circunstancias que en la abadia de Chelles la habian ayudado á soportar la vida monótona del claustro, todas le habian faltado en el nuevo convento; las monjas, aconsejadas por los frailes que ya rodeaban casi continuamente á Mr. de Mazarin, hacian cuanto estaba de su parte para mortificarla, llegando á querer que se sujetase á la observancia de su regla, como si hubiese hecho algunos votos. A pretexto de hacerla compañía, no la perdian de vista un momento, guardándola como pudieran hacer con una criminal. Es verdad que conservando siempre su carácter atolondrado y ligero, aun en las circunstancias mas importantes de su vida, se vengó mas de una vez de sus carceleras con sus chanzas; todo el dia se paseaba por el claustro bajo y los jardines, y en el momento en que menos lo esperaban, echaba á correr ligera como una cierva, desa-

fiando á su fiel camarista, y en vano querian seguirla las religiosas que la acompañaban. Cuentan tambien que no habiendo querido un dia darle agua para que se lavase los piés, á pretesto de que este género de ablucion era contrario á la regla, echó tinta en las pilillas del agua bendita, y recorrió los dormitorios, haciendo ladrar á dos perrillas que tenian consigo, compañeras de su cautiverio. ¡Asi olvidaba con juegos casi infantiles sus desgracias pasadas, que por mas tristes que fuesen, eran nada en comparacion de las que el porvenir le reservaba!

En la tragedia de Maria Stuart, de Schiller, hay una escena que siempre nos ha causado una profunda impresion, y es aquella en que la desdichada reina de Escocia, presa por mucho tiempo entre los muros de una fortaleza, consigue por fin permiso para irse á pasear al parque real de Fotheringay. ¡Con cuanta alegria recorre, en compañía de su buena Kennedy, las verdes calles de aquel parque! Con qué

placer respira el aire puro que viene á inundar su pecho! ¡Con qué gratitud tan poética saluda al risueño aspecto de la naturaleza, de que tanto tiempo hacia estaba privada, al arroyuelo que murmura á la nube que pasa por el aire, al pajarillo que canta entre el ramage! Fastidios, dolores, ultrages, todo lo olvida, á pesar de que al mismo tiempo resuenan ya á lo lejos entre los bosques los sonidos de las cornetas de caza que anuncian la llegada de su cruel enemiga la reina Isabel de Inglaterra. Hortensia de Mancini, en la cual se encuentra mas de un rasgo, ligeramente debilitado, de la gran figura histórica de Maria Stuart, debió seguramente experimentar las mismas sensaciones cuando un hermoso dia de la primavera de 1668 la permitieron que saliese al fin de su triste convento de Santa Maria de la Bastilla y abandonase á sus entocadas carceleras, para entrar libre y soberana en el palacio mismo en que habia vivido esclava tanto tiempo; pero de la misma manera que la

reina de Escocia, no veía tampoco las asechanzas que había escondidas detrás de aquel favor inesperado de la suerte.

Al entrar con su fiel Nanon triunfalmente en el palacio de su tío, observó que aquella jóven, que un momento antes se mostraba alegre y risueña como ella, había perdido el color de repente.

—Dios mio! Qué tienes. Nanon? la preguntó sorprendida.

—Señora, respondió la jóven en voz baja; no habeis visto ahora mismo enfrente de nosotras un mal coche de alquiler parado cerca de la puerta de casa?

—Me parece que sí; respondió la duquesa.

—Pues cuando nuestro coche ha dado la vuelta para entrar en el pórtico, he visto entre los cristales del simon una cabeza que nos miraba con aire lúgubre y burlesco al mismo tiempo; y sabeis quién era? El mismo señor duque en persona.

—Estás loca, Nanon, y el miedo te hace imaginar eso. Y además qué tenemos

ya que ver con el duque? No le temo, puesto que he conseguido mi demanda.

—Sí, con los boquirrubios del tribunal de primera instancia, pero todavía no la habéis ganado con los barbones de tribunal supremo.

— Oh! Ya amansaremos á esos como á los otros.

— Dios lo quiera, señora!

Este incidente no produjo consecuencia alguna, pero aquella noche al acostarse reparó Hortensia en un retrato del duque colocado enfrente de su cama, circunstancia que le trajo á la memoria lo que Nanon le había dicho, y mandó á sus criadas que inmediatamente quitasen de allí aquel retrato, que le causaba miedo.

— No mas Mazarin! No mas Mazarin! repitió una y muchas veces, parodiando un refrán muy en boga en tiempo de la liga. Ahora quiero cantar, reirme y jugar á la gallina ciega, si se me antoja, todo el día, sin que nadie tenga que reprenderme ni censurarme.

En esto último se engañaba mucho, y no tardó en adquirirla prueba de ello. En tanto que habia estado cerrada en un convento, todas las personas de la corte la habiau manifestado sus simpatias; mas tan luego como recobró el cetro de la elegancia y de la hermosura que por un momento se habia escapado de sus manos, toda la compasion que habia inspirado su suerte se trocó en envidia, y acriminaron aun sus acciones mas inocentes, sacando á relucir con escándalo el recuerdo de los actos de atolondramiento que habia cometido en el convento de Santa Maria de la Bastilla.

Dominada por el ardiente deseo de verse libre de un yugo tiránico acaso pero hasta cierto punto legitimo, no habia calculado Hortensia cuán falsa es la posicion de una muger jóven separada de su marido; pero lo conoció en breve por la manera fria y reservada con que la recibian en todas partes. Las mugeres temian comprometerse tratando con ella, y si bien no se negaban á recibir sus visitas por la elevada

posición que ocupaba en la corte, las evitaban cuanto podían; y por otro lado los hombres, animados por las dificultades que presentaba la posición de Hortensia se creían con derecho para usar con ella un lenguaje que la avergonzaba, y no había elegante alguno de la corte, aun de los menos elevados, que no se declarase enamorado de ella. Resultaron de aquí algunos desafíos, entre otros el de Mr. de Courvelles con Cavoic, y aunque la duquesa no tenía en ellos la menor parte, la maledicencia los atribuyó á su infernal coqueteria, añadiendo que no sería falta de voluntad suya el que no ocurriesen algunas otras desgracias. Aun hicieron mas. Habiendo dado la casualidad de que un criado de su casa resultase peligrosamente herido en una riña que tuvo con otros de su clase, hicieron correr la voz caritativamente de que aquel mozo estaba en todos los secretos de la duquesa de Mazarin, y que habiendo querido abusar demasiado de él, la duquesa le había man-

dato asesinar para evitar sus indiscreciones.

Todas estas infamias llegaron á oídos del rey, en términos que Hortensia creyó que debía solicitar una audiencia de S. M., á fin de implorar el afecto que siempre le habia manifestado, y rogarle que la favoreciese, oponiendo su testimonio á todas las calumnias que esparcian contra ella, con cuyo objeto pasó á San German en compañía de su hermana la condesa de Soissons, superintendente del cuarto de la reina.

—Señor, dijo al entrar la condesa, aquí os traigo esta hermosa criminal, de quien tanto mal dicen por ahí.

—Yo jamás he creído nada de eso; respondió el Rey.

Pero sea que pensase lo contrario de lo que decia, sea mas bien que no perdonase á Hortensia el haber desechado su mediacion, pronunció esas palabras con un tono tan frio y tan distante aun de su habitual urbanidad, que la duquesa sin-

tió que se la llenaban de lágrimas los ojos. Un momento despues añadió el Rey con mucha indiferencia.

—Ademas, es imposible cerrar las bocas de todos.

En seguida se puso á conversar con Mad. de Soissons acerca de una fiesta que pensaba dar en Versailles, sin hacer caso alguno de la duquesa de Mazarin. La desdichada jóven, completamente desesperada, no tuvo valor para hablar una palabra; pálida y temblando hizo una cortesia al Rey, que la saludó con ademan bastante distraído, y volvió á Paris, donde apenas entró en su habitacion se arrojó en un sitial y empezó á llorar á lagrima viva, cubriéndose el rostro con las manos.

Hacia ya rato que se hallaba en aquella posicion cuando sintió que la besaban las manos con cariño, y por entre las lágrimas que inundaban sus ojos vió delante de si á la rubia y linda Nanon.

—Ay! Nanon mia! esclamó. Soy muy desgraciada!

—Ab señora! contestó ella. Lo creo puesto que lo decis, pero, por amor de Dios, no lloreis de ese modo, porque si lo haceis no podré menos de llorar yo tambien, pues bastante trabajo me cuesta ya el no hacerlo.

—Tienes razon, hija mia; nada adelante con afligirme de este modo; lo sé, pero qué quieres? no puedo remediarlo.

—Señora duquesa, replicó la jóven metiendo la mano en el bolsillo del delantal; aquí teneis dos cartas que han traído mientras estábais en San German. Quereis leerlas, siempre os distraerá algo.

—Y qué me importan esas cartas, Nanon? No tengo gusto para nada.

—Hay una que ha traído el correo del señor duque de Nevers.

—Pues ábrela y léemela, porque yo no tengo gana de hacerlo.

—A la verdad, señora, no sé si debo..

—Bienesabes, Nanon, que eres mi confidente, y que no tengo secretos para ti; haz lo que te mando.

Nanon obedeció á su señora, y habiendo abierto la carta leyó en voz alta é inteligible lo siguiente:

«Cuál te amenaza la vengaza impura, hermana, que eres única en la tierra, bella cual Venus, cual Lucrecia pura!»

Hortensia no pudo reprimir una ligera sonrisa.

—Qué es eso? preguntó sencillamente la muchacha interrumpiendo la lectura.

—Qué ha de ser? contestó la duquesa. Que veo que mi hermano se hace decididamente literato, porque miente y escribe versos.

La duquesa hubiera podido añadir: «versos harto malos,» mas Nanon continuó su lectura, que duró bastante tiempo porque la carta era larga, y llegó á un parage que no podia menos de llamar la atención de la duquesa. Participábase en él su hermano que su marido preguntaba constantemente á todo el mundo por ella y decia que no habia rey, ni emperador, ni Papa que pudiera impedir que se reu-

niese otra vez con su marido; que Polastron le habia ofrecido emplear para ello la fuerza, si era necesario, y que en tales circunstancias, la aconsejaba, como el mejor partido que podia tomar, que se pudiese bajo la poderosa proteccion del rey.

La duquesa interrumpió á su lectora y dijo meneando tristemente la cabeza:

=El rey! Ah! Yo tambien lo creia así! Tambien yo esperaba que se compadeciese de mi, pero yo nada tengo que aguardar de él, pues ha hecho causa comun con mis enemigos. Estoy perdida, Nanon! Estoy perdida sin remedio!

Diciendo así empezó á llorar de nuevo.

Luego que acabó la carta del duque de Nevers, preguntó timidamente Nanon:

=Señora duquesa: quereis que os lea la otra carta.

—Haz lo que quieras, respondió Hortensia,

Abrió Nanon la segunda carta y leyó lo que sigue:

«Roma 1.º de mayo de 1668.»

Estremecióse Hortensia y exclamó con impetu:

—Una carta de Roma! Carta de mi hermana Maria! Ah Nanon! Debíamos haber empezado por esa; lee pronto lee.

—El segundo mensaje decia así:

—Es cierto, Crepa, que esos lazos que tan pesados eran para ti, los has podido romper autorizada por la ley! Conozco alguno á quien ha llenado de alegría esa noticia y ha estado á punto de volverse loco. Por lo que á mí hace, querida hermana, me ha complacido mucho saber que al fin has vuelto á tu libertad á tu familia y á tus amigos. Ahora ya nada puede oponerse á la ejecucion del divino proyecto de que me has hablado algunas veces en tus cartas. Te esperamos el condestable, yo y otra persona, ó mas bien debo comunicarte la resolucion que hemos tomado de ir á recibirte los tres hasta Milan. La estacion no puede ser mas favorable; di una palabra y nos ponemos en camino...

Entregada á una emocion que es fácil explicar no tuvo paciencia Hortensia para escuchar mas tiempo á su lectora y quitándola de las manos el precioso mensaje, dijo con una viveza extraordinaria:

— Dame, dame, yo la leeré. Lees tan despacio!

A pesar de la prisa con que ella quiso hacerlo, no habia terminado la lectura cuando se abrió la puerta de la sala y entró el duque de Nevers, que parecia muy alterado.

— ¡Válgame Dios! exclamó la duquesa al verle. ¿Que es lo que sucede, hermano mio?

— ¡Ay hermana! respondió el duque; vengo á darte una noticia muy triste, pero he creído que podia anticipártela á fin de que veas lo que hay que hacer. Acabo de saber por un conducto reservado, pero seguro, que Mr. de Mazarin cuenta con el tribunal supremo, en el cual son muchos sus partidarios. Todos los magistrados de él sin escepcion, es-

tán contra tí; la sentencia se dará la semana que viene, y ya sabes que es irrevocable. El tribunal anulará la de los jueces inferiores y te obligará á que vuelvas á vivir con tu marido.

—Dios mio! dijo suspirando Hortensia ¡Se ha colmado la medida! El rey, la corte el parlamento, ¡todos me abandonan! ¡Todos se vuelven contra mí! ¿Qué haré, Dios mio, qué haré? ¡Ay hermano! Tú que has sido siempre tan bueno para mí, no me abandones en esta ocasion.

—Escúchame, hermana, replicó el duque de Nevers; puedes contar conmigo y con el apoyo de mis amigos, pero no debo dejar que ignores lo peligroso de tu situacion. Aunque no se encuentra en este palacio Mr. de Mazarin, no te pierdes de vista; los espías que te rodean le dan cuenta hasta de tus menores acciones, y si tratases de huir, tiene en su favor las leyes del reino que le dan la facultad de mandarte prender donde quiera que se te encuentre. Témelo todo de

sus celos y aun su venganza, y piensa que robustecido con el apoyo del rey puede, si le das nuevos motivos de queja, hacerte encerrar en uno de sus castillos, donde no podria yo verte nunca, mientras que si aceptas tu suerte con mansedumbre y resignacion, acaso podrás esperar otro tiempo mejor.

Al oir Hortensia, que su hermano se explicaba de este modo, permaneció algunos instantes como absorta en sus reflexiones, y al fin, alargándole la mano le dijo:

—Te doy las gracias por la noticia que has venido á darme, así como por tus buenos consejos, pero se hace tarde. Déjame que me recoja un poco, pues necesito meditar mucho sobre todo lo que me pasa, antes de tomar una resolucion. Cualquiera que esta sea, te la comunicaré mañana por la mañana.

Besó el duque de Nevers á su hermana en la frente, y habiéndola exhortado á que tuviese ánimo, salió del palacio. Ape-

nas se hubo retirado, se puso Hortensia de rodillas y exclamó:

=Dios mio: si alguna vez he sido frívola y coqueta, me castigais bien cruelmente, y sin embargo, sabeis que hasta el dia jamás he faltado á mis deberes de esposa. Dios mio! Cuando todos me abandonan, sosténgame vuestra mano á la orilla del abismo en que me parece que voy á caer. Alejad de mí las tentaciones que me rodean, pues conozco que si no me concedeis vuestro auxilio voy á llegar á ser culpada.

Al mismo tiempo se inclinó hácia una mesita en que habia un devocionario, con el fin de buscar en las oraciones de la iglesia la fuerza que le faltaba, y el valor necesario para resistir á las sugerencias del espíritu maligno. Por una desgraciada casualidad, habia dejado al lado del devocionario la carta de su hermana Maria, que no habia tenido tiempo para acabar de leer

al coger el libro cayó al suelo y al levantarla salió de ella un papelito doblado.

Agitada por un presentimiento instintivo, sintió que su corazón palpitaba con violencia y desenvolvió con mano trémula el papel, que contenía dentro un rizo de los cabellos rubios mas hermosos que pueden verse, y estaban escritas en él con sangre en lugar de tinta estas palabras: El tiempo y Hortensia.

Sintió la duquesa que se le encendía el rostro, mas despues de haberse asegurado de que nadie podia verla, aplicó al rizo y al papel un beso de fuego, un beso en que habia concentrado, por decirlo así, todos sus recuerdos y todas sus esperanzas; en seguida, separando un poco el vestido, colocó junto á su corazón el billete y el rizo, y aquella noche no pudo rezar mas.

El dia siguiente por la mañana, un

criado de la casa, ganado por Nanon, salia para Roma, llevando dos cartas de la duquesa, una muy estensa para la esposa del condestable Colonna, y otra muy corta, dirigida á don Alonso de Lara; esta segunda contenia en cambio del rizo de cabellos rubios otro rizo de cabellos negros, con estas solas palabras: De parte de Hortensia.

FIN DEL TOMO II.



5.000

3 ta 4 usl

- AN

- LUI

- SXIX



